



*Las
decisiones
de Sara*

Susanna Herrero

Las decisiones de Sara

Sara Summers, 3

Susanna Herrero

© Susanna Herrero
1ª edición, junio 2017
ASIN: B071VW6X6Q
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Raquel y Alaine.

Sinopsis

—Tengo miedo, tíos. ¿Y si hemos estado viviendo en una burbuja y se rompe cuando nos vayamos de aquí?

La temida fecha de regresar a Edimburgo ha llegado. El mundo perfecto que habían creado Sara y sus amigos en Estados Unidos está a punto de desaparecer. Toca volver a sus verdaderas vidas, a todo lo que dejaron atrás: familia, amigos, asuntos sin resolver.

Solo entonces descubren que sí, que estaban viviendo en una burbuja demasiado gruesa para dejar ver lo que sucedía en el exterior.

Jamás existirá una decisión de la que Sara se arrepienta más que de la de no haberse bajado de aquel avión. Pero la vida no perdona los errores, no permite retroceder en el tiempo, y Sara tendrá que aprender a vivir con ello.

Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[1 La vuelta a casa](#)

[2 Hola de nuevo, *Crowden*](#)

[3 El reencuentro](#)

[4 La Universidad](#)

[5 Lo que pasó en Estados Unidos se quedó en Estados Unidos](#)

[6 Estados Unidos: la llegada](#)

[7 Estados Unidos: el primer año](#)

[8 Estados Unidos: segundo año: el acercamiento](#)

[9 Estados Unidos: ¿somos novios?](#)

[10 Estados Unidos: Los Ángeles](#)

[11 Estados Unidos: la despedida](#)

[12 De vuelta al presente](#)

[13 Verdades ocultas](#)

[14 La tristeza más absoluta](#)

[15 El cine](#)

[16 Una nueva vida](#)

[17 La gran decisión](#)

[18 Cita para cuatro](#)

[19 Mi vida con Will](#)

[20 La ruptura](#)

[21 ¿En qué punto estamos?](#)

[22 El viaje a África](#)

[23 Enseñando a los pequeños](#)

[24 La discusión](#)
[25 Maldito Von Kleist](#)
[26 La confesión accidental](#)
[27 Aquella noche](#)
[28 El secreto de Oliver](#)
[29 Otra vez Oliver](#)
[30 Una semana difícil](#)
[31 Adiós, Will](#)
[32 La conversación](#)
[Agradecimientos](#)

PRIMERA PARTE

1

La vuelta a casa

Septiembre de 2012. Aeropuerto de Los Ángeles.

—*Última llamada para los pasajeros del vuelo BA1542 destino Londres.*

La voz aterciopelada de la operadora de la British Airways resonó por todo el aeropuerto. Era nuestro vuelo. Había llegado el momento. El momento de regresar a casa. Nos levantamos los tres a la vez de nuestros asientos.

—¿Preparados para volver, chicos? —nos preguntó Adam, de camino a la puerta de embarque.

Oliver y yo nos miramos el uno al otro y fue una mirada que... que decía tantas cosas.

—Supongo que sí —contesté yo sin ninguna convicción.

Regresábamos a Edimburgo después de más de dos años haciendo de trotamundos por Estados Unidos. No parecía que hubiera pasado tanto tiempo; más bien, era como si apenas acabáramos de llegar. Sin embargo, en esos dos años, habían pasado tantas cosas...

Mostramos a la azafata nuestros billetes de clase turista y cruzamos por el embarque. Llegamos a nuestra fila y, cuando vi qué asiento me había tocado, le pregunté a Adam si me lo cambiaba por el suyo y me dejaba en la ventanilla. Él aceptó a cambio de que yo hiciera la cena durante la siguiente semana, porque estaba «hasta las pelotas de alimentarnos», pero caímos en la cuenta de que no era necesario que nos dividiésemos las tareas de la casa. Porque aquella aventura había llegado a su fin. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No uno de los buenos, de los que me provocaba Oliver, no, fue uno de los malos.

La idea inicial era regresar cada uno a su hogar. Así lo habíamos decidido la noche anterior. Adam se iría con sus abuelos, y Oliver y yo con nuestros respectivos padres. Era lo que nos habían pedido y, después de lo que tuvieron que soportar con nuestra ausencia, no nos sentimos con fuerzas para decirles que no. Al menos no al principio. Con el tiempo, ya se vería. Tan

solo había pasado un día y ya me arrepentía de esa decisión. Separarme de Oliver y Adam cuando llevaba años sin hacerlo para absolutamente nada... No tenía ni idea de cómo gestionarlo.

Tomé mi asiento y cerré los ojos. Por una parte, tenía ganas de que el avión despegase y, por otra parte, no quería que alzase el vuelo nunca. Es difícil de explicar. Cuando no quieres hacer algo, cuanto más rápido pase, mejor. Pero, a la vez, no quieres que pase. Y lo cierto era que yo no quería irme. Y Oliver y Adam tampoco. Pero me había visto obligada a hacerlo. Y ellos conmigo.

Abrí los ojos y giré la cabeza hacia mi izquierda, apoyándola en el respaldo de mi asiento. Oliver imitó mi postura y nos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos. Nos acercamos más. Su mirada era seria, triste, asustada. Como la mía de las últimas horas. Nos comunicamos en silencio. Sus ojos preguntaron primero.

«¿Estás bien?».

«No».

«No podemos hacer nada».

¿No podíamos? ¿No podíamos hacer nada para evitar aquella horrible y fea desazón que sentía en el cuerpo? ¿Y si todavía estábamos a tiempo? Expresé mis pensamientos.

«¿No podemos? ¿O sí?».

Oliver vio la ¿esperanza? en mi pregunta. Cerró los ojos. Y cuando los volvió a abrir, me habló de nuevo.

«Vámonos. Bajémonos del avión y olvidémonos de todo».

Imité su gesto y cerré los ojos. Suspiré. Los volví a abrir. No existía nada en el mundo que deseara más que aquello. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Porque tenía miedo. Miedo de que las cosas cambiaran a partir de ese momento. Miedo de haber vivido en esa burbuja de la que nos había hablado Adam. Y miedo de que se rompiera ahora que nos tocaba regresar. Porque... ¿y si lo que habíamos vivido no había sido real?

«Sí, vámonos».

—¿Me estás hablando en serio? —me preguntó en voz alta. Nuestra pequeña conversación secreta se acababa de tornar importante.

—¿Tú qué crees? —le respondí. No quería decir que sí abiertamente porque, aunque quería bajarme de ese avión, era un paso que nos complicaría mucho la vida. No éramos solo nosotros. No podíamos seguir siendo tan egoístas.

—No tengo ni idea. Eres imprevisible. —Levantó la mano y me acarició la frente, las sienes y el cabello—. Nunca sé lo que pasa por esta cabecita tuya. No tienes ni idea de lo que sería capaz de hacer por poder acceder a ella.

—¿Venderías tu alma? —Le sonreí coqueta.

—Es muy probable —me dijo muy serio.

Un escalofrío me subió por la espina dorsal. Uno de los buenos. Rompí los escasos centímetros que nos separaban y junté nuestras bocas en un dulce beso. Un beso que quería expresar tantas cosas. Cosas que no era capaz de decir en voz alta. No había sido capaz de hacerlo en todos aquellos meses. Pero decidí demostrárselo a lo grande. Ahí iba mi prueba de amor. Me separé y nos miramos.

Me levanté dispuesta a dejar aquel avión. A mandar todo a la mierda y luchar por lo que quería. Oliver sonrió y se levantó conmigo.

—¿Dónde cojones vais tan decididos? —nos preguntó Adam con el ceño fruncido.

Ninguno de los dos fuimos capaces de responder. Quizá porque no sabíamos la respuesta.

—No iréis a montároslo en el cuarto de baño otra vez, ¿no? La hostia, al menos esperad a que despegue el avión. Sois insaciables, joder.

—Por favor, siéntense en sus asientos y pónganse los cinturones de seguridad. Vamos a despegar —nos comunicó la azafata, que pasaba en ese momento por nuestra fila.

Miré a Olly, que se mantuvo fijo en su posición. Quería bajarse de aquel avión infernal y nadie podría impedirselo. Nadie, excepto yo. Y me lo hizo saber. La decisión final recaía sobre mí.

—¿Señorita? ¿Me está escuchando? —insistió la azafata—. Vamos a despegar ya.

—¿Sara? ¿Qué cojones te pasa? ¿Te has quedado sorda? —me preguntó Adam.

Oliver no dijo nada. Al menos en voz alta. Sentí el peso del mundo sobre mi espalda. Y las miradas de todos ellos. Me acordé de Daniel y de la promesa que le había hecho hacía escasos días. Y me senté.

No siempre he estado de acuerdo con las decisiones que he tomado en la vida. Hay veces en las que me he equivocado, y mucho. Pero nunca me he arrepentido de haberlas tomado. Porque son mis decisiones las que me han hecho crecer como persona, tanto las acertadas como las equivocadas. Hasta aquel momento. Porque no bajarme de aquel avión es la peor decisión que he

tomado en toda mi vida. Ojalá pudiera viajar en el tiempo y arreglar lo que hice. Pero no es posible. Así que tengo que vivir con ello. Con las decisiones de Sara.

Durante el resto del trayecto, actuamos como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubiéramos estado a punto de largarnos juntos y olvidarnos del mundo. Oliver no me sacó el tema, y yo se lo agradecí.

¿Por qué entonces sentía ese agujero en el pecho? ¿Por qué sentía que había cometido un gravísimo error? ¿Por qué sentía que esa decisión era aún más importante que cualquier otra que hubiera tomado en mi corta vida?

Saqué el iPod de mi mochila y me puse música. Necesitaba algo marchoso para desprenderme de esa mala sensación que tenía en el cuerpo. Fui pasando con el dedo por la lista de canciones hasta que encontré la que necesitaba: *Fight For This Love*, de Cheryl Cole. Enseguida me envolvió el ritmo de la música. Y digo el ritmo porque lo que es la letra... no había caído en ella. Maldito karma y maldito subconsciente.

Acerqué mi mano a la de Oliver y las entrelacé con fuerza. Él me respondió con la misma intensidad y alivió mi desazón. Estábamos bien. Aunque ¿por qué no íbamos a estarlo? Olly y yo no éramos nada, aparte de amigos. Amigos que se acostaban de vez en cuando. Bueno, algo más que de vez en cuando. A diario, de hecho. Pero no éramos pareja. Al menos yo creía que no lo éramos. Nunca lo habíamos hablado. Y eso que llevábamos meses acostándonos.

«¿Y por qué os queríais fugar juntos hace unos minutos?». Visualicé en mi mente las posibles respuestas y elegí la última opción: no sabe, no contesta.

Muchas veces había intentado insinuarle algo. Había intentado mantener una conversación de adultos para hablar de lo que sucedía entre nosotros. Pero en el momento de la verdad me acobardaba. ¿Y si lo hablábamos y él se echaba para atrás porque veía que podía convertirse en algo serio? No quería arriesgarme. Prefería continuar como estábamos. Amigos que tenían sexo a diario, pero con exclusividad.

Un enlace y muchísimas horas después, aterrizamos en Edimburgo. Rescatamos nuestras maletas de la cinta transportadora y fuimos hacia la salida. Lo primero que vi, en cuanto crucé las puertas, fue a mi padre. Me quedé parada en el sitio y solté las maletas y la mochila que llevaba al hombro. Tal cual. Como en las películas.

Habían pasado algo más de dos años desde la última vez que lo había

visto en ese mismo aeropuerto. En las últimas semanas, muchas veces pensaba que el tiempo había pasado tan rápido que parecía que hacía diez días que nos habíamos ido y no ochocientos veinticinco. Pero no era así. Ahora que lo veía, era consciente de cada día que habíamos estado separados, de todo lo que había pasado en mi vida sin que él supiese nada al respecto. Corrí a sus brazos y lo abracé lo más fuerte que fui capaz. Y me sentí muy lejos de él, a pesar de estar tan cerca.

Mi padre me devolvió el abrazo y enseguida se separó para cogerme el rostro con sus manos y mirarme atentamente. Creo que no se acababa de convencer de que estábamos allí. Demasiadas veces les habíamos dicho que no queríamos regresar.

—¿Estás bien? —me preguntó. Al principio me sorprendió la pregunta; me esperaba más un «¿qué tal el viaje?» o incluso un «¿estáis cansados?» porque es lo típico que se dice en esos casos. Pero no. Le traía sin cuidado el viaje. Solo quería saber si me encontraba bien. No le quise mentir, así que me abracé a él, aunque sabía que su abrazo no curaría mis dolencias. Eso solo podían hacerlo los dos chicos que, a mi lado, se reencontraban con sus familias.

—Ya estás aquí, cariño. —Mi padre me acarició la espalda con suavidad y me dio un beso en la cabeza.

—La hija pródiga ha vuelto.

Me asomé por encima del hombro de mi padre y vi a mis tres hermanos. Ignoré el comentario de Daniel y me acerqué a abrazar a Alex y Kate. Ahora que los veía, me daba cuenta de que también a ellos los había echado de menos. De toda mi familia, el único al que había visto en todo ese tiempo había sido a Daniel. Hacía diez días exactamente. Y gracias a eso, o por culpa de eso, estábamos de vuelta.

—¿Cómo está mi Summers favorita? —Mi hermano Alex se unió a nosotros.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, enana. No te vuelvas a ir tan lejos.

Miré a mis dos amigos, que se fundían en abrazos con sus familias. Y me centré en Adam. En mi Adam. En el Adam que tanto había luchado durante ese par de años para volver a la normalidad. Y en que no eran sus padres quienes lo abrazaban, sino sus abuelos. Y no es lo mismo. Joder, claro que no es lo mismo. La burbuja que habíamos creado a nuestro alrededor comenzó a resquebrajarse. *Crack*. Ese fue el primer instante en que lo noté. Como

también notaba la mirada perdida de Adam. Y no quería perderlo. No quería que sintiera que el perfecto mundo que habíamos creado se desmoronaba.

Me acerqué a él y lo cogí de la mano. Adam sonrió y me miró con dulzura.

—Estoy bien —me aseguró.

—Ven a mi casa a dormir esta noche.

—No puedo, *Totó*. Tengo que intentarlo con ellos —me explicó, señalando a sus abuelos, que se habían alejado para darnos privacidad.

—Siempre me olvido de que ahora eres tú el más sensato del grupo.

—Gracias por cogerme de la mano.

—Te quiero, Adam. Prométeme que vas a venir a nosotros si lo necesitas.

—Te lo prometo.

Y sabía que no mentía. Nos reunimos con nuestras familias sin soltarnos de la mano.

Una vez que nos hubimos achuchado y besado todos con todos, nos dirigimos al *parking* del aeropuerto.

—Sara, ¡qué guapa te veo! —me dijo mi hermana, mientras bajábamos en el ascensor—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Mechas californianas —contestaron Olly y Adam al unísono.

—Papá, yo también quiero unas iguales. ¡Por favor! ¡Por favor! —suplicó mi hermana.

Mi padre resopló; aún no había salido de criar a dos adolescentes y ya venía el siguiente.

—Ya veremos.

—Papááá —se quejó Kate.

Le di un golpecito a mi padre con el brazo y le hice una señal con la cabeza que quería decir más o menos: «Venga, papá. Enróllate un poquito».

Guardamos las maletas, cada uno en nuestro coche, y nos quedamos los tres parados formando un círculo. Era la despedida. Ahí nos separábamos. Por primera vez en dos años. Aquel horrible escalofrío me recorrió el cuerpo de nuevo y el corazón comenzó a dar golpes en mi pecho. Algo trataba de decirme. Contábamos con la separación y llevábamos días preparándonos, pero, joder, ¡qué duro era! Quise echarme a llorar. De hecho, los ojos se me anegaron de lágrimas. Estuve a punto de sujetarme a las piernas de cualquiera de ellos para que no nos pudieran separar. Era lógico que nuestros seres queridos quisieran estar a solas con nosotros esa primera noche; teníamos tantas cosas que contarles y que compartir con ellos... Pero aquella

separación fue lo más difícil que habíamos hecho en mucho tiempo. Sentía como si me despojaban de partes fundamentales de mi alma.

Una vez pasado el bache de la inminente separación, nos sonreímos con camaradería por todos los secretos que guardábamos. Había cosas que se quedarían siempre entre nosotros. Oliver me guiñó un ojo y nos separamos.

No sería por mucho tiempo. Nos habían informado, de camino a los coches, de que al día siguiente tenían preparada una fiesta de bienvenida en mi casa.

Durante el trayecto en coche, apoyé la frente en el cristal y me eché a llorar. Solo habían pasado cinco minutos y ya los echaba de menos. Alguien me agarró la mano y me la apretó. No tuve que girarme para saber quién era. Daniel.

Al llegar a casa, me sentí extraña. No la sentía como mi casa. En realidad, nunca la había sentido como tal. Mi primera casa fue el *Crowden School* y, después, Estados Unidos. Tendría que adaptarme a esa nueva realidad.

Cené con mi familia y les conté alguna de nuestras peripecias. Durante la cena, envié varios mensajes a Adam preguntándole por su estado de ánimo.

Adam: No se siente como mi casa.

Sara: Lo sé.

Adam: ¿Pasará?

Sara: Pasará.

Tuve que mentirle. En realidad, más que mentirle, tuve que depositar mis esperanzas en ese mensaje. Porque todo ese anhelo que sentía, que me desgarraba por dentro... pasaría, ¿verdad?

Después de cenar, nos sentamos en los sofás y seguimos hablando hasta las tantas de la noche. Mi padre fue el primero en acostarse. Mis hermanos y yo nos quedamos viendo una película en la televisión, medio tumbados unos encima de los otros. No recuerdo qué película era, solo los recuerdo a ellos. A las tantas de la madrugada, me llegó un mensaje al móvil.

Oliver: ¿Todo bien, ojitos azules?

Sara: Sí, creo que sí. ¿Tú?

Oliver: Se me hace raro dormir sin que estés dándome patadas.

Sara: Y a mí sin que me claves la rodilla en la cadera.

Oliver: Lo sé.

Sara: ¿Has hablado con Adam?

Oliver: Sí. Está bien. Duerme tranquila. Buenas noches, nena.

Sara: Buenas noches, nene.

«Te quiero» me habría gustado añadir, pero, como tantas otras veces, no encontré el valor suficiente para hacerlo. Sonreí y dejé el móvil en la mesa auxiliar que teníamos enfrente del sofá. Me tumbé y puse las piernas encima de las de Daniel. Alex me dio un toque con su hombro.

—Vaya sonrisa más bobalicona que tienes. ¿Quién era? ¿No te habrás echado novio en Estados Unidos?

¿Novio?! ¡Ojalá lo fuera! Pero no. No era mi novio, era mi mejor amigo. Aunque yo estuviera loca por él y me pusiera tonta incluso por un simple mensaje suyo. Como no supe qué contestar, no dije nada.

—No te hagas tanto la interesante —me echó en cara Daniel—. Me juego una mano a que era Oliver —dijo su nombre con retintín— o Adam.

Lo de Adam nos quedó claro, a los dos, que lo decía para disimular, porque sabía perfectamente que hablaba con Oliver.

—Ten cuidado con lo que te juegas, pequeño Summers —lo provoqué. No pensaba admitir que tenía razón.

—Soy mayor que tú, pequeña Summers —me replicó.

Y dale.

—Ya veo que en la universidad no te están enseñando nada nuevo. —Y así de fácil era. Nuestra pequeña pelea dialéctica había comenzado. ¡Cómo lo echaba de menos! Mis rifirrafes con Daniel me daban vida.

—Estoy estudiando Arquitectura, hermanita, no Medicina.

—¿No dicen que la universidad es la escuela de la vida?

—Cuando vayas a alguna, vienes y me lo cuentas.

Lo fulminé con la mirada. Él me sonrió insolente. Mierda. Había ganado. Tanto pensar en Oliver me atrofiaba el cerebro. «Céntrate, Sara».

—Minipunto para el mellizo mayor. ¿Has perdido reflejos, *Totó*? No solía ganarte con tanta facilidad —reconoció.

Levanté el dedo medio.

—Que te den.

Acomodé bien mis piernas encima de las suyas y seguimos viendo la tele. Me fue venciendo el sueño hasta que nos quedamos dormidos los cuatro en el sofá.

Bienvenida a casa, Sara.

Hola de nuevo, *Crowden*

A la mañana siguiente, me desperté en el mismo lugar en el que me había quedado dormida. Me sorprendieron los primeros rayos del sol y me sentí desorientada. ¿Dónde estaba? Palmeé a mi alrededor y me topé con el brazo de alguien. Pero no era el brazo que me había acostumbrado a acariciar. Abrí los ojos y me encontré tumbada sobre el costado izquierdo de mi hermano Daniel.

Empecé a recordar. Estaba en Edimburgo. Habíamos regresado. Mi corazón dio un vuelco. ¿Por qué me sentía tan mal? ¿Qué significaba esa tristeza que me invadía? Me alegraba estar con mi familia, pero tenía un sentimiento de ¿morriña? ¿Podía ser? ¿Se puede echar en falta un estilo de vida? ¿Un país entero, pero a la vez ningún lugar determinado dentro de ese país?

Nunca antes me había sentido así. No quería cambiar de vida. Quería seguir tal y como estábamos. Había sido muy feliz, los tres lo habíamos sido. ¿Por qué no me había bajado de ese avión? ¿Qué hacía allí? Quería estar y a la vez no quería estar. ¿Era eso posible?

—Joder, me duele todo el cuerpo. —Mi hermano me empujó con su cuerpo—. Quítate de encima. ¿Cuánto has engordado?

—Idiota. ¡Yo no he engordado! —Otra vez el temita. En realidad sí lo había hecho. ¿Pero tanto como para que se diese cuenta mi hermano? Que lo notara Oliver lo entendía, pero ¿aquel tocapelotas?

—¡Para no haber engordado, pesas una tonelada!

—¡No peso una tonelada! Serás tú, que has perdido músculo. ¡Estás muy esmirriado!

—¡Esmirriado para aguantar tu peso ya lo creo que estoy!

Cuando estaba a punto de lanzarme sobre Daniel, escuché cómo me llamaban por mi nombre.

—¿Sara?

Miré hacia la puerta del salón y me encontré con la sonrisa de la señora Baker. Llevaba trabajando en mi casa desde que tenía uso de razón. Hacía de todo: de cocinera, ama de llaves, niñera... Me levanté del sofá y corrí a abrazarla.

—¿Cuándo has llegado? No me ha avisado nadie. Cuando te he escuchado discutir con Daniel, pensé que era mi mente viajando al pasado.

—Llegué ayer. No lo sabe casi nadie. Ni siquiera nuestros amigos. Queríamos darles una sorpresa. —Entonces caí en algo. Me giré y puse los brazos en jarras.

—No te habrás chivado a Pear de que hemos vuelto, ¿eh, Daniel?

—A lo mejor sí, a lo mejor no —me dijo, despreocupado, mientras ponía las piernas encima de la mesa.

—¡Dime que no te has chivado! —grité mientras me dirigía a él.

Casi lo alcanzo, pero saltó por el respaldo del sofá y empezó a correr por el salón. Retrocedí y pasé por detrás del sofá para darle caza y hacerle pagar por sus comentarios ofensivos. Si había algo a lo que nunca había tenido miedo, era a pegarme con mi hermano. Casi siempre acababa recibiendo yo los peores golpes, pero él también se llevaba alguno. Él era fuerte, pero yo era muy rápida.

—¡Intenta pillarme a ver si te pones en forma! ¡No te preocupes, hermanita, yo te ayudo a bajar esos kilitos de más!

—¡Eres gilipollas!

—Se acabó la paz en esta casa —dijo Alex mientras se estiraba.

—¡Qué ilusión tenerlos a los dos así! Estaba la casa demasiado tranquila.

—Por cierto, ¿dónde está Kate? —preguntó Alex a la señora Baker.

—Se ha ido con tu padre temprano al colegio. Me he encontrado con ellos en la entrada de casa.

Después de un suculento desayuno con las oportunas bromas por parte de Daniel sobre en qué parte de mi anatomía se asentarían las tortitas con chocolate y nata, subí las escaleras hacia mi habitación para pegarme una ducha rápida y vestirme. Ese día volvíamos al *Crowden*. Teníamos que ir a recoger unos documentos sobre nuestro expediente académico que necesitábamos entregar en la Universidad de Edimburgo.

Tras dos años (con sus noches y sus días) y largas charlas con mis dos mejores amigos, sabíamos lo que queríamos estudiar en la universidad.

Adam estudiaría Derecho, como era la idea original, pero ahora por vocación. Quería continuar con el legado que dejaron sus padres. Y quería hacerlo bien, no ser el típico accionista que dejaba que otros llevaran sus negocios por él. Oliver y yo nos íbamos a matricular también en Derecho para estar los tres juntos. Y, quién sabe, en el futuro quizá compartiéramos despacho. Aunque no lo hacíamos por eso. Lo hacíamos por estar cerca de

Adam.

Oliver, además, quería estudiar Astrofísica. Siempre ha amado el Universo por encima de todo, por lo que, cuando me lo mencionó, no tuve ninguna duda. Había acertado. Esa era su vocación. Rodeado de telescopios y mapas estelares.

Y, respecto a mí, aparte de Derecho, estudiaría Ciencias Médicas. Me quería especializar en Anatomía. Quería conocer y descubrir el funcionamiento del cuerpo humano, y así ser capaz de ayudar en el futuro a personas que tuvieran problemas como el que yo tuve después de mi accidente.

Mientras me peinaba, escuché el claxon del coche de Olly por la ventana abierta de mi habitación.

—¡Ya voy! —grité a la nada, porque era más que obvio que desde el coche no me oirían.

Terminé de prepararme a toda prisa, cogí el bolso, metí el móvil, la cartera, las gafas de sol, las llaves... Cuando lo tuve todo, di un último vistazo a mi imagen en el espejo y... volvió a sonar la bocina.

—¡Sara! ¿Estás sorda? ¡Tienes a los dos mosqueteros dando bocinazos por todo el maldito vecindario! —me gritó mi hermano desde su habitación antes de entrar en el baño que compartíamos.

—¡He dicho que ya voy! Solo un poco de colonia más por aquí —me eché colonia por detrás de las orejas—, y por aquí —me eché un poquito más en las muñecas. Perfecta.

—Vaya tufo a tía que has dejado en el baño —me dijo mi hermano, haciendo aspavientos con el brazo y poniendo cara de desagrado.

—¡Acostúmbrate! —Cogí una horquilla, por si luego me molestaba el pelo en la cara, y salí del baño.

Y otra vez los bocinazos.

—¡Coño, que ya baja! —gritó mi hermano por la ventana de mi habitación.

—¿Tú no tienes clase? —pregunté al malhumorado que tenía al lado.

—A primera hora, no.

Y lo dijo tan seguro que casi hasta me lo creí. Casi.

—Ya... —le dije, escéptica, mientras salía escopetada de mi habitación.

Bajé las escaleras a todo correr y salí por la puerta de casa. Adam iba de copiloto, por lo que me tocaba ir en los asientos traseros. Más cambios. En Estados Unidos, solía ser yo quien conducía. Oliver es demasiado lento para

mi gusto. Y para el de Adam, que conste. Unos kilómetros más adelante, me concentré en el paisaje. Conocía el camino de memoria. Lo disfruté.

Cuando llegamos al colegio, Oliver aparcó el coche y me bajé enseguida. Aspiré el olor del lugar, tantos recuerdos me venían a la cabeza. Recordé el primer día de colegio, cuando tenía nueve años y estuve ahí mismo con mi padre observando el imponente edificio que tenía enfrente. Lo vi igual de intimidante que en aquel entonces. Qué de cosas habían pasado. Algunas buenas y otras no tanto..., pero no podía evitar sentir nostalgia por esos años que no volverían.

No volvería a reír por esos pasillos, ni a patinar en la pista de hielo ni a escuchar las nuevas canciones de los chicos en la sala de música. Ahora sí la sentía como una auténtica despedida. No dos años atrás cuando nos fuimos.

Olly me cogió la mano y subimos juntos las escaleras. Hasta que llegamos al despacho de la directora Peters, saludamos a multitud de profesores y alumnos. Eso sí se parecía más a regresar a casa. Me encontré con mi hermana Kate y sus amigas y le di un saludo rápido. Tenía la pobre una cara de sueño... no debía de haber dormido demasiado bien en el sofá.

Cuando llegamos a la antesala, que presidía Sharon, ya nos esperaban Brenda, la psicóloga, y Amanda. Como ya no estudiaba en el colegio, supuse que podía llamarla por su nombre de pila.

No nos dio tiempo ni a decir hola porque, en un segundo, Amanda nos abrazaba y nos daba besos en las mejillas. No recordaba aquella actitud tan cariñosa. «No la recordabas, Sara, porque no existía». Pues sí que cambia la actitud de los profesores cuando eres exalumno... No me veía tomando unas copas con ella, aunque nunca se sabe.

—¿Cómo estáis, chicos? Os veo guapísimos. Estáis diferentes. Ya no sois mis niños.

No, no lo éramos. Si algo podía afirmar después de esos dos años, era que habíamos cambiado. Habíamos madurado. El vivir solos, por nuestra cuenta, tan lejos de nuestro hogar, nos había obligado a ello.

Nos dimos los besos de rigor con Brenda. No sabía muy bien qué pintaba allí. ¿No pensaría pasarnos consulta?

—Quiero que me contéis todo lo que habéis hecho en estos dos últimos años.

Dos horas después, no teníamos nada más que contar. Habíamos recorrido todo nuestro viaje de cabo a rabo, las partes que se podían contar, por supuesto.

—¡Vaya! ¡Habéis hecho de todo, chicos! —nos dijo nuestra antigua directora emocionada.

—Sí, Sara incluso ha aprendido a planchar la ropa —soltó Adam.

—¡No me lo creo!

Tenía que salir el temita... y ¿por qué se extrañaba tanto? ¿Acaso no me veía capaz de planchar la ropa?

—Resulta que perdió una apuesta y se ha pasado los últimos meses planchando toda nuestra ropa —explicó Adam.

—¿Y cómo ha ido?

—Pues llevamos los últimos meses llevando la ropa arrugada —añadió Oliver.

—No es lo suyo, no —reconoció Adam.

¡Serán capullos!

—Pues habéroslo planchado vosotros —dije yo.

—Pero eso no hubiera sido tan divertido —reconoció Oliver, con su sonrisa de hoyuelos. No me encandiles, rubiales, no me encandiles.

Después de nuestra charla, Amanda nos facilitó los papeles que habíamos ido a recoger. Y llegó el momento de la despedida. Si no era para siempre, desde luego, era por una larga temporada.

—Todos los años se me hace duro ver cómo se gradúan mis alumnos —suspiró Peters—, son muchos años con todos ellos, los he visto crecer. Pero, en vuestro caso, es todavía más duro. Os voy a echar muchísimo de menos.

No pude evitar emocionarme y que se me escapase una lágrima por la situación. Oliver y Adam ni se inmutaron. ¡Hombres!

Al salir del despacho, nos encontramos con más profesores y, mientras mis amigos cruzaban cuatro palabras con ellos, aproveché para hablar con Amanda.

—Quería darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Cada día me hago más consciente de que siempre has estado ahí, velando por nuestros intereses. Y no nos dábamos cuenta.

—Sara, no dudes nunca de que lo he hecho voluntariamente. Siempre he tenido una vena muy protectora con vosotros tres.

—Y con Adam... Todo lo que nos ayudaste y pasaste por alto...

—He pasado por alto muchas más cosas de las que te imaginas, Sara. Y no solo en lo que se refiere a Adam, que fue mucho, no te lo niego.

¿Ah, sí? ¿Cuánto sabía? Pensábamos que era un poco ignorante en cuanto a lo que pasaba en los muros de su colegio, pero ahora me daba cuenta de que

quizá los ignorantes éramos nosotros. Siempre nos creemos más listos que los adultos. Error.

—Gracias. Gracias, de corazón.

—Bueno, basta de sentimentalismos. —No era lo tuyo, la verdad—. Pásate por la pista de hielo antes de irte, Andrew quería verte.

Fuimos a la pista y vimos a Andrew en pleno entrenamiento. Enseguida nos vio y vino patinando hacia nuestra posición.

—¡Sara! ¡Chicos! Bienvenidos. —Salió del hielo y nos fundimos en otro abrazo—. Amanda me ha dicho que os pasaríais por aquí. ¿Qué tal vuestra aventura?

Volvimos a contar toda la historia, saltándonos más capítulos que la vez anterior. Aunque el temita de la plancha siempre salía, ¡cómo no! Cuando estábamos a punto de despedirnos, Andrew me dijo que tenía una cosa para mí.

—¿Qué es?

—Espera y verás.

Nos miramos los tres extrañados. Entró en los vestuarios y, escasos minutos después, salió con algo escondido en la mano. Cuando llegó a mí, abrió la mano y vi lo que era.

—Esto es tuyo. Te lo dejaste aquí.

Eran las llaves del polideportivo. Las llaves para poder acceder a la pista de hielo. Eran mis llaves. Se las había devuelto a Amanda el último día que estuve aquí.

—¿Qué quieres decir con que son mías?

—Son tus llaves. Amanda me ha dado permiso para devolvértelas y que así puedas venir a patinar cuando quieras.

No me lo podía creer. Salté al cuello de mi exentrenador y me abracé a él con fuerza.

—¿De verdad? ¿Puedo seguir utilizando la pista?

—Por supuesto que sí.

En Edimburgo no hay pista de hielo. Solo la que ponen en Navidad, pero la quitan después de las festividades. Y está llena de gente. Pero la del colegio era una pista auténtica. Aunque no patinaba de manera profesional, no quería dejar de hacerlo del todo. Adoraba el patinaje sobre hielo. Era una parte importante de mí. Y esa pista era la única oportunidad que tenía de continuar con ello, aunque fuera esporádicamente. Era consciente de que, entre la universidad y mi vida en Edimburgo, no podría ir todo lo que

desearía. Pero sería suficiente para mí. Era un regalo.

—No te imaginas lo que esto significa para mí.

—Sí, lo sabemos —contestó una voz desde detrás de nosotros—, por eso te las damos.

Amanda.

Me lancé a sus brazos.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! ¡No me lo puedo creer! ¡Voy a intentar venir todas las semanas!

Nos despedimos y nos metimos en el coche de vuelta a Edimburgo. Lo hice con una gran sonrisa en la cara. Porque no había sido una despedida, sino un hasta luego. Pero, cuando descendíamos por la carretera, se nos ocurrió una idea mejor que la de regresar directos a la ciudad.

Nos desviamos a «Once metros» a reencontrarnos con nuestro pasado. La agradable sensación de libertad y frenesí que siempre me había provocado ese salto... me embargó. Nos bajamos del coche y nos quitamos la ropa hasta quedarnos en ropa interior. Antes de saltar, Oliver señaló su espalda.

—Sube.

De un saltito, me subí a ella y crucé las piernas por su estómago. Hundí la cabeza en el hueco de su cuello y le di un par de besos. Era tan apetitoso. Oliver se estremeció por mis caricias y saltamos juntos. Cuando estábamos a punto de tocar el agua, me solté para no hacernos daño al caer. Abajo, nos encontramos con Adam. Jugamos en el agua y volvimos al coche.

Esa tarde, fuimos al cementerio a visitar a la familia de Adam. Llegamos y vimos que lo que más llamaba la atención eran los dos ramos de rosas que descansaban en la tumba de su madre. Ahí estaban. Veinticuatro rosas rojas disecadas y preciosas. Pear había hecho un gran trabajo.

—¿Has sido tú? —me preguntó Adam, alucinado.

—Pear, en realidad.

—Tú se lo pediste —afirmó, sin atisbo de duda.

—¿Te gusta? —Pasé mi brazo por sus hombros.

—No creo que hubiera podido sobrevivir a esto sin vosotros.

3

El reencuentro

Nuestros amigos no sabían que habíamos vuelto de Estados Unidos. Cuando nos mandábamos mensajes con ellos, fingíamos que estábamos aún al otro lado del charco. Les habíamos dicho que en breve regresaríamos, pero no especificamos el día.

Tenía unas ganas locas de ver a Pear. Habíamos estado en contacto continuo esos años, pero no era lo mismo. Llevaba dos años enrollada con mi hermano, pero sin llegar a nada serio. Eso era algo que había que hablar cara a cara.

Después de comer en casa de los padres de Oliver, decidimos poner el «Plan Reencuentro» en acción.

Envié un mensaje a Pear.

Sara: ¡Hola, melusina! ¿Cómo va todo? Nosotros preparando las maletas para volver.

Pear: Holaaa. ¡Por fin! ¿¿Cuándo volvéis??

Sara: En un par de días.

Pear: ¿¿Sííí?? ¡¡No me lo creo!!

Sara: Enseguida nos vemos, ¿dónde andas?

Pear: Estoy en el Whistlebinkies con la pandilla al completo.

¡Genial!

—Chicos, están todos en el Whistlebinkies.

Whistlebinkies es uno de los pubs más famosos que hay en Edimburgo, además de una sala de conciertos. Desde un cartel que colocan a la entrada se puede ver toda la programación de conciertos, y uno de los días de la semana siempre lo dedican al «micrófono abierto», en el que cualquiera puede mostrar sus talentos musicales sin necesidad de ser conocido.

Me acordé de aquel bar en Las Vegas. De todas las veces que nos subimos

al escenario a cantar y crear mágicos momentos los tres juntos.

—Perfecto. ¿Vamos? —sugirió Adam. Tenía ganas de ver a los chicos.

Le dije a Pear que andaba ocupada con las maletas y corté la conversación. Media hora después, habíamos aparcado el coche y estábamos en la puerta del pub. Adam la abrió y me dejó entrar a mí en primer lugar.

En un primer vistazo, no localicé a la pandilla, y eso que no había demasiada gente. Pero, de pronto, escuché la risa de Pear. Esa risa que llevaba tanto tiempo sin oír. Descansaban todos en la barra de espaldas a nosotros. Todos, excepto Natalie. Solo había cursado un año de Medicina en la universidad en Edimburgo. Después, decidió acabar la carrera en otra universidad lejos de Escocia. Nos explicó que no quería pasarse toda la vida en el mismo lugar y que, si no lo hacía entonces, no lo haría nunca.

—Allí están —dijo Oliver en cuanto los vio.

Y fue como si Pear nos escuchara, porque giró lentamente su cabeza y nos vio. Agrandó tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas.

—¿Sara? —me preguntó para asegurarse de que no era una alucinación.

—¿Sara? —repitió Brian, extrañado. A continuación, persiguió la mirada de Pear y llegó hasta nosotros.

Y, en aquel preciso momento, todos nuestros amigos giraron sus cabezas. Lo vi a cámara lenta. Nos quedamos todos paralizados, ellos en su lado y nosotros en el nuestro. Sonreímos y nos mantuvimos la mirada los unos a los otros. Hasta que Brian dio el primer paso y vino corriendo a nuestro encuentro. Me cogió en volandas y me dio vueltas sin cesar.

En pocos segundos, me sentí rodeada por todos ellos. Y reconocí cada abrazo, cada olor, cada sensación. Aquello me acercó un poquito más a casa.

Me giré, llena de plenitud, sonriendo hacia mis amigos, y vi a Oliver, al intocable Oliver Aston, fundido en un gran abrazo con Marco. Probablemente fuera el primero que se habían dado en su vida, exceptuando sus abrazos deportivos en la pista. Adam hizo lo propio con Pear, y cuando se separaron... nuestras miradas se cruzaron. Y el mundo desapareció, porque solo la veía a ella. No era capaz de escuchar ni la música, solo los latidos de mi corazón, que danzaban desbocados por la felicidad de ese reencuentro.

Cuando llegué a su posición, ya había soltado las primeras lágrimas. Pasé mis brazos por su cuello y me aferré a ella. Y no quise soltarla nunca. Poco a poco, el sonido volvió a mis oídos y la realidad se hizo nítida.

—Esta ha sido la última vez que te largas y me dejas atrás —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Te lo prometo. —La miré bien y descubrí los cambios en su aspecto después de tanto tiempo—. ¡Qué pelo más largo, Pear! ¡Y te has quitado el flequillo! ¡Estás guapísima!

Habían pasado muchas cosas en la vida de mi amiga durante esos años. Y algunas de esas cosas las supe por Daniel. Porque lo llamaba e interrogaba para que me contara cómo mi amiga se iba recuperando de sus heridas. De las heridas que había dejado en ella mi accidente. Volvió a montar a caballo, pero ya no lo hacía con asiduidad. Ya no sentía nada al hacerlo, solo malos recuerdos. Pero, al menos, lo había superado.

Me fijé en el resto de mis amigos, todos ellos habían sufrido cambios visibles.

—Marco, ¡vaya rapada de pelo!

—Es para parecer mayor, a las tías os gustan mayores.

—Yo te veo la cara de crío imberbe de siempre, Marquito —lo vaciló Adam.

—¡Mira quién fue a hablar! ¿Cuándo te va a crecer la barba para que puedas afeitarte, Adam?

—¿Y esas patillas que te has dejado? Eres un macarra, tío. —Adam se acercó a Marco para tocarle las patillas y reírse de él.

Después de abrazarnos y reconocernos físicamente los unos a los otros, vinieron las preguntas.

—¿Cuándo habéis vuelto? ¿Y por qué estáis tan morenos? ¿No habéis dado un palo al agua o qué?—nos preguntó Brian.

—Nos acaba de decir Pear que estabais haciendo las maletas —dijo Moira en alto, aunque era más un pensamiento que una pregunta.

—Nos hemos vuelto muy rápidos —replicó Adam.

—¡Espero que no para todo, Adam!

—¡Que te jodan! —Adam se acercó a Marco y le revolvió el pelo para fastidiarlo.

—Oliver, no me digas que por fin has descubierto la teletransportación —le dijo Brian, socarrón.

—Te dije que algún día lo conseguiría. —Y le guiñó un ojo.

—Venga va, en serio. ¿Qué hacéis aquí? —inquirió Olivia—. ¿Por qué no nos habíais avisado de que llegabais?

—Llegamos ayer por la noche. No os hemos querido decir nada porque queríamos daros una sorpresa —expliqué.

—¡Y vaya sorpresa! ¡No me puedo creer que estéis aquí!

Nos abrazamos de nuevo y todo fueron sonrisas y piropos. Fue como si no hubiera pasado el tiempo.

—¡Vamos a tomar algo, tíos! ¡Para celebrar! —Brian nos dirigió con sus brazos a todos hacia la barra.

—Hablando de celebración, Briain —había echado en falta ese sonido gaélico: Briain. Adam le pasó el brazo por los hombros a Brian y caminaron juntos—, hay una fiesta de bienvenida dentro de un par de horas en casa de *Totó*. Y debemos llegar sobrios. Así que controlad, colegas.

—Joder, cómo has madurado, rockero de pacotilla.

Nos acercamos a la barra y pedimos unas Guinness. Nos las tomamos tranquilamente y hablamos de todo. Oliver, Adam y yo les contamos un montón de historias de Estados Unidos. Algunas ya las conocían, pero, aun así, nos escucharon con atención. No era lo mismo contarlo en correos electrónicos que en persona. De vez en cuando, nos interrumpían para hacer preguntas y meterse aún más en la historia. Desde que entramos en el local, no habíamos dejado de sonreír.

Todos querían contarnos en dos horas lo que había pasado en los últimos dos años. Aunque habíamos mantenido el contacto, insistían en hacernos partícipes de todo lo que nos habíamos perdido mientras no habíamos estado con ellos. No paraban de hablar, y se superponían los unos a los otros. Yo los miraba a todos sin escucharlos, y disfrutaba del momento. Los había echado de menos; aunque mis dos años en Estados Unidos hubieran sido los mejores de mi vida, había echado en falta a mis amigos.

Cuando estábamos a punto de salir por la puerta para ir todos a mi casa, Marco me sujetó del brazo y me apartó del resto de la pandilla.

—Has traído a Adam de vuelta. A nuestro Adam.

—Te dije que lo haría. De eso trataba este viaje.

—Gracias. —Nos fundimos en otro abrazo—. Ya hablaremos.

Y había mucho de lo que hablar. Porque traer de vuelta a Adam no había sido nada sencillo. Al contrario, había sido muy complicado. Tanto que hubo incluso momentos en los que realmente pensé que no lo conseguiríamos. Pero ni Oliver ni yo nos cansamos de luchar. El primer año fue el más duro, porque Adam se negaba a aceptar lo que había ocurrido y comenzó a actuar como si no pasara nada. Y pasaba de todo. Hasta que la situación lo superó y reventó. A partir de ahí, todo fue mejorando. Me acuerdo de lo que pensé en aquel momento: una vez que tocas fondo, solo puedes subir.

Cuando llegamos a mi casa, todos nos esperaban. Mi padre había

preparado una barbacoa en el jardín y lo había adornado con multitud de luces de colores y guirnaldas. Había conectado los altavoces y Lady Gaga sonaba a todo volumen. *¿Lady Gaga?* Sin duda, mi hermana Kate había metido la mano en la elección de la música.

Enseguida nos mezclamos con los invitados, que eran, en su gran mayoría, los padres de mis mejores amigos y algunos amigos íntimos de mis hermanos con los que me había criado.

Me di cuenta de que Pear y Daniel andaban muy juntitos. No se paseaban agarrados de la mano, pero estaban en todo momento el uno pendiente del otro. En cuanto pillé a Pear a solas, me acerqué a hablar con ella.

—Vaya, pero si te ha dejado un ratito sola mi queridísimo hermano.

—Y ya lo echo de menos —me dijo con pesar.

—Vaya parejita que hacéis.

—No somos pareja, solo amigos con derecho a roce.

—Oh, vamos, Pear. Lleváis dos años saliendo juntos a todas partes y yéndoos de vacaciones los dos solitos, sois supernovios. Reconócelo.

—¡Cállate! —Mi amiga miró hacia ambos lados, buscando a mi hermano —. A ver si te va a escuchar y va a salir espantado.

—Sois novios y lo sabes —le susurré al oído.

Pear sonrió con satisfacción.

Un movimiento en el centro del jardín nos llamó la atención. Eran Adam y Brian bailando animadamente al ritmo de David Guetta. Ellos dos solitos en un momento se montaron una buena coreografía. Adam y Brian siempre han sido el alma de la fiesta. Todos los observábamos risueños.

Cuando la fiesta llegó a su máximo apogeo, en un solo segundo, la música marchosa cesó para dar paso a algo más pausado. Solo necesité escuchar los dos primeros compases para reconocer la canción: *The Scientist*, de Coldplay. Era una versión instrumental. Me alejé del barullo y me situé en una de las esquinas del jardín para disfrutar con las vistas de las personas a las que más quería, pasándoselo bien.

Comencé a mecerme suavemente al ritmo de la melodía cuando unos brazos me sujetaron por detrás y un cuerpo cálido se meció conmigo.

—Hola —me susurró Oliver al oído. Una sensación de auténtico placer me invadió. Quería dejarme llevar, pero estábamos en el jardín de mi casa, con mi padre, sus padres y unas cuarenta personas más.

—Nos puede ver alguien.

—Que nos vean, no estamos haciendo nada indecoroso... todavía. —

Oliver me chupó el lóbulo de la oreja y me besó el cuello, provocándome un hormigueo por toda la zona—. Solo somos tú y yo, bailando.

Solo bailando precisamente no estábamos.

—¿Te has dado cuenta de que llevamos casi un día sin acariciarnos? Para ser exactos —miró el reloj—, veintidós horas, treinta y siete minutos y cincuenta segundos.

Sí, me había dado cuenta.

—No era consciente, ¿tanto ha pasado? —le dije, para tomarle el pelo.

—Ven conmigo, quiero recordarte lo que te hacen mis manos.

Entramos en el salón de casa entre risas y arrumacos. Nos paramos en mitad de las escaleras que suben a la segunda planta para besarnos, porque no aguantábamos más. Desde que su lengua entró en contacto con la mía, no pude parar. Necesitaba tocarlo por todo el cuerpo y sentirlo. Oliver rompió el beso y seguimos subiendo las escaleras hasta el final. Una vez arriba, me colocó en la balaustrada, donde todavía nos podían ver desde el jardín. Se puso detrás de mí y me sujetó por las caderas. Comenzó a acariciarme despacio, a la vez que me besaba el cuello y me susurraba al oído.

—Desde aquí nos pueden ver. ¿Crees que mirará alguien hacia aquí?

Ni lo sabía ni me importaba. Estaba perdida en sus caricias.

—Eres un perverso —fui capaz de decirle, con la respiración entrecortada.

—Y a ti que te gusta.

Entonces, me levantó la falda y me acarició los muslos hasta llegar al elástico de mi ropa interior.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Eres una perversa.

—Somos una pareja de perversos.

En cuanto dije la palabra «pareja», me tensé, esperando su reacción. No había pensado antes de hablar y me había salido solo. Sin filtro. Como siempre. Sentí cómo Olly se reía mientras me besaba la clavícula.

—Perversos y empollones. Somos tal para cual.

Algo me saltó en el pecho. ¿Qué significaba aquello? No solo aceptaba que éramos pareja, sino que, además, había dicho que estábamos hechos el uno para el otro. No con esas palabras, pero era lo que había querido decir, ¿no? Me entró una necesidad imperiosa de besarlo por todas partes. Me di la vuelta y arrastré hasta la pared del fondo a un Oliver confundido y excitado

por mi arranque de pasión.

—Joder, cómo me pone que te pongas así de burra.

Lo sabía. Le tiré del cabello y lo besé con fuerza. Metí mis manos por debajo de su camiseta y lo acaricié. Reconocería su cuerpo con los ojos cerrados con mi simple tacto sobre su piel, aunque me pusieran delante cientos de cuerpos de chicos diferentes. Tenía cada centímetro de su cuerpo grabado a fuego en mis retinas y en mi mente. Había recorrido cada hueco con las manos, los labios y la lengua. Y mi necesidad de seguir haciéndolo crecía cada día. Era una necesidad física, jamás había deseado con tanto fervor poseer otro cuerpo humano. Era adicta a su sabor, a su cuerpo. Podría encerrarme durante días en una habitación solo alimentándome de él. Sé que suena enfermizo, pero era lo que sentía. No necesitaba nada más para ser feliz. Solo a él. Bueno, aunque supongo que, llegado el momento, tendríamos que ingerir algún alimento si no queríamos morir de inanición.

Oliver pasó sus labios por mi cuello, impregnándome con su aliento.

—Vamos a tu habitación.

Dejó de besarme, me asió de la mano y me arrastró por el pasillo. La habitación de Daniel fue la primera que encontramos; entramos en ella porque era una manera rápida de llegar hasta la mía. Solo teníamos que cruzar el cuarto de baño. Sin embargo, no cruzamos. Porque estábamos tan necesitados el uno del otro que nos quedamos en una de las paredes de Daniel. No nos dio tiempo ni a desvestirnos del todo. Oliver me subió la falda y tiró de mis braguitas para quitármelas. Levanté primero un pie y luego el otro, y las lanzamos lejos. En ese momento, poco me importaba donde cayeran. Ojo, en ese momento.

Acerqué mis manos a su cinturón e intenté soltárselo con impaciencia, pero los astros no estaban de mi parte.

—¡Joder, quitámelo ya!

—No puedo, se ha enganchado —expliqué, casi sin respiración—. No quiere salir el palito por el agujero.

—Nena, el objetivo siempre es que el palito *entre* por el agujero —me recalcó.

—¿*El palito*? —le pregunté socarrona, mientras se desprendía de su propio cinturón. Cuando lo consiguió, se bajó los pantalones y los calzoncillos a la vez.

—Ven aquí.

Me sujetó del trasero y me obligó a rodearlo con las piernas. Caminó

conmigo encima hasta que chocamos con algo y caímos los dos. Por suerte, la superficie sobre la que caímos era blandita. Mierda, ¡era la cama de Daniel! Y Oliver ya se introducía dentro de mí.

—¡Espera, espera, en la cama de Daniel, no!

—No hay tiempo. —Y con esa última frase y un gemido profundo y gutural me penetró del todo. Y, claro, a mí el cómo y el dónde ya me daban igual. El placer que sentía era indescriptible. Era la mejor sensación que existía en el mundo. Nos movimos a la vez y sentía cómo nuestras caderas se encontraban en cada envite.

—Más fuerte —le dije.

Oliver aceleró sus embestidas y sospeché que tardaríamos muy poco en terminar.

—No aguanto más.

Me llegó un orgasmo demoledor que me recorrió de la cabeza a los pies. Y segundos después, se corrió él. Oliver salió de mi interior y se tumbó en la cama a mi lado.

Nos quedamos acostados, recuperando nuestros ritmos cardiacos.

—Daniel nos va a matar si se entera. Y a ti —apoyé mi cabeza en su hombro— te tiene muchas ganas.

—Sí que me tiene ganas, sí. ¿Y si se lo contamos?

Le pegué un golpe en el brazo y él se rio. Le encantaba provocar a mi hermano. Era un juego mutuo que se traían desde siempre.

—¡Eres idiota!

—Es solo por verle la cara.

Me levanté y busqué mi ropa interior para ponérmela y bajar a nuestra fiesta de bienvenida, pero no la encontré en un primer vistazo. Miré debajo de la cama y tampoco se hallaba allí.

—Mierda, no encuentro mis bragas, ayúdame a buscarlas.

—No las necesitas.

—No seas guarro —le dije, mientras buscaba por debajo de la cama—, no puedo ir sin ropa interior.

—Si no bajamos ya, van a venir a buscarnos. A mí no me importa que vayas sin bragas. —Y mientras me lo decía, me metió una mano por debajo de la falda y me tocó el trasero. Le pegué un manotazo y seguí buscando.

Un minuto después, me di cuenta de que tenía razón, llevábamos demasiado rato allí arriba, era cuestión de tiempo que alguien subiera a ver qué estábamos haciendo. Entré corriendo a mi habitación y cogí ropa interior

limpia. Volvimos a la fiesta veinte minutos después de haberla abandonado. Nada más entrar en el jardín, nos encontramos con nuestros amigos.

—¿Dónde estabais? —nos preguntó Pear.

—Viendo las estrellas.

Dije lo primero que se me pasó por la cabeza, que, aunque no era una verdad absoluta, tampoco era mentira. Porque Oliver me hacía ver las estrellas en todos los sentidos, literal y metafóricamente.

Mi mirada se dirigió a Oliver, que sonrió satisfecho por mi respuesta. Su ego acababa de multiplicarse por diez.

—Joder, qué obsesión —se quejó Brian.

—Ni te imaginas cuánto, Brian —contestó Adam, aburrido, porque él se imaginaba lo que habíamos estado haciendo. De hecho, su mirada de hastío nos confirmó que sabía perfectamente lo que habíamos estado haciendo.

Cuando la fiesta se dio por concluida, me costó horrores despedirme de Oliver. Eran demasiados meses durmiendo juntos sin despegarnos como para terminarlo de golpe y porrazo. Lo echaba mucho de menos. A los dos. El día anterior, me había quedado dormida en el sofá con mis hermanos, pero esa noche intentaría dormir sola en mi cama. Tenía veinte años, no podía ser tan difícil.

Al día siguiente, mis dos amigos y yo teníamos previsto acudir a la universidad para confirmar las asignaturas que íbamos a cursar en el primer año y recoger nuestros horarios. Oliver y yo íbamos a tener que hacer malabarismos para cuadrar las dos carreras que pretendíamos estudiar.

Entré en la habitación de Daniel para informarlo de que al día siguiente iríamos a la universidad, para que lo supiera. Y porque quizá nos tendría que hacer de guía los primeros días. Crucé el baño y lo vi sentado sobre la cama, trabajando con multitud de planos. Me imaginé que sería algún trabajo para clase.

—Daniel —lo llamé desde la entrada de su habitación.

Sin levantar la vista de sus encantadores planos, me contestó de malas maneras, como si estuviera descubriendo el cemento y yo lo hubiera interrumpido.

—¿Qué quieres? —Lo que en realidad me quiso decir fue: «Acabas de cargarte el futuro de la humanidad por interrumpirme. Lárgate y no vuelvas en media vida».

—Mañana voy con los chicos a la universidad a formalizar la matrícula.

—Vale. —En esa ocasión, el mensaje subliminal fue: «No me interesa,

lárgate de una vez. ¿Es que no entiendes que estoy a punto de hacer un gran descubrimiento para el mundo y me estás molestando?».

Cuando me daba la vuelta, un objeto de color lila, medio escondido debajo de la mesa de trabajo de Daniel, me llamó la atención. ¡Eran mis braguitas! Debía recuperarlas, pero en ese momento era imposible, porque el petardo de mi hermano me pillaría con las manos en la masa. Lo pensé unos segundos y decidí que la mejor opción era esconderlas bien debajo de la mesa y acudir más tarde a recogerlas, cuando Daniel estuviese dormido.

Me acerqué, con disimulo, a la mesa de arquitecto de Daniel e intenté alcanzar mi ropa interior con el pie. Por suerte, mi mellizo me ignoraba deliberadamente. Metí el pie debajo de la mesa y arrastré como pude las braguitas hasta el fondo. Debía decir alguna cosa ya o Daniel se daría cuenta de que escondía algo.

—Bien, pues eso, ejem, que mañana vamos a la universidad.

«¡Vaya lumbrera, Sara! ¿No podías decir otra cosa?» No me extrañó que mi hermano levantase la cabeza de sus dibujitos para mirarme.

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? —Coloqué el pie en su posición original. ¡Por favor, que esté bien escondida!

—Sí, a ti. Estás rara. Más de lo habitual —me aclaró.

—Ajá.

Eché un vistazo rápido de reojo para asegurarme de que no se veían y hablé sin pensar, otra vez.

—Pues eso, que mañana vamos a la universidad.

Levanté la vista y Daniel me arqueó la ceja. Era mejor que me fuera y no la siguiese liando más. Mis braguitas estaban a salvo. Salí escopetada de la habitación.

—¡Buenas noches!

Por supuesto, no recibí contestación.

Me metí en la cama y me abracé a la almohada. Al día siguiente, Oliver se desternillaría de la risa cuando se lo contase. Con ese último pensamiento, me quedé dormida. Así de fácil.

4

La Universidad

Después de lo que me parecieron siglos (aunque en realidad solo habían pasado tres horas), teníamos nuestras asignaturas y horarios en la mano. Ese día teníamos clase, pero habíamos decidido empezar al día siguiente. Las adaptaciones es mejor hacerlas poco a poco, irse acostumbrando pasito a pasito a las nuevas rutinas de la vida.

Salimos de Secretaría y decidimos dar una vuelta por el campus para familiarizarnos con él.

—Tenemos bastantes clases de Derecho que coinciden con algunas clases vuestras. ¿Cómo coño lo vais a hacer? —nos preguntó Adam, preocupado.

—Asistiendo a las clases importantes y faltando a las que son más sencillas —le contestó Oliver.

—Estáis pirados, estudiando dos carreras a la vez. —Adam le quitó a Oliver su horario del primer curso de Astrofísica—. Déjame ver qué asignaturas tienes. Física 1A: Fundamentos de la Física. Física 1B: El Universo. ¡Vaya coñazo! No quiero saber más.

Adam le devolvió su horario al propietario para, segundos después, quitarme el mío de las manos de malas maneras.

—A ver qué tenemos por aquí... Biología, moléculas, genes... ¡Joder, peor todavía! Como carrera, no sé, pero como método para dormir del tirón creo que has dado en el clavo, *Totó*. Estás a punto de descubrir un nuevo mundo —extendió los brazos como si estuviera presentando una obra de teatro—: el mundo del sueño profundo.

—Qué bobo eres.

—Ya me lo dirás.

—Lo mejor de todo es que estamos los tres en la misma zona del campus —comentó Oliver, ignorando los comentarios de su mejor amigo.

—Sí, al menos el primer año.

Nos encontrábamos en el campus central de la Universidad de Edimburgo, entre George Square y Potterow. Me gustaba. Edificios históricos se intercalaban con construcciones nuevas y le confería un aspecto... único. Paseamos por los alrededores, pero era tan inmensa que era

imposible verlo todo.

Mientras caminábamos, observé mis horarios. Debía hacer una buena planificación si no quería que fuera un desastre. Primero, me centraría en las clases de Ciencias Médicas, para enterarme bien de a qué asignaturas podía faltar. Y luego empezaría a asistir a las clases de Derecho. Sería complicado, pero no tenía prisa. Ya vería cuántas asignaturas podía aprobar cada año.

—¿Te apetece dormir esta noche en mi casa?

La pregunta de Oliver me sacó de mis cavilaciones.

—¿Qué?

—Puedo llamar a mi madre y decirle que vas a quedarte a dormir porque tenemos que mirar unos temas de la universidad. —Me levantó las cejas repetidas veces y me miró de manera provocativa.

¿Pasar una noche entera con Oliver? Mi respuesta fue instantánea.

—Suená bien.

—Yo paso, tíos —añadió Adam, como si a él también lo hubiera invitado —, no quiero morir por sobredosis de azúcar. Después de dos días separados, a ver quién cojones os aguanta.

Le saqué la lengua por su comentario. Había vivido nuestra historia y nuestros encuentros desde el principio, pero no era para tanto. Oliver cogió el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y llamó a su madre. Adam y yo nos adelantamos unos pasos y seguimos comentando nuestros horarios. Poco después, Oliver nos alcanzó.

—Hecho. Esta noche duermes en mi casa.

—Genial, luego aviso a mi padre.

—En tu casa, que no en tu cama. Quizá debería decirle a mamá Aston que os vigile de cerca, no sabe lo que os traéis entre manos —bromeó Adam.

—¿Y qué es lo que nos traemos entre manos? —continuó Oliver con la broma.

—Ya lo sabéis, insaciables. No me hagáis decirlo en alto.

Nos acercamos los dos a Adam y empezamos a abrazarlo y hacerle mimos. Nos pusimos todo lo empalagosos que pudimos, sabiendo lo que le fastidiaba. Adam no solía mostrar ese tipo de sentimientos en público. Acabaría con su fachada de tipo duro.

—¡Venga, un abrazo de grupo! —grité en alto.

—¡Dejadme en paz, coño!

Lo soltamos entre risas y seguimos caminando. Al dar la vuelta a la esquina, divisé a lo lejos una figura conocida; reconocería los andares de mi

hermano a kilómetros de distancia. Venía hablando con alguien, me fijé mejor y... Oh, madre mía.

Era Will.

A cada paso que dábamos más nos acercábamos. Mi corazón empezó a bombear con fuerza por la impresión; hacía dos años que no sabía nada de él. No nos habíamos escrito, ni hablado ni nada. Nunca le había preguntado a mi hermano por él. Cero contacto. ¿Qué habría sido de él durante esos años? Deseé con todo mi corazón que le hubiera ido bien y que hubiera conseguido ser feliz, como yo. No pude evitar sentir una espinita clavada en mi corazón por no haber terminado bien las cosas con él, nuestros asuntos se quedaron... inacabados.

Inconscientemente, dirigí mi mirada hacia mi mano izquierda. Todavía llevaba su anillo. Nunca me lo llegué a quitar. Lo hice por respeto. Porque, aunque no lo quería como antes, le prometí que lo llevaría hasta que nuestras posibilidades de volver juntos fueran inexistentes. Y ese momento había llegado. No me recorrieron cientos de mariposas el estómago y ni me puse nerviosa con su presencia ni me entraron ganas de besarlo. No estaba enamorada de él. Aunque sí tenía un bonito recuerdo.

—¿Sarita? —me gritó cuando estábamos a cinco metros de distancia.

Lo saludé, con timidez, con la mano. Vino corriendo hacia mí, pero, cuando estábamos a menos de un metro, se detuvo. Se acercó despacio y me dio un beso en la mejilla. Olía muy bien, pero diferente a como lo recordaba. Debía de haber cambiado de colonia, o de jabón.

—Tu hermano me ha dicho que venías. ¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Sí —me miró maravillado—, ya te veo.

Él también se veía bien, no había cambiado demasiado; el pelo más largo, quizá. Me alegré de verlo. Después de todo lo que habíamos pasado, nos merecíamos al menos poder ser algo parecido a amigos. Y sentí que podíamos llegar a serlo. Aunque mi corazón pertenecía a Oliver, le guardaba un gran cariño.

Adam carraspeó detrás de mí. Por un momento, me había olvidado de que no estaba sola. Miré a Oliver, que permanecía impassible, mirándome con fijeza y sin mostrar ningún tipo de sentimiento. Intenté despedirme de Will con la mayor premura posible para que Olly no se sintiese incómodo, pero Adam me interrumpió e inició conversación.

—¡Von Kleist! ¿A nosotros no nos das un besito en la mejilla?

—Joder, Wallace. Haces que parezca que no ha pasado el tiempo.

—Sí, yo también te quiero —le contestó el aludido.

—¿Ya habéis arreglado todo el papeleo? —nos preguntó Daniel para cambiar el rumbo de la conversación.

—Sí, ya lo tenemos todo. Mañana empezamos con las clases.

—¿Qué vas a estudiar? —Will se dirigió a mí.

—Derecho y Ciencias Médicas.

Will frunció el ceño.

—Vaya. Te pega. Lo de Ciencias Médicas. El Derecho no lo acabo de ver.

—Lástima —nos interrumpió Adam. Oliver seguía sin mediar palabra—, pero no es asunto tuyo lo que vaya a estudiar.

—Relájate, Wallace. ¿Qué pasa? ¿Ahora eres su novio y no me he enterado?

—No, yo no, pero... —lo interrumpí antes de que siguiese hablando de lo que no debía. No porque Will escuchase que Oliver era mi novio, eso no me importaba. Lo que me preocupaba era que el propio Oliver lo escuchase y me lo negase en la cara.

—Nosotros nos vamos ya, tenemos un montón de cosas que hacer.

—¿Qué tenéis que hacer, si acabáis de llegar y no vais a ir a clase?

Después de tantos años conviviendo con mi hermano mellizo, había llegado a la conclusión de que la mitad de su tiempo disfrutaba complicándome la vida. Lo taladré con la mirada.

—Cosas, Daniel. ¿Y tú? ¿No tienes clase? —lo atacó.

—Mmm... A esta hora, no —me contestó dubitativo.

—Ayer no tenías clase a primera hora, hoy tampoco tienes *a esta hora*. ¡Vaya horario más flexible! Y luego dicen que la Arquitectura es dura. ¿Lo sabe papá?

—Mejor os vais, sí —contestó enfurruñado.

Nos despedimos y nos alejamos caminando. Cuando estábamos a varios metros de distancia, escuché un grito.

—¡Sarita!

Me giré y vi que era Will quien me llamaba.

—¿Podríamos quedar algún día para tomar un café! —gritó desde la distancia.

¿Un café? ¿Con Will? ¿Y de qué hablaríamos? Nunca habíamos tenido grandes conversaciones, no teníamos demasiadas cosas en común. No me había planteado que ese día podría encontrarme con él. De haberlo hecho...

¡me habría preparado algo! Pero así, sin previo aviso, no sabía qué decir. Tampoco quería darle esperanzas, eso lo tenía claro. Aunque en algún momento tendría que quedar con él para devolverle el anillo. Más adelante. De momento, era mejor no contestar. Le sonreí, me despedí con la mano y me di la vuelta.

—¿Nos vamos? —sugerí a mis chicos.

—Sí, salgamos de aquí —contestó Oliver.

—Esperad —nos dijo Adam—. Voy a avisar a la pandilla de que nos vamos ya. Quizá les apetezca saltarse las clases y venir a tomar algo.

Esperamos a que acabasen las clases de nuestros amigos y dejamos todos juntos la universidad para ir a tomar algo a uno de nuestros pubs favoritos. Porque así funciona la universidad. Si quieres, vas a clase, y, si no... no vas. Luego, en los exámenes finales nos veríamos las caras. Oliver y yo siempre habíamos faltado a clases en el *Crowden School* para hacer otras cosas. Era nuestro privilegio. Pero poder hacerlo ahora, con todos nuestros amigos, era algo nuevo.

Sospeché que me iba a gustar. No por el hecho de faltar a clase, porque tenía claro que había ido a estudiar, quería aprender. Pero la libertad que se palpaba en el ambiente me gustaba.

Lo que pasó en Estados Unidos se quedó en Estados Unidos

Por la noche, fuimos todos a cenar a casa de los Aston. Oliver llamó a su madre para avisarla de que no íbamos solo nosotros; la pandilla al completo se había apuntado.

Y ahí estábamos, sentados en el comedor de Oliver, degustando una magnífica cena entre risas y recuerdos.

Laura había preparado una segunda fiesta de bienvenida aprovechando que estábamos todos. No entendía cómo era capaz de preparar tantísimas cosas con tan poco tiempo de antelación. Siempre la he admirado. Por una parte, me sentía culpable por ocultarle lo que ocurría entre su hijo y yo. Pero, por otra parte, ¿qué podía contarle si yo misma lo desconocía?

«Habla con Olly», me dijo mi vocecita interior. «No podéis permanecer así eternamente. Dile lo que sientes».

¿Qué debía hacer? ¿Hablar con él? ¿Arriesgarme? Quizá era mejor saber ya de una vez lo que pasaba entre nosotros porque, cuanto más tiempo pasase, más enamorada estaría de él, y más duro podía ser el golpe.

¿*Más enamorada*? ¿Acaso era eso posible? Finalicé mi charla interior y me reenganché a la conversación de mis amigos.

—Entonces, ¿qué me decís? ¿Reunimos a la banda?

Marco y Brian andaban locos por retomar el grupo de música que formaban los cuatro en el *Crowden*. En aquellos dos años, nuestros amigos habían dejado aparcado el tema de la música. Nosotros, en cambio, no habíamos parado de tocar. Nos habíamos subido a los escenarios en Estados Unidos y habíamos cantado y tocado los tres juntos.

—Por mí, sí —afirmó Adam—, me apetece tocar con todos vosotros.

—¿Oliver? —lo llamó Brian—. ¿Tú qué dices?

—Bien. Ya hablaremos.

Olly llevaba toda la tarde bastante espeso. Supuse, en un primer momento, que estaría haciendo sus cavilaciones con todas las asignaturas que teníamos ese año. Hasta que no lo tuviera todo bajo control, no se quedaría tranquilo. Lo conocía bien.

Al final de la cena, el grupo estaba de vuelta; al día siguiente, empezarían con los ensayos. Nos despedimos de nuestros amigos y nos quedamos solos los Aston y yo.

Hablamos sobre la universidad y nuestras nuevas rutinas, pero todas nuestras conversaciones acababan derivando, sin remedio, en el viaje a Estados Unidos. Acabaría pasando cuando no fuera la novedad. La naturaleza curiosa de Nick, el hermano mayor de Oliver, nos hacía preguntas que pretendían ahondar demasiado en detalles que no queríamos desvelar.

—En algún momento me tendréis que hablar de ese viaje vuestro sin papá y mamá delante.

Yo sonreí con gesto de complicidad y Oliver no dijo nada. Tenía la mirada perdida. Su hermano se levantó del sofá y le chasqueó los dedos en la cara.

—¡Oliver!

—¿Qué coño quieres? —respondió el aludido de malas maneras.

—Que despiertes, enano, estás en la luna.

—Olvídame. Y no me llames enano; soy más alto que tú, capullo.

Nick se sentó a mi lado y chasqueó la lengua.

—Caray, me lo devolvéis todavía más irascible de lo que ya era.

—Me voy a la cama. —Oliver se despidió (si a eso se le podía considerar despedida) de nosotros y subió por las escaleras hacia su habitación.

Sí que estaba raro, pero entendía que Adam y yo también. Era por el cambio. Hasta que nos adaptásemos.

Los padres de Olly se fueron a la cama y yo me quedé hablando con Nick. Y, un rato después, nos fuimos los dos a dormir.

Me metí en mi habitación, porque, después de tantos años incluso tenía un cuarto propio en la casa de Oliver, y me acosté sobre la cama. Estiré la mano y pensé que era una cama demasiado grande para mí sola. En los últimos dos años no había dormido ni un día sola, ni uno. Y de vuelta en Edimburgo ya llevaba dos. Después de dudar durante más o menos cinco minutos, me di cuenta de que no tenía ningún sentido que yo estuviera ahí, y él estuviera solo en su cama. Ya éramos adultos, teníamos veinte años. Y sus padres nos habían visto dormir juntos toda la vida.

Salí de mi habitación y me sorprendió que Olly no hubiera venido antes a mi encuentro. Recorrí sigilosa el pasillo hasta que llegué a mi destino. Me paré enfrente de su cuarto y abrí despacio la puerta. Estaba en penumbra, pero se vislumbraba un bulto metido en la cama, se debía de haber quedado

dormido. Me acerqué despacio, de puntillas, y me acosté con él. Estaba tapado hasta las orejas, no importaba que estuviéramos a veinte grados de temperatura o a cincuenta, él siempre dormía con el edredón hasta arriba. Me aproximé y lo abracé por detrás. Mmm... ahora todo estaba en su sitio. Aspiré su olor y le acaricié el brazo; él dio un respingo y se apartó.

—Tranquilo, nene. Solo soy yo.

—No te esperaba.

—Bueno, tus padres están acostumbrados a que durmamos juntos, no se van a escandalizar. —La idea de hacer cosas indecentes con Oliver en la casa de sus padres se tornaba atractiva, muy atractiva. Acerqué mi boca a su oído y le susurré—. Aunque, esta vez, tendrás que ser sigiloso. Sé lo que te gusta gritar mi nombre, pero intenta contenerme. —Le di un beso detrás de la oreja y metí mi mano por debajo de su ropa interior.

—Sara, estate quieta —me apartó la mano de su piel.

—No se van a enterar, tontito.

Oliver se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero. Yo lo imité.

—¿Qué te pasa? —No entendía nada, estaba muy raro.

—Nada, ¿puedes volver a tu cama, por favor? —me dijo exasperado.

«¿¿PERDONA??». La sangre me zumbó en los oídos. ¿Que me fuera a mi cama? ¿Pero qué...?

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté, como si no lo hubiera escuchado bien la primera vez. Porque era imposible que lo hubiera escuchado bien.

—Sí, estoy cansado, no... no me apetece hacer nada.

Estaba muy serio, incluso parecía... ¿enfadado? ¿A qué venía aquello? ¿Qué había hecho? Me di cuenta de que el amor te hace tremendamente insegura.

—No tenemos que hacer nada, Oliver. Solo dormir.

Suspiró. Sí, uno de sus fuertes suspiros. Es curioso que en algunas ocasiones me parezcan adorables y en otras me den ganas de estrangularlo. Todavía no tengo claro cuál de las dos se me antojaba ese día.

—Tenemos que hablar.

«Oh, oh». Se levantó de la cama. Sólo llevaba encima el bóxer negro.

—Oliver, ¿qué pasa?

Se frotó los ojos con la mano y miró al techo. Miré yo en esa dirección a ver qué era lo que le parecía tan interesante, pero no había nada.

—¿Oliver?

—Sara —me percaté de que, desde que había entrado en la habitación, me

había llamado por mi nombre; hacía mucho tiempo que no me llamaba por mi nombre—, no... no podemos seguir haciendo esto.

No, por favor. Estaba teniendo un *déjàvu*. Pero no, no podía significar lo que yo creía. O quizá sí. Quizá había llegado por fin ese momento que llevaba meses temiendo.

—¿Hacer, qué? —«Dilo», lo insté con la mirada.

—Hacer esto, Sara. —Nos señaló a ambos—. Acostarnos de vez en cuando. Mantener relaciones sexuales.

—¿*Acostarnos de vez en cuando*? —Me levanté de la cama y lo enfrenté—. Será una bromita, ¿no? Desde ya, te digo que no me está haciendo ni puñetera gracia.

—Sara.

—¡Ni Sara ni mierdas! Llevamos siete meses «manteniendo relaciones sexuales», como tú dices —hice comillas con mis dedos ante su manera de expresar lo que habíamos estado haciendo. Para mí, hacíamos el amor—, cada día. Cada puñetero día, Oliver. Así que, dime, por favor, ¿qué pasa?

—Pasa que hemos vuelto al mundo real.

Fue como si me arrancaran la piel a tiras. Así debía de sentirse. «Respira, Sara. No te olvides de respirar».

—¿Al mundo real? ¿Acaso estos dos últimos años no han sido reales?

—No, Sara, no lo han sido. Hemos estado viviendo en una burbuja, como dijo Adam, pero se ha roto, y tenemos que retomar nuestras vidas de siempre. Donde tú y yo somos mejores amigos, pero nada más.

¿Eso era lo que pensaba de nuestra relación? ¿Que no había sido real? Claro que ninguno de los dos dijo en ningún momento que fuera una relación, no hablamos de nuestros sentimientos, pero yo pensé... No importa lo que pensase. Durante los últimos meses había estado tentada de preguntarle: ¿qué somos? Y esa noche casi me había decidido a hacerlo. Si se lo hubiera preguntado antes, quizá ahora no estaría sufriendo. Para él, solo disfrutábamos físicamente el uno del otro. Eso había sido para él, un rollo. No me derrumbaría, no delante de él. Por lo menos, ya sabía la verdad.

—Tienes razón, esto es el mundo real. Lo siento, pensé que tendríamos unos días de adaptación. Culpa mía. —Todavía no entiendo cómo fui capaz de seguir hablando. Mi corazón se rompía en mil pedazos como si una bomba nuclear hubiera explotado desde dentro. Si no salía de esa habitación en ese momento... Me di la vuelta y salí corriendo.

Me puse unos pantalones y unas playeras que tenía en el armario de mi

dormitorio.. Siempre guardaba ropa de recambio en aquella casa. Bajé las escaleras con sigilo para no despertar a nadie. Por suerte, había ido en mi coche. Salí escopetada de la propiedad de los Aston.

Aceleré y aceleré; cien kilómetros por hora, ciento treinta, ciento cincuenta, ciento ochenta, doscientos... No fui capaz de levantar el pie del acelerador. Dolía demasiado, jamás pensé que dolería tanto. Nunca antes había dolido tanto. Conduje sin rumbo, no sabía a dónde ir, no sabía a quién acudir. El terror se agolpaba dentro de mí. Me había dejado. Oliver me había dejado. Se me formó un nudo en el estómago que provocó una fuerte oleada de nauseas en mi garganta.

Media hora después, disminuí la velocidad, detuve el coche y me quedé sentada mirando al vacío. Cogí el móvil y marqué un número de teléfono que me sabía de memoria.

—*¿Sí?*

—Pear.

—*¿Sara? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?*

—No —le confesé entre sollozos.

—*¿Dónde estás?*

—En el acantilado.

—*No te muevas, voy para allí.*

«Bien, ya viene Pear, todo va a estar bien, Sara. Solo espera un poco más. No te derrumbes ahora».

Para cuando llegó mi amiga, las lágrimas corrían sin control por mis mejillas. Me abrazó fuerte y empecé a hablar sin control. Le conté a Pear que acababa de discutir con Oliver como si ella fuera consciente de toda nuestra relación.

—Pero ¿de qué me estás hablando, Sara? ¿Estáis juntos? ¿Olly y tú? — me preguntó alucinada.

—¿Juntos? No lo sé, Pear. ¿Qué significa estar juntos? Hemos ido de la mano paseando por multitud de calles y playas, hemos visto las estrellas y dibujado las constelaciones con nuestros dedos, hemos hecho el amor cada día y nos hemos despertado el uno en los brazos del otro. —Paré para respirar—. Hemos ido al cine, al teatro, hemos cantado y tocado juntos...

—Sara —me abrazó fuertemente—, eso es una pareja.

—Él no lo ve así.

—Sara, cuéntamelo todo.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio, suele ser un buen comienzo —me animó Pear.

—Ni siquiera sé cuál es el principio.

—Entonces empecemos por el momento exacto en el que tú y yo nos separamos.

La miré con el ceño fruncido.

—Eso nos lleva al avión camino de Boston.

—Perfecto. Empieza por ahí. Y no te dejes los detalles. Quiero saberlo todo.

Dos años y tres meses antes

6

Estados Unidos: la llegada

Boston. Junio de 2010.

Nos subimos al gigantesco avión, nerviosos, impacientes, expectantes ante la apabullante incertidumbre de lo que nos depararía el futuro. Apenas hablamos entre nosotros durante el viaje, estábamos sumidos en nuestros pensamientos. Yo pensaba en Adam, me asustaba que recayera en la depresión, que dejara de expresarme sus temores, sus anhelos, sus emociones. El viaje a Estados Unidos era un soplo de aire fresco, pero, por otra parte, era algo tan nuevo, tan desconocido, que asustaba. Me asustaba por tener la certeza de que aquel *nuevo hábitat* no lo controlaba. Y porque estábamos solos. Ahora nuestra supervivencia dependía solo de nosotros.

Pensaba en Daniel. En que me hubiera gustado despedirme de él de otra manera. Avanzábamos un paso en nuestra relación y retrocedíamos tres. Sin embargo, confiaba en él. Confiaba tanto que sentía que había dejado a Pear en buenas manos.

Y pensaba en Will. En que me daba pena que lo nuestro no hubiera funcionado. Pero solo eso, pena. Ni dolor, ni arrepentimiento, ni ganas de arrancarme de la piel nuestra historia, como cuando sucedió lo de Tessa. ¿Fue amor adolescente? ¿Qué significa *amor adolescente*? ¿Una especie de amor intenso, pero sin... profundidad?

En fin, que mi viaje en avión dio para mucho.

Despegué mi rostro de la pequeña ventana del avión y miré a mi izquierda. Oliver tenía los ojos cerrados y la boca semiabierta. Me asomé unos centímetros más y divisé a Adam con los ojos igual de cerrados y con la boca abierta por completo. Quizá la única sumida en mis pensamientos era yo. Mis chicos solo dormían. Me embargó la ternura y sonreí, porque la verdad es que estaban de foto.

El viaje se me hizo peligrosamente corto. Un rato con mi iPod escuchando música, un poco de lectura, una película y habíamos llegado.

Cuando escuché que volábamos cerca de nuestro destino, desperté a los

chicos. Enseguida, el piloto nos comunicó la hora y temperatura en Boston. Comencé a guardar todas mis pertenencias en la mochila.

—¿Sincronizamos relojes? —nos sugirió Oliver.

—Sincronizando —dijimos Adam y yo al unísono.

Me asomé a la ventana, y Boston apareció bajo mis pies. A cada segundo, nos acercábamos más, y la ciudad se hacía más grande. Cuando aterrizamos, nos quedamos sentados en los asientos mientras los responsables se ocupaban de abrir las puertas del avión.

—Ya estamos aquí, chicos —les dije, para compartir con ellos ese gran momento ante el que nos encontrábamos.

—Sí, no hay vuelta atrás. Hola, Boston. —Oliver, tras saludar a nuestro nuevo hogar, me miró con disimulo. Fueron solo unos segundos, pero suficientes para compartir nuestra preocupación por Adam, por la situación, por lo que nos esperaba fuera del avión. Por todo.

Nos bajamos del avión con una sonrisa de oreja a oreja. Era una sonrisa nerviosa, temblorosa, pero sonrisa al fin y al cabo. Éramos libres. Libres para vivir como quisiéramos, con nuestras normas. Y a nuestro ritmo.

Teníamos algo de dinero ahorrado para sobrevivir un par de meses, por lo que encontrar trabajo no era nuestra máxima prioridad. Recogimos las maletas de la cinta transportadora y salimos al exterior.

Cerré los ojos. Inspiré. Me llegó el aroma de Boston. Era un olor... diferente. ¿Es posible que los países huelan? Inspiré el aroma de nuevo. Definitivamente, olía distinto. También los colores eran diferentes. Boston era... rojizo. Escocia era verde.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Yo iría al apartamento a dejar las maletas y, luego... sobre la marcha —sugirió Olly.

—Bien —aceptamos Adam y yo.

Cogimos un taxi y compartimos con el taxista la dirección del apartamento que habíamos reservado semanas atrás desde el *Crowden School*. Observaba por la ventana el camino que recorríamos. Era un paisaje tan diferente... Aunque ya lo había imaginado. Antes de nuestro viaje, había navegado por la web para conocer los sitios más emblemáticos de la ciudad y hacerme con el ambiente.

Cuando bajamos del taxi, nos quedamos, de pie, observando el edificio. No era la típica construcción señorial de Boston, pero no estaba mal, solo un poco ruinoso.

La casera del apartamento nos había comunicado un par de días antes que nos dejaba las llaves en el piso de enfrente. Llamamos al timbre y nos abrió la puerta un chico de color, alto, muy alto y con *piercings* por todo el rostro. En la ceja, en la nariz, en el labio, en la barbilla. Todo ello, sumado con la actitud de su cuerpo, daba la impresión de ser alguien despreocupado, libre.

—¿Sois los nuevos vecinos? —nos preguntó, aburrido.

—Sí —contestamos los tres a la vez, asombrados por su acierto. Aunque quizá era solo que el hombre no recibía demasiadas visitas.

—No os sorprendáis tanto, vuestros blanquecinos y flacuchos cuerpos dicen a gritos que sois ingleses.

—Escoceses, en realidad —lo corrigió Oliver.

—¿No es lo mismo? —nos preguntó con desdén.

—Sí, ¿nos das las llaves? —le dije con rapidez, antes de que Adam iniciase una discusión sobre política y nacionalidades. Lo vi abrir la boca para replicar, pero, ante mi intervención, la cerró sin emitir sonido alguno.

—Esperadme aquí. —Se dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero retrocedió sobre sus pasos y se colocó frente a nosotros señalándonos con el dedo—. No entréis en mi apartamento. Nunca.

Cuando desapareció por el pasillo de su morada, nos miramos los tres los unos a los otros.

—¿Y este pirado?

—¡Shhh! ¡Cállate, Adam! A ver si nos va a oír.

—Me importa dos cojones que me escuche. ¿*Ingleses*? ¿Le pregunto yo en su cara si es canadiense? ¿¡Es que acaso no sabe diferenciar dos putos países!?

Poco después, nuestro estrafalario vecino nos entregó nuestras llaves y nos cerró la puerta en las narices. Ya sabíamos a quién no debíamos molestar para pedir un poquito de sal en caso de necesidad.

Nos dimos la vuelta y entramos en nuestra nueva casa. Era pequeña, muy pequeña.

—Este es nuestro hogar, tíos. —Oliver entró en el mini apartamento y dio una vuelta completa sobre sí mismo señalando el espacio con los brazos extendidos.

Lo que vimos fue una habitación cuadrada con una minúscula cocina y un sofá decente, con una mesita auxiliar enfrente y una televisión del año de mi abuela. Las paredes amarillentas tenían algunos trozos con el papel caído a tiras y, al fondo a la derecha, se podía ver una pequeña habitación donde

asomaba una cama y poco más.

—Es perfecto —anuncié con una gran sonrisa en la cara.

Las siguientes semanas se convirtieron en un torbellino de actividades donde nos familiarizamos con el ambiente, buscamos trabajo e hicimos turismo por una de las ciudades más antiguas de Estados Unidos. Recorrer la ciudad no nos llevó más de diez días, y encontrar trabajo, dos más.

Nos contrataron, a los tres, como dependientes para una tienda de ropa juvenil en Copley Place, un centro comercial en el centro de la ciudad. Se trata de una tienda de ropa mundialmente conocida donde contratan a jóvenes estudiantes por un bajo salario. En aquella ciudad, había mucho movimiento estudiantil, y habíamos llegado en la época en la que terminaban las clases en las universidades y se producían todas las contrataciones nuevas para el curso siguiente. Cuando nos facilitaron el calendario de trabajo, descubrimos que nuestros turnos no coincidían demasiado, pero establecimos una rutina.

Por las mañanas, nos levantábamos temprano para nuestra sesión de *footing* diaria. Cada día, recorríamos un sitio diferente de la ciudad y descubríamos lugares que, más tarde, en nuestros ratos libres, visitaríamos. Todos los días almorzábamos los tres juntos, era nuestro momento especial, y era imperturbable. Al menos hasta que alguien lo perturbaba.

La primera vez sucedió cuando llevábamos dos meses en la ciudad. Olly nos envió un mensaje para avisarnos de que no podía acudir a comer. ¿Que no podía? ¿Por qué? No nos dio ninguna explicación y tampoco se la pedimos.

—¿Cómo que no puede? —pregunté a Adam, por curiosidad— ¿Qué tiene que hacer que no sepamos?

Una vocecita interior me dijo que Oliver tenía una vida y que no podía pretender que me avisase de todo lo que hacía. Lo entendí, por supuesto que lo entendí. Era solo que me resultaba extraño no saber dónde se encontraba las veinticuatro horas del día. En el *Crowden* siempre nos teníamos los tres localizados. Pero ya no estábamos allí, por lo que debía cambiar el chip. A pesar de ir allí juntos, éramos tres personas independientes.

—¡Y yo qué coño sé! Y tampoco me importa.

Por supuesto que no le importaba, porque, desde que habíamos llegado, nada le importaba. Estaba en fase de negociación, otra vez. O quizá nunca había

salido de ella.

Antes de emigrar de Edimburgo, había notado una mejoría en su humor y pensé que la primera fase de todas, la peor, la más dura, aquella fase en la cual se negaba a aceptar que su familia no estaba y se rebelaba contra el mundo, la habíamos superado. Incluso los primeros días, después de llegar a Boston, se le veía animado por el cambio, por estar los tres juntos y lejos de todo aquello, pero día tras día su humor fue decayendo.

Lo asemejé con un capítulo que había visto en una serie de médicos. Al parecer, antes de morir, algunos enfermos terminales sufren un subidón de energía, parecen recuperados, pero después, caen con más fuerza hasta morir. Y eso era lo que le había pasado a Adam. Tuvo un subidón por la ilusión de ir a Estados Unidos y cambiar de aires, por dejar todos los recuerdos dolorosos atrás. Pero, en cuanto se dio cuenta de que los problemas que dejó allí habían venido en el equipaje (fue exactamente lo que me advirtió Daniel), volvió a caer. Y mi miedo era que cayese más profundo de lo que estábamos, como los enfermos terminales.

¿Cuándo tocaríamos fondo?

La novedad había pasado, y los fantasmas volvían a acecharlo en la oscuridad. Por las noches, tenía pesadillas; lo escuchábamos e intentábamos apoyarlo y permanecer a su lado, pero estaba cerrado en banda. Rechazaba nuestra ayuda y huía despavorido a la calle para regresar horas después sin explicarnos ni qué había hecho ni dónde había estado ni con quién. Tenía claro que esa actitud en Oliver debía aceptarla, pero no en Adam. No hasta estar segura de que estaba centrado. Al menos, no volvía ebrio. No quería retroceder a aquella etapa. No quería retroceder el camino andado. No podía hacerlo. Sería horrible.

Por eso me había comprado varios libros. Cuando tenía tiempo libre, me sentaba en algún parque o en la Biblioteca Pública de Boston y leía. Leía sobre cómo ayudar a alguien que había perdido a un ser querido, o en nuestro caso, a demasiados seres queridos. Leía sobre las diferentes etapas de lo que se conoce como «duelo», ese proceso de adaptación emocional por el que pasa cualquier persona después de perder algo o a alguien. Acudía a la biblioteca, investigaba, preguntaba, volvía a leer. Haría lo que hiciera falta. Pero me sentía tan perdida... Yo no era psicóloga. ¿Y si nuestra ayuda no era suficiente? ¿Y si, por aferrarnos a la idea de que los tres juntos podíamos superar cualquier adversidad, lo estábamos perjudicando?

En ocasiones, nos creemos titanes contra el mundo, pero hasta ellos

tuvieron su derrota frente a seres inferiores.

—Adam, ¿vas a dejar esa actitud pasiva agresiva en algún momento? — Suspiré y me dejé caer derrotada en el respaldo de la silla. Quería discutir con él, que lo sacase de dentro, lo que fuera, pero que saliese. Me gustaba el Adam que gritaba, que sentía, que luchaba. No aquel Adam que pasaba de todo y de todos y no hacía otra cosa más que dar malas contestaciones. Tenía que provocarlo. El aludido me miró y me taladró con los ojos.

—¿Quieres decirme algo, Sara?

Hacía semanas que no me llamaba *Totó*. Algo que debería alegrarme, porque nunca me gustó ese apodo, pero no, me entristecía muchísimo. «Venga, Sara. Te lo está poniendo muy fácil. Dale donde más le duele para hacerlo reaccionar, para que se dé cuenta de que, si no es por las buenas, será por las malas».

—Podemos buscar a alguien que nos ayude. Hace tiempo que no hablas con...

—¿Con un puto loquero? —me gritó, enloquecido. Bien, íbamos por buen camino. «Cabréate, Adam. ¡Siente algo, joder!».

—Adam, podríamos contactar con un buen psicólogo que pueda aconsejarnos sobre cuál es el camino a seguir. —No me gastaba un farol del todo. Una ayuda externa no nos vendría mal.

Pero no era una opción, su mirada me lo dijo. Y no quería discutirlo conmigo. Había metido la pata hasta el fondo. No sabía cómo acertar con Adam, había momentos en que volvíamos a ser los de siempre, pero, en otros, se me escurría entre los dedos. Ya no sabía ni cómo hacerlo enfadar.

—Se me ha quitado el hambre.

Se levantó y se marchó. Me quedé sola.

«Bien. Lo estás haciendo *genial*, Sara». Pero no me rendí. «Voy a cabrearte, Adam, algún día. Te prometo que voy a hacer que sientas de nuevo».

Para cuando llegué por la noche a casa, me había olvidado de que Oliver no había venido a comer y de que todavía no había dado señales de vida. Todos mis pensamientos se centraban en Adam. En ayudarlo, en salir del puto pozo en el que llevábamos meses ahogándonos.

Al llegar al rellano de mi piso, vi que la puerta de mi *simpático* vecino estaba abierta y que tenían una buena fiesta montada dentro. La música se escuchaba desde el ascensor. Cuando metí la llave en la cerradura, alguien salió de la casa.

—Vaya, vaya. ¿Y esta preciosidad?

—Es la inglesa de la que te hablé.

Giré la cabeza para fulminarlos con la mirada y me metí en el apartamento.

La puerta de la habitación estaba cerrada, lo que significaba que Adam estaba dentro. No lo molesté. Debía planear bien mi estrategia.

Me apetecía cambiar de aires, Boston no estaba resultando. Empecé a sopesar una idea en mi cabeza. Encendí la tele y paseé por los canales, sin concentrarme en nada en concreto. Dejé uno al azar.

En ese momento, se abrió la puerta del apartamento.

—Hola, nena. ¿Qué tal el día? —Oliver hizo un escaneo rápido por el minúsculo apartamento—. ¿Estás sola?

—Si me preguntas por el «sin sangre», está encerrado en la habitación. Me parece que hoy dormimos en el sofá. Al menos, yo.

Oliver se quitó la sudadera, la tiró de cualquier manera encima de una silla y se sentó conmigo en el sofá. Demonios, con lo meticoloso que es con sus mapas estelares y sus papeles, desde luego el orden del apartamento le importaba un comino.

—¿Ha ocurrido algo? —me preguntó, arrugando la frente.

Antes de contestarle, me señaló con la cabeza la televisión, preguntándome en silencio qué narices veía. Me encogí de hombros y me quitó el mando de la mano para cambiar de canal.

—Lo que viene siendo la tónica de las últimas semanas. Pasotismo, pasotismo y más pasotismo.

—Tenemos que hacer que reaccione.

—He pensado que deberíamos mudarnos.

—¿Cambiar de ciudad? —Asentí con la cabeza—. ¿A dónde?

Oliver se acercó más a mí y me pasó el brazo por los hombros. Me acurruqué contra su pecho. Al menos, sabía que no estaba sola.

—He pensado en Nueva York. Es una ciudad que tiene de todo. Algo encontraremos que lo distraiga.

—Me gusta Nueva York.

—¿Tenemos dinero para los billetes de avión y para alojarnos en algún lugar durante un tiempo hasta que encontremos trabajo? —Me negaba a viajar tantas horas en coche con Adam y su nuevo humor. Oliver era el responsable de las finanzas. Miró hacia el techo e hizo un cálculo rápido.

—Si nos alimentamos de mantequilla de cacahuete y tofu durante las

próximas semanas y utilizamos el fondo que nos queda para emergencias, sí.

Lo pensé un instante y me eché a reír a carcajadas. Era reír o llorar. Y debía ser positiva. La libertad podía llegar a ser una verdadera mierda.

—Lo superaremos. Y, cuando tengamos cuarenta años, nos reiremos de todo esto. —Inclinó la cabeza para acercar sus ojos a los míos y nos miramos—. No podemos rendirnos.

—Cuéntame algo gracioso —le sugerí, recostándome en su hombro.

—¿Gracioso? Déjame pensar. —Volvió a mirar hacia el techo durante unos segundos—. Ya lo tengo. Un par de físicos teóricos discuten el presupuesto para un acelerador de partículas. Uno le dice al otro: «Joder, qué caro sale todo. ¿Por qué no podemos hacer como los matemáticos, que solo necesitan papel, lápiz y una papelera?». «O como los filósofos», le contesta el otro, «que solo necesitan papel y lápiz».

Levanté la cabeza, lo miré y estallé en carcajadas.

—¿Descartamos Filosofía como futura carrera universitaria?

—Sí, descartamos Filosofía. Venga, te cuento otro chiste, que me he venido arriba.

¿Cómo no! Oliver y sus fricadas. Cuando se pone a hablar de ciencia, sea en el ámbito que sea, no hay quien lo pare. Puede pasarse horas, incluso días, hablando de ello. Y a mí me encanta escucharlo, no voy a negarlo. Adoro verlo en su hábitat.

—En cierta ocasión, le preguntaron a un vendedor cómo podía vender tan baratos sus sándwiches de conejo. A lo que respondió: «Bueno, tengo que admitir que hay un poco de carne de caballo. Pero la mezcla es solo cincuenta-cincuenta, uso el mismo número de conejos que de caballos».

Me volví a reír sin parar.

—¿Descartamos Estadística? —le pregunté.

—Descartada.

—Admítelo, Olly, estás deseando poder ir a la universidad para meterte con los estudiantes de Filosofía, Estadística y Química.

—De hecho, puede que me haya colado ya en algunas clases de la Universidad de Boston.

—No quiero saberlo.

—Pues allá va otro. Va un átomo caminando por la calle con claros síntomas de estar preocupado, cuando otro átomo conocido lo ve y le pregunta: «¿Qué te sucede? ¿Por qué esa cara de preocupación?». A lo que responde: «Es que perdí un electrón». «Bueno, no le des importancia, hay que

ser positivo».

Me lloraban los ojos de la risa. ¡Ese sí que era bueno!

—La Física tiene posibilidades —le dije, limpiándome las lágrimas de los ojos.

—Sí que las tiene. Venga te toca.

—¿Yo? Mmm... ¿Qué le dice un superconductor a otro? «Joder, qué frío, no resisto más».

Los dos nos reímos sin parar. Porque, en ese momento, estábamos en nuestra pequeña burbuja que nos protegía de todo.

—Definitivamente, Física.

—Nena, tienes que colarte conmigo en algunas de esas clases. Te van a encantar.

Seguimos hablando de chistes absurdos sobre ciencia hasta que nos empezó a doler la tripa de tanto reírnos. Y era consciente de que a la mayoría de la gente esas cosas no les hacían tanta gracia, pero era nuestro mundo. Y ambos lo necesitábamos.

—¿Estará Adam dormido? —me preguntó Oliver mientras engullíamos un paquete de patatas fritas en el sofá un rato después.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Qué te parece si entramos en la habitación, lo despertamos y le contamos chistes sobre ciencia sin parar?

—Creo que va a enrabiarse. No nos soporta cuando nos ponemos en plan friki.

—¡Genial! ¡Empiezas tú! Cuéntale el del superconductor. Nos va a odiar.

—Perfecto, al menos es una reacción.

Estados Unidos: el primer año

Después de Boston, pasamos cuatro meses en Nueva York. No era nuestra intención quedarnos allí tanto tiempo, porque los alquileres en Manhattan no son precisamente baratos, pero un hecho excepcional hizo que pudiéramos permitirnos disfrutar de la ciudad más cosmopolita del mundo con cantidades ingentes de dinero en el bolsillo.

Al poco de llegar, mientras recorríamos las calles neoyorkinas en una de nuestras sesiones matutinas de *footing*, vi algo en la acera de enfrente que me llamó la atención. Me coloqué la mano en la frente a modo de visera, para evitar el reflejo de la luz del sol, y enfoqué la mirada en el escaparate. Se trataba de una tienda de instrumentos musicales.

De pronto, apareció un hilo invisible que me impulsó a caminar hacia ese lugar sin que yo pudiera evitarlo. Me quedé parada en mitad del pavimento unos segundos, lo que hizo que mis amigos cesaran su carrera y mirasen hacia atrás para ver por qué me había detenido.

—¿Totó?

Sin decirles nada, crucé al trote hacia la tienda. Mis amigos me siguieron sin hacer preguntas. Observé el interior unos segundos a través de la puerta de cristal y, acto seguido, accedimos a ella. La tienda por dentro era grande y alargada, formando un perfecto rectángulo. Los instrumentos aparecían por doquier y, al fondo, había un gran mostrador, donde un dependiente atendía a unos señores. Las paredes estaban llenas de partituras enmarcadas y retratos de compositores. Resultaba... acogedora.

No pude evitar acordarme de mi piano. Habíamos vuelto a ser amigos. No estaba al mismo nivel de antes de mi accidente, pero me conformaba. Desde que habíamos dejado Edimburgo meses atrás no había vuelto a tocar.

La tienda estaba bastante concurrida y el mismo hilo invisible que me había llevado hasta allí me arrastró sin remedio hacia uno de los pianos que descansaba solitario en una de las esquinas del fondo de la tienda.

Sin más tiempo para pensar, mis dedos se deslizaron por cada una de las teclas interpretando *Bad Romance*, de Lady Gaga. Era justo la canción que escuchaba en el iPod mientras corríamos minutos atrás. Oliver se sentó junto a mí y formó acordes acertados con su mano izquierda, de modo que

acabamos tocando la pieza a cuatro manos.

Sin previo aviso, aceleré mis movimientos y toqué a toda velocidad. Olly me siguió sin problema, era algo que hacíamos habitualmente, nos sentábamos e improvisábamos juntos. En otro momento de la pieza, me calmé y disminuimos la velocidad a propósito. Durante el resto de la actuación, jugamos a acelerar y decelerar para ver si éramos capaces de seguirnos el *tempo* el uno al otro.

Cuando dimos por finalizada la interpretación, escuchamos aplausos. Al parecer, mientras tocábamos, habían entrado varios viandantes a la tienda movidos por el sonido de la música. Estábamos tan concentrados en el piano que no nos habíamos percatado.

Dimos las gracias por los aplausos y las palabras de admiración y, cuando nos disponíamos a abandonar la tienda, alguien nos retuvo.

—Eso —me dijo mi interlocutor señalando el piano con la cabeza— ha sido impresionante. ¿Quieres trabajar para mí?

—¿Perdona?

«¿Que si quiero qué?». Me fijé bien en él. Era un hombre alto, bien entrado en la cuarentena. Iba trajeado y con el cabello cano engominado, llevaba un maletín en la mano izquierda y un café para llevar en la derecha.

—Quiero que des clases de piano a mi hijo, estoy dispuesto a pagarte hasta cuatrocientos dólares la hora.

Adam escupió todo el líquido de la botella de agua que bebía encima de mi hombro. Lo miré con indignación e intenté limpiarme la sudadera.

—Aceptamos. —Oliver tendió la mano al hombre trajeado para sellar el trato.

Y, así, comencé a dar clases de piano a un niño pijo de la Quinta Avenida de once años de edad y con pocas dotes para la música.

Consecuencia: su padre quería que practicásemos todos los días laborales durante un par de horas al día.

Siguiente consecuencia: cuatro mil dólares semanales para nuestro bolsillo. Adoraba Nueva York.

Sin embargo, la felicidad no duró demasiado. No sé quién fue la primera persona en afirmar que el dinero no da la felicidad; sé que Oscar Wilde lo dijo, pero ignoro si fue el primero en hacerlo. Desde luego, fuera quien fuera, lo bordó.

Poco después de empezar con las clases de piano, una mañana volví temprano al apartamento que habíamos alquilado en el barrio de Harlem. Mi

paseo en solitario se había visto truncado por un terrible dolor de cabeza. Abrí la puerta de acero y me llegó un sonido desde el fondo de la vivienda. Qué extraño. Adam estaba trabajando y Oliver había ido a la Universidad de Nueva York a colarse en algunas clases, como de costumbre. Parecía la televisión del dormitorio. ¿Nos la habíamos dejado encendida?

Crucé el pequeño y luminoso salón de estilo *vintage* y me aproximé hacia la habitación por el estrecho pasillo. La puerta estaba entornada. La abrí del todo y oteé el interior. Nuestra habitación en esa ciudad contaba con dos camas enormes y una minúscula mesita en el medio. Y tirado en una de las camas, con las sábanas desordenadas y medio arrastradas por el suelo, descubrí a Adam viendo un concurso matutino de televisión.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes turno en la cafetería? —Antes de mi contratación como profesora de piano, Adam había encontrado trabajo en una gran franquicia de cafés.

—Lo he dejado —me dijo, sin mirarme.

—¿Cómo dices?

—No tiene ningún sentido que siga trabajando más de ocho horas diarias por una mierda de salario cuando tú te estás hinchando los bolsillos con el finolis del piano. No nos hace falta.

Ah, no, eso sí que no. No me importaba que no necesitásemos el dinero, Adam debía trabajar. No podía estar veinticuatro horas al día en casa sin nada más que hacer que regodearse en su desgracia. Tenía que estar entretenido con algo, no quería que tuviera todo el santo día para pensar.

—Ni lo pienses, Adam. Habla con el encargado y vuelve al trabajo —le ordené.

—¿Qué dices? —Bajó el volumen de la televisión y se levantó de la cama para enfrentarse a mí—. Ni de coña. Además, Oliver tampoco trabaja.

—Adam, no es una sugerencia. Vuelve al trabajo. —Me crucé de brazos y lo enfrenté sin miedo.

—¿Por qué? —Levantó los brazos en señal de frustración—. ¿Por qué coño quieres que vuelva al puto trabajo si no lo necesitamos?

—Porque no quiero que estés todo el puñetero día en casa sin hacer nada.

—Haré lo que me dé la jodida gana, tú no eres mi madre.

Los dos nos tensamos ante la mención de su madre. Son esas típicas frases que te salen sin pensar. *Me cago en tu madre, júramelo por tu madre...* Y podría nombrar un montón de ejemplos más. El problema es que, cuando decimos esas frases hechas, no nos damos cuenta de que hay personas que no

tienen madre. En aquella ocasión, lo había dicho él, sin darse cuenta. Intenté salir de aquello de la mejor manera posible.

—Porque no lo soy, no te voy a consentir este comportamiento de niño irresponsable. Y ni pienses por un momento que te voy a mantener, porque desde ahora te aviso de que te corto el grifo. —Genial, unos pocos meses allí y ya hablaba como mi padre.

—Bien, no necesito tu puto dinero —me contestó con desdén. Se tumbó en la cama, apoyando la espalda en el respaldo y subió el volumen de la televisión.

—Perfecto. Recuérдалo la próxima vez que tengas que viajar en metro o que entres en un supermercado a comprar una bebida cuando tengas sed.

Adam se levantó, por segunda vez, de la cama y lanzó al suelo, con muy mala leche, el mando de la tele.

—¿Qué coño quieres de mí, Sara?

—¡QUIERO QUE LLORES! —exploté. Me acerqué a él y nos quedamos a escasos centímetros. Suspiré para tranquilizarlo. No quería perder los nervios. Los gritos no llevan a ninguna parte—. Aún no te he visto llorar, Adam —le dije, más calmada.

—Que llore. ¿Quieres que llore? —me preguntó Adam, incrédulo, poniendo los brazos en jarras.

—Sí, quiero que llores por tu familia. No lo haces desde el día del funeral. Tienes que sacarlo de dentro, Adam. Debes asumir lo que sucedió.

Adam se tensó de nuevo. Siempre lo hacía cuando se mencionaba la muerte de su familia. Se sentó y se frotó la cabeza con las manos.

—No me sale, Sara. No me sale, joder.

—Ya lo sé. —Me senté a su lado y le hice suaves caricias en la espalda—. No te sale porque no lo has asimilado. No te has hecho a la idea. Ya no están, Adam. Y no van a volver. —Me rompía por dentro hablarle de esa manera tan cruel, pero debía hacerlo reaccionar—. Pero no estás solo, Oliver y yo no vamos a dejarte nunca.

Adam bufó.

—Por favor, Adam —le rogué.

—No puedo seguir con esto. —Se levantó de la cama, por tercera vez, se puso las playeras y salió escopetado de la habitación. Segundos después, abandonó el apartamento dando un portazo.

Yo permanecí sentada en la cama. Me tiré hacia atrás hasta apoyar la espalda en el colchón y me quedé pensando en si no estaba dando palos de

ciego.

Adam volvió a trabajar a regañadientes y se tiró una semana entera sin hablarme. Yo tampoco le insistí demasiado porque, cuando se ponía así, era mejor esperar a que pasase la tormenta. Eso sí, cuando nos sentábamos juntos en el sofá o cuando dormíamos, yo me acercaba mucho a él y buscaba el contacto para que supiera que, aunque no me hablase, estaba ahí. Al principio se apartaba, pero poco a poco dejó de rechazarme.

Un sábado, semanas después de la discusión, nos encontrábamos ya casi a finales de diciembre. Eran fechas difíciles, en breve comenzarían las festividades navideñas. Eran fiestas muy familiares, demasiado familiares. Y eran nuestras primeras fiestas los tres solos.

Adam tenía turno de mañana en la cafetería, por lo que estábamos solos Olly y yo en el apartamento.

—Ha dejado de nevar. ¿Te apetece ir a Central Park a jugar al béisbol? — me preguntó mi amigo desde la cocina.

Me acerqué en su busca, y nos encontramos a medio camino. Lo miré arrugando la frente por el desconcierto.

—¿Al parque? ¿A jugar al béisbol?

Oliver asintió entusiasmado con la cabeza mientras se dirigía a la ventana del salón dándole pequeños sorbitos al refresco que había cogido de la nevera.

—Me he estado fijando y lo hacen todos los neoyorquinos. Es el deporte nacional. Siempre que veo alguna película o serie, o leo un libro ambientado en Nueva York, los protagonistas juegan al béisbol. No podemos vivir en esta ciudad y no jugar al béisbol.

—No sé jugar al béisbol. Jamás he cogido un bate. —Me acerqué a la ventana, junto a él, y apoyé la frente en el cristal. Era verdad, había dejado de nevar.

—Yo te enseño, nena. —Distinguí, desde el cristal, su sonrisa de suficiencia.

—Olly, tú tampoco has jugado en tu vida. —Aparté la cabeza del cristal y me apoyé de medio lado.

—Me he leído las reglas por internet, listilla. Venga, vamos. —Me cogió de la mano y nos acercamos a la salida. Nos abrigamos con mucha ropa y

abrimos la puerta de la calle—. Podemos comprar el bate y el resto de cosas de camino.

«¿*El resto de cosas?* ¿Cuántas cosas hacen falta para jugar al béisbol?».

Cogimos el metro y, en menos de veinte minutos, nos plantamos en Manhattan. Por el camino, Olly me explicó las reglas del béisbol. Así, con una simple pincelada, me pareció un juego divertido, interesante. Compramos un bate, una pelota y un guante.

Llegamos andando a Central Park y buscamos un sitio para jugar. A pesar del frío, se veía bastante gente paseando tranquilamente. Encontramos un espacio amplio y Oliver dibujó las bases con montículos de tierra del propio parque. Aunque había estado nevando hasta hacía poco, el cielo se había despejado y se filtraban los rayos del sol.

—Recuerda lo más importante: una carrera se obtiene cuando el corredor logra pisar la primera, segunda y tercera base —Oliver señalaba las bases que había improvisado en la tierra según me lo explicaba—, llegando por último al *home* o cuarta base.

—Entendido. Pásame el bate que empiezo yo —dije, animada.

—Tienes que recorrer las bases en orden y sin ser eliminada.

—Que sí, que sí. —Me coloqué en mi sitio, pero me entró una duda—. Y, si no le doy a la primera a la pelota con el bate, ¿qué pasa? ¿Cuántas posibilidades tengo?

—Tres —me confirmó, dándose la vuelta para dirigirse a su posición.

—¿Diez, has dicho? —intenté camelarlo. Tres posibilidades me resultaban muy escasas—. ¡Genial, vamos a por ello!

Oliver se dio la vuelta y me señaló con la mano que sujetaba la bola.

—He dicho...

—¿Doce? —No permití que terminara la frase.

Se lo pensó unos segundos y acabó cediendo.

—Cuatro. —Se dio la vuelta.

—¿Ocho?

—¿Seis? —me tanteó, sin volverse.

—Hecho.

Me coloqué en el sitio que me indicó Olly y me ajusté bien la chaqueta y los guantes. Hacía un frío que pelaba. Cogí el bate con fuerza y practiqué lanzando golpes suaves contra el aire. Cuando había calentado lo suficiente, indiqué a mi contrincante, que permanecía en su posición dando pequeños saltitos para entrar en calor, que estaba preparada.

Me lanzó la bola y bateé con fuerza, pero no sirvió de nada porque no conseguí dar a la pelota. Vaya, parecía más fácil de lo que en realidad era.

Primer intento de golpear la bola: fallido.

—¡*Strike!* —me gritó Oliver desde su posición.

«Ya sé, ya sé, friki listillo». Me coloqué de nuevo y me ajusté la ropa. Con tanto abrigo no tenía libertad de movimientos.

—¡Olly!

—¡¿Qué?! —me devolvió el grito desde su posición.

—¡Me molesta la ropa!

—¡Quítatela!

Sí, claro. Tío listo.

—¡Hace frío!

—¡Si por algún casual consigues darle a la bola, la carrera te hará entrar en calor!

—¡Capullo!

—¡Venga, va! —Comenzaba a perder la paciencia. La pierde con demasiada facilidad, ahora que lo pienso. Pero sin acritud, eh.

—¡Espera que me coloco en posición!

Volvió a lanzarme la bola... y *strike* otra vez. No conseguía dar con el puñetero bate a la puñetera pelotita. «Me cago en la leche». Se había convertido en algo personal.

—¿Seguro que esta es la pelota reglamentaria? —le pregunté, dudosa.

—¡Sí!, nueve pulgadas. ¿Por qué lo preguntas?

—La veo demasiado pequeña.

—Tiene el tamaño justo. ¡Colócate ya o te descalifico por pesada!

«Ya, *tamaño justo*. Lo que tú digas».

Cuatro intentos más y continuaba sin dar a la bola.

—¡Último intento, ojitos azules! —me informó, socarrón. Su buen humor era directamente proporcional a mi cabreo y frustración.

Cómo lo disfrutaba el muy... friki listillo y... capullo.

Lanzó la bola por última vez y... ¡Sí! La golpeé con fuerza y salió disparada hacia el cielo. Increíble. Fue la suerte del principiante, fijo.

Comencé a correr por las bases a la vez que miraba hacia Oliver, que había salido disparado en busca de la bola. Cuando pisé la tercera base, mi amigo ya venía hacia mí, corriendo a toda velocidad con la pelota en la mano. Me arriesgué e intenté hacer una carrera completa. Miré hacia atrás y descubrí a Olly a pocos pasos de mí. ¡Mierda! Me iba a alcanzar. Intenté

correr más rápido, pero tanta ropa que llevaba puesta y el suelo mojado me frenaban.

Antes de llegar a mi objetivo, Oliver me alcanzó, me cogió por la cintura y nos precipitamos los dos hacia el suelo. A pesar de tener a Oliver encima de mí, me arrastré por el suelo en un intento desesperado por alcanzar la meta con la mano. Forcejamos y me arrastré unos centímetros más, pero, entre el peso que tenía encima y la risa, no conseguía avanzar lo suficiente.

—Deja de serpentear cual culebrilla de mar, estás descalificada —me informó Olly entre risas. Me sujetó de la pierna derecha y me deslizó hacia atrás separándome de mi ansiada cuarta base.

—¡No me voy a rendir! —le grité, forcejeando con la pierna para que me soltase.

—¿Rendirte? —Oliver me deslizó por el suelo y consiguió ponerme boca arriba. Se sentó encima de mis piernas y cruzó los brazos sobre su abdomen —. Nena, estás descalificada. DES.CA.LI.FI.CA.DA. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro.

Como que me llamaba Sara Summers que conseguiría hacer una carrera completa. Y, además, Oliver no se podía imaginar la reacción que provocaba en mi cuerpo con su solo contacto. Era mejor que corriese el aire.

—Está bien. Quítate de encima, que no puedo respirar.

En cuanto sentí el peso de Oliver fuera de mi cuerpo, me puse de rodillas y repté lo más rápido que pude hacia mi victoria.

—¡Quieta, culebrilla!

Justo cuando toqué la base, Oliver me arrastró por el suelo apartándome de ella. Pero tarde, ¡la había tocado! Me puse de pie y comencé a correr dando vueltas por nuestro improvisado campo de béisbol.

—¡*HOME RUN!* ¡*HOME RUN!*

—Sara, no ha sido *home run*. ¡Estabas descalificada!

Oliver vino hacia mí y me asió los brazos para que dejase de saltar.

—¿Quién es la mejor? ¿Quién te ha hecho un *home run*, friki listillo?

—No me has hecho ningún *home run* porque... ¿Qué me has llamado?

—¡**FRIKI LISTILLO HOMERUNEADO POR SARA SUMMERS!**

Me desembaracé de sus brazos y salí corriendo en dirección contraria.

—Te vas a comer esas palabras, culebrilla.

Oliver me persiguió por medio Central Park. Corrí por la hierba, crucé un minúsculo puente. Me alcanzó, lo esquivé, me cogió en volandas, intenté soltarme, nos caímos, nos levantamos, corrimos más.

Unas cuantas jugadas más, una nueva nevada, y ambos llegamos a nuestro apartamento, empapados y rendidos por el cansancio. Necesitábamos de manera urgente una ducha caliente. Estábamos tiritando.

—Venga, tramposilla, métete en la ducha para entrar en calor —me dijo, a la vez que le castañeaban los dientes.

Estábamos los dos demasiado mojados.

—Métete conmigo.

Oliver agrandó los ojos. Y yo prometo que solo se lo propuse para que entrase en calor, no había ninguna intención más allá de eso. Que estaba irresistible con esa pinta de deportista sudado y despeinado, sí. Que me entraban ganas de comérmelo a trocitos, también. Pero, ante todo, no permitiría que pasase frío cuando podíamos ducharnos los dos juntos. Como él no dijo nada, porque al parecer lo había dejado sin palabras, intenté convencerlo.

—¡Oh, por favor! ¡Ya nos hemos visto desnudos! Y es un caso urgente de salud. Estás más azul que la sudadera que llevas puesta. Y, si te sientes incómodo, nos podemos meter con la ropa interior puesta.

Oliver lo pensó durante unos segundos y la necesidad de entrar en calor primó ante todo.

—Está bien.

Entramos en el baño y nos quitamos la ropa a toda prisa. Oliver acabó antes y enseguida se metió en la ducha con el bóxer puesto. «Bien, Sara, menos mal que él ha acabado antes, porque, si no, te quedabas aquí en cueros sin ponerte ni un poquito roja».

Me quité todo menos la ropa interior y me metí con él bajo el agua caliente.

Estaba ardiendo. Mi cuerpo lo agradeció y, poco a poco, fui entrando en calor. Temblé un par de veces por el recordatorio del frío aún en mi cuerpo, hasta que los músculos y las articulaciones se empezaron a relajar. Las mamparas de la ducha se llenaron de vaho por la condensación del agua caliente.

—¡Qué gusto! Estaba congelada.

Oliver me abrazó y me metió de lleno bajo el chorro de agua caliente. Aunque en las películas y en los libros te venden que las duchas para dos son estimulantes, la verdad es que son incómodas de narices. No entrábamos los dos bien, y el agua me caía de refilón. Quizá para un interludio sexual donde lo que menos te importa es ducharte, pues está bien, pero, desde luego, para

ducharse, es incómodo. Tal vez si mientras entrábamos en calor tuviéramos ese interludio sexual... La verdad es que, así abrazaditos, no se estaba nada mal. «¡Detente, Sara, que te vas por las ramas!».

—Ven aquí, tienes nieve hasta en las pestañas.

Aproveché para lavarme el pelo y, cuando me aclaraba con el agua, escuchamos un grito.

—¡Chicos! ¿Estáis en casa? —Adam había llegado de trabajar.

—¡En la ducha! —le grité, para que supiese que sí estábamos en casa.

—¿Sara? —repitió Adam.

—¡Sí! ¡Nos estamos duchando!

—¿Y Olly dónde está?

¿Pero con quién se creía que me duchaba cuando le había explicado «nos estamos duchando»?

—¡En la ducha! —gritó el aludido.

La puerta del baño se abrió de golpe.

—¿Estáis los dos ahí dentro? Joder, no veo nada.

—Sí —contestamos al unísono.

—¿Solos?

—¿Cómo que solos? ¿Qué crees que estamos haciendo aquí, Adam? —le pregunté, ofendida. ¿Se pensaba que teníamos una orgía montada en la ducha?

—Yo qué coño sé. Os dejo que sigáis haciendo lo que quiera que estéis haciendo ahí dentro.

Más tarde, estábamos los tres calentitos cenando comida japonesa sentados en nuestro sofá gigante con cheslón incluido. Me había puesto mi pijama de franela azul de nubes. Una vez me metía en la cama, me tenía que quitar los pantalones por el exceso de calor, pero, en ese momento, me encontraba a gusto.

—¿Qué es eso? —nos preguntó Adam, señalando con la mano el bate que habíamos dejado apoyado en la pared del pasillo.

—Un bate de béisbol —le aclaró Olly, sin apartar la mirada de la televisión.

—¿Han entrado a robar? —nos preguntó, receloso.

—No, hemos ido a Central Park a jugar.

Nos miró como si estuviéramos locos.

—¿Al béisbol? ¿Por qué? ¿Y con este día de nieve?

—Ajá. Al béisbol. Porque a Oliver un sábado encerrado en casa le puede.

Y que sepas que le he hecho un *home run*.

—No me has hecho un *home run* —replicó Oliver con cansancio.

—¿Quieres venir mañana con nosotros? —pregunté, esperanzada. «Por favor, Adam, dime que sí, dime que sí. Será divertido. Necesitas divertirte».

—No puedo, algunos tenemos que trabajar —me contestó con retintín.

—Vente cuando acabes tu turno —sugirió Oliver.

—Ya veré.

No sé si por suerte o por desgracia, Adam decidió acompañarnos al día siguiente a nuestra segunda sesión de béisbol. ¿Y por qué digo «por suerte o por desgracia»? Porque no acabó de la manera en que esperábamos que acabara, pero sí se convirtió en el momento que yo llevaba esperando muchísimo tiempo.

El partido iba bien. Oliver le explicó las reglas a Adam con detalle, pero como si no lo hubiera hecho, porque nos las saltamos infinidad de veces. Era más divertido. Jugamos en el mismo lugar que el día anterior, ya que todavía quedaban algunas marcas de nuestro juego. Lo pasamos bien, incluso Adam sonrió ocasionalmente. El problema vino después.

Estábamos sentados en un banco cercano a nuestro campo de béisbol improvisado descansando y comiendo los bocatas que yo había preparado en casa, cuando Central Park comenzó a llenarse de gente. De familias enteras. Era el día previo a Nochebuena. Las familias se sucedían las unas a las otras. Los niños correteaban felices al lado de sus padres. Escuchábamos las conversaciones de los viandantes que paseaban felices y hacían planes para la cena del día siguiente.

Adam se quedó quieto. Tenso. Dejó de comer. Tenía la mirada perdida. Cuando lo miré, tenía los ojos anegados en lágrimas. Arrastré mi mano por el banco y agarré con fuerza la suya. Oliver también se había dado cuenta de la parálisis de Adam. Nos quedamos los tres quietos. Hasta que Adam se levantó del banco como un resorte y empezó a dar vueltas en círculo mirando al cielo. Su respiración se volvió irregular.

—Adam. —Oliver y yo nos levantamos con él.

Se dejó caer en uno de los muchos árboles que nos rodeaban. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre las rodillas dobladas, en un intento de recuperar el aliento. Era como si tuviera ganas de vomitar. Probablemente las tenía. Se incorporó y comenzó a darle puñetazos al árbol. Después pasó a las patadas y, cuando hubo descargado toda la rabia, acabó dándose golpes suaves con la cabeza.

—¡Joder! ¡JODER! ¿POR QUÉ A ELLOS? ¿POR QUÉ?

—Adam...

—DIME, ¿POR QUÉ?

—No lo sé, Adam —me sinceré, aguantándome las ganas de llorar.

—Ya no van a volver —nos confesó con el rostro lleno de lágrimas.

—No, Adam. —Oliver se acercó y le puso un brazo en el hombro en señal de apoyo. Se acercó más a él hasta que terminaron fundiéndose en un hermoso abrazo lleno de sentimientos. De anhelo, tristeza, pérdida, apoyo, amor.

Me aproximé a ellos y me uní al apretón. No sé cuánto tiempo permanecimos abrazados, pero, cuando los copos de nieve nos traspasaron los abrigos, pensé que era hora de regresar a casa.

Durante el resto de la noche y parte del día siguiente, un sentimiento arrollador de tristeza envolvió a nuestro amigo, que lo expresó con llanto frecuente. Lo abrazamos y dejamos que se soltase. Lo necesitaba. Era como si hubiera perdido a su familia por segunda vez. Por fin habíamos tocado fondo. Ya solo quedaba mejorar. O, al menos, eso esperaba.

Esa Nochebuena no sabía qué hacer. No me apetecía cocinar y sentarnos en la mesa juntos a cenar como si no pasara nada en nuestras vidas. Se presentaba una noche dura, pero, por suerte, ahí estaba Oliver para salvarla.

Apareció por el apartamento con un par de pizzas como si fuera un día cualquiera. Pusimos una película de acción y nos quedamos medio traspuestos en el sofá.

—Vamos, chicos. Tenemos que ir a un sitio —nos comunicó Oliver a media noche—. Coged vuestros patines.

—¿Ahora? ¿Los patines de hielo? —le pregunté, sorprendida.

—Ajá. Adam tú también coge los tuyos.

No pregunté más. Confiaba en mi mejor amigo. Si decía que teníamos que ir a un sitio, era porque teníamos que ir.

Adam obedeció. No era más que una persona vacía que se dejaba llevar por nosotros como una botella abandonada por las olas del mar. Nos ataviamos con ropa de abrigo: gorros, guantes, bufandas... Y salimos a la calle con los patines en nuestros hombros. No tenía ni idea de a dónde íbamos. A esas horas, no había ningún sitio donde pudiéramos patinar. O eso era lo que yo creía.

Oliver nos llevó a la pista de hielo del Rockefeller Center. Y no tenía ni idea de cómo lo había conseguido, porque, aunque permanecía cerrada para

el público, el vigilante nos dejó entrar. La pista estaba abierta para nosotros y estábamos solos.

—¿Cómo lo has hecho?

—No te voy a desvelar todos mis secretos.

Nos pusimos los patines y saltamos a la pista. Jugamos, reímos, corrimos, nos hicimos trampas los unos a los otros. Volvimos al pasado. Lo recordamos. Nos sentamos los tres en el hielo y lloramos juntos por la familia de Adam. Ahora tenía esperanza. Íbamos a salir de aquello.

A partir de esa noche, Adam comenzó a cambiar de actitud. Estaba triste, pero no pasaba de todo. Tenía ganas de seguir adelante y puso todo de su parte.

Yo cada día me sentía más enamorada de Oliver. Probablemente fuera la mejor persona que conocía. Había días en los que me tocaba la moral y se me hacía muy difícil convivir con él. Estar enamorada de tu mejor amigo y no ser correspondida no es fácil.

Pero, a pesar de mis sentimientos secretos por Oliver y a pesar de todo, existía aquella amistad que nos unía y que era indestructible. Estaba por encima de todo lo demás. Aunque, a veces, era duro, muy duro.

Una de las noches que salimos de fiesta, a tomar unas copas y bailar, para animar a Adam, sucedió lo inevitable, por primera vez.

Siempre que salíamos, había chicas alrededor de Olly, estaba acostumbrada a ello. Esa noche lucía especialmente guapo. Llevaba unos pantalones pitillo que se ajustaban a su cuerpo como una segunda piel y una camiseta blanca de Guns N' Roses. Del grupito de chicas que se le habían acercado al principio de la noche, dos horas después, solo quedaba una.

Yo bailé con Adam e intenté disimular que no me interesaba lo que hiciera Olly con esa chica, pero, cuando vi sus rostros a escasos centímetros el uno del otro, noté que un nudo me oprimía la garganta; tenía el presentimiento de que lo inevitable pasaría de un momento a otro. Iban a enrollarse. Delante de mí.

Me obligué a no apartar la mirada. Necesitaba verlo y acostumbrarme a ese tipo de imagen, porque sucedería muchas veces a lo largo de mi vida y no podía experimentar esa sensación de tristeza y desazón cada vez que sucediera. Cerré los ojos e intenté concentrarme en aparentar normalidad. Y,

cuando los abrí... cuando los abrí, estaba sucediendo.

Oliver se besaba con la morena de piernas interminables. Era como si quisieran comerse el uno al otro. Después de varios segundos aguantando la tortura, no pude más.

—Tengo que ir al baño —grité a Adam con la intención de dejarme oír por encima de la música.

—¿Te acompaño? —me preguntó por señas.

—No, ahora vuelvo.

El local estaba a reventar y la música alta me taladraba los oídos. Empujé la puerta y entré en los servicios. Me coloqué enfrente del espejo y observé mi mirada derrotada. Abrí el grifo y me mojé las manos y la nuca. ¿Cómo mato este sentimiento? ¿Qué tengo que hacer para desenamorarme de mi mejor amigo? Necesitaba saber la respuesta. Joder, qué duro era verlo con otras chicas, sobre todo porque no estaba acostumbrada. Oliver siempre había sido tan... suyo. Tan mío.

Todavía recordaba sus besos, lo que me provocaban. Lo tenía grabado en mi memoria. Aunque tal vez lo estuviera idealizando. Hacía tanto tiempo de aquello. Debería besarlo para quitarme la tontería de una vez. Quizá me daría cuenta de que no era para tanto y que no sentía nada. Sacudí la cabeza para hacer desaparecer la idea.

Volví con Adam y miré de reojo al lugar donde, apenas unos minutos antes, Oliver y la morena se devoraban. Pero ya no estaban. Como si Adam leyera la pregunta en mi rostro, me explicó que se habían ido.

—Pero tranquila, se han ido a la casa de ella.

¡Qué estupenda noticia! ¡Faltaría más que encima las metiera en mi cama!

—¿Otra copa? —sugerí.

Tres copas después, Adam y yo entrábamos por la puerta de casa tambaleándonos. La habitación me daba vueltas y el ron con Coca-Cola quería salir por donde había entrado. Nos tumbamos en la cama sin desvestirnos, pero la habitación no dejaba de girar.

—¿*Totó*?

—¿Qué?

—Gracias por todo. Sé que me he portado fatal estos últimos meses, pero no podía evitarlo. No estaba bien. Sigo sin estarlo.

—Adam.

—¿Qué?

—Te quiero. —Con esas dos palabras, resumí todo lo que quería decirle.

Significaba «acepto tus disculpas», significaba «estoy aquí para ti, siempre», significaba «tú eres mi familia y yo soy la tuya».

Intenté dormirte, pero era imposible. Me encontraba fatal.

—Adam.

—Mmm.

—Todo da vueltas.

—Pon el ancla.

—¿Que ponga qué?

—El ancla. Apoya uno de los pies en el suelo. Estarás mejor.

Le hice caso y me moví hacia el extremo derecho de la cama para poder bajar mi pie derecho al suelo. La habitación dejó de girar. La mala sensación del estómago no remitió, pero al menos estaba quieta.

Nos quedamos dormidos al instante.

Cuando nos quisimos dar cuenta, llevábamos casi ocho meses en Estados Unidos. Apenas nos quedaban cinco más antes de tener que regresar a Edimburgo y solo habíamos estado en dos ciudades.

Una noche, comenté con mis amigos que se nos pasaba el tiempo y, a pesar de lo cómodos que estábamos (el aliciente económico ayudaba bastante), decidimos cambiar de ciudad y con mucha, muchísima pena, dejamos Nueva York.

Pasamos por Washington y Nashville sin pena ni gloria, apenas un mes para las dos ciudades. No nos molestamos en buscar trabajo, teníamos bastante dinero ahorrado y nos dedicamos a hacer turismo por ellas. Por el día, conocíamos los monumentos y los sitios más emblemáticos de la ciudad y, por la noche, conocíamos los bares.

Adam entró en la dinámica de tontear con chicas y llevárselas a la cama prácticamente todas las noches. Era como volver a estar en el *Crowden School*. Pero, si eso le servía para apartar la tristeza por unos momentos, por mí que se tirase a medio país.

Para cuando llegamos a Orlando, me había hecho con un mapa de Estados Unidos, y según íbamos conquistando estados (esto es, según el lugar de procedencia de la chica a la que se tiraba esa noche) colocaba muescas en el mapa. A esas alturas, tenía media costa este conquistada.

Y Oliver era otra historia. Estaba irreconocible; si alguien había cambiado en aquel último año, había sido él. Si Adam tenía media costa conquistada... Oliver tenía medio país. Empezó aquella noche en Nueva York y ya no paró. Había descubierto las ventajas del contacto humano y del sexo. Porque lo había visto con mis propios ojos, de lo contrario, no lo hubiera creído. Incluso Adam y yo lo habíamos bautizado con un nuevo nombre sin que él fuera consciente de ello, por supuesto. Ya no era Olly, era Don *Nomegustaelcontactohumanoperoaahoramelasfolloatodas*.

No hacía falta ni que cerrase los ojos para ver a Oliver besándose con todas aquellas chicas, había de todos los colores y sabores: rubias, morenas, pelirrojas, americanas, orientales. No hacía ascos a nada. Increíble. Era como si fuera otra persona.

El cinco de marzo, se cumplió el primer aniversario de la muerte de la familia de Adam. El cuatro de marzo pasamos un mal día y, casi a media noche, Adam se derrumbó.

—Lo peor de todo es no poder estar allí con ellos.

—¿Quieres volver?

—No, pero me hubiera gustado llevarle flores a mi madre. Le gustaban las rosas rojas.

Fui al baño y mandé un mensaje a Pear después de mirar la hora. Ya era por la mañana en Edimburgo y mi amiga debía de estar levantada para ir a clase.

Sara: Pear, necesito un favor.

Pear: Dime.

Sara: Necesito que compres un ramo enorme de rosas rojas y que lo lleves al cementerio.

Pear: Hoy es cinco de marzo.

Sara: Allí sí. Aquí todavía no.

Pear: No te preocupes, yo me encargo.

Sara: ¿Pear?

Pear: ¿Sí?

Sara: No permitas que se estropeen.

Pear: No lo harán.

En Nueva Orleans nos quedamos dos meses. Recuerdo Nueva Orleans como una de las ciudades donde más disfrutamos. Una noche, con un par de copas de más, no se me ocurrió otra cosa que subirme al escenario y ponerme a cantar en el karaoke. Envalentonada por el alcohol, canté y bailé sin ningún pudor a la vista de todo el local. Algún gallo que otro solté, era culpa del alcohol. En mitad de la canción (sospecho que para intentar paliar mi desastrosa actuación), Oliver subió al escenario y cantamos juntos. El muy capullo ni borracho cantaba mal. Cuando acabó la canción, nos abrazamos para felicitarnos mutuamente por el espectáculo y nos quedamos muy juntos.

Por un momento, pensé que me besaría, y la sola idea de que lo hiciera provocaba que mi corazón se parase unos segundos. ¿Sería como lo recordaba? ¿Mejor? ¿Peor? ¿Y si me lanzaba? Pero no sucedió nada. Seguimos bebiendo y Olly acabó la noche con una chica que no era yo.

Hacia mediados del segundo mes, el clima se volvió muy agradable. Solíamos salir a pasear y a sentarnos en algún rincón de los parques a leer, dormir o a contarnos historias y pasar el rato juntos sin más.

Me gustaban esos momentos. Adam se sentaba en la hierba, con la espalda apoyada en un árbol. Yo me sentaba a su lado, apoyaba la cabeza en su hombro y Oliver se tumbaba en la hierba todo lo largo que era y colocaba

su cabeza en mi regazo. Yo metía las manos entre su melena rubia y disfrutaba de la sensación y de sus ronroneos. Cuando se quedaba dormido, podía mirarlo a gusto y estudiarle el rostro. Huelga decir que aquellas eran las mejores experiencias que había vivido desde que habíamos dejado nuestro hogar. Así de simple era yo. Volvíamos a ser nosotros. Si cerraba los ojos, todavía estábamos en el *Crowden* en esa posición.

Cuando Oliver no se quedaba dormido, solía leernos algún libro. A Olly le gustaba leernos cosas. Y, de vez en cuando, le gustaba que le leyeran.

—Toma, lee esto en voz alta —me dijo en una ocasión.

—¿Qué es? —Miré la cubierta y vi el título del libro: *Un viaje por la gravedad y el espacio-tiempo*, de John Archibald Wheeler.

—¿Este libro no lo has leído ya?

—Calla y lee.

Comencé a leer. Oliver cerró los ojos y se ajustó en mi regazo.

Un rato después, llegué a la conclusión de que, si lo leía entero, no íbamos a acabar nunca. Pasarían los meses y seguiríamos ahondando en el espacio-tiempo. Decidí saltarme algún párrafo de vez en cuando para acelerar el proceso. A la tercera vez que lo hice, Oliver se tumbó de lado y alzó la cabeza sobre una mano mientras me miraba atentamente.

—¿Te estás saltando párrafos?

¡Qué tío! ¡Se lo sabe de memoria! Ya sabía yo que no era la primera vez que lo leía.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? —contesté, a la defensiva.

Adam me miró divertido y me dijo con la mirada «te ha pillado». Suspiré y seguí leyendo hasta que el sol se escondió por el horizonte.

Nuestra última parada: Houston. Un poco de turismo y poco más.

Balance del año: positivo. Terrible comienzo, pero, a pesar de las dudas y de las inseguridades, fue un buen año. Habíamos madurado, habíamos aprendido y habíamos empezado a disfrutar de la vida. Pero no estábamos preparados para regresar, aún no.

Cuando apenas quedaba un mes de plazo para volver a Edimburgo, habíamos tomado la decisión. Nos quedábamos. Solo faltaba comunicárselo a nuestros padres. Temblaba solo de pensarlo.

Estados Unidos: segundo año: el acercamiento

Después de gritos y disputas al teléfono con nuestras familias, que nos quedábamos un año más en Estados Unidos era un hecho. Y menos mal, porque nos faltaba toda la costa oeste por visitar.

De Houston nos movimos a Seattle. Cuando me subí al avión, tenía la sensación de empezar desde cero. De que otra nueva aventura se abría bajo mis pies. Recordé el viaje desde Edimburgo. El miedo, la congoja por lo desconocido. Todo eso ya no existía. Ahora solo cabía la excitación por conocer nuevos lugares y seguir viviendo experiencias junto con mis dos mejores amigos.

Ese día me acordé de Will. Llevaba un año entero sin verlo y sin saber de él, y apenas pensaba en él. Los primeros meses entraba más en mis pensamientos, pero, después de un año, no le dedicaba ni un minuto al día. Esa situación me hacía pensar. Por fin entendía aquella famosa frase que había escuchado en infinidad de ocasiones. ¿Puede ser el amor tan efímero? ¿Es posible querer tanto a una persona y olvidarte de ella en doce meses? Siempre pensé que algo así sería imposible. Incluso llegué a considerar el hecho de que jamás sentiría por otro chico lo que sentía por Will. ¿Cómo podía estar tan equivocada?

O quizá el problema fuese yo. Cabía la posibilidad de que no supiera lo que era el amor, o que estuviera incapacitada para enamorarme hasta la médula de alguien. Quizá tampoco estaba enamorada de Oliver. ¿Y si no era capaz de amar? ¿Qué tipo de vida me esperaba? ¿Una vida sin amor?

Seattle me encantó. Es famosa por ser la tierra natal de la música *grunge* y de bandas que impulsaron ese movimiento a comienzos de los noventa como Nirvana, Pearl Jam, Soundgarden o Alice in Chains. Además, allí nació el famoso guitarrista de rock Jimi Hendrix y también Duff McKagan, integrante de la banda Guns N' Roses.

Alquilamos un apartamento en la zona de Queen Anne, un barrio bastante céntrico, y nos salió barato. Era minúsculo, pero tenía lo necesario. Dos dormitorios, un baño y un salón-cocina-comedor. Desde que empezamos a trabajar y ganar dinero, siempre alquilábamos pisos con dos habitaciones. Dormir los tres en una cama resultaba incómodo, ya no éramos unos niños.

Yo siempre me quedaba con una de las habitaciones y los chicos con la otra. Luego, a la hora de dormir, prácticamente todas las noches dormía con Adam.

Seattle es una ciudad que ofrece cientos de posibilidades para disfrutar del tiempo libre. El Space Needle y el lago Washington eran mis favoritos. Nos gustaba subir de vez en cuando al Space Needle. Es una torre de casi doscientos metros de altura y desde arriba hay unas vistas impresionantes de toda la ciudad. Siempre que íbamos, aprovechábamos la hora del atardecer, y así se hacía de noche mientras estábamos arriba. Era precioso observar cómo toda la ciudad se iluminaba a cada segundo.

Según pasaba el tiempo, cada vez nos americanizábamos más, como decía Adam.

—¿Os apetece ir a un partido de béisbol? —nos sugirió Oliver una tarde.

—Olly, nos estamos enganchando.

—A mí me parece una idea cojonuda.

—¿Ves? ¡Hasta Adam se ha enganchado!

Compramos las entradas por internet y nos preparamos para salir. De camino a Safeco Field, el estadio de béisbol de Seattle, Oliver nos contó que los Mariners eran el equipo de Seattle y un montón de datos más sobre ellos: los mejores jugadores, los peores jugadores, los contrincantes, su posición en la liga nacional y mil cosas más de las cuales he de reconocer que desconecté un poquito.

Cuando llegamos, me quedé con la boca abierta. El estadio era impresionante. Nunca había estado en un estadio de béisbol. Me encantó. Estaba a reventar de gente y el ambiente era inmejorable.

Nos sentamos en nuestros asientos y lo vivimos como tres americanos más. Íbamos de parte de los Mariners, por supuesto; ya que estábamos en su ciudad, había que apoyarlos. Ese día, los de casa ganaron el partido. A la salida, Oliver se detuvo en la tienda de regalos a echar un vistazo.

—Ahora vuelvo —nos informó antes de meterse en la tienda.

Cuando salió, lo hizo con una bolsa en la mano. Me la mostró y me dijo que eligiera una. Dudosa, introduje mi mano en la bolsa y saqué uno de los objetos, envuelto en papel. Lo desenvolví y era ¡una taza! ¡Una preciosísima taza de los Mariners!

—¡Es una taza!

—Llevas un año quejándote de que no tienes taza propia para desayunar.

—Olly, ¡me encanta! —Me acerqué a él y le di un abrazo con sonoro beso

en la mejilla incluido.

—¿Y yo, qué? —se quejó Adam.

—Venga, tontorrón, mete la mano.

Adam obedeció y sacó otra taza parecida a la mía.

—¡Me encanta! —Adam imitó mi tono de voz y le dio un abrazo a Olly y otro sonoro beso en la mejilla. Qué bobito es.

Pero no me importaba que me imitase y se riese de mí porque estaba feliz ¡por una taza!

Por la noche, nos acurrucamos los tres en el sofá y vimos una película. Le tocaba elegir a Adam. Nos obligó a ver *La guerra de las galaxias*, otra vez. Me puse en el medio y me incliné más hacia la parte donde descansaba Olly. ¿Y si me acercaba un poquito más? ¡Qué narices! Apoyé mi cabeza en su hombro y le rodeé con la mano la cintura. Como de costumbre, mi cuerpo respondió al suyo con apenas un contacto. Me abrumaba. ¿Cómo se puede sentir tanto con tan poco?

Durante las siguientes semanas, seguimos con entusiasmo la liga de béisbol americana y, después de cuatro victorias consecutivas de los Marineers, salimos a celebrarlo a un bar de moda.

Tan solo diez minutos después de entrar, ya revoloteaban las fans de Oliver a su alrededor. Adam y yo nos apartamos y lo dejamos hacer.

A la tercera vez que vi a Oliver sonreír a la rubita, me bajé del taburete y me encaminé a la salida sin mirar atrás. Era consciente de que él no tenía la culpa de mis sentimientos, pero eso no significaba que tuviera que verlo todas las puñeteras noches que salíamos. Pensé que me acostumbraría a verlo, pero no, no me acostumbraba y preferí irme a casa.

Me tumbé de espaldas en la cama y miré al techo. Maldije por lo asquerosa que era mi vida. Porque, cada vez que veía a Oliver enrollarse con una tía, dolía más. Y debería ser al revés, ¿no? No podía pasarme así toda la vida, no era sano. Debía olvidarme de mis sentimientos por Oliver y estar feliz cuando él lo estaba. De momento, iba cuesta abajo, de culo y sin frenos.

Escuché una llave en la cerradura. Alguien venía. Era Adam. Reconocía los pasos de los dos a la perfección. Venía solo. Se metió en su habitación y cerró la puerta con suavidad.

Me levanté, atravesé los metros que nos separaban y me metí en su cama.

—Pensé que dormías, por eso no he entrado en tu dormitorio, no quería despertarte.

Me arrebujé y me relajé en sus brazos. Intenté conciliar el sueño, pero no pude. No se trataba de uno de mis ataques nocturnos; hacía un año que no los tenía (curiosa la psicología humana), solo era que sentía una inquietud que no sabía explicar.

—La hostia, Sara, deja de moverte —me chilló Adam, con la voz amortiguada por la almohada.

—Adam, no puedo dormir. Me he dado cuenta de que estoy buscando algo. —Ignoré su reciente mal humor.

—Pues búscalos mañana.

—Es que no sé lo que busco —intentaba explicarle mis pensamientos, pero no era fácil.

Adam se dio la vuelta y me miró con cara de cabreo.

—En serio, *Totó*. ¿A estas horas?

—Déjalo, no quiero despertarte.

—Ya me has despertado. Ahora cuéntamelo.

Nos sentamos los dos en la cama apoyando la espalda en el cabecero de madera.

—Es que llevo tiempo sintiendo que me falta algo. Y me he dado cuenta de que es algo que estoy buscando, algo que he perdido o que nunca he tenido, no sé, pero creo que hasta que no lo encuentre no va a desaparecer esta sensación.

—*Totó*, lo encontrarás, créeme. —El pobre no hacía más que bostezar. Solo a mí se me ocurría filosofar a esas horas. Pero es que, cuando viene, viene.

—Pero ¿cómo? Ni siquiera sé lo que es. —Me tumbé en la cama—. Esto es una mierda.

—Lo averiguarás.

—Lo dices para que te deje en paz y me duerma.

—No, lo digo en serio. No lo pienses, sea lo que sea lo que estás buscando, lo encontrarás cuando llegue el momento.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

A la mañana siguiente, me levanté con energía, desperté a Adam y lo convencí para que viniese a correr conmigo. Algo milagroso, teniendo en cuenta que el día anterior lo tuve despierto hasta las tantas de la madrugada.

Lo dejé vistiéndose en la habitación y fui dando saltitos a la mía, al fondo del piso, a coger la ropa que utilizaba para correr.

Entré y me encontré a Oliver despatarrado en la cama y roncando. «Anoche llegaría fino». No lo sentí llegar. La habitación olía que apestaba. Me cambié rápido y abrí la ventana para que ventilase. Salí por la puerta de la habitación y crucé el largo pasillo hasta llegar al salón-cocina-comedor y... ¡Sorpresa!

La rubia de la noche anterior estaba apoyada en la barra de la cocina bebiéndose un café en mi taza. EN. MI. TA. ZA.

¡EN MI TAZA DE LOS MARINEERS!

Busqué a Adam con la mirada y lo encontré de pie en mitad del salón, con cara de circunstancias.

No me podía creer que Oliver le hubiera permitido dormir en casa. Nunca traía a las chicas a casa, siempre se marchaban a vete a saber dónde a follar. Y nunca nunca se quedaba a dormir con ellas porque, a la mañana siguiente, siempre aparecía en su cama. No en la mía, claro, ya me aseguraba yo de meterme con Adam para que no durmiera conmigo. No soportaría el olor que arrastraba de otras mujeres.

—Buenos días, tú debes de ser Sara. Yo soy Verónica —me saludó, sonriente, mientras me tendía la mano.

No le devolví el saludo. No podía.

—No me sigas, Adam.

Giré sobre mis talones y salí por la puerta.

Pulsé el botón e intenté esperar el ascensor, pero no pude; la adrenalina que escondía mi cuerpo no me permitía estar quieta. Bajé las escaleras corriendo y salí a la calle. Di una gran bocanada de aire y mis pulmones funcionaron de nuevo, había dejado de respirar. Empecé a correr y mis ojos se llenaron de lágrimas.

«No, Sara, no llores. Y no lo odies, él no tiene la culpa. Él no tiene la culpa. Él no tiene la culpa». El problema era yo. El problema lo tenía yo por enamorarme de quien no debía.

Me dirigí a buen ritmo hacia el lago Washington. Corría y lloraba a la vez. A cada segundo, aceleraba más el paso. Sentía cómo la coleta con la que me había recogido el pelo se movía a mi ritmo. Adelantaba a corredores, uno detrás de otro. Y escuchaba cómo crujían las hojas secas que descansaban en el suelo. Gotas de sudor me resbalaban por el cuello, y las que caían por la frente se mezclaban con las lágrimas. Algunas personas con las que me

cruzaba se me quedaban mirando. Incluso alguna llegó a frenarme para comprobar si me encontraba bien. Asentía con la cabeza y seguía corriendo, intentando recuperar mi suave cadencia.

Un punzante dolor me abrasaba la rodilla mala, pero el dolor del pecho era aun mayor, por lo que continué corriendo. Corrí durante incontables kilómetros más.

Cuando llegué a mi destino, tenía la respiración agitada y me ardía todo el cuerpo. Me quemaban los pulmones y el alma a partes iguales. Estiré los músculos y me quedé sentada en el suelo, observando cómo se balanceaban las profundas aguas del lago. El corazón me palpitaba con fuerza. El dolor no cesaba.

Cuando había llorado todo lo que tenía que llorar, mi cerebro empezó a funcionar. Pasé de la tristeza y la desolación al cabreo y la rabia en dos segundos. ¿Él no tenía la culpa? ¿ÉL NO TENÍA LA CULPA? ¡¡GILIPOLLAS!! ¡Pues claro que tenía la culpa! Podía aceptar que se follase a medio mundo, pero ¡¡EN MI CAMA, NO!! Joder, qué asco. ¡Qué falta de respeto era esa!

En todo el tiempo que llevábamos allí, Adam jamás había traído a una chica a casa. Y no lo había hecho, supongo que por respeto a nosotros dos, a que dormíamos los tres en las mismas camas.

Y, encima, le había permitido desayunar en mi taza. ¡MI TAZA! Muy escrupuloso que era el niño para sus cosas, pero a los demás que nos jodieran. ¿Ahora resultaba que tenía que tragarme las babas de sus amantes en mi cama y en mi taza? Ni de coña.

¿Me habría enfadado tanto si hubiera sido Adam el que lo hubiera hecho? ¿O eran celos? No lo sabía, lo que tenía claro era que no me hacía ninguna gracia que metiera a una desconocida en mi cama. Por lo tanto, sí, me hubiera enfadado. Cuando se comparte piso, y cama en nuestro caso, hay que mantener ciertas reglas.

Seis horas después, muy a mi pesar, volví a casa. Me apetecía tanto como clavarme un puñal en el corazón, pero albergaba la esperanza de que la rubia no estuviera, porque, con el cabreo que tenía en el cuerpo, me habría llevado lo que fuera por delante.

—Hola —saludé dudosa al entrar.

Tanto Oliver como Adam vinieron a la entrada del apartamento a recibirme.

—¿Totó? Por fin apareces.

—¿Ya se ha ido Valentina? —pregunté a Oliver, con la voz más gélida que fui capaz de emitir.

—Verónica —me corrigió.

«Manda huevos».

—Ya, lo que sea.

Fui a la cocina, seguida por los dos, rescaté mi taza de desayuno del fregadero y la tiré a la basura delante de sus narices. La lancé con tanta mala leche que se hizo añicos en la papelera. Es posible que pareciese una actitud rebelde e infantil, pero es que seguía con toda esa rabia dentro del cuerpo.

—¿Por qué has tirado la taza que te regalé?

—Si vas a empezar a traer a tías a nuestra cama, avísame, porque me cambio de apartamento. No por nada, Olly, es que no me gusta dormir encima de los fluidos de otras personas que no conozco de nada y que a saber qué enfermedades tienen. —Y aún no había terminado—. Y no pretenderás que beba de esa taza después de que tu polvo de esta noche la haya chupado.

—Joder, Sara, cuando te pones así, eres una puta borde. No tienes medida.

Lo fulminé con la mirada. «No me provoques, Oliver, no te conviene». Bastante me contenía ya.

—Lo siento —se disculpó acercándose a mí—, no volverá a pasar. No ha sido planeado, le dije que se largara cuando...

No, no, no. No quería escuchar más. No quería saber nada de sus encuentros sexuales. Ni lo que le dijo, ni lo que le hizo, ni nada.

—Demasiada información. No me interesa, créeme.

—Pero es que no es lo que piensas. —Me cogió del brazo, pero yo me solté bruscamente.

—¿Has visto que algún día Adam o yo trajéramos aquí a nuestros polvos? ¿A que no? Porque, cuando lo hacemos, lo hacemos en la calle. —La verdad verdadera es que yo no lo hacía, pero eso él no tenía por qué saberlo. Era posible que todas aquellas noches que él se quedaba follando por ahí, yo hiciera lo mismo. Aunque, claro, eso a él le importaba dos cojones—. Por respeto, Oliver. ¿Te gustaría dormir en una cama donde he estado follando con un tío?

La expresión de dolor que transmitió su rostro durante unos segundos me golpeó y me hizo recular. Pero, pronto, su dolor se transformó en algo peor. En cabreo.

—¡Me cago en la puta! Ya lo he hecho. ¡Cientos de veces! Me he comido las putas babas de William Von Kleist ni sé las veces, cuando dormías

conmigo después de follar con él.

¿Había dicho recular? Ni de coña.

—Jamás follé con Will en mi cama. Ese privilegio solo lo tuviste tú.
—«Chúpate esa, Aston». A ver qué me decía a eso. Acababa de hablar del tema tabú.

Oliver se cruzó de brazos.

—No me lo creo.

¿Cómo? Muy bien, podía creer lo que le diera la puñetera gana.

—Y a mí me importa una mierda.

—¿En tanto tiempo nunca lo hicisteis en la cama? —Me cambió de tema, sin hacer alusión a nuestra historia. Cobarde.

—En la pista de hielo, en el embarcadero, en su cama... —Iba contando con los dedos de la mano—. Pero en la mía, no. Y te aseguro que no fue casualidad, fue algo premeditado. Se llama respeto.

Al principio, reconozco que lo hice por respeto a mis amigos. Pero, una vez que Olly y yo lo hicimos allí, yacer con Will en el mismo sitio me resultaba sucio. Como si estuviera traicionándolo. Desde aquello, siempre me las apañaba para terminar en la habitación de Will. Después de mi confesión, Oliver reculó.

—Joder, lo siento. Ya te he dicho que no debería haberse quedado.

—Mira, no importa. A partir de ahora, esa será tu cama. Haz lo que quieras en ella, pero la otra ni la toques. ¡Y a mí ni te acerques!

—¡A la mierda!

Su grito me sobresaltó. Viva la bipolaridad. Otro que pasaba de cero a cien en dos segundos. Oliver se puso las deportivas y se fue dando un portazo.

—¡Genial! ¡A la mierda! —lo parafraseé.

Me metí en mi habitación y abrí el armario con tanta mala hostia que casi desencajé las bisagras de las puertas. Adam vino detrás de mí.

—¿Qué haces?

—Trasladar mi ropa a vuestro armario.

—¿Desde cuándo, *Totó*?

Adam me perseguía por el pasillo. Yo llevaba parte de mi ropa hecha una bola en mis brazos. La tiré sobre la cama de Adam (y ahora mía) y saqué del armario de los chicos todas las prendas que reconocía que eran de Oliver. Tiré de la ropa con fuerza hasta descolgarla de las perchas y abrí los cajones en busca de más. Volví a mi habitación con las prendas de Oliver en los

brazos.

—Desde cuándo, ¿qué? —pregunté, enfadada, a Adam. No estaba yo para adivinanzas.

—¿Desde cuándo sabes que estás loquita por los huesos del rubiales? —preguntó Adam con cautela.

Joder. Mierda. Entré en mi habitación (perdón, exhabitación) y arrojé la ropa de Oliver al suelo. No tenía ningún sentido engañarlo, a él no.

—¿Tanto se me nota?

Cogí más ropa de mi armario y repetí la operación.

—*Totó*, eres transparente, siempre lo has sido. Llevo meses sospechándolo. Y el otro idiota está tan ciego que ni lo ve.

—Mejor para mí.

—Joder, Sara. No te imaginas el esfuerzo que estoy haciendo para quedarme callado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídalo. Cuéntamelo todo. ¿Cuándo fue?

—En el viaje de fin de curso a París. Fue como una revelación, Adam.

—*Oh, là, là*.

Le conté a mi amigo toda la historia. Cómo empecé a darme cuenta de que sentía cosas raras por Oliver, cómo descubrí que lo quería en la Torre Eiffel, cómo había pasado ese último año. Viaje tras viaje por el pasillo, movía la ropa de mi armario al armario de los chicos y, a la vez, sacaba la ropa de Oliver de su sitio y la arrojaba dentro de su nueva habitación echa una bola.

Cuando terminé, me senté en el suelo del pasillo exhausta. Adam no se había separado de mi lado ni un momento.

—¿Puedo contarte algo sin riesgo de que me des una paliza? —Aunque parecía que me lo preguntaba circunspecto, realmente se aguantaba las ganas de reírse. ¡¿Qué le hacía tanta gracia?! —

—¿Qué? —le pregunté de mala leche.

—No la trajo a casa, *Totó*. Me he enterado esta mañana. Cuando lo he despertado y la tal Verónica seguía aquí, han tenido una bronca de la hostia y la ha echado del piso de malas maneras. ¿Sigo?

—Pss —dije, indiferente. «Oh, vamos, ¿a quién quieres engañar, Sara? Te mueres por saber algo más».

—Bien. Resulta que ayer Oliver iba demasiado borracho como para andar por sus propios pies, así que la rubita decidió acompañarlo a casa. Como

tampoco pudo abrir la puerta, tuvo que abrir ella y, por supuesto, debió de meterlo en la cama y decidió que no era mala idea quedarse a dormir con él. Oliver ni se dio cuenta.

—Ya qué más da, Adam. No hay vuelta atrás.

—Sí la hay. Y lo primero que vas a hacer es disculparte con él.

—No pienso disculparme —le dije, tozuda, cruzando los brazos.

—Vamos a hacer una cosa. En primer lugar, vamos a recoger toda la ropa de Olly y colgarla en el armario. En su *nuevo armario* —me aclaró, después de mi terrible mirada—. Ya sabes lo poco que le gusta que toquen sus cosas y no queremos que esto se ponga peor. Después, vamos a sentarnos tú y yo en el sofá y te voy a preparar un helado de la hostia. Te vas a tranquilizar, vas a meter azúcar al cuerpo y vamos a hablar largo y tendido sobre lo que ha pasado. ¿Hasta ahora bien?

—Pss.

—Perfecto, y ¿qué te parece si a partir de hoy dormimos tú y yo siempre juntos? Compartiremos habitación hasta el fin de los días. Y Olly que tenga su propia habitación para él solo.

—¿Desde cuándo eres tan sensato?

—Desde que tú no lo eres. Hay que compensar la balanza, si no este pequeño grupo de tres se va a la mierda. Deberías haberte visto, *Totó*.

—No ha sido para tanto.

—¿Que no? Lo único que ha hecho el chaval ha sido estar demasiado borracho y vas tú y le montas la bronca del siglo. Vaya tela, Sara. —Adam no aguantó más y se desternilló de la risa.

—¡Deja de reírte, Adam! —Le pegué un puñetazo en el brazo—. Que se fastidie, noches alegres...

—¡Qué va! Estaba tan borracho que creo que ni follaron.

«¿De verdad? Pues qué pena más grande». Adam me miró con las cejas arqueadas.

—¿No pretenderás que lo sienta? —le pregunté.

—Pobre Olly, para una vez que la lía. Vaya pollo le has montado.

El muy capullo se siguió riendo de mí y de la situación durante horas sin cortarse un pelo. Me sugirió que jugásemos a algo para matar el tiempo y nos decantamos por el *scrabble*. Al poco de llegar al apartamento, descubrimos en un altillo un montón de juegos de mesa. Los dueños debieron de dejárselos allí. Nos habían venido bien para matar tardes lluviosas o días como aquel. Y estábamos muy tranquilos hasta que llegó el desaparecido.

Cuando escuchamos abrirse la puerta de la entrada, los dos levantamos la cabeza del juego. Oliver vino hecho un basilisco directo hacia mí y apuntándome con el dedo comenzó a amenazarme.

—Una cosa te voy a decir. Más te vale no traer a esta casa a ningún gilipollas porque te juro que sale por la ventana.

—¿Es una amenaza?

—Sí.

Me dejó con la palabra en la boca y salió escopetado hacia su habitación.

—Ya verás cuándo vea que has tocado sus cosas, en tres, dos, uno...

—¡¡SARA!! —Me sobresalté y todo por el grito.

—¡Ahí está! —Adam aplaudió, animado.

—A ti todo esto te hace gracia, ¿verdad?

—Sí, bastante. Tendrías que veros.

—¿Por qué coño has movido mis cosas de sitio? —me preguntó Oliver asomándose por el pasillo.

—¡No pienso entrar en la habitación de los fluidos nunca más! —Me levanté y di unos cuantos pasos hacia él.

—Pero ¿qué dices?

—A partir de ahora, esa es tu habitación. Deberías agradecerme por haberte hecho el traslado con el mayor cuidado del mundo.

—No te imaginas lo frustrado que me tienes. ¡Ni te lo imaginas, Sara!

—¡Y tú a mí!

—Me voy a mi cuarto, no me apetece ni verte.

—¿Te refieres a tu *nuevo cuarto*, no?

Oliver bufó y cerró de un portazo. Genial. Yo tampoco quería verlo. Volví con Adam y me senté en la silla.

—Vuelve y discúlpate.

—No quiero.

—*Totó...* —Me miró con desaprobación y señaló con la cabeza hacia la habitación—. Discúlpate, te has pasado. Llevas pasándote con él desde que te has levantado esta mañana.

Acepté a regañadientes y fui a la nueva habitación de Oliver. Toqué a la puerta y esperé a que me diese permiso. Lo mismo entraba y me colgaba de la lámpara.

—¿Qué? —me gritó desde dentro. Me lo tomé como una invitación y abrí la puerta. Estaba sentado en la cama y con la pelota de béisbol en la mano. En cuanto me vio, me mató con la mirada. Se le veía cabreadísimo.

—¿Qué cojones quieres ahora? ¿Mi pescuezo?

—He venido a disculparme, imbécil.

—No me insultes, Sara. Desde luego que, si así vienes a disculparte...

—Estás a la defensiva.

—Entra.

—¿Qué?

—Entra y discúlpate. No quiero hablar contigo a cuatro metros de distancia.

Mierda. No quería entrar en aquella habitación. No sabía por qué. Resultaba que al final no era la habitación de los fluidos, pero, aun así, Olly había dormido allí con la tía esa. Seguro que olía a ella. Mi amigo vio mi reticencia. Lo hacía a propósito. Para que reculase y me tragase mis palabras de antes de no entrar en la puñetera habitación de los fluidos. Capullo manipulador.

—Entra, Sara. No te lo voy a repetir más.

Me tragué todo mi orgullo y entré. Oliver, al ver mi predisposición, se calmó y suavizó la expresión de su rostro.

—Siéntate —me pidió suavemente.

Eso sí que no. En esa cama no me sentaba hasta que cambiase las sábanas.

—No, gracias. Seré rápida. Siento haberte chillado. No tenía derecho. Y siento haber tocado tus cosas —lo dije de carrerilla y sin parar para respirar.

Oliver no dijo nada. Silencio total. ¿Significaba eso que aceptaba mis disculpas o que no?

—Has roto la taza que te regalé.

—Lo siento.

—No pienso comprarte otra.

—Ya me la compraré yo. O cogeré la de Adam.

—Joder, qué mala hostia tienes, Sara.

¿Y qué podía contestar a eso? Nada, porque tenía razón. Cuando me cabreo, no tengo medida. No lo puedo evitar. Y, como había dicho Adam, había sido un ataque de celos en toda regla. Llevaba meses bullendo en mi interior hasta que había explotado. Di media vuelta y salí corriendo.

—¡Sara!

Nuestras últimas semanas en Seattle enturbiaron toda nuestra estancia allí. Oliver y yo no volvimos a hablar del tema de la rubia, pero había algo que había cambiado entre nosotros.

Para recorrer la costa oeste de Estados Unidos, nos decantamos por el coche. Alquilamos uno en Seattle y lo devolvimos en nuestro siguiente destino. Y así sucesivamente. Durante los largos trayectos por esas rectas interminables, me dio tiempo a pensar en Oliver y en mí. Nuestra relación empezaba a fluir a pasitos muy muy pequeños. Ahora que lo veía en la distancia de unas cuantas semanas, no entendía cómo me pude enfadar tanto. Los celos me volvieron loca, supongo. ¿De dónde me vendría a mí aquella mala leche?

Cuando llegamos a Aspen, nuestro humor mejoró notablemente. Sería por el cambio de aires. Como teníamos pensado acabar en Las Vegas, decidimos meternos un poco hacia el interior. Y, además, nos apetecía esquiar.

Permanecemos un mes en la nieve y nos lo pasamos genial. Nos presentamos a las pruebas de monitor de esquí para principiantes y las superamos los tres. Era un gran trabajo, bien remunerado y divertido. Durante todo el mes, no libramos ni un solo día, pero no nos importaba. Trabajamos diez horas diarias sin descanso. No nos daba tiempo a mucho más y estábamos más separados que juntos. Lo necesitábamos.

En mis escasos ratos libres, me pasaba por la pista de patinaje. Patinaba hasta no poder más y, cuando llegaba al apartamento, caía en la cama medio muerta por el cansancio. Y, tal y como acordamos en Seattle, siempre dormía con Adam.

Me supuso un gran alivio poder hablar con Adam de mis sentimientos por Oliver. Me había quitado un gran peso de encima. Joder, cómo pesan los secretos.

Después de nuestra aventura en la nieve, pasamos por San Francisco. No nos pillaba de camino, pero, como no teníamos nada más que hacer, nos apeteció San Francisco y allá que fuimos. Nos alojamos en las afueras y trabajamos en una hamburguesería. Desde luego que a polifacéticos no nos ganaba nadie. Tan pronto enseñaba a bajar en cuña a un chaval de ocho años por una pendiente nevada como le servía una doble hamburguesa con queso y *bacon*.

El mes que permanecemos en la ciudad californiana pasó demasiado rápido y apenas nos dio tiempo a hacer nada.

Y, por fin, llegamos a Las Vegas. Llevaba esperando ese momento desde el día que cogimos el primer avión en Edimburgo. Había visto muchísimas películas y documentales sobre la ciudad, y siempre me había llamado la atención. La ciudad del pecado.

Las primeras semanas nos hospedamos en uno de los hoteles más famosos de Las Vegas: el Bellagio. Era un capricho que queríamos darnos. Y, por supuesto, la habitación tenía dos dormitorios bien separados. Llevábamos dos meses trabajando a destajo. Y a pesar de estar alojados en ese hotel, trabajábamos sirviendo copas por la noche en otro.

Como teníamos todo el día libre, aprovechamos para visitar el Gran Cañón del Colorado y buscar apartamento. Y, alguna tarde que otra, nos metimos en los casinos. Pero solo un poquito. Bueno, la verdad es que alguna tarde se nos fue de las manos, pero es que era superdivertido.

Lo que más me gustaba era la ruleta. Por el día, las apuestas eran bajas, por lo que apostábamos unos pocos dólares en cada jugada. Y nos lo pasábamos genial. Es un juego excitante, y las bebidas mientras jugabas eran gratuitas. Cada vez que ganaba, gritaba entusiasmada como una loca. Mi mirada se cruzaba con la de Oliver. Sus ojos, verdes e intensos, me observaban divertidos. Y se reía, se reía de mi excitación y entusiasmo. Le asomaban los hoyuelos. Esos estúpidos hoyuelos.

La primera noche que libramos en la discoteca salimos a tomar unas copas. Decidí ponerme elegante. Rescaté del fondo del armario (o de la maleta) un vestido negro, corto y con tirantes finos. Me miré en el espejo del cuarto de baño y me puse una trenza alta. Me maquillé ligeramente y... ¡lista! Salí del baño y los chicos me esperaban, perfumados y elegantes, en el salón. No había sido la única que había decidido ponerse guapa.

«Joder con el rubiales». Lo miré de arriba abajo con disimulo (o quizá no). Mierda. Qué bueno estaba. Llevaba unos vaqueros negros con botas militares y una camiseta gris de manga corta. Y me repasaba de arriba abajo... Salí de la habitación con una gran sonrisa en la cara.

Después de un par de horas bailando, acabamos en la discoteca de nuestro hotel. Saludamos a los camareros, a los que ya conocíamos, y compartimos con ellos un par de rondas de chupitos. Una de las camareras enseguida le hizo carantoñas a Oliver y tonteó con él con descaro. Y, a pesar de que

llevaba tiempo en sequía, aquella vez le siguió el rollo. Ya estábamos de nuevo. Los ignoré y me fui al centro de la pista a bailar.

Poco después, Adam se unió a mí y bailamos juntos. Intenté pasármelo bien y no mirar hacia la barra, pero es que estaba tan guapo que no podía evitarlo. La explosión de celos me atravesó desde dentro cuando vi cómo le regalaba una estúpida sonrisa descarada a la camarera. Me entraron unas ganas tremendas de partirle su perfecta sonrisa de un tortazo.

—¿Quieres acabar con esto de una vez por todas? —La voz de Adam, cerca de mi oído, me sobresaltó.

—¿Acabar con qué?

Adam me señaló a Olly y a la camarera con la mirada.

—Tengo una idea para hacer que Oliver reaccione. ¿Vas a confiar en mí y me vas a seguir el rollo, haga lo que haga?

Observé a mi amigo arrugando la frente. Últimamente, no se sabía por dónde iba a salir, tan pronto estaba triste como contento. O divertido como amargado. Y, además, le había dado por decir cosas sin sentido. ¿Para que Oliver reaccionara a qué? ¿A qué se refería?

Adam, que vio la duda en mi rostro, se reagrupó en posición ofendida.

—¡No me mires así! Eres como una montaña rusa emocional. —Le puse el dedo en el pecho—. Estás inestable, Adam. Pero confío en ti.

—Genial, porque tú y yo nos vamos a enrollar. —Me atraganté con la bebida cuando me lo dijo.

—¿A qué te refieres?

—A mi lengua dentro de tu boca y enroscándose con la tuya —me explicó sugerente.

—Necesito un chupito.

—Ven, vamos a la barra. —Me cogió de la mano y nos acercamos a la barra, pero a otra zona, no a donde se encontraban el salido y la camarera.

Le pedí al camarero una nueva ronda de chupitos y me bebí los dos.

—¿Y tiene que ser con lengua? —pregunté a Adam.

—Tiene que parecer auténtico, *Totó*.

—¿Y de qué va a servir?

—Entre nosotros hay un código —me explicó—, está prohibido enrollarse con la chica del otro. Es la regla más básica.

—Yo no soy la chica de Oliver.

—Pero lo fuiste, y de ninguna manera va a permitir que tú y yo nos enrollemos. Y, además, si tú y yo nos enrollamos es porque sentimos algo

especial el uno por el otro, no lo vamos a hacer porque sí, los amigos no hacen eso.

—Oliver y yo lo hicimos.

—No fue porque sí, *Totó*, y él lo sabe —me explicó, impaciente. Yo no entendía nada, pero le seguía el rollo. Los chupitos empezaron a hacer efecto en mí—. Confía en mí, va a venir como un puto loco a separarnos y se va a olvidar de la camarera. Va a estar acojonado pensando que tú y yo podamos tener algo más que amistad. ¿No quieres joderle la noche?

—Venga, vamos —resolví.

Volvimos a la pista y Adam nos colocó en un sitio estratégico en mitad de la sala, desde donde Oliver y compañía nos veían de pleno.

—Probablemente te meta mano. Y tú deberías hacer lo mismo.

Antes de que me diese tiempo a asimilar las palabras, tenía la lengua de Adam en mi garganta. Joder, qué bien besaba. Recordé haberlo besado años atrás en aquel juego de la botella. Y recordé que lo hacía bien. Adam se separó de mis labios, de repente.

—¿De qué eran los chupitos que te has tomado? ¿De fresa?

—Ajá —asentí entusiasmada. Madre mía, qué pedo llevaba.

Adam se lanzó a mis labios por segunda vez y me devoró. Me tocó el trasero, pero yo estaba tiesa como un palo. No sabía si aquello era buena idea.

—Imagínate que soy él —dijo contra mis labios.

«Entendido. Imagínate que estás besando al rubiales que te quita el sueño». Dicho y hecho. O más bien, pensado y ejecutado. Le devolví el beso con pasión y lo manoseé por todo el cuerpo. Puede que al principio me sintiera intimidada, pero ya no. Puse mis manos en su bonito trasero y me restregué contra él. Noté su erección a través de mi vestido.

—¡Adam!

—Joder, no soy de piedra.

Nos empezamos a reír por la situación y seguimos besándonos. Debíamos de estar dando un espectáculo de los buenos. Abrí uno de mis ojos y miré hacia la barra. Oliver nos observaba. Oliver nos observaba, petrificado. Un segundo más tarde, Oliver nos observaba muy cabreado. Sus ojos verdes se clavaron en mí y dejó de lado a la morena para venir hacia nosotros. Continué restregándome contra un Adam ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué coño hacéis?

Oliver nos separó con brusquedad y nos quedamos los tres formando un triángulo perfecto. Miré a Adam asustada y vi la pinta que tenía:

descamisado, con los labios hinchados y el bulto en el pantalón. Y no decía nada. Paseé mi mirada hasta Oliver, que mantenía los puños apretados y nos quería matar con la suya. Y yo estaba borracha y cachonda. Borracha por los chupitos que había tomado, y cachonda porque llevaba más de un año sin mantener relaciones sexuales y tampoco era de piedra y porque, aunque Oliver parecía que quisiera matarnos, yo solo era capaz de mirarlo de arriba abajo y recrearme con lo bueno que estaba. Oliver Aston cabreado da mucho morbo.

Con la respiración aún agitada, me acerqué a Adam y le rodeé el cuello con los brazos. ¿Por qué? No lo sé. Quizá porque manteniendo el contacto con Adam me sentía más segura o quizá porque quería llevar a Oliver al límite. Como estábamos en la ciudad del juego, decidí jugar.

Quitó uno de mis brazos del cuello de Adam y toqué el pecho de Oliver incitándolo a que se uniera a nosotros, pero él me cogió la mano y me la apartó. Temblé. ¿Acababa de rechazarme?

El corazón se me desbocó. Entonces cogió mi mano, con firmeza, y me acercó a su cuerpo, alejándome de los brazos de Adam. Hundió su otra mano en mi melena y justo me dio tiempo a inhalar una bocanada de aire antes de que sus labios chocasen con los míos. «Joder, por fin».

En algún lugar recóndito de mi mente aguardaban los recuerdos de sus besos, de aquellos besos que compartimos. Los recordaba como algo extraordinario. Pero llegué a pensar que todo lo que habíamos sentido fue fruto de la novedad y la sorpresa. Acababa de descubrir que me equivocaba.

Me metió la lengua con agresividad, fuera de sí, y yo le respondí de la misma manera. Poco después tuvimos que detenernos porque a ambos nos faltaba el aliento.

Agarré la tela de su camiseta y tiré de él hacía mí para sentirlo más cerca. Para besarlo otra vez. Su boca sabía a alcohol y Coca-Cola. Le metí las manos por debajo de la camiseta y le acaricié la piel desnuda de la espalda.

—Nena —me susurró, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

Ni siquiera me di cuenta de que no estábamos en la discoteca. Nos habíamos movido, frenéticos, por el pasillo, en busca del ascensor, sin quitarnos las manos el uno de encima del otro y sin dejar de mordernos los labios. Nos apoyamos en las puertas cerradas del ascensor y Oliver me estrechó contra él. Sus manos me tocaban por todo el cuerpo y me acariciaban con suavidad.

—¡Joder, lo que tarda el puto ascensor! —gritó, enfurruñado, sin despegar

sus labios de los míos.

Caí en la cuenta de algo.

—¿Has pulsado el botón?

Se separó del todo de mí y me miró con los ojos brillantes y enfebrecidos por el deseo.

—No. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. Estallamos en carcajadas y pulsamos el botón a la vez. Cuando nuestros dedos se tocaron, el deseo estalló en mi interior. Nos miramos a los ojos y nos quedamos quietos, en silencio, escrutándonos el uno al otro. No había que ser muy listo para saber lo que pensaba mi acompañante.

¿Qué estábamos haciendo? Yo no tenía dudas, tenía claro lo que quería, lo quería a él de una manera tan desesperada que, si se le ocurría arrepentirse, no sabía lo que haría. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que nos habíamos tocado y besado... Lo recordaba como algo alucinante, pero las sensaciones las había olvidado.

Las puertas del ascensor se abrieron y los dos salimos de nuestros pensamientos. Permanecemos quietos. Era el momento de decidir. De decidir si continuábamos o lo dejábamos en ese momento. Una cosa era clara: si parábamos, sería para siempre.

Los dos miramos hacia el habitáculo vacío a nuestro lado y volvimos a mirarnos. «Depende de ti, Olly. Yo estoy dispuesta a entrar y seguir con lo que estábamos. ¿Y tú?».

Un segundo después, me asió de la mano y me metió en el ascensor, me empotró contra la pared y me besó con posesión.

Me subió el vestido, me sacó el pecho de la copa del sujetador y me acarició con suavidad. No sabía dónde estaba el límite entre el placer y el dolor. Gemí, y me arqueé en busca del contacto con su cuerpo. Mi respuesta espoleó a Oliver, que me sacó el otro pecho y me estiró ambos pezones con sus manos, mientras su lengua se volvía más violenta sobre la mía. Me mordisqueó el cuello y me saboreó. Jadeé en su oído.

Sentí su tremenda excitación contra mi estómago. Bajé mi mano y lo acaricié. A Oliver se le escapó un gruñido de placer y me besó más fuerte. Tanto me animaban sus gruñidos que me atreví a acercarme al botón de su pantalón y a desabrochárselo. Metí mi mano por dentro de su ropa interior y cerré mis dedos en torno a él. Oliver impulsó sus caderas hacia mi mano, haciéndome saber que le gustaba lo que hacía y que quería más.

El ruidito del ascensor que avisaba de la llegada a nuestro piso nos paralizó. Se abrieron las puertas y ambos miramos a la vez hacia la salida. Por suerte, no había nadie. De haberlo habido, se hubieran encontrado a una chica con el vestido hasta el cuello y la mano metida dentro de los pantalones desabrochados del chico, y con el aludido con las manos apretando las nalgas de la chica y la boca en su pecho. Esa era exactamente la pinta que teníamos. Lo sabía, porque acababa de verlo en el espejo del ascensor.

Salimos como pudimos, y seguimos besándonos por el pasillo hasta llegar a nuestra habitación. Oliver me dio la espalda para abrir la puerta. Cuando se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros buscando la llave, estos cayeron, dejando el bóxer a la vista. Metí las manos por dentro y le apreté el trasero con las manos.

Consiguió abrir la puerta y, para cuando entramos, ya tenía los vaqueros por las rodillas. Se quitó las botas a una velocidad supersónica y empujó los vaqueros y el calzoncillo hacia abajo hasta sacárselos del todo. Me miró. Sus ojos verdes lucían más oscuros que nunca.

—Necesito arrancarte la ropa.

Sus manos descendieron poco a poco por mi cuerpo, bajaron por la cintura; me sobó el trasero con precisión y me acarició los muslos. Llegó hasta el elástico de mis braguitas y me las quitó. Después, subió el vestido por mi cuerpo y me lo sacó por la cabeza. Me alzó del suelo y le rodeé la cintura con mis piernas. Enredé las manos en su pelo y lo besé con fervor. Nuestras lenguas se encontraron y el gruñido que salió de la garganta de Oliver me puso a cien. Nos movimos a mi dormitorio poseídos por el placer y la excitación. Me tumbó en la cama, clavó sus ojos sexis en los míos y sonrió. Yo me quedé atrapada en esa sonrisa y esos hoyuelos que me volvían loca.

Se agarró su sexo con el puño derecho y se abrió paso a mi interior, gimiendo. No sé cómo tuve un último momento de lucidez.

—Oliver, el preservativo.

—Tarde —me dijo, penetrándome por segunda vez.

—Sal y pónelo. Yo no he estado con nadie, pero tú sí.

—Sara, nunca he estado con nadie sin preservativo.

—Oliver...

—Confía en mí. Nunca te mentiría en algo así.

Lo creí. Aunque, si me llega a decir que era el mismísimo Dios de los cielos reencarnado en un chaval de veinte años, me lo habría creído igual.

Sus músculos se crispaban y distendían mientras nos movíamos. Mis

jadeos eran incontrolables, salían de lo más profundo de mi alma. Mis uñas arañaban su espalda. Mi cuerpo empezó a temblar por la anticipación hasta que me rompí en mil pedazos.

Nos quedamos abrazados intentando recuperar la respiración. Estábamos sudando. No habíamos llegado a quitarnos ni su camiseta ni mi sujetador.

Oliver, no sé, pero yo me quedé dormida al instante. No recuerdo ni que se apartase de encima de mí. Lo que sí recuerdo es despertarnos en mitad de la noche y volverlo a hacer para después dormirnos al amanecer completamente desnudos.

A la mañana siguiente, me desperté como si un camión hubiera pasado por encima de mí. Qué digo un camión, ¡cien camiones! Pero estaba feliz, muy feliz.

Me di la vuelta y observé su perfil. Tenía un brazo bajo la cabeza. La sábana lo cubría justo hasta la altura de las caderas. Aparté la mirada de su piel desnuda y lo miré a la cara. Sus largas pestañas descansaban en sus mejillas y se curvaban justo al final. El bello durmiente se removió y abrió los ojos lentamente.

—Hola —me dijo, con una voz espesa aún por el sueño.

—Buenos días. —Levanté la mano y le aparté el pelo de los ojos. Quizá era una actitud demasiado cariñosa, pero no me salió comportarme con él de otra manera.

Oliver se puso de lado. Sus piernas desnudas buscaron las mías por debajo de las sábanas. Nos enredamos y nos acercamos un poco más. Me contoneé para que viese lo que quería. Lo que necesitaba. Tenía ganas de besarlo hasta dejarlo sin aliento. Y, por lo que parecía, él también, porque entrecerró los ojos y me besó. ¡Y yo sin lavarme los dientes y con la resaca que tenía después de los chupitos! ¡Qué horror!

Se subió encima de mí y metió las manos por debajo de mi trasero.

—¡Quítate de encima! ¡Tiene que saberme la boca a rayos!

Mis palabras fueron engullidas por su beso. Su lengua buscó la mía. Colocó las manos en el colchón a ambos lados de mi cabeza y con la voz enronquecida gimió a la entrada de mi boca.

—Mmm.

—Lo digo en serio, Olly, ¡apártate y déjame ir al baño!

—No.

Me retorcí e intenté escabullirme hacia una de las esquinas de la cama.

—La culebrilla de mar ha vuelto. —Me seguí retorciendo hasta toparme

con el borde de la cama—. Joder, nena, me estás poniendo a cien con ese movimiento.

Y, entre que yo intentaba escaparme y él que no me escapase, acabamos los dos espantados en el suelo y muertos de la risa. Oliver me cogió por debajo del trasero y me subió encima de él. Nuestros sexos quedaron a escasos milímetros el uno del otro. ¡Así no hay quien se resista! Me coloqué en posición y acabé por unirnos del todo.

—Buena decisión.

Acerqué mi boca a su cuello y lo saboreé, le mordí el labio. Oliver movió sus caderas y entró y salió de mí lentamente. Yo me acoplé a sus movimientos, pero de repente frenó.

—Muévete —le ordené, abducida por el placer.

Oliver me miró socarrón.

—A la orden, ojitos azules, solo disfrutaba del momento.

Me moví más rápido encima de su cuerpo y arqueé mi espalda. Le tiré del pelo y conseguí arrancar de su garganta un fuerte gemido. Empujé mis caderas para sentirlo más dentro, y Oliver me sujetó por las caderas para marcar el ritmo.

Se apartó y salió de mi cuerpo, y yo sentí una extraña sensación de vacío muy grande. Volvió a entrar y se quedó quieto, mirándome.

—Lo quiero lento.

—Me vas a matar —le dije. Estaba a punto.

Nos sumimos en un baile lento, sin apartar la mirada el uno del otro. Sin besarnos. Tan solo, observándonos. Llegamos al orgasmo a la vez dos segundos antes de que llamaran a la puerta.

—¿Estáis visibles? —nos preguntó Adam. ¡Qué oportuno!

—¿Nos habrá oído? —le susurré a Oliver.

Me separé de él y me senté a su lado apoyándonos en la cama. Arrancamos la sábana de la cama y nos tapamos con ella.

—Sí, pasa.

—¿Seguro? Me he quedado sordo de tanto gemido, no quiero quedarme ciego también.

—Nos ha oído —me dijo Oliver, guiñándome el ojo.

Adam abrió la puerta y nos vio tirados en el suelo.

—Buenos días, tortolitos —nos dijo, sonriente. No creí que su felicidad se equiparase a la nuestra, pero, desde luego, estaba cerca.

Estados Unidos: ¿somos novios?

Todavía sentados en el suelo, Oliver y yo dimos los buenos días igual de sonrientes a Adam. Agarré la sábana y tiré de ella, destapando a Oliver por completo. Me levanté lo más digna que pude para ir a ducharme. El olor a sexo y a Oliver se desprendía por todos los poros de mi piel.

—Me voy a la ducha —los informé, de camino al cuarto de baño.

—Y yo me piro, luego os veo.

—No te vayas tan rápido —Oliver (en toda su desnudez) frenó a Adam y lo señaló con el dedo—, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Vale, pero tápate el culo primero.

¿Y Oliver de qué quería hablar con Adam? Se le veía serio. En cuanto tuviera ocasión intentaría sonsacárselo. Abrí el grifo de la ducha y, mientras caía el agua caliente sobre mi piel, una bombilla se encendió en mi mente. Quizá era por lo del beso de la noche anterior. Si existía un código, como me aseguró Adam, tendrían que arreglar las cosas. No me gustaba que discutiesen por mi culpa. Y, además, Adam lo había hecho por mí.

La puerta del cuarto de baño se abrió y, un segundo después, Oliver entró en la ducha. Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él. Sujeté sus brazos con los míos y me apoyé en su pecho.

—¿Qué tienes que hablar con Adam? —le pregunté a bocajarro.

Oliver suspiró. ¡Cómo no!

—Cosas de tíos.

—Olly, cuéntamelo.

—¿Por qué os enrollasteis ayer Adam y tú? —Me tensé ante la pregunta. ¡Sabía que era por eso! ¿Le decía la verdad o qué narices le decía? Lo medité unos segundos y me decanté por una mezcla entre la verdad y la mentira. Me di la vuelta y me separé.

—Para darte celos.

—¿Perdona? ¿Te estás quedando conmigo?

—Porque eres guapo, Oliver. Y lo sabes. Y ayer estabas... arrebatador. Para comerte. Me apetece —intenté restarle importancia. Que pensase que solo era atracción, no quería asustarlo diciéndole que estaba loca por él— y, como no me hacías caso, se me ocurrió besar a Adam para llamar tu atención.

Sé que te atraigo, si no no te hubieras liado conmigo la primera vez.

Ya lo había dicho. Oliver me observó con sus ojos verdes. No se movió, no pestañeó. Ni siquiera me puso su sonrisilla de canalla cuando reconocí que me resultaba guapo. «Has dicho arrebatador, Sara. A. RRE. BA. TA. DOR. Te mereces una bofetada mental. ¿Así disimulas que estás loca por él?».

El chorro de agua le caía con fuerza en la cabeza y el pelo se le pegaba a la frente. Me miró de una manera que me costó entender. Era como si quisiera leerme, como si quisiera adentrarse en mi mente.

Abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo. Puso los brazos en jarras y siguió mirándome. Después de lo que me parecieron horas, habló.

—¿Se te ocurrió a ti?

—A los dos —contesté sin pensar.

—Un poco arriesgado, ¿no crees? —Apartó las manos de mi cintura y las apoyó en la pared cerca de mi rostro—. ¿Y si no me hubiera molestado?

Moví la mano, quitándole importancia al tema.

—Adam sabía que te molestaría.

Entonces fue Oliver quien se tensó con mis palabras. Su expresión pasó de dudosa a cautelosa.

—¿Qué coño te ha contado el bocazas de Adam?

«Eh, tranquilo, ¿a qué viene esa actitud?».

—No sé qué de un código entre tíos. Resulta que, como tú y yo nos enrollamos en el pasado, estoy vetada para todos tus colegas.

—¿Y nada más?

—¿Qué más tendría que contarme?

Entonces fui yo quien arrugó la frente.

—Nada.

—Pues eso.

—Bien.

—¿Me vas a besar ya?

Sonrió y me besó.

—Sigo estando... mmm... ¿arrebatador?

Ya sabía yo que me lo restregaría de un momento a otro.

Una semana después, nos mudamos a un pequeño adosado ubicado en las afueras de Las Vegas. Era una monada de apartamento. Me enamoré de él en

cuanto lo vi. Las paredes estaban pintadas de un amarillo muy suave y todos los muebles eran de madera. Parecía muy cuidado y decorado con mimo. Tenía dos habitaciones, una de ellas con cuarto de baño. Nos lo echamos a suertes y me tocó a mí la habitación completa. Y Oliver, con la excusa del baño, se mudó conmigo. Permanentemente. Nuestra habitación tenía una cama bastante grande y un pequeño balcón que daba acceso al mini jardín que teníamos.

Esa noche, me tocaba turno en la discoteca. No me apetecía nada, quería estar con Olly. Por suerte, tanto él como Adam vinieron a verme. Les serví unas cervezas y seguí trabajando. Era viernes y el local estaba a reventar.

Cuando la noche se calmó, nos juntamos todos los camareros a charlar un rato. Mis amigos también se acercaron. Ben, uno de los camareros, que se llevaba muy bien con Olly, le sugirió que, el próximo domingo que librásemos, podíamos ir al local de moda que le había recomendado. Como no tenía ni idea de lo que hablaban, le pregunté sobre ello, y nos explicó que había un bar, cerca del hotel en el que trabajábamos, donde se escuchaba música en vivo. Las personas del público podían salir a cantar o tocar algún instrumento. Podía ser *cover* o no. Se aceptaba de todo y cualquiera podía subir al escenario. No era necesario inscribirse en ningún sitio, iba sobre la marcha. Pintaba bien.

A última hora de la noche, no podía más. La música explotaba en los altavoces a un volumen ensordecedor. Yo servía copas a mis últimos clientes y contaba los minutos para salir. Mientras esperaba a que me pagasen la consumición, dirigí la mirada a mi chico. Sí, mi chico. Porque siempre sería mi chico, y no me importaba lo que él pensase al respecto. Se había quedado a esperarme hasta última hora. Qué tierno. Adam hacía horas que se había ido de fiesta con unas turistas españolas. No volveríamos a verle el pelo hasta la mañana siguiente. Oliver me observaba con atención desde el otro extremo de la barra mientras daba pequeños sorbitos al botellín de cerveza que sujetaba en la mano. Aparté la mirada y cogí el dinero que habían dejado en la barra los chicos de la última ronda.

Me quité el delantal y salí de la barra. Me acerqué a Oliver y me quedé parada enfrente de él. Primero, nos miramos a los ojos. Luego, su mirada me recorrió el cuerpo con lascivia. Subió por las piernas y llegó hasta mi boca. Después, sus ojos abandonaron mi boca y volvieron a estar fijos en los míos. Aumentó la temperatura de mi cuerpo por momentos. Y la de todo el local.

Metió las manos por la cinturilla de mis pantalones y se adueñó de mi

boca. Enseguida nos separamos, a fin de cuentas, estábamos en nuestro lugar de trabajo. Inspiré hondo y su mirada se volvió más intensa.

—Vámonos a casa.

Me pasó el brazo por los hombros y, juntos y agarraditos, nos fuimos a casa.

Ese domingo, decidimos pasarnos por el local que nos había recomendado Ben la otra noche. Nos costó encontrarlo, porque estaba escondido en un callejón, y por un momento casi nos rendimos. Menos mal que no lo hicimos. Porque resultó ser todo un descubrimiento. Entramos, y me gustó desde el primer momento. Se respiraba un aire, no sé... agradable, amigable, musical, sano.

La barra se situaba a la izquierda de la entrada y, al fondo, había un escenario muy iluminado, con un montón de instrumentos musicales encima. Las mesas estaban dispuestas por todo el bar menos por la zona del escenario, que permanecía vacía. Pedimos unas cervezas y nos sentamos en una de las mesas.

Sin previo aviso, unas chicas se subieron al escenario y comenzaron a versionar una canción de Bon Jovi. Una de ellas tocaba la guitarra y la otra cantaba. Cuando acabaron, otra pareja se animó y cogió la batuta. Lo divertido era que no había nada preparado; salías y sacabas lo que llevabas dentro. Así de sencillo. Era perfecto.

Adam repiqueteaba con los dedos en sus muslos, siguiendo el ritmo de la melodía. En ese instante, en el escenario se encontraba una pandilla de cinco chicos que imitaban a los Sex Pistols. Nuestros compañeros de trabajo aparecieron y se quedaron en la barra disfrutando del espectáculo. Cuando acabaron, todos aplaudimos entusiasmados. Había sido bestial.

—Eh, tíos. —Ben saludó con una palmada en la espalda a mis amigos y a mí con un beso en la mejilla—. ¿Qué os ha parecido?

—Cojonudo, chaval. Este sitio es de puta madre —Adam contestó por los tres.

—Ya te dije que os fliparía —se dirigió a nuestro Olly—. Cualquier músico que se precie adora este lugar.

—Estoy de acuerdo —contestó el rubiales.

—Oye, tío, ¿por qué no te animas y sales a cantar algo con tu chica y con

Adam?

¡Toma, lo que había soltado el chico sin pensar! *Tu chica*. Miré atentamente a Oliver, pero no parecía haberse dado cuenta, porque ni se inmutó; solo nos miraba buscando una confirmación.

—¿Vamos?

Adam y yo asentimos con la cabeza. Hacía muchísimo tiempo que no tocábamos los tres juntos. Lo echaba de menos. Eran nuestros momentos especiales.

Subimos los tres al escenario. Desde allí arriba, se veía todo tan diferente... Oliver cogió el micrófono y se colocó una de las guitarras, Adam cogió otra y yo me senté al piano. Los murmullos se silenciaron y la música que sonaba por los altavoces cesó. Los focos me apuntaban a los ojos. No habíamos preparado nada, pero no era necesario. En cuanto Oliver tocó los primeros acordes con su guitarra, Adam y yo lo seguimos. Llevábamos jugando a ese juego desde la pubertad. Oliver elegía un tema y empezaba a interpretarlo con su guitarra, en cuanto Adam y yo le cogíamos el ritmo, cambiaba a otro tema y así sucesivamente hasta que nos aburríamos.

Oliver eligió *You Shock Me All Nighth Long*, de AC DC, para empezar. Comencé a tocar los acordes en el piano y tocamos los tres al compás perfectamente compenetrados. Después de cantar el primer estribillo, Oliver cambió de canción. Dos segundos y reconocí la pieza: *Blitzkrieg Bop*, de Los Ramones.

Seguimos interpretando temas uno detrás de otro. Red Hot Chili Peppers, Aerosmith, Los Beatles, Guns N' Roses, Coldplay, Queen, Lenny Kravitz. Para el gran final, Olly escogió una pieza de Nirvana, *Lithium*. Por ser la última, la interpretamos de principio a fin. Me encantaba observar a Oliver cuando cantaba, me hipnotizaba. Lo que más me gustaba era cuando empezaba a gritar como buen rockero. Tenía un bonito perfil, me encantaba ver cómo se le curvaba el pelo rubio bajo las orejas, y esa irresistible curva de sus labios... Vamos, ¡músico follable en toda regla! «Y sí, Sara, tú te lo estás tirando».

Cuando acabó la actuación, el garito se llenó de aplausos y vítores. Bajamos del escenario y nos siguieron aplaudiendo. ¡Menudo éxito! El público nos daba palmaditas mientras regresábamos a nuestra mesa. Nos sentamos, y la pandilla de Ben vino a felicitarnos en persona. Nos tomamos otra copa, y otra, y otra, y otra más.

Cuando mi estómago no daba más de sí, sugerí a Oliver que nos fuéramos

a casa. Buscamos a Adam y lo vimos entretenido liándose con una pelirroja. Nos acercamos para decirle que nos íbamos, pero nos despachó enseguida.

Salimos a la calle dando un traspié. Estábamos los dos bastante perjudicados, Oliver incluso más que yo. Casi tuve que llevarlo a rastras, no sabía si íbamos a ser capaces de llegar a casa. Pesaba demasiado. Lo mejor era coger un taxi. Con torpeza, me quité mis zapatos de tacón. Mis doloridos pies no los aguantaban más. Dejé a Olly sentado en el bordillo de la acera y me asomé a la carretera en busca de un taxi.

—Joder, menudas vistas tengo desde aquí abajo.

Oliver arrastró sus manos por mis piernas. Empezó por los tobillos y fue subiendo con deliciosa lentitud. Giré la cabeza y vi su descarada sonrisa provocándome.

—Nene, no se te va a levantar.

—¿Qué? —Se levantó y me acercó a su cuerpo—. ¿Es eso un reto?

Me envolvió en sus brazos y me empujó por la calle hasta empotrarme contra el coche más cercano. Se apretó fogosamente contra mí y se restregó arriba y abajo. En pocos segundos, estaba ardiendo. Nos besamos sin dejarnos respirar. Oliver me agarró por la cintura y me dio la vuelta, colocándome de frente contra el coche.

—Oliver.

—Shhh, concéntrate en lo que estamos.

Metió las manos por debajo de las medias y las fue bajando poco a poco. Comenzó a besarme y a chuparme los tobillos. Y fue subiendo. Me besó la parte trasera de las rodillas. Y siguió subiendo. Me besó los glúteos y me separó las piernas con su rodilla. Apoyé las manos contra el cristal del coche. Esperaba que al dueño todavía le quedase fiesta por delante...

Aunque intenté evitarlo, los gimoteos me salieron solos. Me estaba volviendo loca. Sus dientes presionaban en los puntos más débiles. Me ardía la piel. Metió la cabeza por debajo de mis piernas y con la lengua accedió al centro de mi sexo. Y yo me quería morir, pero de gusto. Oliver me besaba con absoluta delicia. «Joder, vaya lengua».

—Oliver, no puedo más.

Se levantó y se puso detrás de mí en toda su longitud. Tanteé a través de su bóxer su impresionante erección. Sus manos se unieron con las mías para desabrocharse el pantalón. Cuando se lo soltó, me sujetó las manos y me las puso en el techo del coche por encima de mi cabeza. Me separó más las piernas, me bajó la ropa interior y me penetró de golpe. Sujetó mis manos

con las suyas y se movió en mi interior con estocadas fuertes. Sus sonidos graves y roncós me llevaron al extremo.

Me chupó el lóbulo de la oreja y me deshice un poquito más. El orgasmo se cocía en mi interior. Los dos estábamos jadeando y nuestras manos se apretaron fuertemente.

—Oliver...

—Ya voy, joder.

No podía más, intenté pensar en otra cosa para alargarlo, pero no pude. Solo podía pensar en Oliver, en su olor, en su tacto, en sus besos...

—¡Ya! —me gritó.

Me dejé llevar. El foganazo de calor se extendió por todos los rincones de mi cuerpo. Nos quedamos quietos, en la misma postura, recuperándonos del asalto. Oliver se apartó de mí para respirar hondo.

—Reto superado. Ahora, llévame a casa.

Paré un taxi, y el conductor tuvo que ayudarme a meter a Oliver en el coche. Le di mi palabra de que no vomitaría y le supliqué que, por favor, nos llevase a casa. Vivíamos a cinco minutos. Cuando conseguimos sentarlo en los asientos de atrás, su espalda fue arrastrándose poco a poco hasta caer. No me quedó más remedio que subirme de copiloto. Le puse cara de circunstancias al conductor y arrancamos.

Escuché a Oliver gruñir y quejarse. Mi mente se dividió en dos pensamientos, el primero, que no vomitase. El segundo, en el tremendo polvazo que acabábamos de echar.

—¿Nena?

—Estoy aquí —le dije desde mi posición.

Oliver palpó el asiento a su lado.

—¿Por qué no duermes conmigo?

—Porque no estamos en la cama.

«Y cállate ya, por Dios». Era capaz de empezar a decirme guarradas sin ningún tipo de filtro.

Cuando llegamos a nuestra calle, di gracias a todos los dioses del Olimpo por ayudarme a conseguirlo. El taxista tuvo que ayudarme a meter a Oliver en casa. Lo tiramos en la cama y salimos a la calle. Le pagué la carrera y volví a casa.

Me puse de rodillas en la cama y le quité la ropa a Oliver, que olía a sexo y alcohol.

—No sé si voy a poder darte otro —balbuceó el borrachín.

—¿Pero qué dices de otro? ¡Si estás inconsciente! —Lo levanté lo justo para pasarle la camiseta por la cabeza.

Ni me contestó. Se había dormido.

Unas horas después, me desperté temprano, con un dolor de cabeza de campeonato. Recogí toda la ropa tirada por el suelo, tanto de Oliver como mía. Vestido, medias, pantalones... Mientras tanto, tarareé una de las canciones que habíamos tocado la noche anterior. Se me había metido en la cabeza y no quería salir. Cuando recogí la última prenda, descubrí que mis zapatos no aparecían.

Me agaché y los busqué debajo de la cama, pero nada. Salí al salón y seguí buscando.

—¿Qué buscas, nena? —Oliver se había despertado y caminaba hacia mí bostezando y estirándose.

—Mis zapatos.

—¿Qué zapatos?

—Los que llevaba ayer. ¿Tú recuerdas si entré con ellos en casa?

Oliver me miró levantando las cejas.

—Ni siquiera recuerdo cómo coño llegamos a casa.

—Mejor.

—Creo recordar que no es la primera vez que pierdes unos zapatos. Deberías salir de fiesta con playeras. —Se acercó a mí y me dio un pico en los labios. Era un beso de buenos días. O un beso de «no aguanto ni un minuto más sin besarte». Y había un pequeño aleteo de mariposas en mi estómago. ¿Me quiere? ¿Somos novios?

Las semanas pasaron y nuestra estancia en Las Vegas empezó a hacerse pesada. Había muchas cosas que hacer, pero llevábamos allí tres meses y lo habíamos visto todo. Habíamos entrado en el mes de abril, y el calor empezaba a apretar. Lo mejor eran las noches. Después de trabajar, solíamos ir al local donde tocamos los tres juntos aquella primera vez y casi siempre acabábamos subiendo al escenario por petición popular. Luego, tomábamos algo y nos marchábamos a casa, donde Oliver y yo hacíamos el amor dulcemente. Todas las noches.

Una mañana, me desperté entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho. Escuché los latidos de su corazón. Acompasados, tranquilos. Aunque

no quería, tenía que levantarme.

Me moví por el apartamento hasta la habitación de Adam. Ese día le tocaba turno de mañana en el bar. Un par de semanas atrás, nos habían ascendido de camareros de copas por la noche a camareros de día, donde las propinas eran mejores. Entré directamente y aparté las cortinas.

—Adam, levántate. Vas a llegar tarde.

—Asdkjnsd.

—Lo que quieras, pero levántate ya.

Salí de la habitación y fui a la cocina a preparar el desayuno para los tres. Mientras exprimía las naranjas, Oliver se acercó a mí por detrás y metió las manos por debajo de mi ropa interior mientras me besaba en el cuello.

—Buenos días. Mmm, ¿esto es para mí? —Cogió el zumo de naranja que acababa de preparar y se lo bebió.

—Joder, ¿no estáis hasta los cojones de trabajar? —Adam hizo su aparición en la cocina—. Yo llevo más de un año sin parar apenas. Necesito unas putas vacaciones.

—¿Y de qué vamos a vivir, Adam? —le preguntó Olly.

Se me ocurrió una idea.

—¿Y si nos vamos a Malibú a casa de mis abuelos? Por lo menos tendremos alojamiento gratis.

—Hostia, qué buena idea.

—¿Y de dónde vamos a sacar las llaves? —Oliver siempre sacando la puntilla a todo.

—Puedo llamar a mi abuela, pondré vocecita de niña buena y le diré que estamos agotados y que si nos dejan la casa durante una temporada. Y, por supuesto, sin que se entere mi padre.

A nuestras familias siempre les comunicábamos nuestros movimientos, en todo momento sabían qué ciudad estábamos visitando, pero nunca nunca les decíamos en qué hotel estábamos o la dirección del apartamento. No queríamos que se presentasen allí de improviso. Tomamos la decisión de venir solos y así queríamos estar, hasta el final.

—Me gusta cómo piensas, ojitos azules.

Esa mañana, llamé a mi abuela y le di un poquito de pena. No me costó más de dos minutos convencerla. No solo nos dejaban la casa, me aseguró que la chica de la limpieza se encargaría de todo una vez a la semana y nos haría la compra de comida y de todo lo que necesitásemos.

Pero no podía abandonar Las Vegas sin despedirme del Gran Cañón.

Aquel sitio me había calado hondo. Era impresionante, y aproveché la última tarde para visitarlo por última vez. Oliver decidió acompañarme y juntos recorrimos, una vez más, el *Skywalk* y los alrededores. Convencimos a varios turistas para que nos sacaran fotos mientras saltábamos al borde de los precipicios. Alguno puso cara de susto pensando que podríamos caer por el barranco, pero lo teníamos controlado.

Algunas de esas instantáneas las guardo en mi memoria como recordatorio de uno de los momentos más especiales que he vivido con Oliver. Porque lo que sucedió después, lo que sucedió mientras el sol se escondía y el Cañón se vestía de rojo, lo recordaré siempre como lo más bonito que he vivido en mucho tiempo.

Oliver y yo nos sentamos al borde de uno de los precipicios a ver el atardecer. Nos quedamos los dos con las rodillas subidas y nuestros brazos rodeándolas. Y, en mitad de esas espectaculares vistas, Oliver apartó la mirada y se concentró en mí. Se acercó, despacio, a mis labios, y me besó. Me besó con dulzura y me di cuenta de que, obviando aquel beso que Oliver me robó mientras yo intentaba olvidarme de Will, era la primera vez que nos besábamos sin sexo o alcohol de por medio. Era nuestro primer beso de... ¿amor? De ¿pareja? No sabría catalogarlo, pero una cosa era segura, era nuestro primer beso de ALGO.

Tres días después, estábamos subidos en un avión rumbo a Los Ángeles. Mi abuela nos había mandado los billetes por correo. No nos lo pensamos ni medio segundo. Aceptamos.

En el avión, me tocó sentarme en el medio. Adam iba en la ventana y Olly en el pasillo. A medio camino, me entraron ganas de ir al cuarto de baño. Me levanté y caminé por el estrecho pasillo hasta los servicios. Cuando me lavaba las manos llamaron a la puerta.

—Ya voy —grité.

Siguieron llamando con insistencia.

—¡Que ya voy!

Volvieron a llamar. «¿Será posible?». Abrí la puerta con impaciencia, dispuesta a ponerle cara de rottweiler a quien quisiera que estuviese llamando.

—¡Olly! —Me sobresalté al verlo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —Me empujó para dentro—. Déjame pasar, que viene una azafata. Venga, venga, venga, que viene ya.

—Pero ¿qué haces? —Sonreí y negué con la cabeza, mientras cerrábamos

la puerta—. ¡Estás loco!

Oliver me agarró del trasero y me empujó contra el pequeño lavabo. Me besó.

—¡Estate quieto! ¡Nos van a pillar!

—Tranquila, nena, no nos pueden echar del avión. —Siguió besándome hasta dejarme sin aliento. Me succionó el cuello con fuerza.

—¡Olly, me muero de la vergüenza si nos pillan! —Le puse la mano en el pecho para apartarlo, pero no hice demasiada presión. ¿Quién podía negarse a ese chico?

Le rodeé el cuello con las manos y me rendí a sus besos demoledores. Me colocó encima del diminuto lavabo, donde apenas me entraba el culo, y me acarició la piel por debajo de la camiseta. Me eché para atrás para ponerme cómoda. Apoyé la cabeza en el espejo y empecé a notar que se me mojaba el trasero. ¿Pero qué...?

—¡Mierda!

Me bajé con rapidez del lavabo y me toqué el pantalón. ¡Estaba empapado!

—¿Qué pasa?

—¡Estoy mojada!

—Pues claro, nena, de eso se trata. —Siguió metiéndome mano sin inmutarse.

—¡Que no es eso!

Miramos los dos hacia el grifo y sí, efectivamente, lo había abierto con el trasero. Las carcajadas de Oliver tuvieron que oírse hasta en la cabina del piloto.

—No te rías, idiota.

—Venga, tampoco es para tanto, es solo agua.

Con que esas teníamos, ¿eh? ¿Solo era agua?

Me giré hacia el grifo abierto y me llené las manos de agua. Me di la vuelta con cuidado y... ¡toma!

—¡Me has mojado los pantalones!

Entonces, la que se partía de la risa era yo.

—Ahora estamos empatados.

—¡Joder, parece que me he meado! ¡O peor, que me he corrido en los pantalones! ¡Te vas a enterar!

Antes de que Oliver tuviera tiempo de coger agua, me llené las manos y volví a apuntarle en el mismo sitio. Forcejamos y luchamos por mojarnos el

uno al otro, pero lo único que conseguimos fue mojar el suelo.

—Mira la que has liado.

—Vámonos.

Abrimos la puerta del baño y descubrimos que no había nadie fuera. Menos mal. Oliver me empujó para dentro del baño.

—Espera, que salgo yo primero.

—¡Ni lo pienses! Yo no me quedo aquí sola después de la que hemos organizado.

Oliver carraspeó y se irguió todo digno. Salimos entre risas, pero enseguida paramos y nos comportamos. No queríamos que se pensasen otra cosa. Antes de sentarnos, Adam nos miró, y sus ojos se dirigieron a la entrepierna de Oliver.

—Joder, lo vuestro es increíble. Parecéis conejos.

—Adam, es agua. No hemos hecho nada —intenté explicar.

Nuestro amigo puso los ojos en blanco.

—Sí, no te jode. Y yo me chupo el puto dedo. —Negó con la cabeza y se giró a mirar por la ventana.

Oliver y yo nos sentamos en nuestros asientos. ¡Tenía el trasero congelado! Me incorporé y me toqué el pantalón con la mano.

—Jolín, estoy empapada.

Adam bufó.

—No quiero saber nada.

Estados Unidos: Los Ángeles

Cuando el taxi nos dejó en la mansión de Malibú, mis abuelos ya nos esperaban en la entrada. En cuanto nos vieron bajarnos del vehículo, vinieron corriendo a recibirnos (todo lo que dan de sí, claro) con besos y abrazos.

—Abuela, te has chivado al abuelo —la reñí, mientras me daba besos por las dos mejillas.

—Estaba loco de ganas por verte. Pero tranquila, que os vamos a guardar el secreto. —Me sonrió confidente—. Podéis quedaros aquí el tiempo que queráis.

Entramos en la casa y estaba todo como siempre. Las paredes pintadas de azul pastel, los techos altísimos, los muebles de madera blanca, el piano de cola, los grandes ventanales por los cuales entraba el sol a raudales, la escalera de caracol en la que tantas veces me había deslizado por la barra...

Subí las escaleras pasando mi mano por el pasamanos de madera maciza. Los demás me seguían de cerca. Miles de recuerdos me vinieron a la cabeza. Había vivido tantas cosas en aquella casa. La última vez que había estado ahí fue en el proceso de recuperación de mi accidente. Se me encogía el corazón solo de pensarlo. Qué negra veía la vida en aquel entonces. Todo me parecía mal y no tenía ni un solo pensamiento positivo. Me alegré de haber salido de aquello, aunque supuse que era algo que debía vivir para convertirme en lo que era en aquel momento.

Llegamos a mi cuarto y mis abuelos me ayudaron a meter las maletas en la habitación. Adam y Oliver pasaron de largo hasta llegar a sus habitaciones, no sin antes lanzarme Oliver una mirada de «volveré». Mi habitación lucía como siempre. El armario blanco empotrado en la pared, el sillón de lectura en una de las esquinas, en el cual Oliver había pasado tantísimas horas practicando con la guitarra, la gigantesca cama con el cabezal de madera en tonos blanco y azul y el cristal detrás de la cama que cubría la mitad de la pared.

Abrí el armario y descubrí con emoción que tenía muchísima ropa veraniega colgada en las perchas. Por fin ropa nueva, llevaba casi dos años poniéndome las mismas prendas. No podíamos gastarnos el dinero en ropa. La comida y el alojamiento primaban.

Cuando hubimos organizado las cosas, mis abuelos nos invitaron a almorzar en un restaurante del centro del pueblo. Se pararon a saludar a unos amigos y, mientras tanto, nos acercamos a la mesa que nos indicó el camarero. Oliver me apartó la silla para que me sentase y me dio un suave beso cariñoso en los labios. Era la primera vez que nos besábamos en público a la luz del día. Con mis abuelos a dos pasos. En nuestro memorable beso del Cañón, no hubo testigos.

Durante la agradable comida, les contamos a mis abuelos muchísimas historias y hablamos de todo un poco. Mi abuelo me preguntó por mi padre y mis hermanos. Le prometí que los llamaríamos todas las semanas y se quedó más tranquilo. «La familia es importante», repetía siempre. Después de la comida, mis abuelos regresaron a su casa de Los Ángeles.

En cuanto volvimos a casa, lo primero que hizo Oliver fue trasladar su maleta a mi dormitorio.

—¿Dónde está el telescopio? —me preguntó, mientras apartaba mi ropa del armario para uno de los lados y así poder colocar la suya.

Años atrás, mi abuelo nos regaló un telescopio por navidades. Sabía lo enganchado que estaba mi amigo a los astros del firmamento. Era viejo y se había quedado obsoleto, pero lo seguíamos usando siempre que veníamos en verano.

—Supongo que donde lo dejaste la última vez —le contesté, asomándome al armario para comprobar que no me robase ninguna percha más.

Para cuando anocheció, habíamos encontrado el ansiado telescopio y salimos un rato los tres al jardín a estrenarlo.

Las primeras semanas en Malibú fueron de adaptación. Todos los lunes venía una cincuentona muy simpática a limpiarnos la casa y prepararnos la comida. El resto de la semana nos apañábamos solos. Mi abuela me llamaba a diario para asegurarse de que estábamos bien, que comíamos bien, que lavábamos la ropa... Y todos los días le repetía que llevábamos dos años cuidándonos nosotros solos. Yo era un desastre en la cocina, y Oliver era todavía peor, por lo que llevábamos todo ese tiempo alimentándonos de lo que nos preparaba Adam, pero eso ella no lo sabía.

Solíamos jugar al béisbol a menudo, pero Oliver y sus superreflejos supersónicos siempre nos ganaban. Y, cada noche, cogíamos el telescopio e

íbamos a ver las estrellas a la playa. En ocasiones, incluso nos llevábamos algo para cenar allí los tres juntos, pero Adam enseguida se aburría y acabamos yendo solos Olly y yo.

En ocasiones, quedábamos con nuestros amigos del vecindario. En cuanto los avisamos de que andábamos por allí, no tardaron ni media hora en presentarse en nuestra casa. Formábamos un grupo grande, unas veinte personas. Nos conocíamos desde niños. Había más chicos que chicas. Entre ellas, la primera chica con la que Oliver se había dado su primer beso con lengua y algún que otro chico que tonteaba conmigo en aquellos años en los que aún éramos adolescentes de no más de quince años.

Había uno de ellos en concreto que, todos los veranos, merodeaba detrás de mí. Lo tenía loco. Siempre lo había rechazado y jamás había mostrado más interés en él que el de la simple amistad, pero, aun así, me tanteaba cada vez que tenía ocasión. Pero ese verano Oliver se encargó de que todo el *grupito* supiese que estábamos juntos. Era como si llevara años deseando darle en las narices con ello.

Y no era nada sutil, me cogía de la mano, me besaba, me mordisqueaba, me sentaba encima de él... Adam, que lo veía todo, ponía los ojos en blanco y se metía con su mejor amigo siempre que tenía ocasión:

—Si quieres puedes mearle encima, pero creo que ha quedado claro que estáis juntos. Relájate, rubiales, ese gilipollas no creo que se le vuelva a acercar.

Una noche cualquiera, Olly y yo paseábamos por la playa con un par de linternas y con el telescopio en la mano. Bajé la linterna y enfoqué a su retaguardia. Ese trasero. Cómo me provocaba su movimiento de caderas. Oliver se giró para decirme algo y rápidamente enfoqué la linterna hacia su cara.

—¿Me estabas enfocando el culo con la linterna?

Quizá no fui tan rápida.

—¡Jamás se me ocurriría! Además, lo tengo muy visto —intenté disimular.

—Ya. Lo que tú digas, pervertida.

—¡Yo no soy una perversa! —De un salto me subí a su espalda. Forcejamos hasta que caímos los dos en la arena. Dimos vueltas por el suelo hasta que quedé encima de él. Nos besamos y nos magreamos. Ya que estábamos en postura...

—Me estabas mirando el culo, reconócelo. —Me mostró su sonrisa más canalla, sí, la de los hoyuelos—. Adoras mi trasero.

—Vamos, levanta de ahí, antes de que te veas aplastado por tu enorme ego.

Me levanté y busqué mi linterna. Había caído por algún lado, cerca de donde estábamos, pero no la encontraba. Agarré la suya, que aún sujetaba en la mano, y enfoqué hacia la arena.

—Mierda.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, todavía tumbado en la arena y sin ninguna intención de levantarse.

—No encuentro la linterna.

—Así ya no puedes mirarme el culo.

—¡Cállate y ayúdame a encontrarla!

—Tengo una idea mejor. —Me asió del brazo y me tiró al suelo. Caí de rodillas y él se incorporó para quedar a mi altura.

Su linterna se cayó conmigo y quedó boca arriba, enfocando lo mínimo para que nos viésemos entre nosotros.

Sus labios se fundieron con los míos. Nuestras lenguas se encontraron y se saborearon. Lo que empezó siendo un beso inocente se convirtió en un arrebató de pasión en toda regla. Sus manos buscaron mi cuerpo, que se entregó a ellas sin reservas. Separamos nuestras bocas lo justo para que Oliver metiese las manos por debajo del vestido y tirara de él hasta sacármelo por la cabeza. Yo lo imité y le quité la camiseta. Lo empujé y lo tumbé boca arriba en la arena. Posé mis labios en uno de sus pezones y comencé a besarlo, bajé por las costillas, besé su hermoso torso en forma de uve y subí hasta encontrarme con su otro pezón. Oliver se estremeció, y yo sonreí por lo que era capaz de provocarle con mis besos.

—¿De qué te ríes? —Dejó de acariciarme e inclinó la cabeza hacia arriba. Distinguí la expresión confundida de su rostro por la suave luz que llegaba desde la linterna.

—De ti. —Me incorporé y lo besé suavemente en los labios.

—¿De mí? —me preguntó, asombrado, separándose de mis labios.

—Se te pone la piel de gallina cuando te beso —confesé, reprimiendo una

carcajada.

—A eso se le llama sentir, ojitos azules. —Me desternillé de la risa—. Y tú también lo haces. ¿Te lo demuestro?

Antes de que me diese tiempo a contestar, me agarró de las nalgas y me dio la vuelta chocando mi espalda contra la arena y quedando él encima de mí. Me quitó el sujetador y comenzó a besarme por el pecho. Un calor sofocante descendía por mi sexo y gemí de placer.

Bajó con los labios sobre mi cuerpo hasta llegar a mi ropa interior. Me la arrancó y me repasó de arriba abajo comiéndome con la mirada. No se cortó un pelo y recorrió una y otra vez mi cuerpo, parándose varios segundos de más en mis pechos. Inclino la cabeza hacia mi sexo y se chupó el labio inferior con la lengua, pero no me tocó. Su expresión era de puro deseo. ¡Joder! Terminaría muy pronto como siguiese mirándome de esa manera.

Mi cuerpo se estremeció ante tal pensamiento y noté cómo se me puso la piel de gallina por las piernas y los brazos.

Oliver me acarició los muslos con las puntas de sus manos y sonrió socarrón.

—Vaya. ¿Qué tenemos aquí? Y ni siquiera me ha hecho falta tocarte. ¡Soy el puto amo!

—Eres un idiota.

—Y tú, una sinsorga. Y, ahora, te voy a follar.

Esa boca sucia que tenía me volvía loca. Me incorporé y lo agarré de la nuca para besarlo, morderlo y comérmelo entero.

—¡Cómo te pone que te diga guarradas! —Me devolvió los besos, riéndose a la vez.

—¡Cállate y bésame!

—Pero ¿a que te pone? —insistió, tumbándome en la arena.

No se podía imaginar cuánto. Me ponía cachonda solo de oírlo. Nos quedamos tendidos de costado mirándonos de frente.

—¡Dímelo! Pídeme que te diga guarradas mientras lo hacemos. —Me separó las piernas con la mano y accedió a mi sexo. Me retorcí de placer buscando más—. Vamos, nena, córrete en mi mano. —Sus movimientos se volvieron más acelerados. Gemí en su oído hasta que me arrolló el orgasmo y Oliver silenció mis gritos con su boca.

Cuando me recuperé, lo tumbé de un empujón y lo desprendí de la ropa que le quedaba.

—No sé si me pone a mí más cachonda escucharte decir guarradas o a ti

decírmelas.

—Móntame. Necesito estar dentro de ti.

Me senté sobre sus mulos, nuestros sexos se rozaron. Quería ir despacio, pero Oliver movió sus caderas y me penetró de un empujón.

—Ah —grité, entre el dolor y el placer.

Oliver salió y volvió a entrar de un empujón.

—Hoy lo quiero fuerte —confesó nublado por el placer.

—Sí...

—¿Sabes también lo que quiero?

Nuestras caderas se separaban y encontraban en movimientos sincronizados.

—¿Qué quieres? —Lo miré a los ojos y me quedé ahí, enganchada.

—Metértela por el culo, joder. —Creí que se correría solo por lo que acababa de decir.

Porque me invadía el placer, que, si no, le decía cuatro cosas. ¿Por la retaguardia? Creo que no.

—Ni lo pienses. —Detuve mis movimientos y lo miré desafiante.

—Bueno, ya lo discutiremos. Joder, no pares.

Inicié mi movimiento de caderas en círculos.

—Puedes matarte a pajas pensando en ello si quieres, porque no lo vas a hacer.

—Ya lo hago.

Detuve mis movimientos, otra vez.

—¿El qué?

—Matarme a pajas pensando en ello. Y no pares, coño.

Oliver arrancó nuestros movimientos.

—¿Te masturbas pensando en mí?

—Sí, claro. —Me agarró de las nalgas y me penetró con más fuerza—. Cuando tengo ganas de follarte y no estás conmigo, de alguna manera tengo que bajarme la hinchazón.

Oliver y su sinceridad. La sola imagen de él dándose placer hacía que mi cuerpo se convirtiese en gelatina.

—Eres un perverso.

—Ya lo creo que sí.

—Quiero verlo. —Lo acepto, yo también era un poco perversa. Pero la sola idea de imaginármelo dándose placer a sí mismo me ponía a cien. Sin parar de penetrarme, me miró a los ojos y sonrió.

—¿Quieres ver cómo me masturbo?

Joder, esa boca. Sonidos entrecortados salían de su boca mientras me decía guarradas. No tardaría ni un minuto más en terminar.

—Sí.

—Hecho. —Me mordió el lóbulo de la oreja y me succionó el cuello con fuerza.

—Más fuerte —le ordené. Toda esa conversación me sobrepasaba—. Sí, así. Olly, no pares.

—Ni loco.

—No puedo más...

—Hazlo ya.

Terminamos desmadejados uno encima del otro. La sensación que tenía mi cuerpo era de calma total. Adoraba los momentos post orgásmicos.

—Joder, nena. Hoy no hemos llegado ni a colocar el telescopio.

—¿Acabamos de hacer el amor y en lo primero que piensas es en tu telescopio?

Oliver me miró con cara de inocente. No tenía remedio.

—Me he olvidado de él mientras lo hacíamos.

Ah, bueno. Eso lo aclaraba todo. No sabía si sentirme halagada o insultada.

—Eres un friki.

Primero se hizo el ofendido, llevándose una mano al pecho, y luego su sonrisa se ensanchó. Me quedé apoyada en su pecho.

—Pues acabas de gritar el nombre de este friki mientras te llevaba al orgasmo con su megapolla de friki.

—¡Eres un cerdo! —Le pegué un manotazo suave en los abdominales—. Y no he dicho que no me gusten los frikis.

—¿Frikis en general? ¿Te molan todos?

—No, solo tú. —Me acerqué y lo besé.

—Solo yo. —Se quedó quieto. No me besó.

—Sí. Anda, ven y bésame.

«Bésame, antes de que mis palabras calen hondo en ti y salgas corriendo». Porque yo ya me había convencido de que éramos perfectos el uno para el otro, pero él todavía no, y no quería asustarlo.

Nos levantamos y nos sacudimos la arena del cuerpo. Buscamos nuestra ropa y, milagrosamente, encontramos todo. La ropa interior, mi vestido, sus pantalones. Todo, menos mi linterna. Nos pusimos las prendas mientras

buscábamos, pero nada. Lo dejamos por imposible. Anduvimos unos metros por la orilla, hasta que Oliver encontró el lugar idóneo para montar el telescopio. Me senté a su lado mientras colocaba todos los artilugios y enfocaba el visor al oscuro cielo. Me removí, inquieta. Me sentía incómoda. Me picaba el trasero un montón.

—Tengo arena por todo el culo —confesé, mientras me sacudía la ropa interior en un desesperado intento de arreglar la situación. Qué sensación más incómoda.

—No me gusta comer arena. Si fuera otra cosa, te la quitaba a lametazos. Lo dijo sin inmutarse y sin apartar la mirada del telescopio.

Durante la siguiente hora, Oliver me enseñó un montón de estrellas y constelaciones, y me explicó muchísimas historias. Llevaba toda la vida contándome aquellas historias, pero nunca se acababan. Siempre me enseñaba cosas nuevas.

—Tengo sueño. —Hacía rato que había comenzado a bostezar. Estaba agotada. Y, conociéndolo, todavía nos quedaban un par de horas más por allí.

—Enseguida nos vamos.

Me senté en sus muslos, mirándolo de frente. Me agaché, apoyé la cabeza en su pecho y escuché los latidos de su relajado corazón. Olía a jabón, a mar y a verano. Me erguí y metí la cabeza en el hueco de su cuello. Y, ahí, me quedé dormida.

Al día siguiente, me levanté con un chupetón en el cuello. ¡Un chupetón! Y en todo el cuello. Iba a matarlo.

Muchos días salíamos a pasear por el pueblo. Nos cogíamos de la mano y andábamos sin rumbo fijo. En esas fechas veraniegas, la playa estaba siempre a reborar de gente y había muchísimo ambiente por la calle.

Uno de los días, al pasar al lado de una heladería artesana, me entraron ganas de helado. Entramos, y Oliver me pidió uno doble de nata con cucurucho cubierto de chocolate. Era mi favorito. Es una de esas cosas que llevas comiendo desde la infancia y que, aunque pasen los años, te siguen sabiendo igual de deliciosas.

—¿Tú no quieres uno?

—No, ya le daré alguna lametada al tuyo —me contestó con lascivia. Lo dicho, un perverso.

Me comí mi helado con auténtico placer. De todas las estaciones del año, sin duda, el verano es mi favorita. En Edimburgo, pocos helados podía comer. Por eso me gustaba tanto pasar los veranos en Malibú.

En mitad del paseo, Oliver comenzó a gruñir.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—¿No te estás oyendo? Me está volviendo loco ese ruidito que haces.

—¿Qué ruidito? —Le di otra lametada a mi helado. Riquísimo.

—Ese que acabas de hacer. Joder, es el mismo que haces cuando te estás muriendo de placer bajo mi cuerpo... o encima de él.

Me atraganté con el helado.

—¿Qué dices?

—Es algo así como... mmm. —Puso expresión de placer e imitó el sonido que, según él, hacía. Desde luego, si lo hacía (que no lo pongo en duda), era algo inconsciente.

—No es verdad —le dije para llevarle la contraria.

—Sí lo es, y cierras los ojos y vuelves a hacer mmm...

Una pareja de ancianos, con la que justo nos cruzábamos, escucharon el gemido de Oliver y nos miraron con evidente desaprobación.

—Cállate, que nos mira todo el mundo.

—Mmm. —Y cada vez lo decía más alto.

—¡Oliver!

—Mmm. —Y más alto.

Me alejé de él, corriendo, para que las decenas de personas que nos observaban no pensasen que estábamos juntos, pero Oliver me persiguió y me agarró bien fuerte de la cintura para que no me escapase.

Otro día, quedé con mis dos amigos en una cafetería de la ciudad que contaba con una terracita ideal para tomar algo. Había aprovechado la mañana para hacer algunas compras, mientras Adam pasaba el rato con una chavala y Oliver iba en el coche de mis abuelos, que dejaban siempre en el garaje, a Los Ángeles a comprar no sé qué libro que necesitaba para el estudio de los agujeros negros.

Entré en la cafetería y eché una ojeada rápida para comprobar si había llegado alguno de los dos, pero no. Era la primera. Pedí un granizado de fresa

en la barra y busqué una mesa libre en la terraza.

De camino a la mesa, mi móvil emitió un zumbido. Parecía un mensaje. Pensé que sería Oliver, para avisarme de que venía de camino. Saqué el móvil de mi minibolso con la mano que tenía libre, y comprobé que, en efecto, era Oliver. Me enviaba una foto. La abrí.

¡Joder!

Se me cayó el vaso con el granizado de las manos y se estrelló contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos. Miré a toda la gente que estaba en la terraza y me morí de la vergüenza. Hasta que lo vi a él. Se partía de la risa y venía hacia mí.

—Te voy a matar —le dije, mientras intentaba recoger los desperdicios del suelo. Enseguida vino una de las camareras a ocuparse de ello. Le pedí disculpas por lo sucedido y me ofrecí a ayudarla, pero no me lo permitió.

—Joder, no sabía que tendrías esa reacción. De haberlo sabido, habría esperado a que te sentaras.

—¿Cómo quieres que reaccione al ver esto?! —Levanté el móvil y le enseñé la foto al gracioso de mi novio. Espera, ¿novio? «Ay, Sara, que mal estás. Te estás encoñando demasiado».

Oliver cogió mi móvil y lo guardó en su bolsillo.

—¡No hagas eso! Lo va a ver todo el mundo.

—¿De repente te has vuelto vergonzoso?

—¿De nuestra intimidad? Por supuesto que sí.

Aquella era una de las cosas que más amaba de él. ¿Cómo era posible que fuera tan cerrado hacia el exterior cuando era tan abierto conmigo? No había ningún tipo de censura entre nosotros.

—¿Y por qué no me has avisado de que estabas aquí?

—Quería verte la cara. —Estaba intentando no desternillarse de la risa.

—Capullo —lo insulté, pero lo único que conseguí fue que se riera con más ganas. Me plantó un sonoro beso en los labios y me dio una palmada en el trasero.

—Ve a sentarte, que voy ahora. ¿Otro de esos? —me preguntó, señalando el charco que había dejado mi granizado en el suelo y que la camarera se afanaba por limpiar.

De camino a la mesa, pensaba en la imagen. ¿Cómo se le ocurría mandarme eso? ¿Cómo se le ocurría mandarme una foto de su mano acariciando su pene? ¡Se estaba masturbando! ¡Y a mí se me mojaban las bragas solo de pensarlo!

—Ya estoy aquí. —Su voz rompió mis pensamientos lujuriosos.

—Voy a matarte —le repetí, para que se enterase bien.

—Me dijiste que querías verlo —me recordó con tono travieso.

—No pensé que te harías una foto. ¿Cuándo lo has hecho?

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Simple curiosidad.

Cerré las piernas y junté mis muslos. «Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa, Sara».

—¿Te has puesto cachonda viendo la foto?

Cómo me conocía el muy capullo.

—No.

—Joder, nena. Eres insaciable. Me vas a dejar seco.

—Pues que sepas que esto no cuenta. Me refería a verte en vivo y en directo.

Poco después llegó Adam. Dejamos nuestra pervertida conversación aparcada y disfrutamos de las vistas. El sol se teñía de naranja y se escondía tras el océano. Eran unas vistas preciosas. Aunque no todos las disfrutábamos. Adam prefería comerse con la mirada a la rubia sentada dos mesas más allá de la nuestra, que, por cierto, se estaba enrollando con un tío, un tío que estaba como un queso; podía apreciarlo así a simple vista desde mi posición.

—No la mires tanto, Adam. Te vas a quedar con las ganas. ¿No has visto al maromo que tiene por novio?

—No es su novio.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Intuición. ¡¿A que me la tiro?! —me provocó.

«¡Me parto!». Ni en sus mejores sueños. Con semejante espécimen que tenía al lado, como para engañarlo con otro.

—¿A que no?

—¿Qué te apuestas? ¿Tú qué dices, Olly?

—Voy de tu parte.

«¡Olly! ¡Será traidor!».

—¿Los dos contra mí?

—¿No te atreves?

—Claro que me atrevo.

—De puta madre. Si pierdes, tienes que plancharnos la ropa; esto de esperar a los lunes es un coñazo, me quedo sin mis mejores camisetas. Y así

no pillo.

—Si no te cambiaras de camiseta cuatro veces al día... —le eché en cara—. ¿Y si gano yo?

—Pide lo que quieras.

—Mmm —lo pensé un momento—, ¡tendréis que estar un mes sin sexo!

—Nena, te das cuenta de que eso es contraproducente para ti, ¿verdad? —me recordó Oliver levantando las cejas.

Mierda, era cierto. No había caído en eso. Todavía no me acostumbraba a la idea de estar liada con Oliver, y eso que llevábamos seis meses *juntos*.

—Vale, pues, entonces, tenéis que dejarme elegir a mí la película de los jueves por la noche durante toda la estancia que nos queda aquí. —Que, ya que lo mencionaba, era poca.

—Joder, ¡eso no! Estoy hasta las pelotas de ver pelis de tías.

—Es mi última oferta, Adam James Wallace.

—Está bien, acepto, Sara Fio... —lo interrumpí para que no terminara de pronunciar mi segundo nombre.

—Acaba esa frase, y te juro que te tengo viendo *Crepúsculo* durante meses.

La sonrisilla de Adam se borró de golpe de su rostro. Sabe que no me gusta jurar en vano. Nos dimos la mano y sellamos el pacto.

No hace falta decir que perdí la estúpida apuesta. ¿Cómo me iba a imaginar yo que la chica caería tan fácilmente? ¿Qué les das, Adam?

Un par de noches después, disfrutaba de una revitalizante ducha mientras me quitaba la arena del cuerpo. Habíamos estado todo el día en la playa, y la piel me ardía. Los tres lucíamos un moreno considerable. Es lo que tiene estar ociosos todo el santo día. Si se hubiera enterado mi padre de que estábamos allí sin trabajar y sin hacer nada, se cogía un avión y me buscaba por todo el estado para llevarme de las orejas de vuelta a Edimburgo.

Cuando salí del baño, Oliver estaba recostado en el pequeño sofá de mi dormitorio. Desnudo. Tenía una de las piernas flexionada, con la planta del pie apoyada en el sofá, y la otra descansaba sobre el reposabrazos. Tenía el cabello mojado por la ducha que se había dado antes que yo y le salpicaban gotas por el pecho desnudo. Vaya imagen. Era fascinante. Sería difícil olvidarla.

Sin decir nada, empezó a acariciarse despacio. Oh, joder. ¡Iba a masturbarse delante de mí! ¡Ahora! ¡No estaba preparada! Podía haberme avisado. «¿Y qué crees que conseguirías con eso, Sara? ¡Yo qué sé!

Prepararme de alguna manera».

Mi chico sonrió y me guiñó el ojo. Se sujetó su sexo con la mano abierta y empezó a bombear arriba y abajo. Mi cuerpo despertó y un latigazo de placer me recorrió el cuerpo. La sonrisa de Olly se borró y se puso serio. Sus ojos se entornaron por el placer y su boca se quedó entreabierta. Su respiración se tornó errática.

No podía apartar mi mirada de su cuerpo. Más bien, de su mano. Era adictivo. Me acerqué y me quedé a poca distancia del sofá. Me chupé el labio inferior. Ese chico tenía el don de llevarme al límite sin tocarme. Sus movimientos se volvieron más bruscos y acelerados. Incluyó la cabeza hacia atrás y apoyó la nuca en el respaldo. Cerró los ojos y gimió. Yo también lo hice. Era la imagen más erótica que había visto en toda mi vida. Lo miré a los ojos, pero los tenía cerrados, hasta que levantó la cabeza, los abrió y me devoró con la mirada.

—Detente —le ordené. No podía más.

—No. Quiero que veas cómo termino.

—Si no paras, me voy a correr, y quiero hacerlo follando contigo. —
Mierda, ¡ya hablaba como él!

—Oh, joder. Si me dices más guarradas, esto se acaba, y no quiero que se acabe.

—Yo tampoco.

—Tócate.

—¿Qué?

—Quiero que te toques como si lo hiciera yo.

Me solté el cinturón y dejé caer el albornoz. Mis manos bajaron por mi estómago hasta que encontraron mi sexo.

—Hostia —exclamó Oliver con la voz ronca—. No, mejor no te toques o me corro ya. Dejémoslo para luego.

¿Para luego? Ni hablar. Yo no podía más. Me senté en la cama delante de él y me abrí de piernas. A Oliver se le salieron los ojos de las órbitas. Me acaricié bajo su atenta mirada.

—Me corro, nena. Mírame.

Nos miramos a los ojos y vi los suyos nublados por el placer. Oliver comenzó a gemir y su mano se movió a una velocidad frenética. En ningún momento cerró los ojos ni apartó su mirada de los míos.

—Joder —gritó cuando le vino el orgasmo.

Se quedó medio tumbado en el sofá y sin dejar de mirarme. Sus ojos

bajaron a mi sexo. Yo continué tocándome. Nunca antes había hecho algo así. Fue alucinante. No me dio vergüenza. Confiaba tanto en él que incluso vi natural que ambos compartiésemos esos momentos tan íntimos del ser humano.

Me seguí tocando, y él no se movió de su posición. Y, aunque parezca increíble, pocos minutos después, su sexo volvió a cobrar vida.

—¿Te estás excitando de nuevo?

—Joder, como para no hacerlo. Ven aquí.

—¡Si acabas de terminar!

—Y allá voy otra vez. No aguanto quieto ni un puto minuto más, tengo que tocarte.

Oliver me levantó de la cama y me colocó a cuatro patas en el sofá. Me abrió las nalgas y se introdujo en mi interior. Me penetró con fuerza, dos veces, tres, cuatro... Me besó la espalda y me acarició el pecho. Me agarré al sofá y me mordí los labios. Poco después, caímos rendidos.

—¿Nena?

—Mmm. —No podía ni hablar.

—Ha sido acojonante.

Asentí con la cabeza.

—Tenemos que hacerlo más a menudo.

Volví a asentir, porque seguía sin poder hablar.

—Te he puesto a cien, ¿a que sí?

—Bastante... —conseguí expresar.

—¿Tanto como para que me dejes metértela por detrás?

—Ni en tus mejores sueños.

—¿Y solo la puntita?

Pocos segundos antes, había sentido tanto placer en mi cuerpo que le hubiera dejado hacerme cualquier cosa. Que me la metiera por donde le diera la real gana.

—Ya veremos...

Oliver me acarició las caderas. Me moví para estar más cómoda. Nos quedamos los dos desnudos tumbados de espaldas, yo encima de él. Era la gloria. Lástima que se nos acabara el tiempo.

Estados Unidos: la despedida

Nos quedaban poco más de diez días en Estados Unidos y la tristeza cada vez me envolvía más. No quería irme. ¿Por qué debíamos irnos? ¿Por qué, cuando mejor marchaban las cosas? ¿Por qué, cuando por fin éramos felices? Oliver y yo estábamos mejor que nunca y Adam... volvía a ser mi Adam, con sus cicatrices y sus fantasmas, que jamás desaparecerían, pero volvía a ser mi Adam.

Me senté en la isla de la cocina con las piernas colgando y coloqué las manos debajo de mi trasero mientras Adam preparaba la cena. Había conectado el móvil al altavoz y la música resonaba por toda la cocina. *Rock and roll* en estado puro. Adam se movía por toda la estancia con maestría y comodidad, y bailaba con la cabeza al ritmo de la música.

Se dio la vuelta y me miró de frente, simuló tocar una guitarra imaginaria unos segundos, luego la cogió con las manos y la lanzó hacia mí para que continuase yo. Sujeté la guitarra imaginaria y seguí con la parodia, aparentando que la tocaba. La tiré al aire, me bajé de la mesa y cogí dos cucharones gigantes. Era el turno de la «batería». Le di al bombo y al platillo y acabé lanzándole ambas cucharas a Adam. Las cogió al vuelo y siguió «tocando».

Cuando apareció Oliver por la cocina, Adam daba los últimos retoques a la cena y yo ponía la mesa. Me dio un dulce beso en los labios y me ayudó con los cubiertos.

Después de cenar, salí al jardín a que me diese el aire. La temperatura exterior era perfecta. Me senté en el borde de la piscina. Las luces del interior estaban encendidas, y el agua azulada bailaba en completa calma. Me quité las bailarinas y metí los pies en el agua.

Dos años. Habían pasado dos años. Asustaba la velocidad a la que corría la vida. No te permite frenar y, aunque tú la quieras desafiar y detengas tu vida en un acto de rebeldía, ella continúa. Siempre continúa.

La puerta acristalada que daba al jardín se abrió, y escuché pasos acercándose hacia mí. Esos pasos eran de Oliver. Se sentó detrás de mí, metiendo a su vez los pies en el agua, y me rodeó la cintura con los brazos. Entrelazó sus dedos a la altura de mi estómago y apoyó la barbilla en mi

hombro.

—¿Qué haces aquí sola? —me preguntó suavemente.

—Pensar.

—¿Me lo vas a contar? —me preguntó, dudoso. Inseguro. No estaba acostumbrada a verlo en esa faceta, siempre se le veía tan seguro de sí mismo. ¿De dónde venía esa inseguridad?

—No quiero irme —confesé.

—¿Y si nos quedamos? —me preguntó, tanteándome.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos ir a alguna universidad de aquí, los tres. A la que sea. Tú y yo no vamos a tener ningún problema en superar las pruebas de acceso. Nos adaptaremos a lo que decida Adam. Que él elija, y lo ayudaremos a entrar donde quiera.

—Pero...

¿Quedarnos allí? ¿Los tres? ¿Para siempre? Era una locura. ¿Cómo íbamos a hacerlo?

—Nena, Adam está bien, está fuerte, y puede conseguir cualquier cosa que se proponga. Y las posibilidades de este país son infinitas. Podemos estudiar lo que queramos.

—Oliver, no podemos pagarlo, y nuestras familias no nos van a ayudar. No si nos quedamos aquí.

—En unos meses podremos acceder a nuestro fideicomiso. No tenemos que regresar. Y, además, Adam tiene su herencia, y tú puedes acceder a la indemnización por tu accidente cuando quieras. Es mucho dinero, nena. Podemos hacerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas pensándolo?

—Un tiempo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No sabía si querías quedarte.

—¿Y Adam?

—Adam va a ir a donde vayamos nosotros. Separarnos no es una opción. No, separarnos no era una opción. Nunca lo sería.

—¿Qué me dices?

Ni siquiera tuve que pensarlo.

—Te digo que sí.

—¿Sí?

Oliver me besó por todas partes.

—Sí, quiero quedarme —repetí, para convencerlo de que hablaba en serio.

Nos abrazamos, y me tuve que ajustar el pantalón corto que llevaba porque me apretaba la cintura. Mmm, no era la primera vez que lo notaba.

—Olly, ¿crees que he engordado?

Vaya preguntita. Su expresión al principio fue de desconcierto, pero luego sonrió.

—Sí.

—¿Sí? ¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque es algo normal. Has dejado el patinaje, ya no haces tanto ejercicio y sigues comiendo lo mismo.

—Yo pensaba que podía comer todo lo que quisiera porque tenía un buen metabolismo.

—Y lo tienes, créeme, pero dejar la competición ha hecho que tu cuerpo cambie. —Me rozó las caderas con los pulgares y recorrió todo mi cuerpo con las yemas de sus dedos—. Has pasado de ser una niña a ser una mujer.

—¡Yo no tenía cuerpo de niña! —me quejé. Incluso me crecieron las tetas y todo.

—Sí que lo tenías.

—Pues bien que te recreaste a base de bien en este cuerpo de niña. —Toma, ya lo había dicho.

—Ya lo creo que sí. Yo no he dicho que no me gustara, solo digo que te has desarrollado. Y que, si antes estabas buena, ahora estás... ¿arrebataadora?

—¡Eres idiota!

Entramos en casa y le explicamos a Adam nuestras nuevas intenciones. No solo no puso ningún problema, sino que un brillo especial en su mirada me dijo que deseaba quedarse.

Esa noche llamamos a nuestras familias. En las últimas llamadas que había tenido con mi padre, no dejaba de recordarme el día de nuestra vuelta. Hacía unas semanas que nos habían mandado los vuelos. Todo estaba preparado para que volviésemos a Edimburgo y fuéramos allí a la universidad. Todos, desde allí, habían hecho un gran esfuerzo para que retomásemos nuestras vidas justo donde las habíamos dejado.

Los gritos de los padres de Oliver se escucharon desde mi lado del sofá y los de mi padre no se hicieron esperar. Amenazaron con venir a buscarnos si no volvíamos en quince días. Si tenían que «mover cielo y tierra para localizarnos», lo harían, palabras textuales. Y había más, porque, cuando lo

hicieran, no íbamos a volver a ver la luz del sol en mucho tiempo.

Afortunadamente, nosotros estábamos aquí, y ellos, allí. ¿Qué podían hacer para impedirlo?

Al día siguiente, estuvimos toda la mañana en casa, informándonos sobre las universidades que había y los estudios que ofrecían. Demasiada información. Demasiadas posibilidades. Teníamos claro lo que queríamos estudiar, pero elegir el dónde iba a resultar más complicado de lo que pensamos en un primer momento.

Dos días más tarde, para despejarnos, fuimos a la playa. Adam vino un rato a darse un chapuzón y enseguida nos abandonó. Había quedado con la rubia de la apuesta.

Oliver y yo nos quedamos un poco más tomando el sol. Yo, tumbada boca abajo, y él, boca arriba. Tenía una rodilla doblada hacia la izquierda y un brazo tapándole los ojos. Se iba a quedar dormido. Era su postura de dormir, siempre me clavaba la rodilla en las costillas cuando estábamos en la cama.

—Te vas a quemar. Voy a echarte crema.

Me incorporé y cogí la crema solar de la bolsa de la playa. Me subí encima de sus piernas y se la eché por el pecho. La esparcí con mimo y bajé hasta los abdominales. Le bajé el bañador verde fosforito por las caderas y continué esparciéndole la crema por esa zona, por precaución, por supuesto. No vaya a ser que se le bajase el bañador nadando en el agua y se quemase.

—Joder, nena. Vaya excusa de mierda. Lo que querías era meterme mano. —Colocó sus brazos detrás de la cabeza en una clara actitud de «haz conmigo todo lo que quieras, no voy a oponer ningún tipo de resistencia».

—No seas creído. —Yo seguí echándole crema, recreándome bien en sus músculos—. No eres tan irresistible.

Oliver se rio y se incorporó, apoyando los codos en la toalla. Entrecerró los ojos, le daba el sol en pleno rostro.

—Date la vuelta, que te echo por la espalda.

«Sí, mejor date la vuelta o te como aquí mismo». Me eché crema en la mano y se la apliqué con suavidad, haciendo círculos por los hombros y la espalda. Terminé y lancé la crema a mi toalla. Ya que estaba subida encima de su trasero, quise aprovechar las posibilidades que me daba la posición. Le besé la columna increíblemente larga y le acaricié la suave piel. Oliver ronroneó y colocó la cabeza de lado. Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Qué perfil más bonito tenía. «¡Y qué tonta estás, Sara!».

—¡Qué guapo eres, coño! —Si no lo decía, reventaba.

—Esa boca... —me advirtió sonriendo.

—¿Esta boca, qué? —lo provoqué.

—¡Me la voy a comer!

Se incorporó de golpe, provocando que me desmoronase de encima de él. Caí en mi toalla de costado, pero Oliver me tumbó de espaldas y atacó con pasión mi boca. Su lengua buscó la mía y me sujetó por las nalgas. Ya sabía yo a dónde llevaba aquello.

—Estate quieto o nos van a echar de la playa por escándalo público.

—Me la suda. Te voy a comer entera.

Me deshice de sus brazos y me levanté de la toalla.

—Eso será si me pillas.

Eché a correr por toda la playa, esquivando toallas y castillos de arena por doquier. Oliver me alcanzó en un suspiro y me subió a sus hombros como si fuera un saco de patatas.

—¡Bájame, cavernícola!

Desde esa posición, se veía todo del revés. Le di azotes en el trasero, pero no me soltó. Comenzó a correr por la playa hasta que llegamos al agua y me soltó sin contemplaciones. Se me cortó la respiración por la impresión y hasta tragué agua.

—¡Está helada, idiota!

—Ven que te caliento.

Me lancé a sus brazos y, del impulso, caímos los dos al agua.

Más tarde, llegamos a casa llenos de arena y salitre. Me había hecho un moño alto en el cabello y no llevaba puesta más que una camiseta de tirantes encima del bikini mojado. Noté el olor del mar en nuestros cuerpos y vi la sal pegada en los pelitos de los bronceados brazos de Olly.

—No me has dejado meterte mano en la playa. Eres una estrecha.

—¿No crees que esa pobre playa ya ha visto suficiente?

—No, qué va.

Se acercó a mí y me besó con suavidad. Me sujetó el trasero con fuerza y yo, de un salto, le rodeé la cintura con las piernas.

—Nos da tiempo a uno rapidito antes de que llegue Adam de su cita con la rubia.

Oliver subió las escaleras del porche conmigo en brazos. Metió una mano por dentro de mi bikini y me manoseó el pecho. No sabía cómo era capaz de sujetarme y magrearme a la vez. Empujó la puerta con su hombro y nos precipitamos dentro de casa. Recorrimos el pasillo y entramos en el comedor.

Nos besábamos sin parar de reírnos, y mi nivel de excitación se acentuaba con cada toque de su mano en mi pecho.

—*Ejem.*

Durante una milésima de segundo, pensé que era Adam, que había llegado antes que nosotros a casa, pero mi subconsciente me dijo que no. Que no era él. Porque, aunque solo había sido un simple «ejem», reconocí esa voz. Y no era la de Adam.

Era la de mi hermano. Daniel.

Me quedé paralizada, y Oliver lo notó. Él sí pensó que era Adam. Giré mi cabeza lentamente y allí, en mitad del iluminado salón de mis abuelos y con los brazos en jarras, estaba Daniel.

Cuando Oliver siguió mi mirada y descubrió al intruso, noté cómo se tensaba. Sin embargo, no tuvo más reacción que esa. Me sujetaba con sus brazos, y su mano no se movía de mi pecho por debajo del bikini. Y ese era el punto exacto donde mi hermano dirigía su mirada. «¡Olly, reacciona! ¡Quítame las manos de encima!».

—¿Te importa apartar las manos de... mi hermana? —La voz de mi hermano me bajó el calentón al momento. De golpe y porrazo. Había pasado de estar quemándome en las brasas a congelada en un maldito frigorífico.

—¿Daniel? —pronunció Oliver, incrédulo, más para sí mismo que otra cosa. Pero mi hermano lo escuchó.

—Sí, Daniel. En persona. No soy un puto espejismo. ¿Puedes dejar de meterle mano a mi hermana? Me estoy poniendo enfermo.

Oliver apartó con rapidez la mano de mi cuerpo, y yo me arrastré por el suyo hasta sentir el suelo bajo mis pies.

Me fijé en mi hermano con detenimiento. Se le veía cambiado. ¿Era posible que hubiera crecido? Estaba más alto que la última vez que nos habíamos visto, y más fuerte. Tenía el pelo más largo y más oscuro. Y parecía, no sé, más maduro. Menos niño.

—¿Qué haces aquí, Daniel? —conseguí preguntar, después de un incómodo silencio. Aunque creo que la palabra *incómodo* no lo describía lo suficientemente bien. Era mucho peor. ¡Nos había pillado con las manos en la masa!

—Quería daros una sorpresa, pero, mira por dónde, me la he llevado yo. La puerta de casa se abrió.

—Tíos, soy yo —gritó Adam desde la entrada—. Si estáis desnudos, tenéis diez segundos para vestiros. Estoy hasta las pelotas de verte el culo,

Oliver.

Joder, qué oportuno. Por norma general, entraba en silencio y se escandalizaba después. Tal y como nos había dicho, diez segundos después, nuestro amigo entró sonriente en el salón.

—Pero míralos, vestiditos y a más de diez palmos de distancia el uno del otro. Cada vez sois más rápidos.

La cara de circunstancias que debíamos de tener Oliver y yo llamó la atención de Adam.

—¿Qué os pasa?

Le señalé con la cabeza el centro del salón para que descubriera a mi hermano de una puñetera vez y dejase de decir gilipolleces.

—¡Hostias! ¿Daniel? ¿Qué haces aquí?

—Necesito sentarme —contestó el interpelado.

Nos sentamos los cuatro en los dos sofás que tenían mis abuelos en el salón. Eso sí, Oliver en un extremo y yo en el otro. El ambiente estaba tan tenso que incluso cortaba la piel.

—¿Cómo nos has encontrado? —Quizá no era la mejor forma de iniciar una conversación, pero, leñe, hacía apenas cuarenta y ocho horas que habíamos comunicado a nuestras familias que nos quedábamos, y les había faltado tiempo para mandar a mi hermano.

—Sabía que estabais todavía en Los Ángeles. No sabía por dónde empezar, pero la casa de los abuelos me pareció un buen punto de partida. A fin de cuentas, siempre pasamos los veranos aquí. Y aquí estáis. La pregunta es... ¿desde cuándo?

—Desde hace cinco meses.

—¿Desde que vinisteis a Los Ángeles después de Las Vegas?

Asentí con la cabeza.

—Cojonudo. Muy maduro por vuestra parte esconderos aquí.

—Daniel...

—Mira, Sara, me importa dos cojones lo que me tengas que decir y no he venido a discutir. He venido a buscarte. A buscaros. A los tres. A llevaros a casa.

Estaba segura de que había venido a buscarnos. Me lo imaginé desde que lo había visto en el salón.

—Yo no tengo casa.

—No me toques los huevos, Adam. Mi casa es tu casa, y lo sabes. Eres uno más de la familia. No hay nada aquí que no tengas allí. Al contrario.

—Daniel, no queremos regresar. Estamos bien aquí.

—No me voy a ir sin vosotros. Podemos jugar a las casitas el tiempo que queráis, pero acabareis cediendo.

Dos horas después, habíamos discutido, gritado, nos habíamos calmado y habíamos discutido de nuevo. Nosotros no nos queríamos ir, pero sabía que mi hermano no permitiría que nos quedáramos. Y no olvidemos el chantaje psicológico al que nos sometía. Me sofoqué. Necesitábamos un descanso.

Adam se marchó a la cocina a preparar la cena, era su manera de relajarse, y Oliver fue a ayudarlo, supongo que para darnos privacidad. Nos quedamos Daniel y yo solos. Tenía la sensación de estar viendo a un Daniel muy lejano. Era como si no lo conociera. Habían pasado muchas cosas en todo ese tiempo en nuestras vidas y, al no vivirlas juntos, nos habíamos alejado un poquito más. Habíamos mantenido el contacto por mensajes y, cuando hablaba con mi padre por teléfono, siempre lo escuchaba a él de fondo, emitiendo juicios de valor sobre esto y aquello. Mi hermano y yo nunca habíamos sido demasiado cercanos, y la distancia nos había separado aún más.

Al tenerlo enfrente, tan cerca de mí después de tanto tiempo, me di cuenta de lo muchísimo que lo quería y de lo que lo había echado en falta. Daniel y yo no podíamos permanecer juntos demasiado tiempo, pero tampoco podíamos hacerlo separados.

Me levanté del sofá. Él se encontraba en el otro extremo del salón, apoyado en el marco de la ventana.

—Hace dos años que no nos vemos. —Aunque estaba de espaldas a mí, sabía que me había escuchado.

Se giró y se quedó de frente, mirándome con atención. No me dijo nada. Seguí hablando.

—Y no has venido a abrazarme. —Desde que había llegado, lo único que había hecho era chillarme y echarme cosas en cara. Y era posible que, con quince años, abrazar a mi hermano fuera lo último que se me pasara por la cabeza. Pero ahora lo necesitaba.

—Tú tampoco a mí. Y no te olvides de que fuiste tú la que te largaste. — Y continuaba echándome cosas en cara.

Me acerqué dos pasos a su posición. Él no se movió.

—Yo... —«vamos, Sara. Es Daniel. No tienes nada de lo que avergonzarte»— yo... puede que te haya echado de menos... en alguna ocasión.

—Puede que yo también, en alguna ocasión —repitió mis palabras.

Me acerqué más.

—O puede que... que te haya echado muchísimo de menos. —Acorté la distancia que nos quedaba, con lágrimas en los ojos, y lo abracé con todas mis fuerzas. Me envolvió entre sus brazos y dejé que salieran todas las lágrimas. Mierda, cómo lo quería. No me avergüenza reconocer que adoro al tocapelotas de mi hermano mellizo.

Cuando Oliver y Adam entraron en el salón para comunicarnos que la cena estaba lista, seguíamos abrazados. Entonces lo supieron. Volvíamos a Edimburgo.

Dos días después, mi hermano se marchó. Me había hecho prometer que íbamos a coger el avión diez días más tarde. Quiso dejarnos solos para que nos despidiésemos sin presiones, para que lo hiciésemos a nuestra manera. Y sobre la pillada que nos hizo a Oliver y a mí no había mencionado nada, cosa que yo agradecía. Hablar de ello con mi hermano me habría resultado violento.

En aquellos diez días, nos despedimos de nuestros amigos, preparamos las maletas, fuimos a la playa, comimos helado, visitamos a mis abuelos... Había tantas cosas que hacer y tan poco tiempo...

La noche anterior a nuestra partida, fuimos a la playa para despedirnos. Nos tumbamos boca arriba y nos quedamos en silencio. Miré las estrellas del negro cielo y reconocí casi todas las constelaciones. Casi todas. Porque alguna todavía se me escapaba. Le pregunté a Oliver por ellas y me cogió la mano. La alzó y me dijo que apuntase con mi dedo todo aquello que no conocía. Le fui señalando estrellas al azar, y él, con su mano encima de mi dedo, me fue mostrando todas las constelaciones que se veían esa última noche en el cielo.

Adam estaba muy callado, taciturno. Oliver se incorporó y se dirigió a él.

—¿Adam? ¿Pasa algo?

—Tengo miedo, tíos. ¿Y si hemos estado viviendo en una burbuja y se rompe cuando nos vayamos de aquí?

Y no sé si fue casualidad o que mi amigo se había vuelto profético, pero dio en el puto clavo. Claro que, en ese momento, no lo sabíamos.

—Adam, somos las personas que somos, tanto aquí como allí. Un lugar no define a una persona, lo hacen sus actos.

—No lo sé. Solo sé que estoy acojonado. Acojonado de verdad.

Más tarde, en mi habitación, metí la última prenda en mi maleta y le dije a Olly que me ayudase a cerrarla. Mientras lo hacíamos, no sé por qué, instintivamente me toqué el anillo que llevaba en la mano. El anillo de Will. No era porque estuviera pensando en él, era una costumbre. Oliver se dio cuenta.

—Nunca te lo quitas.

—¿Perdona? —Intenté hacerme la loca, pero no coló.

—Ese anillo —me confirmó, mirándolo con desagrado—, lo llevas siempre.

—No puedo quitármelo. Por eso lo llevo. —No quería hablar de ello, pero él sí.

—¿Por qué?

—Porque hice una promesa.

—¿Una promesa?

—Sí.

—¿Y qué prometiste?

—No quitármelo.

—¿Nunca? —me preguntó con cautela.

—No, nunca no, solo cuando ya no... Es complicado.

—No es tan complicado. Las promesas a veces se rompen.

Pero yo no quería romperla así. No me parecía justo para Will. No iba a quitármelo y guardarlo en un cajón. No estaba enamorada de él y no sabía si alguna vez lo había estado, porque lo que sentía por Oliver jamás lo había sentido por nadie, pero quería hacer las cosas bien. Y eso significaba volver a verlo y devolverle el anillo en persona.

Me negaba a seguir hablando de aquello. Era nuestra última noche juntos. Lo que deseaba era decirle que lo quería, que me había enamorado de él. ¿Y si se lo decía? ¿Qué era lo peor que podía pasar? Que me respondiera que él no sentía lo mismo, que se sintiera incómodo y me dijera que no podíamos acostarnos más. Podía arriesgarme. Y si resultaba que... ¿él también me quería?

Levanté el asa de la maleta y la arrastré hasta un extremo de mi habitación. Cogí a Oliver de la mano y lo situé en mitad de la estancia.

Él se dejó hacer, pero el rictus de su rostro me dejó saber que no le había gustado la conversación que acabábamos de tener. No era el mejor momento para confesarle mis sentimientos. La verdad es que no me atrevía, al menos a

decírselo con mi voz. Tenía miedo de ser vulnerable, de ofrecerle mi corazón, mi vida, mi alma y que lo rechazase. Pero iba a mostrárselo.

Le quité la camiseta y me quedé embobada admirando su cuerpo. Cerré los ojos y acerqué mi boca a su bronceado pecho. Apoyé las manos en sus hombros y le pasé la lengua por el cuello, lo besé y lo chupé a la vez. Aspiré su olor y probé su sabor. Oliver era exquisito, me embriagaba. Su respiración se volvió irregular. Me moví por su cuerpo y me coloqué detrás de él. Le besé los hombros, los omoplatos, y fui bajando hasta donde la espalda pierde su nombre. Y mis besos me supieron a despedida. Y su cuerpo vibraba con cada uno. Sin embargo, sentí que ese cuerpo no me pertenecía y que, en cualquier momento, me impediría que lo siguiese besando.

Como no se acababa de relajar, me acerqué a la mesita al lado de mi cama y conecté el altavoz. Desbloquéé el teléfono y puse música. La primera canción que sonó fue *Creep*, de Radiohead.

Volví a su lado y lo besé en la boca. Primero, con un beso suave, para ver su reacción. Me separé lo justo de sus labios para mirarlo a los ojos y le supliqué que me amase como yo lo amaba a él. Cuando lo besé por segunda vez, Oliver enredó los dedos en mi melena y me apretó contra su cuerpo. Nos besamos tranquilos, despacio, saboreando cada hueco de nuestras bocas como si fuera la primera vez... o la última.

Finalicé nuestro beso en la boca y paseé mi lengua por su mandíbula. Regresé a la boca y le mordí el labio inferior. Levanté la mirada y comprobé que en ningún momento había dejado de mirarme. Lucía excitado y embelesado a la vez. Me separé y me puse de rodillas. Despacio. Le desabroché el pantalón y se lo bajé, junto con el bóxer, hasta los tobillos. Le levanté un pie y deslicé la pernera del pantalón por él. Y, luego, repetí la acción con el otro pie.

Aparté la ropa a un lado y le besé los muslos. Subí, y llegué hasta la marca que había dejado el sol en su piel. Saqué la lengua y le chupé las caderas, bajé y alcancé el suave vello rubio que le cubría parte del ombligo. Seguí bajando... El leve gimoteo de Oliver me dio fuerzas para seguir. Posé una mano sobre su trasero, para acercarme más. Sentí su abdomen moverse en cada respiración, cada vez más rápido, más desesperado. Me agarró la cabeza con las manos y me guio. Cerré los ojos y dejé que me dirigiera. Sus sonidos disimulados se convirtieron en gemidos guturales. Estaba muy excitada y... todavía no me había tocado. Oliver hizo el amago de apartarse, pero no lo dejé hasta que terminó.

Sin decirnos nada, me ayudó a levantarme y comenzó a desvestirme. Me quitó la camiseta de tirantes, el sujetador, los pantalones cortos y las braguitas. Una vez me tuvo desnuda, me besó por todo el cuerpo, como yo había hecho con él. Me besó en la boca y en el cuello. Me chupó los pezones y el ombligo. Me besó la muñeca y arrastró su lengua por todo mi brazo, dejando una estela de saliva y de calor sofocante a su paso. Me empujó y me sentó en el borde de la cama. Mi laxo cuerpo se dejó hacer, como antes había hecho el suyo. Me eché hacia atrás y apoyé los codos en el colchón.

Oliver me sujetó por el pie, y lo besó y lo chupó hasta llegar al muslo. Luego, cogió mi otro pie y repitió la operación, me lamió los gemelos, las rodillas, las pantorrillas. Cuando su lengua llegó a mi sexo, me tumbé del todo, porque me provocaba tal oleada de placer que tuve que agarrarme a las sábanas con fuerza. Moví la cabeza hacia ambos lados, era incapaz de quedarme quieta. Me incorporé y vi su precioso pelo rubio entre mis piernas. Oliver levantó la mirada y siguió besándome despacio. Desde ese momento hasta que terminé en su boca, no apartamos la mirada el uno del otro.

Sin embargo, ninguno de los dos tuvimos suficiente. Me senté en la cama, y él lo hizo conmigo. Abrió sus piernas y me subió encima, obligándome a rodearle la cadera con ellas. Frotamos nuestros sexos hasta que se unieron. Curvó la espalda y, con la boca, me besó el pecho, mientras con la mano me acariciaba la piel. Hicimos el amor lentamente, sentados el uno sobre el otro. Sin besarnos. Solo escuchando nuestras respiraciones intermitentes y nuestros suaves gimoteos. Y sin dejar de mirarnos a los ojos. Verde y azul. Y apenados. Nunca pensé que dejar aquel país me fuera a provocar tales reacciones.

Nos pasamos toda la noche haciendo el amor, hasta que nuestros cuerpos no dieron más de sí. Nos quedamos mirándonos a la cara, abrazados y con las piernas enredadas, y, cuando cerré los ojos, el cielo comenzó a teñirse de naranja. Lo último que escuché fue su respiración relajada y lo último que sentí fue su dulce aliento en mi rostro. Y me di cuenta de que, desde mi primer beso, no nos habíamos dirigido la palabra. Solo habíamos... sentido. Y no supe por qué, pero me dormí con unas ganas inmensas de ponerme a llorar.

Y al día siguiente...

Última llamada para los pasajeros del vuelo BA1542 destino Londres.

De vuelta en Edimburgo,
junto a Pear

12

De vuelta al presente

No había más que contar. Había abierto mi corazón y lo había sacado todo.

Pear había escuchado con atención mi relato. No me había interrumpido en ninguna ocasión, pero, una vez terminé, las preguntas salieron de su boca de manera atropellada. Quería saber más, conocer hasta el último detalle, pero yo no podía más. El dolor que sentía en el pecho por saber que lo había perdido, que no podría volver a tocarlo, acariciarlo, sentirlo, pudo conmigo. Recordarlo todo hizo que me diese cuenta de lo que había tenido y lo que había perdido. Había abrazado la felicidad a su lado, pero todo llegaba a su fin.

—Daniel no me mencionó que hubiera ido a veros.

—No fue una visita de cortesía, vino a traernos de vuelta.

—Aun así, no me lo contó. Me habría gustado ir con él. Me habría gustado estar con vosotros.

—Quizá por eso no te lo dijo. Venía con un objetivo. Y ojalá no hubiera venido nunca. Puede que nada de esto estuviera pasando.

—Sara, no ha pasado nada malo. Solo que estás enamorada de Oliver.

—Sí. Eso ha quedado bastante claro.

No pude evitar el toque de ironía en mi voz.

—Esto yo lo veía venir. Puede que tú te dieras cuenta en París, pero yo intenté hacértelo ver mucho antes.

Lo sabía. Escondí la cara entre mis manos y sollocé.

—Él no me quiere.

Crack.

Otro pedazo (bastante grande) de la burbuja que nos encerraba en nuestro mundo perfecto cayó al suelo. La certeza de saber que no sentía nada por mí era como si me quemaran con hierro ardiente.

—¿Cómo no te va a querer? —Pear separó mis manos de mi rostro y me cogió de la barbilla para que la mirase—. Siempre ha besado el suelo que tú pisas.

—No te lo he contado todo. ¿Por qué crees que estoy llorando?

—Porque estás asustada por lo que sentís. A veces los sentimientos asustan, Sara.

—Sí, estoy asustada, pero no es por eso. Amar no me asusta. Oliver me ha rechazado esta noche, Pear. Me ha dicho que lo que sucedió en Los Ángeles no fue real y que ahora que estamos aquí... que ahora que estamos aquí... — no conseguía decirlo— se acabó.

—No puede ser. Oliver está loco por ti. Algo ha tenido que ocurrir.

—Pear, por favor, no me digas eso, me hace demasiado daño. Ahora sé que no es así.

—Pero es que...

—Pear —la interrumpí.

—Está bien. Cuéntame lo que ha pasado esta noche.

Le relaté lo que habíamos vivido en los últimos días. La llegada, la dura separación, la visita al *Crowden*, a la universidad, la fiesta del día anterior y todo lo que ocurrió después.

—Joder, Sara, no entiendo nada. Te juro que no. No es lógico una reacción así, de repente. Estabais bien. Más que bien, diría yo. Se le han cruzado los cables, eso o nos ha estado engañando todos estos años y no es la persona que yo pensaba que era.

—No la tomes contra él. No tiene la culpa de no quererme.

—No lo defiendas. —Me levanté y Pear lo hizo conmigo. Nos acercamos al borde del acantilado y observé la oscuridad. Apenas se distinguía dónde acababa el mar y dónde empezaba el cielo—. Había notado algo. Estabas tan feliz, Sara. Feliz como nunca. Y ellos también. Habéis vuelto con un brillo especial en la mirada. Los tres. Esa clase de brillo no se consigue siempre.

—Lo sé.

—¿Y ahora qué va a pasar entre vosotros?

—Nada, no puedo culparlo, Pear. Él nunca me ha prometido nada, jamás hemos hablado de lo que éramos. Yo solita me he imaginado cuentos de princesas y príncipes en mi cabeza. Él jamás se ha portado mal conmigo, en los últimos meses me lo ha dado todo, sin reservas.

—Has cambiado. No eres la Sara que dejó Edimburgo hace dos años. En aquel entonces, te habrías cabreado con él y con medio mundo y no le hubieras hablado en semanas.

—Probablemente. —Crucé los brazos y aspiré el olor a mar.

—Aunque no me gusta que seas tan pasiva, Sara.

—Oliver es mi mejor amigo, y jamás me ha hecho daño a propósito, él no sabe lo que siento. No fui sincera con él y ahora tengo que asumir las consecuencias. Tal vez si se lo hubiera contado todo...

—Díselo ahora, Sara.

—No. Ahora ya es tarde. —Me giré y me senté en la fría y húmeda hierba.

Pasamos toda la noche en el acantilado. Me dormí acurrucada en el regazo de mi amiga y me desperté por el sonido de mi móvil. Entreabrí los ojos y miré el nombre de la pantalla. El corazón me dio un vuelco y perdí todo el aire que almacenaban mis pulmones.

Era Oliver.

Miré a mi amiga, que tenía pinta de no haber dormido nada en toda la noche, y me hizo un gesto para que contestase. Descolgué, no quería que se presentase en mi casa preguntando por mí.

—¿Diga?

—*¿Dónde estás? No estás en tu cama.*

¿Y ahora se había dado cuenta? Me limpié las lágrimas y disimulé. Solo escuchar su voz hacía que desease respirar. ¿Por qué? ¿Por qué tenía esa facilidad para darme y quitarme la vida? Intenté hablar como si no llevara horas llorando, intenté aparentar normalidad.

—No, me he levantado temprano y estoy con Pear hablando de nuestras cosas, ya sabes.

—*Sara, tenemos que hablar, ayer...*

—No, no hay nada de qué hablar, Olly. —Tragué con dificultad y contuve las lágrimas en los ojos. «Cuelga ya, Sara. Cuelga ya»—. No te preocupes, las cosas ayer me quedaron claras. Tenías razón, debemos volver a nuestras vidas de siempre.

—*Sara, nena...*

No, eso sí que no, no podía soportarlo.

—¡Adiós, Olly! Te veo luego.

Colgué y me eché de nuevo a llorar sin consuelo.

—Se acabó, Pear.

—Cómo me jode, Sara. Cómo me jode que mi mejor amiga haya vivido la experiencia más bonita del mundo y que me lo cuentes así. ¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Porque pensaba que, si lo contaba, se rompería el hechizo. Y al final se ha roto de todas maneras.

—Joder, Sara. Ven aquí, cariño. Vamos a salir de esta, haremos lo que haga falta, pero escúchame bien, vamos a salir de esta.

Cuando entré en casa, destrozada y con el ánimo por los suelos, mi

familia al completo desayunaba en la mesa del comedor.

—Sara, cariño —me saludó mi padre—. No te esperábamos tan temprano.

Si me paraba a hablar con ellos, me desmoronaría. Disimulé mi desasosiego con una tímida sonrisa y me fui a mi cuarto. Mientras subía las escaleras, apenas respiraba. Llegué a mi dormitorio y me vine abajo. Me llevé las manos al rostro y empecé a llorar sin control. Tenía tal congoja que me temblaba todo el cuerpo. Las lágrimas saladas llegaban hasta mi boca.

—Sara, ¿qué te pasa?

Giré bruscamente la cabeza y descubrí que Daniel me había seguido. Hizo amago de acercarse para abrazarme, pero lo frené con la mano y le dije que no con la cabeza.

—Déjame, Daniel.

—¿Cómo te voy a dejar? —estalló mi hermano—. Estás temblando. Sea lo que sea, tranquilízate, joder.

—No... no puedo.

Daniel cerró la puerta de mi habitación y fue corriendo hacia el baño para cerrar la puerta también. Y, haciendo caso omiso de mis ruegos, me estrechó con fuerza entre sus brazos. Hundió mi cabeza en su pecho y mis sollozos continuaron.

—Sara, me estoy preocupando. ¿Qué coño ha pasado?

Solo pensar en Oliver y en lo que había pasado unas horas atrás... y mi corazón se paró por un segundo y mis sollozos me impidieron respirar. Las lágrimas cayeron sin control por mi rostro y me creció una ansiedad en la boca del estómago imposible de calmar.

—Respira, joder. Respira.

No podía. ¿Qué era ese dolor que sentía en el pecho? Jamás lo había sentido antes. Era horrible.

Daniel me separó de su cuerpo y me agarró el rostro con las manos.

—Respira, Sara —me dijo, mientras me rozaba las mejillas con sus dedos para limpiarme las lágrimas.

Yo lo intentaba. Juro que lo intentaba. Pero algo me obstruía las vías respiratorias.

—Por favor, Sara. Por favor, respira. No me hagas esto.

Escuché la súplica en la voz de mi hermano. Mi cuerpo se calmó por segundos y mis respiraciones se volvieron largas.

—Inspira aire por la nariz y suéltalo por la boca.

Cuando me calmé, mi hermano me abrazó y nos quedamos en silencio. Se

lo agradecí, no podía hablar. Bastante trabajo tenía con respirar.

Un rato después, Daniel me sentó en la cama y salió disparado hacia el baño. Me quedé sentada mirando al vacío. Enseguida volvió con un vaso de agua en la mano.

—Tómame esto.

Me acercó la mano y me tendió una pastilla.

—¿Qué es?

—Tómatelo.

Le hice caso y me lo tomé. Sin más preguntas. Me ayudé del agua para tragarla y me tumbé en la cama. Daniel se quedó de pie con los brazos cruzados. Permanecimos así... no sé, minutos, horas, años, hasta que el cansancio me venció y se me cerraron los ojos. Lo último que vi fue a mi hermano mirándome como nunca antes lo había hecho. Con pena.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue a Daniel apoyado en el alfeizar de mi ventana. Y, no sé cómo, pero supo que me había despertado.

—¿Ha sido Aston?

Negué con la cabeza asustada. No quería que fuera a por él.

—Júrame que no es por él.

Eso no podía hacerlo.

—Cabrón de mierda. Lo voy a matar. —Mi hermano salió disparado hacia la puerta de la habitación.

—No, Daniel, por favor. —Conseguí frenarlo antes de que saliese—. Escúchame. No es lo que tú piensas. Él no me ha hecho nada, he sido yo sola.

—¿De qué coño estás hablando?

—Daniel, estoy enamorada de él.

—Eso ya lo sé.

—Pero no podemos estar juntos. No quiero destruir mi amistad con él por intentar tener algo más... —le mentí—. Por eso lloro. Tengo que olvidarme de él. Tenemos que ser solo amigos.

—Sara, sé que hay algo más.

—Daniel, somos igual de amigos que siempre. ¿Crees que yo lo seguiría siendo si me hubiera dañado a propósito?

—Supongo que no —me contestó sin convicción.

—No necesitas saber nada más.

—¿Eso me lo puedes jurar?

—¿El qué?

—Que no te ha hecho daño a propósito. Que es culpa tuya.

—Sí. —Ahora que parecía que se había calmado, me acerqué a mi cama y me tumbé boca abajo—. Te lo juro.

—Joder, Sara. Me sacas de mis casillas.

—Por favor, Daniel. Déjalo así. Y no me hables más del tema, por favor —le supliqué.

—Está bien —me dijo, mientras negaba con la cabeza.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando? —Levanté la cabeza de la almohada y lo vi de pie junto a mi cama.

—Que doy pena llorando así por un tío.

A los ojos de mi hermano, debía de resultar patética. Él nunca se implicaba demasiado con nadie. Ni siquiera con Pear, por lo que había podido comprobar. A él jamás le pasaría algo así, porque, si no abres tu corazón, no te lo pueden romper.

—Te equivocas. Lo que estoy pensando es que no entiendo qué cojones ha pasado para que mi hermana, la persona más fuerte que conozco, la persona que ha tenido motivos de sobra a lo largo de su vida para caer y pedir ayuda y no lo ha hecho, la persona que ha sufrido lo increíble y ha visto derrumbarse en un pozo sin fondo a su mejor amigo y lo ha sacado de allí, ahora esté así de destrozada. —Se detuvo para respirar—. Eso es lo que estoy pensando.

A todos nos llega nuestro momento. Y puede que parezca vergonzoso que después de haber sufrido un accidente como el mío y haber seguido adelante con entereza, después de haber tenido que abandonar el sueño de mi vida de patinar para seguir soñando por otras cosas, y después de haber superado la muerte de la familia de Adam sin destrozarnos por completo, estuviera deshecha en lágrimas porque un chico no me quería.

Debería darme vergüenza llorar por algo tan trivial como eso después de lo que nos había tocado vivir en nuestras vidas, pero no. No me daba vergüenza. Para que un vaso de agua se desborde hacen falta muchísimas gotas. Sin embargo, el detonante final, es la última gota. Y Oliver había sido mi gota.

13

Verdades ocultas

Adam

Cuando la madre de Oliver me abrió la puerta de su casa, intenté mostrar la mayor calma posible y la saludé con amabilidad. Ella, como siempre, se lanzó a mis brazos y repartió besos por toda mi cara. Me dejé hacer y nos introdujimos juntos en la casa. Saludé al padre de mi amigo y, en cuanto pude, me escabullí por las escaleras al piso de arriba.

Pear me acababa de llamar para preguntarme qué coño había pasado con Oliver esa noche. No tenía ni puta idea de lo que me hablaba. Me obligó a que hablase con él, con urgencia, y me colgó. Me colgó. Así, sin más explicaciones. Jodidas mujeres. ¿Por qué no hablan claro? ¡Y encima me hacían madrugar, coño!

Abrí la puerta de la habitación con fuerza y me encontré a Oliver sentado en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y con una pastilla de hockey entre las manos. Joder, definitivamente algo había pasado. Y algo gordo. Porque hacía tiempo que no veía a Oliver con esa expresión en el rostro. Miento. En la puta vida lo había visto con esa expresión en el rostro. Y solo existía una persona en el mundo capaz de destrozar así a mi mejor amigo; ella era su talón de Aquiles: Sara.

—¿Me puedes explicar qué cojones ha pasado? —le escupí a la cara mientras me acercaba a la cama. Mi pregunta había sonado más dura de lo que pretendía. Me podía la preocupación.

—Sigue enamorada de él —me contestó, sin levantar la vista de la pastilla. ¿Y este ahora qué cojones decía? ¿Se habría fumado algo?

—¿Enamorada? ¿Quién de quién? —le pregunté, curioso. Agarré la silla que tenía junto a su escritorio y me senté.

—Sara. De Von Kleist.

Pero ¿qué coño...?

—¡No digas gilipolleces! Ese idiota está más olvidado que el tebeo.

¡Qué puto alivio! Me reí de sus ocurrencias y, por primera vez desde que me había llamado Pear, me relajé. Idiota enamorado, supongo que era

inevitable sentir celos. Sabía yo que el encuentro con Von Kleist traería cola. Joder, me había preocupado pensando que había sucedido algo entre Sara y él.

—Estoy hablando en serio, Adam. ¿No viste cómo lo miró ayer en la universidad?

¿Pero qué...?

—Olly, ¿de qué coño estás hablando? ¿Quién miró a quién? No te sigo.

Como de costumbre, vamos. El cerebro de mi mejor amigo es la cosa más misteriosa y difícil que existe en este puto mundo. A veces pienso que la única persona capaz de comprenderlo es Sara. Y el destino ha querido que se conocieran. Y, si no lo hubiera hecho, yo sabía de uno que andaría sin rumbo por esta jodida vida. Han tenido esa suerte. No siempre ocurre.

—Ayer, cuando nos encontramos con Will en el campus, no pude quitar la mirada de la expresión de Sara al verlo. Era algo que me carcomía por dentro desde hacía mucho tiempo. ¿Qué pasaría cuando volviera a verlo? Ahora ya lo sé. Fue una mirada de anhelo por encontrarse, tras tanto tiempo, con el amor de su vida.

—Alto, alto. —Señalé tiempo muerto con mis manos—. No lo miró de esa manera. Es más, no lo miró de ninguna jodida manera. Ni anhelo, ni amor, ni odio, ni ninguna pollada de esas. Tú eres el amor de su vida.

Joder, ya hablaba como una puñetera tía. Pero lo que fuera por quitarle esas absurdas ideas de la cabeza al gilipollas que tenía enfrente.

—Sí lo hizo, Adam. Solo que tú no eres consciente porque no la observabas como yo.

—¿Y tú, sí? ¿Estabas en su cabeza?

—No, joder. Pero lo vi en sus ojos, la conozco bien.

Y una puta mierda. Vale, empezaba a perder la paciencia. Ya me imaginaba lo que había pasado. Solo de pensarlo me entró un cabreo monumental.

—No, Oliver, eso lo vieron tus estúpidos celos. La realidad es que no lo miró de ninguna manera. La realidad es que te lo estás imaginando todo.

—No importa, lo que tenía que pasar ha pasado.

¿Y qué cojones quería decir eso? «Joder, Oliver. Dime que no lo has hecho».

—¿Qué coño has hecho? —le pregunté, aun sabiendo la respuesta. Seguro que habían tenido una bronca de cojones y por eso lloraba Sara.

—He cortado con ella.

—¿¿¿QUÉÉÉ??

No puede ser. Eso no. Ni de coña.

—Bueno, cortar... Tampoco es que tuviéramos una relación que terminar. Pero he acabado con lo que sea que tuviéramos.

—¿Estás loco? Oliver, tío, reacciona, por favor. No puedes hacer eso.

—Ya lo he hecho, Adam.

Y era un error. Un error muy grave. Sara no había mirado a Von Kleist de ninguna manera. Joder, tenía que hacérselo entender.

—¿Vas a dejar que se escape de tus brazos? ¿Otra vez, Olly? ¿Y por el mismo motivo? ¿Por ese gilipollas?

—Nunca la he tenido, Adam. Ella sigue enamorada de *ese gilipollas* y, mientras eso pase, no pienso inmiscuirme.

—Has perdido la razón. Estás dejando escapar a la chica de tus sueños de la que estás más enamorado que de la propia vida por... ¿celos?

—Déjame en paz, Adam.

—Tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Estás acojonado de descubrir cuáles son sus sentimientos hacia ti. Miedo de que no sean los que tú esperas. ¿Por qué no le preguntas a ella, Oliver? Quizá te llesves una sorpresa.

—Conozco sus sentimientos de sobra.

—¿Tú crees? Porque yo creo que no sabes una puta mierda.

—¿Y tú sí?

No iba a discutir por cuál de los dos conocía mejor a Sara (que era yo, por supuesto).

—Oliver, ella te quiere. ¿Crees que hubiera estado todo este tiempo contigo sin quererte? ¿Sin sentir nada más que atracción física?

—Ya sé que me quiere, pero de quien está enamorada es de él.

—Oliver, por favor. No lo hagas. Es un puto insulto a lo que habéis tenido que lo termines así. Habla con ella, dile lo que sientes. Acabad con esto de una puta vez.

—¡Adam, ya lo he acabado! ¡Joder! ¡No puedo más! —Se levantó de la cama y lanzó la pastilla contra la pared— ¿De qué me ha servido dárselo todo? ¿DE QUÉ? Un puto minuto con su exnovio y se va todo a la mierda. No pienso seguir con este juego. Jamás en la vida Sara ha luchado por nosotros. Jamás. Nos liamos, yo le digo que no puedo más y ella acepta sin pestañear. ¿Te acuerdas de cómo lo pasaba cuando discutía con Will? La

destrozaba por dentro. Porque lo ama, y a mí no. Y eso me está destruyendo.

Un discurso precioso, aunque equivocado. Jamás pensé que, después de lo que habían tenido, Oliver se rindiera de aquella manera. Estaba cabreado, muy cabreado. Y eso no era bueno. Y, si él se cerró en banda, yo también lo hice. Me rendí. Y fue un error.

—¿Dónde está?

No era necesario que dijera a quién me refería.

—Con Pear.

Salí dando un portazo de su habitación. Cogí mi teléfono móvil y llamé a Sara para ver si era capaz de arreglar aquel puto desastre.

—¿Adam?

Estaba llorando. «¿Qué has hecho, Olly?».

—¿Dónde estás?

Me daba su ubicación cuando noté que Oliver salía de su habitación detrás de mí. Sara ya no se encontraba con Pear, iba camino a su casa. Colgué el teléfono.

—Adam.

—¿Qué? —le contesté de malas maneras.

—No le digas nada a Sara —me suplicó.

—¿Qué es lo que no quieres que le diga?

—Ya lo sabes.

—¿Qué estás loco por ella, pero que eres tan gilipollas que la vas a dejar escapar porque crees que sigue enamorada de su exnovio?

Oliver dudó por unos instantes hasta que lo reconoció.

—Sí, eso. No quiero que me compadezca. Jodería nuestra amistad.

Chasqueé la lengua. «Tú sí que estás jodido y bien jodido».

—Por favor, Adam. Júrame que nunca en la vida le vas a decir nada de esto a Sara.

Ahí me di cuenta de que no había vuelta atrás. Conocía a mi mejor amigo como la puta palma de mi mano. Y no cambiaría de opinión. La decisión estaba tomada.

—Muy bien, como quieras. De todas formas, no te la mereces. Ya no.

Sara

Las horas pasaban y cada vez me encontraba peor. Oliver me había llamado varias veces, pero no quería cogerle el teléfono. Aún no. No quería echarme a llorar en cuanto escuchase su melódica voz. Hacía rato, había echado a Adam de mi habitación. Quería estar sola.

Escuché el timbre de casa. Pensé que seguro que era Adam. Había amenazado con regresar en un rato. No sonó por segunda vez, por lo que intuí que alguien había abierto la puerta. Cuando, momentos después, se abrió la puerta de mi habitación, esperé ver una maraña de rizos morenos, pero, sin embargo, fue la cara de mi mejor amiga la que vi al otro lado.

—Hola, melusina, ¿cómo sigues?

Pear se acercó a mi cama y se sentó con las piernas cruzadas enfrente de mí.

—Mal. —Lo dije con un hilillo de voz, porque me abrazaba la garganta por todo lo que había llorado en las últimas horas.

—Sara, tienes que hablar con él. A mí no me coge el teléfono.

—No —negué con la cabeza—, no puedo.

—Lo que no puedes es seguir así. Mírate. Estás inconsolable. Te juro que no sé qué hacer para ayudarte. Pídeme lo que sea.

—No puedes hacer nada, siento... siento que no puedo respirar.

—Sara, ven aquí. —Pear se acercó y me abrazó con fuerza.

—No puedo soportarlo, Pear.

—¿Y él?

—Él nada, supongo, no sabe por lo que estoy pasando, no quiero que se sienta culpable. Le he mandado un mensaje diciéndole que me iba a dormir un rato y no he vuelto a cogerle el teléfono. No puedo enfrentarme a él. Y no puedo perderlo, Pear, no puedo perderlo como amigo, porque me muero.

La puerta de mi habitación se abrió, y esa vez sí fue Adam quien apareció por el umbral.

—No me voy a ir, *Totó* —me amenazó, antes de que le dijera nada.

No discutí. Me tumbé en la cama con la espalda apoyada en el colchón.

—Adam —le suplicó Pear entre susurros—, dime que hay algo detrás de todo esto, algo que tú sabes y nosotras no.

Mi mejor amigo tardó en contestar. Titubeó.

—Lo siento, no hay nada.

Y, por un segundo, por un maldito segundo, pensé que mentía. Que había algo detrás de todo aquello. Que Oliver me quería, pero que actuaba así por una razón. Conocía a Adam, y el tono de su voz lo había delatado. A mí no podía engañarme. Pero, entonces, me di cuenta de que no había nada, nada que no fueran mis deseos de que todo aquello no estuviera pasando y que, por ello, mi imaginación me había jugado una mala pasada.

Al día siguiente, mi padre organizó una barbacoa en el jardín de casa. Él y Alex debían ir por asuntos de trabajo a la oficina de Los Ángeles y mi padre había querido reunir a los amigos más cercanos para despedirse de ellos. Entre esos amigos figuraban los Aston, en primera línea. Porque la vida es así de jodida.

Pretendía esquivar a Oliver durante unos días, al menos hasta que se me pasara la congoja, pero el destino no da tregua. Así que allí estaba, apoyada en uno de los cristales que separaban el salón del jardín, tragándome mis sentimientos y sonriendo a todo el mundo como si no me sintiera destrozada por dentro. Claro que todavía no había llegado el objeto de mi desgracia. Cuando lo hiciera, no tenía ni idea de lo que pasaría.

Todos mis amigos hablaban conmigo y bromeaban sobre todo, ajenos al enorme dolor que me carcomía por dentro. Era un dolor tan visceral que me entraban ganas de gritar, arrancarme el pelo de la cabeza y dar patadas a todo lo que se me pusiera por delante. Pero eso no podía hacerlo. Probablemente me internarían en un psiquiátrico.

—Sara, cariño. Pensé que ayer te quedarías a desayunar.

Esa voz. La madre de Oliver. Si albergaba alguna duda de lo que iba a sentir cuando lo viera, se acabó. Porque había llegado. Me giré y vi que Oliver venía detrás de su madre. Laura se acercó a mí y me dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—Voy a saludar a tu padre —se giró hacia su hijo y le sonrió con amor—, os dejo tranquilos.

Oliver se colocó a mi lado y las entrañas se me estremecieron al tenerlo tan cerca. Lo miré de reojo. Tenía los ojos rojos y un rastro de barba rubia en el mentón y las mejillas. Parecía derrotado. Había tensión en sus ojos y me

rehuía la mirada. Se veía frustración en toda su expresión, y juro por todas las putas estrellas del firmamento que no entendía por qué. Había sido él quien me había dejado a mí.

Tuve que controlar el llanto y mantener a raya el nudo que se había formado en mi garganta. El mismo nudo que no me dejaba respirar.

—Sara, quiero hablar contigo, estaba dispuesto a dejar las cosas como están, pero no puedo porque...

Le corté el gran discurso que parecía dispuesto a recitar. Empezaba mi actuación. No pensaba dejar que me volviera a decir que no me quería.

—¿Para qué quieres hablar?

—¿Que para qué? —me dijo con dolor—. Para que entendamos los dos qué fue lo que sucedió el otro día.

—Oliver, perdóname.

—¿Por qué? —me susurró.

Me giré para hablarle a la cara y fue la peor decisión que pude tomar. Esos ojos, joder, esos ojos verdes eran mi perdición. Y ellos ni siquiera me miraban. Ni siquiera reparaban en mí, cuando hacía unos días era lo único que hacían. Respiré de manera entrecortada y titubeé al hablar.

—Por... enfadarme... contigo ayer. Tenías razón. Tenemos que... volver a la vida real. Es solo que... que no me lo esperaba y me sentó fatal.

—Ayer no me cogías el teléfono —me acusó con la cabeza baja. En ningún momento me miró a los ojos—. ¿Es porque estabas enfadada? Sara, ¿te duele lo que ocurrió entre nosotros?

¿Que si me dolía? ¿Qué pretendía? ¿Hurgar en la herida? ¿Tan poco le importaba? ¿O tan poco creía que me importaba él? Me entraron ganas de gritarle todo lo que tenía dentro. Que lo quería y que lo que había pasado me había destrozado. Pero no iba a hacerlo.

—Al principio sí, pero enseguida se me pasó. Me lie con Pear hablando de nuestras cosas y luego caí rendida en la cama.

Mentía, pero él no podía darse cuenta. La tristeza me ahogaba, no podía más. «Respira, Sara, ya queda poco».

—Nena...

—No me llames así, por favor —le supliqué. Hacía un esfuerzo titánico por mantener las formas y estaba a punto de derrumbarme. Oliver alzó la cabeza con los ojos cargados de pesar y... ¿miedo?

—Sara —me dio la impresión de que le costaba llamarme así. Pensé que sería por la falta de costumbre—, te conozco y sé que mientes. No sé el

motivo. Pero quiero explicarte lo que pasó la otra noche, déjame decirte lo que he venido a decir.

—Olly, no le demos más vueltas.

—Me estás matando por dentro, nen... Sara. ¿Qué nos ha pasado? Prefiero que lo hablemos, que nos gritemos, pero no me trates con esa indiferencia.

Y ahora me miraba a los ojos. Parecía que había sacado el valor. ¡Pues que te jodan, Aston! Evité su mirada y miré hacia otra parte. Daniel nos acababa de ver y venía directo a nosotros. Tenía que acabar con aquella conversación.

—O, mejor, olvidémonos de todo. —Le tendí mi mano temblorosa—. ¿Amigos?

Oliver dudó, pero finalmente me tendió la mano. Cuando nuestra piel se tocó, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Aparté la mano enseguida y la froté en mi pantalón corto para que desapareciera la sensación de electricidad.

Crack.

Otro trozo de la burbuja cayó.

—Luego te veo, Olly. Daniel me reclama.

Lo dejé en mitad del jardín y alcancé a mi hermano a escasos metros. Lo cogí del brazo e impedí que se acercase a Oliver. Mi hermano se resistió hasta que escuchó mi suplica.

—Daniel, si montas una escenita, te aseguro que no me ayudas. Todo lo contrario. Por favor.

Bufó y salió disparado en dirección contraria.

No me acerqué a Oliver durante el resto de la velada. No era la actitud adecuada, pero no lo podía aguantar. Incluso estando lejos de él me temblaban las piernas y me latía el corazón a mil por hora. Dolía tanto como una herida abierta en carne viva. Y, a pesar de que estábamos a escasos metros de distancia, la sensación era como si nos separase el puto océano Atlántico.

Me asfixiaba. Pear notó mi inquietud y pasó su mano por mi espalda de vez en cuando, para tranquilizarme.

Después de aquella noche, debieron de haberme dado un puñetero Oscar.

La tristeza más absoluta

A la mañana siguiente, no me desperté para despedir a mi padre y a mi hermano. No tenía fuerzas. No quería salir de la cama. Me quedaría a vivir allí para siempre. Me agarré a la almohada y escuché cómo las gotas de lluvia golpeaban las ventanas. Necesitaba dormir; al menos, mientras estuviera inconsciente, no me acordaría de Oliver. Di cien vueltas en la cama hasta que me di cuenta de que no sería capaz de hacerlo.

Cogí el móvil y entré en la galería de fotos. ¿Por qué? Pues porque me gustaba torturarme. Había un montón de fotos íntimas de los dos juntos: en la cama, en la playa, en la bolera... Recordaba esa última foto como si tan solo hubieran pasado horas. Lucía radiante, posando en la pista con todos los bolos tirados por el suelo. Fui corriendo a sacármela antes de que desaparecieran. Fue la primera vez en la vida que gané a Oliver a los bolos.

—Has hecho trampas —me decía todo enfurruñado.

—¿Yo, trampas? No sé de qué me hablas.

—¡Hablo de tus técnicas altamente disuasorias! De tu lengua en mi oído distrayéndome mientras lanzaba la bola. ¡Exijo empezar de nuevo!

—¡Pero si solo han sido dos besitos de nada! ¡Qué fácil te distraes, rubiales!

—¡Quiero la revancha!

Volví al presente. Borré todas las fotos, las recuperé, las borré otra vez y acabé guardándolas en una carpeta aparte. Las lágrimas brotaban de mis ojos y mi cuerpo temblaba por los sollozos. Y, en lo único en lo que podía pensar, era en cómo era posible que hacía tan solo una semana estuviéramos tan felices y ahora todo se hubiera acabado. ¿Qué coño había pasado? Lo peor fue no entenderlo. Por más que pensaba y rememoraba nuestros últimos días, no encontraba una explicación. Nada que me hiciera entender por qué me había dejado de un día para otro. No, ni siquiera de un día para otro. Porque recordaba que me había invitado a pasar la noche en su casa. Y, horas después... se acabó. ¿Qué había pasado en ese lapsus de tiempo? ¿Qué?

No sé cuánto tiempo después, mi hermano entró en la habitación. Tenía

los ojos hinchados de tanto llorar. Me dolía la cabeza y tenía las sábanas empapadas de tanto llanto.

—Papá y Alex se han ido. Les he dicho que te sentías cansada. No sospechan nada. —Mi hermano se acercó a la ventana para descorrer las cortinas, pero le supliqué que no lo hiciera. Quería dormir y con luz era incapaz de hacerlo.

—Entiendo que hoy no vas a ir a clase. —Se sentó en mi cama y me cogió de la barbilla para ver bien mi lamentable aspecto.

—No quiero ver a nadie, Daniel. Por favor, si viene alguien, haz que se vaya. Te lo suplico. Y no quiero verlo a él, por favor, no dejes que se acerque a mí.

—No lo hará.

Daniel cogió mi móvil de la mesita de noche y comenzó a mover los dedos por la pantalla a toda velocidad.

—¿Qué haces?

—Escribir algo en el grupo de WhatsApp que tienes con tus amiguitos.

Un espeluznante temor nació en lo más profundo de mi ser. Cuando dejó el móvil en la mesita, se lo pregunté.

—¿Qué has puesto? —susurré.

—No quieres visitas, ¿verdad? Pues alguna mierda de explicación hay que dar. Resulta que te has ido con tu padre y con tu hermano Alex a Los Ángeles durante unas semanas porque los has echado taaaanto en falta que quieres recuperar el tiempo perdido. Por eso y porque quedarte aquí compartiendo casa conmigo sería una pesadilla.

Todos mis temores desaparecieron al instante. Si mis amigos pensaban que estaba fuera, podía quedarme en casa sin tener que dar explicaciones.

—Gracias.

—De nada. Tienes unas semanas por delante para sacarte de dentro lo que necesites. Nadie va a molestarte. Me ocuparé de que Kate no venga ningún fin de semana. Ya veré qué me invento. Y esto —me dijo señalando mi móvil—, me lo quedo.

Lo cogió y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. Bien, cero contacto con el exterior. Era la mejor idea que había tenido mi hermano en mucho tiempo.

Según pasaron las horas, y los días, resultó que no me encontraba tan sola como en un primer momento imaginé. Porque mi hermano seguía ahí. Y no estaba dispuesto a dejarme en paz.

—Sara, tienes que alimentarte, no has comido nada en dos días —me dijo, cuarenta y ocho horas después—. Te estás quedando en los putos huesos. Estás demacrada.

Y no era solo de no comer, porque tampoco dormía ni dejaba de llorar.

Un día más tarde, Pear vino a visitarme. Era la única que conocía la verdad. Daniel no había podido mentirle a ella. Conocía todos los detalles de lo ocurrido y no se habría creído que me había ido así, sin más. Las conversaciones que mantenían entre ellos en mi dormitorio eran como una nebulosa para mí. No me sentía capaz ni de enfocar la mirada en ellos.

—Haz que coma algo, por favor. O te juro que se lo meto en la puta boca a la fuerza.

—Tranquilízate, Daniel. Yo me ocupo.

—Vale. Os dejo solas.

Oí lo que me pareció un casto beso en los labios y, segundos después, mi mejor amiga apareció en mi campo de visión. Cerré los ojos e ignoré las suplicas para que comiera. ¿No entendían que no quería nada? ¿Que solo quería estar sola?

Horas después, mi hermano apareció por mi habitación.

—Joder, Sara. Estamos solos en esto y te juro que no sé qué más hacer. ¿Sabes cuántas veces cojo el puto teléfono y marco el número de papá para contarle lo que está pasando para que venga a ayudarme? ¡Por lo menos cuatro veces al día! ¡Coño!

Se largó y me dejó sola con mis pensamientos. Volvería poco después, me pediría perdón y regresaríamos a la misma rutina. Hasta que le tocara tanto los cojones que tuviera que explotar de alguna manera. Llevábamos así varios días.

Un rato después...

—No voy a llamar a papá. Era para que comieras algo —me confesó.

Me amenazaba cada día con algo nuevo cuando veía que no comía. Pero es que no me entraba la comida por la boca. Tenía el estómago cerrado.

—Al menos, tómate el zumo de frutas. Lo he hecho yo, no veas la que he armado en la cocina. Me he peleado con la puta licuadora. Ha ganado ella,

por si te interesa saberlo. Hay fruta hasta en el techo.

Cogí el zumo e hice el esfuerzo de tragarlo. Pero el nudo que tenía en la garganta no permitía que pasase nada por ahí. Si apenas pasaba el oxígeno, ¿cómo iba a entrar comida?

—Saldremos de esta, Sara.

Esa noche me quedé sin lágrimas. Sabía que era de noche porque había sentido a Daniel meterse en la cama, no porque distinguiese entre la noche y el día. No quería permanecer otra noche más sin dormir porque necesitaba olvidarme, aunque solo fuera durante unas horas, de mi pesar. E hice lo que jamás había hecho en mis veinte años. Me levanté de la cama y fui despacio a la habitación de mi hermano. Me acerqué a la cama, levanté las sábanas y me metí dentro. Lo abracé y cerré los ojos.

Oliver

Me desperté empapado en sudor. Había vuelto a soñar con ella. Joder, todas las putas noches igual. Antes lo llevaba con tesón, pero, después de lo que habíamos vivido en Estados Unidos, era insoportable. Aun así, jamás retrocedería en el tiempo para borrar lo que habíamos vivido. Merecía la pena todo el sufrimiento con tal de haber pasado juntos aquellos meses. Aquellos putos maravillosos meses.

¿Por qué no me quieres, nena? ¿Por qué cojones no me quieres como lo quieres a él? ¡Joder! Como te quiero yo a ti.

Desde que se largó con su familia a Los Ángeles, yo me retorcí de dolor recordando nuestros días allí. Le había mandado miles de mensajes porque necesitaba saber de ella. Y me los contestaba a todos. Debería sentirme satisfecho, pero no. Sus respuestas eran tan... frías. Parecían distantes. No, no lo parecían, lo eran. Como si no las estuviera escribiendo ella. Y eso me acojonaba. Me acojonaba haberla cagado y haberme cargado, además de la relación que más feliz me había hecho en la vida, nuestra amistad.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía seguir acostándome con ella y pensar que estaría con la mente en otro tío. ¿Quién soportaría algo así? Yo no. Porque la quería solo para mí, no a medias. Porque me había vuelto loco de los putos celos.

Cogí el móvil y leí su último mensaje. Parecía contenta. ¿Tan pronto me había olvidado? ¿Ni un poquito me había colado en su corazón? Puta vida.

Estaba cabreado. La quería y la odiaba a partes iguales. Me levanté de la cama y di vueltas por la habitación, desesperado. ¿Qué fui para ti, Sara? ¿Por qué tuviste que rendirte tan rápido? ¿Por qué no me convenciste de que me amabas cuando te dejé? ¿Por qué no me amas? ¿Por qué permitiste que terminara, tan rápido, lo más increíble que habíamos construido juntos?

Porque lo que hicimos en Estados Unidos no fue echar un polvo tras otro. Fue mucho más. Nos conocimos, todavía más, de lo que ya lo hacíamos. Lo hicimos en un plano más íntimo y alcanzamos unos niveles que jamás pensé que podría alcanzar con nadie. Y, de haber imaginado hacerlo con alguien, solo podía ser con ella. Porque ella era mi otra puta mitad. En ese momento, lo supe. Joder, ¿qué había hecho?

La echaba de menos. Echaba de menos sus besos, sus caricias, sus risas. Pero, sobre todo, echaba de menos a mi mejor amiga. Y rezaba para que esos meses no cambiasen nuestra relación. No lo soportaría. Podía aguantarme las ganas de liarme a hostias con la pared por verla cerca de Von Kleist. Pero no verla sería insoportable.

La ironía de todo aquello era que ella pensaba que la había dejado porque me había aburrido de nuestros polvos. «De puta madre, Oliver. ¿Por qué no fuiste sincero con ella? ¿Por qué no le dijiste la verdad?».

Porque fui un cobarde. Por miedo a que sus palabras me confirmasen que no era más que un deseo sexual para ella. Escogí no escucharlo y salir por la puerta de atrás. No estaba orgulloso de ello. El amor te hace débil e insignificante. Me daba pena a mí mismo.

Aun así, lo intenté. Aquel día, en el jardín de su casa, intenté decírsele todo, confesarme y que supiera de una puta vez lo que sentía por ella. Pero no pude. Porque no me permitió hacerlo. Porque, horas después de nuestra ruptura, ella estaba tan tranquila, tal vez un poco enfadada, porque sabía que ocultaba algo, pero, desde luego, no tan afectada como yo. Y yo que pensaba que quizá me amaba. Iluso de mí.

Sentía rabia. Y deseos de arrasar con todo a mi paso. Me acerqué a la silla de mi escritorio y la sujeté con fuerza hasta que mis nudillos se volvieron blancos. La levanté del suelo y la lancé contra la pared.

Estúpido, era un jodido estúpido. «Y tú, mi querida Sara, eres... eres...».

—¡Te odio! Te odio, joder.

Agarré la pequeña lámpara de mi escritorio y la lancé contra la pared. Y me sentí mejor. Sentaba de puta madre. Canalizaba mi rabia. Empecé a lanzar todas las cosas que encontraba a mi paso.

En mitad de mi ataque de ira, se abrió la puerta de mi habitación y se encendió la luz.

—¿Oliver? ¿Qué te ocurre, hijo? —El tono de mi madre era de preocupación.

—Oliver, ¿qué estás haciendo? —El tono de mi padre era de mosqueo.

Las lágrimas se agolparon en mis mejillas y caí de rodillas al suelo. No podía más.

—Oliver, cariño. —Mi madre se puso de rodillas en el suelo junto a mí—. Shhh, tranquilo, mi vida. Lloro todo lo que necesites. Desahógate.

«Por favor, nena, no vuelvas con él. Demuéstrame que no estoy en lo cierto. Demuéstrame que es a mí a quien quieres, y no a él. Por favor».

—Por favor, por favor...

La odiaba por no quererme, pero la quería, aunque ella no me quisiera a mí. Y por eso me odiaba a mí mismo. Y esa es la tristeza más absoluta que puede sentir el ser humano.

Pasaron una semana...

...dos semanas...

...tres semanas...

...cuatro semanas...

...cinco semanas

15

El cine

El mundo que me rodeaba pensaba que me había ido de vacaciones con mi padre y mi hermano para recuperar el tiempo perdido. Incluso Oliver lo pensaba. Me resultaba increíble que, después de lo que había sucedido entre nosotros, se creyese que no me había afectado y que me había ido, tranquilamente, con mi familia de vacaciones. Aunque, pensándolo bien, a él no le había afectado nuestra ruptura. ¿Por qué debería pensar que a mí sí?

Mis pasos me llevaron hasta la playa que hay cerca de mi casa. Me senté en la arena y contemplé el mar infinito. Siempre parecía infinito, lo mirases desde donde lo mirases. El cielo estaba despejado y el sol lucía espléndido.

Escuché una canción a lo lejos. Debía de venir de alguna de las casas del vecindario. Era una canción que conocía. La había escuchado antes, no hacía mucho, pero no era capaz de localizar cuándo. *O'Children*, de Nick Cave. ¿Dónde la había escuchado? Fuera donde fuera, estaba con Oliver. Eso seguro. Cientos de imágenes de los dos juntos me vinieron a la cabeza. Su sonrisa depredadora que asomaba por debajo de las sábanas mientras me hacía cosquillas, yo bailando en sus brazos dando mil vueltas hasta marearnos y caer rendidos al suelo, Oliver desnudo tocando la guitarra... Eran tantas imágenes.

La canción continuaba. Mi felicidad junto a Oliver no. Supuse que para él había sido como una canción. Como esas canciones que escuchas y enseguida te gustan y no puedes dejar de escucharlas. Finalizan y empieza otra canción, pero le das a la tecla de retroceder y la vuelves a poner. Y no te cansas de escucharla y la disfrutas cada vez más. Hasta que, un día, dejas de hacerlo. Te has cansado de ella. Eso había sido yo para Oliver. Una canción que se había cansado de escuchar. Por fin lo entendía.

No podía seguir así. Debía recuperar mi vida. O, al menos, lo que quedaba de ella. Había llorado demasiado, y compadeciéndome de mí misma no saldría de aquello. Tomé una decisión.

Se acabó. Se acabó Oliver para siempre. Jamás volvería a pensar en él de una manera romántica. Porque amigos seguiríamos siendo, no había nada ni nadie que pudiera con ello (ni siquiera nosotros). Pero, aun así, algo se había roto dentro de mí. Y no sabía si podría perdonárselo algún día. Aunque él no

tuviera la culpa. No sabía si podría perdonarle que se hubiera cansado de mí. Pero, como no podía pensar así si pretendía retomar nuestra vida antes de liarnos en aquel maldito local en Las Vegas, tenía que construir un muro a mi alrededor. Un muro a través del cual no sintiese nada. Un muro que nadie fuera capaz de traspasar. Y menos, él.

Volví a casa con la cabeza alta y dispuesta a empezar de cero. Me preguntaba cuántas veces a lo largo de mi vida tendría que empezar de cero. Era... desolador. Me creaba una inseguridad que no sabía cómo combatir.

Entré por la puerta y encontré a mi hermano sentado en el sofá viendo la tele con una caja de pizza encima de la mesa. Tenía las piernas cruzadas y apoyadas en la mesa y un plato con una porción reposaba en sus muslos. Cuando crucé el umbral del salón, me miró expectante. Como si estuviera esperando algo. Como me observaba las últimas semanas cada vez que aparecía en su campo de visión. Ese día, sin embargo, no agachó la cabeza y siguió con lo suyo. Ese día, notó un cambio.

—¿Lista para volver? —me preguntó, mientras dejaba el plato encima de la mesa.

Asentí con la cabeza a la vez que le contestaba.

—Lista para volver.

—Un viaje largo, ¿no crees?

¿Cinco semanas para olvidar mi relación con Oliver me parecía un largo tiempo? No, para nada. Podría haber estado mucho más. Muchísimo más. Presentí que toda una vida. Pero mi afán de superación había podido más.

—No, no lo creo —me sinceré.

—Ya. Yo tampoco.

Y esas tres palabras envolvían muchísimo más de lo que aparentaban. Pero ni él ni yo hicimos hincapié en ello.

—He pedido pizza —me informó, señalando la caja con la cabeza.

Miré la pizza y descubrí que llevaba champiñones. Los odiaba. Y él lo sabía.

—¿Lleva champiñones?

—Ajá.

—Odio los champiñones.

—Lo sé —me contestó, aguantándose la risa—. Pero a mí me gustan. Ven, siéntate y apártalos en la esquina del plato como haces siempre. Puede que luego tengas una sorpresa de chocolate esperándote en la cocina. Y no me mires así, se supone que has estado en Los Ángeles pasándotelo de puta

madre, pero tienes pinta de haber estado en el puto Auschwitz.

—¿Me devuelves mi móvil? —le pregunté, antes de sentarme. Daniel, que se había incorporado para coger el plato, se quedó a medio camino—. Voy a avisar de que he regresado.

Mi hermano me miró de reojo, indeciso. Apoyó los codos en las rodillas y fijó su mirada en mí.

—Sara, voy a eliminar alguna de las conversaciones que tienes en el *whatsapp*. Bueno, una en concreto.

Me quedé quieta enfrente de él. No aparté la mirada.

—¿Cuál?

—Ya lo sabes.

Le formulé la pregunta que llevaba semanas deseando hacer. Creí que estaría preparada para escucharlo.

—¿Ha escrito durante estas semanas?

—¿Tú qué crees? —mi hermano me devolvió la pregunta.

—No lo sé, Daniel.

De verdad que no lo sabía. Una parte de mí me decía que nuestra amistad no había quedado rota. Al menos, no por mi parte. Pero quizá por su parte sí. Quizá se había cansado de mí de esa manera. Hasta entonces, no había querido ni pensarlo. Porque eso sí me destrozaría, sin remedio. Y durante mucho más tiempo que cinco semanas. Ni mi orgullo ni mi cabezonería me levantarían en mucho tiempo.

—Todos los días. Varias veces al día.

Cuando escuché la respuesta de mi hermano, respiré de nuevo. No era consciente de que contenía el aliento.

—¿Le has contestado?

—Siempre. —Se levantó del sofá y se paró enfrente de mí. Me sujetó la nuca con la mano y me acercó más a él—. ¿Crees que iba a permitir que ese gilipollas pensara que sufrías por su culpa? Ni de coña. Es más, como te he anticipado, te lo has pasado de puta madre.

Me guiñó un ojo y se sentó. Dio palmaditas a su lado para que me sentase junto a él.

—Daniel, si borras esa conversación, borrarás lo que nos hemos escrito durante años. Todo lo que nos hemos dicho, todas las fotos que hemos compartido, los vídeos, las notas de voz... nuestros «buenos días»... Toda nuestra historia. Todo. —El pensamiento de que mi hermano hubiera entrado a fisgonear lo que contenían esas conversaciones provocó que me subiera el

rubor por las mejillas. Joder, es que había cada foto y cada conversación...

—Exacto. Pero escribiréis nuevas historias. Desde cero. Como amigos.

Desde cero. «Justo lo que querías, Sara. Y tu hermano te lo está ofreciendo en bandeja». Pero era una decisión tan difícil que podría pasarme cinco semanas más pensando en ello. Y, como esa no era una posibilidad, hice lo que creí que tenía que hacer. Aunque me doliese en el alma. Aunque me rompiese por dentro. Si es que quedaba algo por romper.

—Bórrala.

Daniel sacó mi móvil y la borró sin dilación antes de que me arrepintiese.

Dolió. Me rompió otra vez. Joder, sí que quedaba algo por romper. Me senté a su lado y apoyé mi cabeza en su hombro. Las lágrimas se deslizaron por mi rostro.

—Sara.

—Son las últimas. Te lo prometo.

Daniel me abrazó y, poco después, nos terminamos juntos la pizza.

Cinco segundos después de avisar a mis amigos de que había llegado, el móvil no dejó de vibrar. Cogí aire y los leí todos. Lo que más me dolía era haber mentido a Adam. Les contesté a todo y les dije que estaba exhausta y que quedábamos al día siguiente, así tenía una noche más para prepararme.

La única persona que no contestó a mi mensaje fue Oliver. Y estaba en línea. Lo había comprobado. Antes de que me comiese la cabeza pensando en ello, Daniel me interrumpió.

—Sara, Will va a aparecer por aquí en cualquier momento. Que lo sepas.

—¿Will? ¿Por qué?

—Porque llevo semanas desaparecido. No hace más que preguntarme dónde me meto y por qué coño no voy a clase. No sé cuánto tiempo más voy a poder evitarlo.

Tenía razón. Will y mi hermano eran inseparables. Como no tenía ninguna gana de encontrarme con él, me despedí de mi hermano y subí a mi habitación.

Me metí en la cama y pensé en aquellas últimas semanas. Me di cuenta del sacrificio que había hecho Daniel todo ese tiempo. Había mentido a su familia, a sus amigos. Había fingido ser yo mediante mensajes de móvil. Me había alimentado, me había aguantado, consolado.

Me levanté de la cama y me di una ducha. Me puse un pantalón de deporte y una camiseta y bajé las escaleras hacia el salón dispuesta a darle las gracias, a decirle un *te quiero* y a compartir ese postre de chocolate con él.

Pero no estaba solo. Will había llegado y enseguida me vio. Me había olvidado de él, de la advertencia de mi hermano de que era más que probable que se pasara por casa. Se levantó del sofá y se acercó a besarme en la mejilla.

—Hola, Sara.

—Hola.

—¿Un viaje duro? —Arrugué la frente por su pregunta. ¿Por qué me preguntaba eso?—. No tienes buen aspecto.

Mi hermano me lanzó un «te lo dije» con la mirada desde el sofá.

—Iba a proponerle a tu hermano noche de cine, ¿te apuntas?

—Joder, cine otra vez.

A Will siempre le había gustado el cine. No me extrañaba que arrastrase a mi hermano cada vez que tenía ocasión.

—Entonces, ¿te apuntas? —Ignoró a mi hermano y continuó insistiéndome.

—No, id vosotros.

No me apetecía ir a ningún sitio. No me apetecía hacer nada. Y menos ir al cine con Will.

—Vente con nosotros, Sara. Te vendrá bien —me aconsejó mi hermano.

Me senté en el sofá junto a él.

—Lo siento, pero no me apetece.

Todavía no entiendo cómo, pero entre los dos me convencieron para ir al puñetero cine. Me cambié de ropa y nos montamos en el coche de Will. Fuimos al centro y vimos una película de acción. Si alguien me hubiera preguntado de qué trataba la película, no habría sabido qué contestar. No me había enterado de nada.

En el viaje de vuelta, pensaba que no quería irme a casa tan temprano. Necesitaba aire. En esa puñetera casa no podía respirar. Era entrar en mi habitación y recordar las últimas cinco semanas.

—Detén el coche —le dije a Will. Mi hermano giró la cabeza y me miró dubitativo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Quiero dar un paseo.

—No vas a ir tú sola caminando a casa. Es de noche.

—No me va a pasar nada.

—Te acompaño —soltó Will—. Dan, ¿llevas tú el coche?

Y, en un abrir y cerrar de ojos, me vi parada en la acera, con Will a mi

lado, viendo cómo su coche se alejaba con mi hermano al volante. ¿Por qué tenían que complicarse tanto las cosas? Tenía tantas ganas de pasear con Will como de ponerme a bailar.

—Will —intenté explicarle—, yo no...

—Sara—me interrumpió—, déjame acompañarte a casa. Como amigos, no soy estúpido, sé que no estás para nada más. Me he dado cuenta.

Pude haberme sentido culpable por llorar por otro delante de mi exnovio, pero no lo hice. Estaba enamorada de Oliver y no me avergonzaba. Ni pretendía ocultarlo. Lo mío con Will se había acabado. Y había sido él quien había insistido en llevarme al cine y acompañarme a casa.

Una hora después llegamos a casa. No hablamos demasiado por el camino. Él me contó cómo le iba en la universidad y me habló sobre la gente nueva que había conocido. Y no me preguntó por Estados Unidos. Ni una sola vez.

Llegamos a mi casa y abrí el bolso para sacar las llaves. Will me hablaba sobre no sé qué proyecto que tuvo que presentar y cómo se desplomó en mitad de la clase, y se moría de la risa al recordarlo, aunque en su momento quisiera desaparecer de la faz de la Tierra. Recordé la sensación. La sensación de cuando algo te abochorna hasta no poder más y, tiempo después, te hace gracia. Y de ahí la frase: «En el futuro nos reiremos de todo esto». Me reí con él, más por educación que por otra cosa, y entramos en el salón. Y se me cayó el mundo encima.

En mitad de mi salón, me esperaba Oliver.

Mi primer impulso fue lanzarme a sus brazos y decirle que lo quería con locura y que me conformaba con cualquier cosa que me diese, pero, sin embargo, me quedé paralizada. En *shock*. No lo esperaba.

Oliver, al vernos juntos a Will y a mí, palideció y tragó con dificultad.

—O... Oliver. ¿Qué... qué haces aquí? —conseguí preguntarle. Y no entendí por qué mi pregunta provocó que se pusiera a la defensiva. Me embargó la ansiedad. Ansiedad por tenerlo tan cerca y tener que tragarme mis sentimientos.

—Hace cinco semanas que no nos vemos.

Will me dio un beso en la mejilla y se acercó, jovial, a mi gran amor.

—¿Qué pasa, machote? —Le puso el brazo en el hombro y la mirada gélida con la que le respondió Oliver hubiera congelado hasta el mismísimo infierno.

«Quítale las manos de encima, Will, por favor. Por favor». Como si me

hubiera escuchado, levantó la mano y se despidió de nosotros para irse a su casa.

—Acaba de llegar. Casi os cruzáis en la puerta —aclaró mi hermano, refiriéndose a Oliver—. Estaba a punto de decirle que habías salido con Will al cine, ya sabes, para que no te esperara. No sabía cuánto tardaríais.

¿Que había salido con Will al cine? ¿*Había salido*? ¿En singular? ¿Por qué no le decía que me habían obligado a ir al cine con ellos?

—Sara, ¿al... al cine? ¿Con... Will? —Oliver buscó mi mirada, pero no la encontró. No permití que lo hiciera.

La sensación de mareo y ahogo, cuando pronunció así mi nombre, fue insoportable. Disimulé no tener el corazón en la garganta. Disimulé que, cada vez que me miraba y me hablaba, otro trocito de mi alma no se perdía para siempre. Disimulé tantas cosas.

—No has podido esperar ni a que se enfriara el cadáver.

En un primer momento, no entendí lo que decía. ¿Cadáver? Hasta que leí entre líneas. Hasta que recordé que había entrado en casa con Will y que Oliver pensaba que nos habíamos ido juntos al cine. El cadáver era nuestra relación. Oliver creyó que intentaba recuperar mi relación con Will. Y, como mi capacidad de habla había quedado anulada, no pude replicarle.

Cruzó el salón en mi dirección, pero pasó de largo. Abrió la puerta de la calle y escupió sus últimas palabras.

—No te lles un mal rato, Sara. Ni me expliques nada. Sabía que esto pasaría. Siempre lo he sabido.

Y entonces sí me giré y lo miré a los ojos. Y su mirada me mató. Todo el aire abandonó mis pulmones como si me golpearan con un bate en el estómago.

La puerta se cerró de golpe. Y esa última mirada, esa mirada de decepción, de desolación, no la olvidaría jamás, me perseguiría hasta el fin de mis días.

Crack.

El último trozo de nuestra burbuja cayó. Ya no quedaba nada.

Una nueva vida

Me desperté sobresaltada. Había tenido otra pesadilla. La misma de los últimos tiempos. Me despertaba pensando que Oliver me había dejado y, durante un segundo (bendito segundo), me tranquilizaba y pensaba que había sido solo una pesadilla, estiraba la mano para tocarlo y entonces era cuando me daba cuenta de que se había ido de verdad. Que no era una pesadilla. Era la cruda realidad.

Me levanté de la cama y me di una ducha como si fuera una autómatas. Es lo que debía hacer. Aquella mañana volvía a la universidad. Estábamos a mediados de octubre. Tuve que obligarme a ir porque, como siguiese sin asistir a clase, perdería todo el año. Había quedado allí con la pandilla. También vería a Oliver, nuestro último encuentro había sido... desolador, así que mentiría si no dijera que estaba asustada. No tenía ni idea de cómo sobrellevar la situación.

Desayuné a toda prisa con mi hermano y, después, me acercó en coche al campus. De camino, envié un mensaje a Adam para informarlo de que, durante las primeras semanas, asistiría a las clases de Ciencias Médicas. Ya me pasarían más tarde los apuntes de Derecho. De aquella manera, evitaba estar tanto tiempo con Oliver. Me hacía daño. Sabía que no podía evitarlo eternamente, pero, en aquel momento, era como una droga de la que me acababa de desenganchar. Si continuaba consumiéndola a diario, jamás conseguiría deshacerme de su dependencia. En cambio, si la tomaba en pequeñas dosis, con el paso del tiempo, podríamos convivir en armonía.

Daniel me acompañó a mi clase y me dejó rodeada de un montón de gente nueva. No vi sus caras. Mi mente estaba en otro lugar, otro lugar mucho más oscuro que no me dejaba sentir, no me dejaba ver, escuchar, interactuar, pensar, decidir... Solo me permitía... dejarme llevar por lo que los demás me decían que debía hacer.

Me sentí como si estuviera en mi primer día en el *Crowden*, pero mucho más vulnerable, insegura, desconfiada. Fui hacia las primeras filas (eran las más vacías) y me senté en uno de los asientos libres. El aula no tenía nada de especial, o al menos no me lo pareció (ya pocas cosas lo hacían). Era la típica clase rectangular con un gran pizarrón en el frente y una tarima desde la cual

el profesor impartía su clase.

Recordé las veces que me había colado con Oliver en las universidades de Estados Unidos. Sacudí la cabeza y me concentré en la clase. Tomé apuntes de todo lo que decía el profesor, como un robot. Él hablaba, y yo anotaba sus palabras en un papel. No entendía de qué hablaba, ni siquiera me molesté en hacerlo.

Al término de la clase, la chica sentada a mi lado me preguntó si era nueva. Le expliqué que había estado fuera y que acababa de aterrizar en Edimburgo. Me ofreció sus apuntes y me invitó a quedar en algún momento para ponerme al día de las clases que me había perdido. Le dije a todo que sí. Espero que no me pidiera a cambio a mi primogénito, porque sin duda también se lo di. Nos intercambiamos los teléfonos y me dirigí a la salida para despejarme entre clase y clase. Pero no conseguí salir por la puerta porque, allí mismo, apoyado en la pared, me esperaba Adam.

—¿Dónde has estado estas últimas semanas? —arremetió sin saludarme.

—En Los Ángeles —contestó el robot.

—Ya. Y, entonces, ¿me vas a explicar cómo cojones ha hecho Daniel para contestar a tus mensajes mientras tú estabas allí y él aquí?

Cerré los ojos. ¿Se había dado cuenta? ¡Por supuesto que se había dado cuenta! Miré hacia la puerta. No quería hablar con él. Con nadie, en realidad. No quería reconocer que le había mentado durante semanas.

—Ni lo pienses —me advirtió.

—¿El qué?

—Salir corriendo por esa puerta para evitar esta conversación.

Me rendí y se lo conté, todo. Era Adam. Al principio, se mosqueó. No entendía por qué le había mentado. Se suponía que nuestra amistad estaba por encima de todas esas mierdas. Pero, cuando le expliqué por lo que había pasado (aún no había terminado), su actitud se suavizó y me obligó a prometer que nunca más lo apartaría de mis problemas. Me confesó que sospechaba desde el primer momento que no había salido de Edimburgo, pero que quería darme tiempo.

Cuando quedé con mis amigos, se dieron cuenta, imagino que por mi aspecto, de que algo había ocurrido. Pero no preguntaron. Oliver y yo nos mirábamos de reojo. La hostilidad se palpaba en el ambiente. Él estaba cabreado y yo... no sé cómo estaba. Creo que seguía con mi gran actuación de los Oscar. No lo puedo afirmar con seguridad. No sé cómo me veían desde fuera. Estaba enfadada (aquel sentimiento lo recuerdo bien), pero creo que

conseguí disimularlo. Y sé que no tenía derecho a estarlo, porque Oliver podía terminar con algo que no le llenaba cuando le diese la gana, pero lo odiaba por hacernos eso. Por eso fingía que era su amiga, aunque no debía de hacerlo muy bien. Y él... él no sé qué fingía. Parecía enfadado, y yo no tenía ni idea de por qué. Ignoraba sus motivos, pero alguno tendría. Como no lo hablábamos, tendríamos que dejar que el tiempo curase las heridas.

Al día siguiente, mi padre y mi hermano volvieron de su viaje y, si notaron algo extraño en mí, no lo mencionaron. Nadie lo hizo.

Las semanas pasaron, y los meses, y, hacia el mes de diciembre, recuperé mi aspecto y peso habitual. Y lo que fuera que me pasara en mi súbito viaje quedó en el olvido. Para el exterior, porque mi interior seguía vacío. Había adquirido una rutina con la que me iba bastante bien: decir a todo que sí y dejar que los demás decidieran por mí. Era más seguro, ellos sabían qué era lo mejor para mí. Yo no lo sabía.

En cuanto a Oliver, después de tantos meses, mis sentimientos eran contradictorios. Cuando no estaba con él, me embargaba la soledad, y no deseaba otra cosa que estar a su lado. Lo extrañaba a cada segundo. Sentía que me faltaba... algo. Era una sensación que siempre había tenido, pero en aquel momento estaba más acrecentada. Y, cuando lo veía, aunque solo fuera durante un segundo, deseaba no volver a verlo en mi vida, porque dolía, dolía demasiado, a pesar de la capa de indiferencia con la que me vestía a diario.

Nuestra relación no se había recuperado, ni muchísimo menos, pero los dos estábamos haciendo un gran esfuerzo por ser los que éramos antes de Las Vegas. La premisa era: nuestra historia de amor jamás sucedió.

Mis encuentros con Will cada vez eran más habituales. Pasaba mucho tiempo con mi hermano y, por ende, con él. Quedábamos para todo: para tomar algo en la cafetería del campus, para estudiar, para ir al cine.... Siempre los tres juntos: Daniel, Will y yo. Mi hermano me insistía mucho y yo... me dejaba llevar. Y, la mayoría de las veces, hacia el final de la velada, Daniel ponía excusas absurdas para dejarnos solos. Y no se notaba nada, no, nada de nada. Al principio me molestaba, pero, un tiempo después, la verdad es que pocas cosas me molestaban. Me dejé manipular. Había descubierto que Will y yo no nos conocíamos tanto como siempre habíamos supuesto. Y he de reconocer que pasaba buenos momentos con ellos, aunque jamás lo

habría imaginado. Necesitaba esos momentos. Sin embargo, yo mantenía el mismo vacío en mi estómago. El mismo vacío que me embargaba desde hacía meses.

Volví de golpe al presente. El profesor de Biología me había preguntado algo, pero no fui capaz de contestar. «Genial, Sara, el semestre está a punto de finalizar y tú no sabes ni por dónde te da el aire».

En ocasiones, toda la pandilla íbamos a la pista de hielo del *Crowden*. Solíamos aprovechar algún viernes que otro. Como al día siguiente no había que madrugar, no nos importaba llegar tarde a casa. Los chicos solían jugar partidos de hockey mientras las chicas patinábamos y hablábamos de nuestras cosas. Bueno, ellas hablaban, yo escuchaba y asentía con la cabeza.

Un día cualquiera, mientras estábamos allí, apareció por la pista el profesor buenorro. Me quedé parada en la pista y lo observé, no entendía qué hacía allí. En todos los años que había estudiado en aquel colegio, jamás lo había visto en la pista de hielo. Ni siquiera en los partidos de los chicos. Debía de ser un antihockey o algo así, porque el resto de profesores siempre venían.

Mi amiga Olivia, que permanecía charlando con Moira y Pear, salió del grupo y se acercó a las gradas, desde donde nos observaba nuestro antiguo profesor de Matemáticas. Se colocó a escasos centímetros de él y coqueteó sin ningún pudor. ¿Qué significaba aquello? Patiné hasta la posición de Pear dispuesta a compartir con ella mi descubrimiento. Fue mi primera reacción en meses.

—¿Has visto eso? —señalé al buenorro y a Olivia con la cabeza.

—¿El qué? —me preguntó, confundida.

—A Olivia con el buenorro —le dije, señalando a la parejita.

—Pues claro que los he visto —me dijo, quitándole importancia—, se han vuelto muy amiguitos, ya lo sabes.

—No, no lo sé. —Mi subida de tono provocó que los chicos vinieran para ver qué sucedía.

—¿Qué cuchicheáis? —nos preguntó Marco, haciendo florituras con su *stick*.

—¡Eso! —Señalé a los tortolitos con el dedo.

—¿Qué es eso? —nos preguntó Brian, ceñudo.

—Olivia y nuestro profesor de Matemáticas tonteando a cinco metros de distancia —les expliqué, exasperada.

—Llevan casi un año tonteando. —Brian nos miró a Adam, a Oliver y a mí, y se dio cuenta de algo—. ¿No os lo habíamos dicho?

—¡NO! —contestamos los tres a la vez. Y, por primera vez en meses, Oliver y yo compartimos una mirada. Y, aunque solo fuera una mirada de «¿qué demonios está pasando con esos dos?», era algo. El brillo y la diversión de sus ojos verdes fueron como un soplo de vida para mi inexistente corazón.

—¡Qué fuerte! ¿Estáis hablando en serio? —preguntó Adam, alucinado.

—Joder, el año pasado no hablábamos de otra cosa.

—Fijo que dimos por supuesto que os lo habíamos contado.

Y, en ese justo momento, el profesor buenorro y Olivia empezaron a enrollarse. Reprimí un grito ahogado. Conocía los nombres de todas las tías con las que se habían enrollado Brian y Marco en esos dos años y... ¡no nos habían contado eso!

—¡Estoy flipando, Pear! ¿Cómo no me has contado algo así? —recriminé a mi amiga.

—¡Nunca se habían enrollado! ¡Es la primera vez! Lo único que hacían era tontear cuando se encontraban en algún pub. Resulta que el profesor buenorro vive en Edimburgo. Y suele ir a casa un par de fines de semana al mes.

Nos quedamos los siete observando la escena sin ningún disimulo. Diría que incluso nos acercamos para verlo mejor.

—¡Joder, le está metiendo la lengua hasta la campanilla!

—La hostia con el profesor de Matemáticas. ¿No es ilegal enrollarse con alumnas?

—Adam, hace años que Olivia no es alumna suya.

Cuando se separaron y nuestra amiga volvió con nosotros, con las mejillas sonrojadas, la obligamos a que nos contase todo. Y, claro, ella lo hizo encantada; nos contó hasta el último detalle. Y era superromántico. Me alegraba por ella. Era refrescante escuchar historias bonitas de amor.

El día antes de Nochebuena, Will me acompañó a comprar los regalos de Navidad para mi familia. Daniel era terriblemente complicado y necesitaba

ayuda. Aunque, comprase lo que comprase, lo cambiaría por otra cosa que le gustara más. Empecé a considerar la idea de regalarle un vale, pero Will no me lo permitió y le compramos un estuche chulísimo con compases y demás artilugios que utilizan los arquitectos.

Después, paseamos por las adornadas calles, a paso tranquilo, hasta que empezó a nevar y nos vimos obligados a refugiarnos en la primera cafetería que encontramos para tomarnos un chocolate caliente. Nos sacudimos la ropa mojada y nos sentamos en uno de los rincones. Me quité el gorro y la bufanda, mientras Will se acercaba a la barra a pedir nuestras bebidas. Cuando volvió, me ofreció la mía y brindamos por nuestra tarde satisfactoria de compras navideñas. No me pasó desapercibido que Will, en lugar de sentarse en la silla de enfrente, tal como estaba, la arrastró, con disimulo, y la aproximó a mi lado. Estábamos tan juntos que nos tocábamos las rodillas. No me quejé (no lo hacía por nada), pero me sentí un poco incómoda, violenta.

Vimos a una pareja discutir y enrollarse un minuto después y recordamos entre risas (las mías salían cuando las de él lo hacían) nuestro pasado. Nuestras peleas, nuestras venganzas, nuestras reconciliaciones. Will y yo teníamos una historia. Lo había olvidado.

Sin previo aviso, Will inclinó su rostro hacia el mío y me besó. En los labios. Me besó y, aunque no sentí lo mismo que cuando me besaba Olly (ni algo remotamente parecido)... no me fue indiferente del todo. No me gustó, pero me sentí querida. Creo que quizá solo fue la necesidad de sentir algo.

—Sara, ¿y si lo intentamos? —me sugirió, rozando su frente con la mía.

¿Qué? No entendía cómo habíamos pasado de pasear juntos de vez en cuando a replantearnos volver a ser pareja. Creo que me estaba perdiendo bastantes detalles de mi propia vida. Aquello de dejarse llevar por la corriente... quizá no era tan bueno.

—Will.

—Iremos poco a poco.

—Will, no. No puedo.

—No me rechaces. Piénsalo. Por favor. ¿No crees que nos merecemos una última oportunidad?

—Ahora mismo eso es en lo último en lo que podría pensar.

—Todavía llevas mi anillo.

¿Su qué? Dirigí mi mirada a lo que apuntaban sus ojos. El anillo. Aún seguía en mi mano. Me había olvidado de él. Me había olvidado de devolvérselo.

—¿No crees que nos merecemos una última oportunidad? —insistió.

«No», decía mi cabeza. No tenía corazón, en mi pecho solo había un hueco vacío. No tenía nada que ofrecerle. Pero mi boca no emitió sonido alguno.

Esa noche, estaba tumbada en el sofá viendo una película con mis hermanos cuando llamaron al timbre. Qué raro. Era casi medianoche. ¿Quién acudía a una casa ajena a esas horas?

—Voy yo. —Daniel se levantó y fue a abrir.

Seguí concentrada en las imágenes de la película hasta que escuché a mi hermano llamarme.

—¡Sara!

Levanté la vista de la tele. Mi hermano volvía al salón y detrás de él... venía Adam.

—¿Adam? —Me levanté del sofá. No tenía buen aspecto—. ¿Ha pasado algo?

—¿Puedo vivir aquí contigo? Lo he intentado, *Totó*, te juro que he intentado vivir en esa casa, pero no puedo. No puedo.

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza. Joder, ¿desde cuándo estaba así? ¿Por qué no había hablado conmigo antes de llegar a ese punto?

—¿Adam? —Alex vino hacia nosotros.

—Por supuesto que puedes quedarte aquí. Todo el tiempo que necesites —le dije.

—Claro que sí —afirmó mi hermano Alex.

—¿Qué tal te suena *toda la vida*? —me preguntó mi amigo.

—Suena bien —sonreí. Fue mi primera sonrisa verdadera en meses.

—¿Y tu padre? ¿Dejará que me quede?

Mi padre se había ido a la cama, pero no creí que pusiera ninguna objeción. Daniel interrumpió nuestra conversación.

—¿Has traído tus cosas?

—Sí, las he dejado en la entrada. No pensaba regresar aunque no hubiese podido quedarme aquí.

—Voy a buscarlas —se ofreció.

Daniel regresó con las maletas de Adam, y Alex lo ayudó a dejarlas en la habitación de invitados.

Nos metimos los dos en mi cama y nos quedamos mirando el techo lleno de estrellas. Me las había puesto Oliver, muchísimos años atrás, y nunca las había quitado. Me ayudaban a dormir. Tenían una especie de efecto

tranquilizador que acababa dejándome *k.o.*

Adam se removió y colocó el brazo detrás de la cabeza.

—Joder, Sara, solo he aguantado tres putos meses sin vosotros. ¿Qué coño pasa conmigo?

Sin quitarle ojo a las estrellas, suspiré con fuerza. Era algo en lo que había pensado últimamente. Antes de nuestro viaje, los tres éramos bastante dependientes los unos de los otros, pero, después del viaje, esa dependencia había crecido hasta convertirse en un monstruo enorme que nos apresaba entre sus garras y no nos dejaba avanzar.

—Y tú sigues necesitando esas putas estrellas de críos para dormir — continuó—. Somos patéticos, *Totó*.

Le di un codazo en el brazo por meterse conmigo.

—¡Auch! Vaya rechazazo tienes.

—¿Crees que deberíamos habernos quedado allí para siempre? —Me giré y me puse de costado. Adam me miró y se colocó de lado, sujetándose la cabeza con la mano y apoyando el codo en el colchón.

—No. No creo que sea bueno vivir en una burbuja eternamente. Había que salir al mundo real y enfrentarse a lo que viniera.

Supuse que tenía razón, porque, aunque Oliver se empeñara en hacerme creer que aquello no era real, sí lo fue. Pero es verdad que vivíamos encerrados en nuestro pequeño mundo de tres. Y necesitábamos salir al exterior para demostrarnos a nosotros mismos que lo que habíamos creado era indestructible. Y había resultado que no lo era tanto. Al menos en lo que se refería a mi relación con Oliver. La recuperación de Adam era sólida, solo necesitaba tiempo para adaptarse al mundo. Para convivir con todos esos recuerdos que dejamos atrás cuando nos fuimos, pero que al regresar aguardaban en el mismo sitio. Y esos horribles recuerdos solo podía enfrentarlos desde ahí. Volviendo a su casa, donde vivió durante diecisiete años con su familia. Mierda, estaba tan ensimismada en mi propia adaptación que no me había dado cuenta de lo dura que debía de haber sido la vuelta para Adam. Y las puñeteras fechas navideñas...

—Adam, perdóname.

—*Totó*, estoy bien. Es solo que odio esa puta casa. Y mis abuelos — suspiró—, joder, ellos no saben cómo tratarme. Solo vosotros sabéis cómo hacerlo.

—¿Qué han dicho tus abuelos cuando te has ido?

—Qué no han dicho, querrás decir. No ha sido agradable, ya lo

solucionaré.

—¿Has hablado con Oliver de todo esto?

—No.

Lo dijo con un tono de voz tan brusco, tan tajante, que presentí que pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Es que no estamos pasando por nuestro mejor momento.

—¿Estáis enfadados?

—Solo un poco, pero no te preocupes. —Cambió de postura y se quedó mirando al techo.

—No me gusta que os enfadéis.

—Tranquila, se nos pasará.

La gran decisión

Me desperté por la mañana y vi que Adam no estaba en la cama. Me pareció increíble que se hubiera despertado antes que yo. Miré la hora y descubrí que era mediodía. ¡Era imposible! Había dormido casi doce horas del tirón.

Me levanté de la cama y fui en busca de mi amigo. Decidí pasar primero por el cuarto de baño y, al entrar, escuché gritos en la habitación de mi hermano. Abrí la puerta que comunicaba con su habitación y los vi a los dos jugando, excitados, a la videoconsola. En cuanto me vieron, pusieron el juego en pausa.

—¡Si se ha despertado la dormilona!

Ignoré a mi hermano y hablé con Adam.

—¿A qué hora te has levantado?

—Temprano. Quería coincidir con tu padre en el desayuno para hablar con él.

—¿Y habéis hablado?

—Sí.

—¿Todo bien?

—Mejor que bien. Ya está todo arreglado, tu padre incluso ha hablado con mis abuelos para convencerlos de que era lo mejor.

—Por cierto, adecéntate —me dijo mi hermano—, papá llega enseguida, ha dicho que hoy viene a comer a casa.

Me duché y me vestí. Cuando bajé al salón, mi familia me esperaba en la mesa. Incluido Adam, que era uno más. Mi padre nos explicó que, después de comer, debía ir al aeropuerto a recoger a mi familia. Mis abuelos y todos mis tíos con mis primos venían a pasar las navidades con nosotros, como todos los años.

Envié un mensaje a Pear y quedé con ella en un pub del centro para tomar algo. Quería estar con ella aunque solo fuera un rato en aquellas fechas tan señaladas.

Le pregunté a Adam si estaba bien y me aseguró que sí. Me dio un beso en la frente y se quedó con Daniel jugando a la videoconsola.

Entré en el pub, y enseguida vi a Pear en una mesa del fondo. Me acerqué y dejé mi abrigo en el respaldo de una de las sillas. Le di un beso en la mejilla

y me senté enfrente de ella, justo cuando vino el camarero con un par de cervezas. Di un par de tragos largos y las palabras salieron solas de mi boca. Le hablé sobre el beso con Will y sobre la propuesta que me había hecho. Era algo que no salía de mi cabeza y necesitaba hablarlo con alguien. O que alguien decidiera por mí. Seguía sin verme capaz de tomar mis propias decisiones.

—Sara, ¿te has planteado volver con él? —me preguntó.

Le contesté con el corazón, con ese que debía de estar en algún lugar recóndito de mi pecho.

—No.

—¿Por qué no?

Entonces, contestó mi cordura (sí, aún me quedaba algo).

—Porque no estoy enamorada de él. Y porque quiero a Oliver. No pienso volver a hacerlo, Pear. Lo hice una vez y fue un desastre.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, antes de darle un sorbo a la cerveza.

—Cuando me lie con Oliver la primera vez, en vez de afrontar lo que habíamos hecho, hui de mis sentimientos y me refugié en los brazos de Will.

—En aquel entonces, no sabías que querías a Oliver.

—Sentía cosas, Pear. Cosas a las que no sabía darles nombre. Eso debería haber sido suficiente. Tú me lo quisiste hacer entender, ¿no lo recuerdas? Estabas totalmente en contra de que volviera con Will.

—Cierto. Y no me hiciste ni caso. Por eso, creo que ahora deberías escucharme. Yo sé lo que te conviene, Sara. Aquella vez supe que sentías algo muy fuerte por Oliver y que lo tuyo con Will no era más que una atracción física de la leche y un cariño desmesurado. Un amor adolescente. Te aconsejé que no volvieras con Will, pero tú lo pusiste por encima de Oliver.

Era verdad. Volví con Will porque creí quererlo más que a Oliver. Bueno, creí no, deseé hacerlo. Me convencí de ello por el miedo que sentía de reconocer mis sentimientos por mi mejor amigo.

—Aquella vez, aún estaba colada por Will y por Oliver... tenía sentimientos extraños que no quería reconocer. No fue una decisión tan complicada, aunque sí equivocada. Los quería a los dos, y me autoconvencí de que a Will lo quería más. De que volviendo con él todo volvería a la normalidad.

—Y ahora estás segura de que ya no sientes nada por él.

—¿Por Will? No. —Di un largo trago a mi Guinness.

Pear imitó mi gesto y se quedó unos minutos pensativa.

—¿Sabes lo que creo?

—No.

—Que tienes que darle esa última oportunidad a lo tuyo con Will.

—No... es una locura. —Negué con la cabeza. Mi cabeza quería obedecer a Pear, llevaba meses funcionando como una autómatas, asintiendo a todo lo que los demás decían que debía hacer. Pero mi corazón gritaba que no. Que no lo hiciera. Que no me dejara convencer.

—Tienes que olvidarte de Oliver. En un principio, pensé que habíais tenido una discusión de enamorados y que lo arreglaríais, pero ha pasado el tiempo y me he dado cuenta de que no. Que lo que pasa es que Oliver Aston es un imbécil integral. Y no puedes seguir así, Sara. Llevas meses sumida en la tristeza más absoluta, y los únicos momentos en los que te he visto asomar un poco la cabeza es cuando quedas con Will. Te entretiene, te hace pasar buenos ratos. Eso es lo que necesitas.

—No voy a volver con Will para olvidarme de Oliver.

—No, primero vas a olvidarte de Oliver, y luego vas a volver con Will.

—No puedo olvidarme de Oliver, Pear.

—Sí puedes. Vas a coger tus sentimientos por él y los vas a arrojar al vacío.

—¿Qué dices?

—¿Los has cogido? —me interrumpió mi amiga—. Vamos, pon tu mano en la sien y arráncalos.

—Pear, tú has visto muchas películas.

—No me discutas y obedece. Haz así con las manos. —Me mostró sus manos agarrando unos sentimientos imaginarios de su cabeza y encerrándolos en los puños.

Como no me apetecía discutir, hice lo que me decía. Me concentré en mi amor por Oliver, lo saqué de mi mente y lo escondí en el puño.

—Ahora abre el puño y tíralos. Y no vuelvas a pensar en ellos, Sara.

Abrí el puño y simulé que los dejaba escapar. Pero en realidad no lo hice, los escondí. Los atrapé.

—Y, ahora, hablemos de Will, y no me interrumpas. —Me hizo una señal de silencio en cuanto vio que abría la boca para quejarme—. Sara, hubo un tiempo en que te encantaba estar con Will y, aunque estamos de acuerdo en que fue un amor de juventud, mi abuela siempre dice que, donde hubo fuego, cenizas quedan.

—No queda nada, Pear. Es a Oliver a quien quiero.

—Querías —me recuerda—. Sé que no es justo para Will, pero tienes que olvidarte de Oliver. Y un clavo saca otro clavo, y Will y tú pasasteis buenos momentos juntos. Solo te digo que lo intentes, no tienes nada que perder. Inténtalo, Sara. Inténtalo por última vez. ¿No crees que vuestra historia se quedó inacabada?

—No lo sé. Puede que sí, pero... Pear, no estoy enamorada de él, no puedo fingir...

—No finjas. No es eso lo que te estoy pidiendo. Solo te digo que empezéis de cero, que le des una última oportunidad.

—¿Sin quererlo?

—Estás obcecada con Oliver, pero tienes que seguir adelante. No pienses en que quieres a uno o no quieres al otro. Empieza de cero. ¿Will te atrae físicamente?

—Sí —reconocí.

—¿Y te cae bien?

—Sí. —Sobre todo, con lo que había descubierto de él en los últimos meses.

—No necesitas más para intentarlo con él. No te hablo de retomar la relación que tenáis, sino de iniciar una nueva. No pretendas amarlo y continuar desde donde lo dejasteis. Solo empezad algo nuevo. Creo que va a ser positivo para ti. Ilusionarte otra vez.

Los gritos de mi corazón que decían *no* cada vez se escuchaban más lejanos. La cabeza estaba ganando la batalla.

—Voy a por otra ronda de cervezas —concluí.

—Sara —mi amiga me asió del brazo cuando pasé por su lado—, solo quiero que estés bien y, ahora mismo, Oliver no es la solución. Es el problema. Y Will ha cambiado mucho en estos años, he pasado muchas horas con él y Daniel. Es un gran chico, solo que no llegamos a conocerlo en el colegio. Y creo que podría verte bien conocerlo ahora. Sin expectativas, solo déjate llevar.

En ocasiones me olvidaba de que, mientras estuvimos en Estados Unidos, el mundo continuó dando vueltas. Nosotros vivíamos en nuestra burbuja, pero nuestros amigos siguieron con sus vidas. Pear siguió con su vida, separada de la mía. Esos dos años nos alejaban, en cierto modo. Pear siempre fue defensora de Oliver y, sin embargo, ahí estaba, intentando que le diera una oportunidad a Will.

En la cena de Nochebuena, seguí dándole vueltas a la cabeza. Oía las conversaciones a mi alrededor y sonreía cuando los demás lo hacían. Volver con Will me parecía una locura. Aunque, como decía Pear, no sería volver al punto en el que lo dejamos, sino empezar de nuevo.

Me metí en la cama temprano. Miré al techo. Malditas estrellas. Todas las noches cerraba los ojos y las estrellas de Oliver eran lo último que veía. Hice algo que ninguna persona debería hacer cuando tiene un lío tremendo en la cabeza y unas cuantas cervezas y copas de champán de más. Cogí el móvil y entré en el *whatsapp*. Abrí un nuevo chat con Olly. Desde el día del cine, solo habíamos hablado en el chat de la pandilla. Observé la foto que tenía de perfil. Se la había sacado yo en Los Ángeles. Y estaba tan guapo que costaba mirarlo.

Sara: Hola, ¿estás despierto?

La respuesta me llegó al momento.

Oliver: Sí.

Sara: ¿Qué tal la cena familiar?

Oliver: Como siempre. ¿Qué tal Adam?

Sara: Mejor. Ha pasado buena noche. Ahora está con mis hermanos y primos jugando a los videojuegos.

Oliver: Bien.

Sara: ¿Sabes lo que me gustaría? Estar los tres solos celebrando las navidades. Como en los últimos años. No nos hacía falta nada más para ser felices. Lo echo de menos. ¿Tú no lo echas de menos, Olly? ¿No quieres volver?

«Por favor, dime que sí. Pídeme que volvamos a nuestra burbuja. Podemos reconstruirla».

Escribiendo... escribiendo... escribiendo...

Oliver: Tienes que seguir con tu vida.

Fue como una bofetada. Una bofetada que acabó por silenciar a mi corazón. Ya no lo escuchaba. Solo a Will, Daniel, Pear... Decidí volver con Will entre sollozos y temblores.

Al día siguiente era Navidad. No recuerdo ni lo que comimos. A la hora de los postres, la familia Aston al completo y los abuelos de Adam vinieron a mi casa. Y, como el destino quiso que Oliver y yo coincidiéramos los dos solos en la cocina, le di la noticia.

—Voy a intentarlo con Will.

Fue el primero en enterarse. No sé por qué se lo dije a él en primer lugar. Incluso antes de que lo supiera el propio Will. ¿Acaso pensaba que haría algo para impedirlo? ¿Que me diría que me quería, que era suya y que no iba a permitir que estuviese con cualquiera que no fuera él? Quizá sí lo pensaba, esperanzada, pero no fue lo que sucedió.

—Bien. Me parece bien —me dijo, aunque su expresión indicaba justo lo contrario que sus palabras. Pero no supe verlo.

Salimos de la cocina y no volvimos a mencionar el tema. Ahora me tocaba decírselo a Adam.

Adam

Cuando Sara me contó sus intenciones de volver con el idiota de su exnovio, tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no era un puto sueño. Joder, ¿cómo coño se habían complicado tanto las cosas? Hacía cuatro meses, mis mejores amigos no podían quitarse las manos de encima y ahora apenas se hablaban. Y, para colmo, el puto Von Kleist entraba de nuevo en la ecuación.

—Sara, te estás equivocando. —Debía quitarle esa absurda idea de la cabeza.

—Tengo que seguir adelante, Adam.

—¿Con Von Kleist? No me jodas, Sara.

—Adam, en su día nos quisimos y...

—Tú lo has dicho, *en su día* —la interrumpí—. Pasado, Sara. No lo necesitas para seguir adelante.

—Solo voy a intentarlo, a darnos una última oportunidad. Adam, cuando estoy con Will, me olvido un poquito de lo jodida que está mi vida. Me hace reír, me entretiene, me saca por ahí.

—No eres un puto perro, Sara.

Joder, aquello no era motivo para empezar una relación. Lo que Sara necesitaba era que el gilipollas de mi mejor amigo reaccionase. ¡Putas promesas! Debería haberlo mandado todo a la mierda y decirles la verdad. «¿Por qué coño prometiste no decir nada, Adam?».

—Y es guapo, y me cae bien...

¡Venga ya! Y la otra seguía diciendo chorradas. Chorradas que no salían de ella.

—¿Quién coño te está metiendo esas ideas en la cabeza? No lo necesitas para seguir adelante, Sara. Yo te puedo llevar al cine y a donde te dé la jodida gana.

—Adam, no se trata de eso.

—Te estás sintiendo obligada a hacer esto. Te estás dejando llevar. Llevas meses haciéndolo. ¡Reacciona, coño!

—Nadie me está arrastrando a hacer nada.

—¡Sí lo hacen! Will, Pear, Daniel. ¡Todos, joder! Te estás dejando llevar por ellos, por lo que creen que es mejor para ti. Pero tú puedes tomar tus propias decisiones.

«Hazlo, joder. Sé tú misma». Tenía que hacérselo entender. Pero, por mucho que lo intenté, fue inútil. No podía luchar contra el puto lavado de cerebro que le estaban haciendo entre todos. Y la respetaba demasiado como para ir corriendo donde Oliver y confesarle lo que pasaba en realidad.

—¿Vas a contarle lo de Oliver?

—Sí, supongo que sí. Aunque entiendo que se lo imagina. No soy el alma de la fiesta precisamente.

—*Totó*, cuéntaselo. Recuerda la que se lio la última vez. Si vas a llevar hasta el final esta estupidez, al menos hazlo bien. Von Kleist tiene que saber lo que pasó entre Olly y tú. Bastantes mentiras rigen tu vida. No sumes una más.

—Adam, ni pienses en decirle a Oliver lo que siento por él. Me lo prometiste. Es problema mío *regir mi vida por mentiras*, como tú dices.

Por si me quedaba alguna duda de contarle todo, acababa de morir con las palabras de Sara.

—Que sí, joder.

Que volviese con ese imbécil si quería. De todas formas, no creí que durasen más de seis meses.

Después de mi cojonuda charla con Sara, fui a buscar a Oliver a ver si lo hacía reaccionar de alguna manera. Después de buscarlo por toda la puta casa, lo encontré tumbado en la cama de Sara. Tenía un aspecto lamentable. Parecía un jodido animalillo recién apaleado. Joder, vaya dos.

—Estás hecho un asco.

—Que te jodan, Adam.

—Estáis los dos tan concentrados en vuestro propio dolor que no veis lo que está sufriendo el otro. ¡Es de locos, joder!

—¿Qué coño quieres decir con eso?

Estuve tentado a contarle todo, pero se lo acababa de prometer a Sara por décima vez. ¡Joder! Cumpliría mi promesa aunque me jodiera en el alma.

—Que todo esto es culpa tuya —le solté a bocajarro—. Piénsalo cuando tengas que llevar a sus hijos al cine mientras ellos follan en su casa de ensueño.

Oliver se llevó las dos manos al rostro y se lo frotó con resignación.

—Joder, Adam.

—Esta situación la has provocado tú, tus celos irracionales, tus absurdos pensamientos de que Sara seguía enamorada del bobo ese.

—Bueno, pues parece que no estaba muy equivocado —me dijo con

resquemor.

—No me vengas con gilipolleces. Ella podría haber sido tuya. Para siempre.

Estaba hablando como una tía, otra vez.

—Nunca lo ha sido, no sé por qué te empeñas en afirmar lo contrario.

¡¡¡Porque lo sé, gilipollas!!! Lástima que eso no se lo pudiera decir. Se acabó, estaba hasta los cojones. Venía dispuesto a convencerlo de que hiciera algo, pero no pensaba pegarme contra la puta pared.

—¿Sabes? Siempre te he admirado. Desde que éramos unos críos — confesé—. Oliver Aston, el superdotado. Tan seguro de sí mismo, tan listo, siempre yendo por delante de los demás. Eras como un ejemplo a seguir para mí. Y mírate ahora, vas a la universidad y vas a ser astrofísico, no me cabe ninguna duda de que lo vas a conseguir. Sí, vas a ser un gran astrofísico. Pero ahora te veo por dentro, y no eres más que un puto niño inseguro que está demasiado asustado de que el gran amor de su vida lo rechace, y por eso ni siquiera lo intenta. Eres un cobarde.

Abandoné la habitación y lo dejé tumbado en la cama de Sara. «Disfrútala mientras puedas, porque vas a estar una temporada sin poder volver a tumbarte ahí».

Cita para cuatro

Cuando ya le había contado a medio mundo que había vuelto con Will, me di cuenta de que él todavía no lo sabía. Creo que fue así porque decírselo a él lo haría real. Y tenía miedo. Pero no podía echarme atrás.

El día veintiséis de diciembre fui a la biblioteca de la facultad con Adam y Oliver, a estudiar para los exámenes del primer semestre. Era como las típicas bibliotecas que aparecen en las películas. Con sus minúsculas lamparitas, sus amplias mesas de madera, y ese silencio... ensordecedor. Nos sentamos en una de las mesas, Oliver enfrente de mí y Adam a mi derecha. Desperdigamos los libros por la mesa y nos quedamos en silencio.

Los minutos pasaban y algunos ratos me concentraba en los libros; el resto del tiempo levantaba la vista y miraba de reojo a Oliver, que lucía concentrado en sus fórmulas interminables de física. Cuando levantó su mirada y me pilló en pleno escrutinio, bajé la vista y simulé estar superconcentrada en lo mío. A la quinta vez que nuestros ojos coincidieron, cuando bajé la mirada, no pude evitar esconder una sonrisa. Esa fue mi segunda sonrisa real en meses. Cuando levanté la mirada de nuevo, descubrí que él también se reía con disimulo. El aleteo de las mariposas en mi estómago renació.

Después de comer, la biblioteca se habría quedado vacía si no hubiera sido por nosotros tres. En una de mis miradas furtivas a Oliver, vi que se frotaba los ojos con fuerza.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, con preocupación. No podía evitar que mi cuerpo reaccionara a sus acciones.

—No sé, me duele la cabeza y veo borroso.

—¿Borroso? —Qué extraño, quizá era por estar tantas horas con la vista pegada a los libros, pero nunca antes le había pasado—. ¿Cuántos dedos ves aquí?

Levanté mi mano derecha al frente y le mostré cuatro dedos.

—No tan borroso —me contestó, con un deje de burla en la voz.

—Ya, pero ¿cuántos dedos ves? —Adam se acercó a mi lado y continuó con la broma.

—Cuatro —nos contestó, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y ahora? —Le mostré los mismos dedos, pero alejando mi mano de su alcance.

Adam y yo estallamos en carcajadas. Carcajadas reales. Por fin. Y tan solo habían pasado cuatro meses.

—Que os den.

—Shhh... —La bibliotecaria nos mandó callar y nos miró con reprobación.

—¿Y a esta qué le pasa? ¡Si estamos solos! —se quejó Adam.

Oliver continuaba frotándose los ojos con insistencia.

—Es probable que tengas un ojo vago —le expliqué a Oliver en susurros—. Tápatelo un ojo y luego el otro a ver si ves igual por ambos. —Me levanté de la silla y le tapé con la mano el ojo izquierdo. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Mierda, lo había tocado sin darme cuenta. El primer roce desde nuestra ruptura. Aparté la mano con rapidez y me senté.

Oliver me obedeció y se tapó ambos ojos con la mano, primero uno y luego otro.

—Joder, con este ojo veo todo borroso.

Me arriesgué a decirle lo que creía.

—Quizá tengan que ponerte gafas.

—¿Por qué? —me replicó, sobresaltado.

—Por vista cansada. —Escuché un zumbido. Abrí la mochila que tenía en el suelo y vi que la pantalla de mi móvil se había iluminado. Iba a cogerlo, pero la premisa de Adam me hizo darme la vuelta.

—No pueden ponerle gafas.

—¿Por qué? —preguntamos Oliver y yo a la vez.

—Porque es astrofísico.

¿Pero qué tendrá que ver una cosa con la otra? Decidí entrar al trapo.

—¿Y qué? —pregunté a Adam.

—Pues que se le va a chocar el cristal de la gafa con el cristal del visor del telescopio.

Estallé en carcajadas y arrastré conmigo a Adam. La imagen que había descrito me vino a la cabeza y no pude parar de reírme. Me dolía el estómago y me lloraban los ojos. Qué sensación tan maravillosa. ¿Por qué solo me sentía de esa manera con Oliver y Adam? ¿Por qué no recuerdo momentos así con otras personas?

—Shhh...

—¡Joder, cómo da la tabarra! —Adam se quejó una vez más, entre risas,

por la bibliotecaria.

—No van a ponerme gafas, capullos —afirmó Oliver de mala leche.

—*Totó* dice que sí y está estudiando Ciencias Médicas.

Oliver se cruzó de brazos y se apoyó en la silla.

—¿Llevas un semestre y te crees con el juicio de emitir un veredicto?

—Sí, y voy a defender mi postura hasta el final; no olvides que también estudio Derecho —le contesté con chulería.

—*Totó* 1, Oliver 0 —dijo Adam con guasa.

Por un instante, pensé que volvíamos a ser los de siempre. Oliver bufó y siguió estudiando en un intento de ignorarnos. Aunque acabó cediendo y llamó a su madre para que le pidiera hora con el oftalmólogo para esa misma tarde. Cuando volví a mis libros, recordé el mensaje sin leer de mi móvil. Me agaché para sacarlo de la mochila y lo leí.

Will: Hola. ¿Te hace una bolera con Dan y Pear?

Sara: ¿¿¿¿????

Will: Ja, ja, ja. Me acabo de enterar de que van a echar una partida de bolos y me ha apetecido. ¿Te apuntas?

No me parecía mala idea. Aunque, ¿con Pear y Daniel? Nunca habíamos salido los cuatro juntos a ninguna parte. Y menos todavía en plan *parejitas*. Pero podía ser mi oportunidad para que supiera que éramos novios. «Sí, Sara, es importante que la otra parte lo sepa». Miré de reojo a Oliver. Era como un tic. No lo podía evitar.

Sara: Estoy estudiando. ¿Cuándo habéis quedado?

Will: En un par de horas.

Sara: Bien, quedamos allí.

Will: ¿No quieres que pase a recogerte?

Sara: No, voy por mi cuenta.

Will: Genial. Te veo luego. Un beso.

No le contesté al último mensaje. Me costaba tratar a Will de esa forma tan cariñosa cuando, hasta hacía poco, era así con otro. Otro al que tenía enfrente. Levanté la vista del móvil y vi que Oliver me miraba con atención. Dejé el móvil sobre la mesa y seguí estudiando.

Me concentré en los libros durante las dos horas siguientes. Fotocopié los apuntes de Adam y Oliver y pegué un repaso a las asignaturas de Derecho. Para cuando volví a mirar el reloj, era la hora de irme. Recogí mis cosas y me puse la chaqueta.

—Ey, ¿te vas ya? —me preguntó Olly, confundido.

—Sí, me voy a la bolera con Will y la parejita feliz.

Los recuerdos de Oliver y míos en la bolera de Malibú volvieron a mi mente. Pero el *flashback* apenas duró un segundo, no lo dejé salir más.

—¿Vas con Daniel y Pear? —Si antes se le veía confundido, ahora estaba alucinando.

—Sí, y se me hace raro, no te creas. —Me desenganché de sus ojos porque no podía seguir manteniéndole la mirada—. Bueno, me marchó, que voy tarde. *Ciao*, Olly.

Se quedó mirándome con no sé... ¿anhelo? Me sentí incapaz de interpretarlo. Me negué a seguir pensando en él, estaba rehaciendo mi vida y creía que lo estaba haciendo bien. No podía dejar de querer a Oliver, nunca lo haría. Pero las cosas con Will iban a ir bien. Tenían que ir bien.

—Adam, me voy —le grité a mi amigo, que buscaba un libro en uno de los pasillos.

—¿A dónde?

—¡A la bolera!

Y salí escopetada de la biblioteca.

—¿Ha dicho a la bolera? —Escuché a mi amigo a lo lejos cómo le preguntaba, confundido, a Oliver.

Cuando llegué a la bolera, vi que Pear me había mandado un mensaje explicándome que estaban dentro con todo preparado. Crucé la puerta y los busqué con la mirada. Había como quince pistas de bolos. Me puse de puntillas y los localicé en uno de los carriles del centro. Will, cuando me vio, terminaba de atarse los zapatos de bolos. Se levantó y me acerqué a él. Le di un tímido beso en la mejilla.

—Hola.

—¿Y eso? —me respondió sonriente.

—Acepto.

Al principio no lo entendió, hasta que se le abrieron los ojos y se le ensanchó la sonrisa. Me cogió en volandas y dimos vueltas por toda la bolera. Escondí la cabeza en el hueco de su hombro y cerré los ojos. Esperaba no estar equivocándome. Porque, aunque mi cuerpo estaba allí, mi mente seguía en la biblioteca.

Para mi sorpresa, pasamos una tarde muy divertida. Primero jugamos chicos contra chicas y luego echamos una última partida de parejas.

—Vamos, Sara, esa bola pesa más que tú. Coge otra más ligera —me aconsejó Will cuando íbamos perdiendo.

—No soy ninguna debilucha. ¡Peso cincuenta y tres kilos!

—Y subiendo...

Fulminé con la mirada a mi hermano.

—¡Vete a la mierda, Daniel!

Cuando terminamos de jugar, con una victoria aplastante por parte de Pear y Daniel, me senté a ponerme los zapatos con mala leche. ¡Cómo me fastidiaba perder! Y más contra mi hermano, que me había ganado dos veces, ¡dos! Y que, además, lo celebraba con mi amiga por todo lo alto.

—¿Puedo pedirte un favor? —me preguntó Will mientras se sentaba a mi lado.

—Mmm, supongo que sí. —Saqué la lengua a Daniel, que interpretaba su baile de la victoria a escasos metros de distancia.

—Y, por favor, no pienses en ningún momento que te quiero hacer elegir o separarte de ellos, es solo que...

¿Separarme de quién?

—¿Qué pasa, Will?

—Hoy nos lo hemos pasado bien, ¿no?

—Sí —reconocí.

—Antes no solíamos hacer este tipo de cosas, siempre estabas con tus amigos.

Me miró con timidez, y yo le hice un gesto para que continuase.

—No quiero que me apartes de ti por estar con Oliver y Adam. Sé que son tus mejores amigos, y te juro que lo acepto y lo respeto, pero lo único que te pido es que no pases con ellos todo tu tiempo. Dedicame algo a mí, por la sencilla razón de que quiero estar contigo. Por nada más.

En el pasado, Oliver y Adam siempre habían estado por encima de

cualquier cosa. Mis planes con ellos no eran cancelables y, a pesar de ser la novia de Will, lo dejaba en un segundo plano. Ya no éramos unos críos, si quería que la relación funcionase debía empezar a tomar decisiones adultas. Oliver y Adam tenían que dejar de ser el eje de mi vida.

—Está bien.

Cuando llegué a casa por la noche, fui a mi cuarto y me tumbé en la cama. Miré hacia el techo. A las estrellas. Cogí el móvil y abrí el chat que tenía con Oliver y Adam.

Sara: ¿Qué tal la visita al oftalmólogo?

Oliver: Me han puesto gafas, tengo vista cansada.

Adam: Ja, ja, ja. ¿Le has dicho lo del telescopio?

Oliver: Vete a la mierda, Adam.

Adam entró sonriente en mi habitación. Se tumbó conmigo en la cama y seguimos chateando con Oliver. Se me hacía raro que nosotros dos estuviéramos allí y él... no.

Sara: ¿Vamos mañana a la biblioteca?

Oliver: Sí.

Adam: Si no hay más remedio... Olly, ¿vas a llevar las gafas?

Oliver: No, me las están graduando.

Sara: Nos vemos allí. Buenas noches.

Oliver: Hasta mañana.

Me levanté de la cama y abrí el armario para ponerme el pijama.

—¿Qué tal la bolera? —me preguntó Adam desde la cama.

—Divertida.

—Has perdido, ¿a que sí?

—Sí —contesté, a regañadientes, mientras me ponía el pantalón.

Pensé por un momento en decirle lo que había hablado con Will esa tarde, pero al final decidí contárselo al día siguiente en la biblioteca junto con Oliver. No me apetecía discutir a esas horas. Entré al baño a lavarme los dientes y entreví por la puerta a mi hermano pensativo tumbado en la cama.

Me enjuagué la boca con agua y me asomé a su habitación. Enseguida me vio.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estás muy pensativo.

—No eres la única cabeza pensante de esta casa.

¡Pensativo y borde! Giré sobre mis talones y volví a mi cuarto; cuando estaba así, era mejor dejarlo a su aire. Y eso que hacía una hora celebraba su victoria en los bolos. Pero luego la del carácter cambiante soy yo.

Al día siguiente, en la biblioteca, aproveché uno de los descansos para comunicar a mis amigos la decisión que había tomado.

—Will quiere que pasemos más tiempo juntos. —Me removí en la silla buscando una postura más cómoda.

—¿Y? —me preguntó Adam, con su tono más borde.

—Que el día solo tiene veinticuatro horas.

—Di lo que tengas que decir, Sara.

Oliver permanecía en silencio, pero sin apartar la mirada de mis ojos. Me intimidaba. Carraspeé y me centré en Adam.

—Que entre la universidad, el patinaje, vosotros y todo lo demás no... no tengo de dónde rascar. —«Dilo ya, Sara»—. Voy a tener que robar un poco de nuestro tiempo. No mucho, lo prometo.

—Vas a pasar menos tiempo con nosotros para estar con tu nuevo y reutilizado novio —me espetó Adam, mosqueado.

—Adam, no te enfades. Solo serán momentos puntuales.

—Ya veremos. Eso lo dices ahora.

—Te lo prometo. —Me levanté de la silla con energía. Era una situación incómoda, no me gustaba—. Voy a buscar un libro.

No aguantaba más el escrutinio de Oliver. Porque me miraba como si se estuviera colando dentro de mi mente y tenía miedo de que viese más de lo que le estaba permitido.

—Enhorabuena, chaval. Eres un puto crack. —Escuché que le recriminaba Adam a Oliver mientras me alejaba.

Mi vida con Will

En la biblioteca, Oliver y yo pasamos nuestros buenos momentos, aunque, por lo general, me trataba de manera afable pero impersonal. Echaba de menos a mi mejor amigo. Era lo que más echaba en falta de él. No sabía si nos recuperaríamos algún día. Apenas nos rozábamos. Era como si fuéramos intocables el uno para el otro.

Lo busqué con la mirada y lo localicé ojeando libros en las estanterías. Los pantalones que llevaba puestos le quedaban especialmente bien. Maldito. Se puso de puntillas para alcanzar un libro de la estantería más alta (yo ni con tacones podría llegar a esa altura) y los pantalones le colgaron holgados de las caderas.

Mi mente sucia se los quitó. «No, no, no, Sara. No puedes hacer eso. Oliver no es tuyo». Aunque, ¿acaso lo había sido alguna vez? Yo pensaba que sí, pero en aquel momento no me sentía segura de nada. De lo único que estaba segura era de que quería olvidarme de todo, abrazarlo y llevármelo a mi cuarto para tumbarnos en la cama y perderme en sus brazos.

Escuché un carraspeo a mi derecha. Con gran pesar, dejé de observar al objeto de mi deseo y me giré para descubrir a Adam mirándome con perspicacia.

—¿Qué miras?

—Nada —me defendí—, solo recitaba la lección en mi mente.

—*Totó*, mientes fatal. No tienes remedio. ¿Ya sabe tu novio que miras a otro con lascivia?

—No lo miraba con lascivia.

—Ah, pero ¿sabes de quién estoy hablando? —me dijo guasón—. Pensé que estabas recitando la lección.

—Y lo hacía, pero justo ha aparecido en mi campo de visión con esos malditos pantalones. —Las palabras salieron atropelladamente por mi boca antes de que pudiera impedirlo.

Adam buscó a Oliver con la mirada y arrugó la frente, confundido.

—¿Qué tienen esos pantalones? No les veo nada raro.

¿Por qué pensaba en cómo le quedaban los pantalones? «Porque lo deseas. En todos los sentidos». *Deseaba*, corregí a mi subconsciente. «Que no

te enteras». «La que no te enteras eres tú», me contestó. Decidí dejar de discutir conmigo misma.

—¿Por qué no vas a buscar el libro que necesitamos para el trabajo de Derecho Político? —me sugirió Adam.

—Creo que lo está buscando Olly.

—Vete a comprobarlo. Necesitamos ese libro.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a Oliver para preguntarle si andaba buscando el mismo libro que necesitábamos nosotros, y resultó que sí. Me explicó que había varios libros que trataban sobre el mismo tema y, entre los dos, les echamos un vistazo rápido, pero no nos convenció ninguno de ellos. Seguimos buscando cada uno por un lado. Busqué por todas las filas de libros hasta que vi uno en las alturas que me convenció. Como no alcanzaba tan alto, le pedí a Oliver que me lo cogiese él. Cuando se acercó a mi posición y levantó el brazo para coger el libro se le levantó la camiseta y una buena porción de su piel quedó al descubierto.

Sin pensarlo, acerqué mi mano a su cadera y le hice cosquillas. «Joder, Sara. ¡Utiliza el filtro! ¡Pensar antes de actuar!». Pero estaba tan acostumbrada a tocarlo que se me hacía difícil no hacerlo. Mi mano actuó sola, por impulso, sin considerar lo que le decía mi cerebro. Cuando quise apartarla, Oliver me la sujetó con la suya y no me lo permitió. Cogí aire. Necesitaba ese contacto con él.

Se giró y nos quedamos frente a frente. Mi mano pegada a su piel y su mano pegada a la mía. Metí mi otra mano por debajo de su camiseta y le acaricié la espalda. Choqué mi frente con su pecho, cerré los ojos y suspiré. Mis manos recorrieron su aterciopelada piel recordando todas las sensaciones que me provocaban. Escuché a mi propio corazón latir a toda velocidad y mi cuerpo tembló. Mis extremidades parecían de gelatina; si no fuera porque me sujetaba a él, me caería.

—Nena...

Oliver me abrazó y me apretó contra su cuerpo para después levantarme el jersey y rozar mi piel con la yema de sus dedos. Mi teléfono vibró en mi bolsillo, pero no me veía capaz de apartar las manos de su cuerpo. La vibración cesó, pero volvió a empezar. Y otra vez.

—Quienquiera que sea está insistiendo mucho.

Me separé de él y saqué el móvil de mi bolsillo. Los dos vimos el nombre que apareció en la pantalla a la vez.

—Contesta. No hagas esperar a tu novio. —Se apartó de mi cuerpo

bruscamente y salió de la biblioteca.

Le mandé un mensaje a Will diciéndole que lo llamaba en un rato y volví a mi sitio. Necesitaba sentarme porque todavía me temblaba el cuerpo.

—Lo he visto. —El susurro de Adam en mi oído me sobresaltó.

—Cállate, Adam.

Cuando Will vino a buscarme a casa, nos encontramos con mi padre en la puerta. Se saludaron con un apretón de manos y mi padre nos miró, dudoso. ¿Qué tienen los padres que pueden ver siempre más allá de la apariencia? Llevaba meses saliendo con Will en plan amigos y nunca me había dicho nada, y precisamente ese día, que era nuestra primera salida los dos solos, como pareja, me hacía la gran pregunta.

—¿Vosotros dos volvéis a estar juntos? —A la vez, nos señaló con los dedos.

Yo quería que me tragase la tierra, pero, por fortuna, ahí estaba Will para defender la situación.

—Sí, señor.

—Papá, tenemos que irnos. —Corté la conversación antes de que se volviera más embarazosa.

—Está bien, pasadlo bien.

Me acerqué y le di un beso.

—Adiós.

De camino al coche, Will sonrió para sus adentros.

—¿De qué te ríes?

—¿Son imaginaciones mías o tu padre se alegra de que hayamos vuelto?

¡Cómo no iba a alegrarse después de los meses que había pasado llorando por todas las esquinas! Aunque no me hubiera mencionado nada, tonto no era.

El piso de Will era enorme. Era un cuarto piso y, nada más entrar, lo que más llamaba la atención era el brillante suelo de madera de nogal. Las paredes eran blancas y contrastaban con el marrón oscuro de las puertas. Según entrabas a la derecha, veías el enorme salón con vistas al centro de la ciudad y con amplios sofás de cuero oscuro. Tenía muy pocos muebles, lo justo y le daba un aspecto... frío. Sin ningún tipo de toque personal. Will me enseñó el resto de la casa y acabamos en la cocina buscando en el frigorífico algo para comer.

Después de picar algo, nos sentamos en el sofá a ver una película y, hacia la mitad, sentí cómo Will se acercaba cada vez más a mí y cómo sus manos

buscaban el contacto con mi cuerpo. Me giró la cabeza y me besó con pasión. Enredamos nuestras lenguas y me empujó suavemente para dejarme tumbada en el sofá. Me levantó el jersey y me acarició la piel.

Me dejé hacer e intenté colaborar, pero no pude. Me sentía... ¿rara? Sentía que mi cuerpo no le pertenecía y que lo que estábamos haciendo estaba mal. Solo recordaba lo que había pasado hacía escasas horas en la biblioteca con Oliver, cómo mi cuerpo respondía a sus caricias.

—Will, para, por favor. —Lo aparté de encima de mí y me incorporé—. No puedo.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupado.

—No, lo siento. No puedo hacerlo. —Me llevé las manos a la cara y empecé a llorar.

—Tranquila, Sara, no tenemos que hacer nada.

¡Cómo era posible que lo estuviera rechazando! En el *Crowden*, me moría por sus huesos, por tocarlo, y ahora solo pensaba en el cuerpo de Oliver derritiéndose junto al mío.

—No sé si voy a poder —le confesé. Aceptar aquella relación no había sido una buena idea. No soportaba ni que me tocara.

—Sara, iremos poco a poco.

—Will, estoy... estoy rota.

—¡Joder! ¿Qué te ha hecho? —Se levantó del sofá, furioso, y me miró con los brazos en jarras.

—¿Lo sabes?

—Sara, habría que estar muy ciego para no verlo. Te ha hecho mucho daño.

—Se me pasará. Es cuestión de tiempo, me olvidaré de él. —Me froté las manos en el pantalón, en un intento de paliar el sudor que empezaba a envolver todo mi cuerpo.

—Jamás te había visto así de afectada, ni siquiera cuando te peleabas conmigo. ¿Tan enamorada estás de él?

—Sí —no tenía ningún sentido ocultárselo—, lo siento.

—Ya te lo he dicho, iremos poco a poco.

—Si no quieres seguir con esto, lo entiendo.

—No, Sara, no voy a dejarte marchar. —Se sentó junto a mí y me sujetó las manos.

Recordé las palabras de Adam que me aconsejaban, o más bien me obligaban, a contarle a Will mi historia con Oliver.

—¿Quieres que te lo cuente todo?

—No, por favor. Solo saber que quieres a otro es más de lo que puedo aguantar. Vamos a hacer una cosa. Te propongo empezar de cero, tú y yo. Olvidémonos del pasado.

—Es mucho pasado que olvidar.

—Sara, quiero ser tu amigo, además de tu novio. Nunca hemos sido amigos. Solo novios o enemigos. Si no nos estábamos enrollando, nos estábamos peleando. Eso no es sano. Ya no tenemos quince años. Vamos a construir una relación desde los cimientos. ¿Qué me dices? ¿Me aceptas como amigo... y lo que surja?

No podía seguir así. Oliver ya no estaba en mi vida. No me quería y, si no lo hacía después de lo que había pasado entre nosotros, no lo haría nunca. Debía darle un punto final a aquello de una vez por todas. Will me ofrecía su amistad y lo que surgiera... Sin presiones, sin prisas.

—Sí, acepto.

Will me tendió la mano para que se la cogiese.

—William Von Kleist. Alemán de nacimiento, pero criado en Escocia. Me gusta el fútbol, los coches y el cine.

—Sara Summers. Escocesa con sangre americana e irlandesa. Me gusta leer, ir al cine y tocar el piano. Antes solía patinar sobre hielo.

—¿Patinaje sobre hielo? Jamás lo habría adivinado. —Nos reímos los dos. Resultaba ser una pequeña cura para mi corazón malherido—. Podríamos ir algún día a patinar, aunque te adelanto que no soy muy estable sobre los patines.

—¿Por qué no me sorprende?

—Encantado de conocerte, Sara Summers.

—Lo mismo digo, William Von Kleist.

—Mis amigos me llaman Will.

Desde que lo conocí, lo llamaba por su nombre completo. Solo empecé a llamarlo Will cuando nos liamos. Aun así, siempre que nos enfadábamos, volvía a ser William. A partir de ese momento, sería siempre Will.

—Me gusta Will.

—Me gusta Sara.

Supe con certeza que jamás volvería a ser *Sarita* para él. William y Sarita ya no existían. No había lugar para ellos. Supe que el momento de mirar a Oliver con lascivia, como decía Adam, había acabado. Reforcé el muro que había construido a mi alrededor para que no pudiera penetrar en mi interior.

Nunca más.

Cuando volví a mi casa, vi que todos cenaban en el comedor: mi padre, mis hermanos y Adam. Me uní a ellos y picoteé un poco. Después de cenar, nos quedamos Adam y yo solos de sobremesa.

—Adam, he tomado una decisión.

Adam me miró esperando a que continuase.

—Voy a tomármelo en serio con Will. Voy a intentarlo de verdad. Y eso significa que se acabó Oliver. Lo que has visto hoy no lo vas a ver más.

—Sara, a mí no tienes que convencerme.

Nos quedamos en silencio, asimilando sus palabras, hasta que Adam lo rompió.

—¿Sabes lo que pienso de tu novio?

«Por favor, Adam. No me lo pongas más difícil». Me negaba a pelearme constantemente con él por Will. Le supliqué con la mirada que pusiera algo de buena intención por su parte para que las cosas fueran bien.

—Nos quiere separar. Quiere separarnos a Oliver y a mí de ti —me aclaró.

—Adam, eso no es verdad —le dije cansada.

—Sí lo es. A mí no me engaña con la mierda de que quiere pasar más tiempo contigo. Se está aprovechando de lo vulnerable que eres en este momento para llevarte a su terreno. Lo está haciendo bien el muy cabrón.

—No voy a seguir discutiendo contigo sobre Will. —Me levanté de la silla con la intención de encerrarme en mi habitación.

Will no se lo merecía. Estaba poniendo todo de su parte para que me recuperase. Incluso había aceptado mi relación con Oliver (o eso pensaba yo) y quería intentarlo. Adam se equivocaba.

—Tú misma. El tiempo lo dirá.

La ruptura

El primer día de clases después de las vacaciones de Navidad, quedé con Pear en la cafetería de la facultad para tomar algo y ponernos al día. No nos habíamos visto demasiado desde el día de la bolera y tenía un montón de cosas que contarle. En cuanto acabó la clase, me despedí de Adam y Oliver explicándoles que había quedado con Pear. Adam me miró con reprobación por saltarme la siguiente clase a escasos días de empezar los exámenes, y Oliver ni me contestó, lo que venía siendo la tónica habitual.

No me hablaba desde nuestro último e intenso encuentro en la biblioteca, y Adam seguía mosqueado por mi relación con Will; por lo que, cuando Pear me mandó un mensaje pidiéndome quedar con urgencia, no lo dudé.

En cuanto crucé la puerta de la cafetería, noté que algo le pasaba a mi amiga. Estaba sentada en una de las mesas del fondo con un café entre las manos y la mirada ausente. Pedí un café en la barra y me acerqué a su mesa. Dejé la mochila en una de las sillas vacías al lado de la suya y me senté a su otro lado.

—Buenos días, melusina.

—Tú hermano está raro.

Tardé varios segundos en interiorizar sus palabras. ¿Mi hermano? ¿Raro? Menuda novedad. Mi hermano siempre ha sido muy raro. Es muy suyo.

—Bueno, pero en su línea, ¿no?

—No. Algo le pasa, Sara.

Durante la siguiente hora, mi amiga me contó que Daniel llevaba actuando de manera extraña las últimas semanas. Apenas habían quedado y, cuando lo hacían, parecía ausente. Mi consejo fue que hablase con él. Pear no se sentía segura en esa relación y cada vez iba a peor. Ella quería más, necesitaba formalizar la relación y que Daniel la tuviera en cuenta en su vida para todo, no solo para cuando a él le apeteciera.

—Tampoco me contesta a todos los mensajes y parece como si los míos le molestaran. —Dirigió la mirada hacia la puerta de la cafetería—. ¡Mierda!

—¿Qué? —Me giré y vi a mi hermano entrar en la cafetería con Will y algunos compañeros de clase a los que no conocía.

Se acercaron a saludarnos. Will me dio un pico en los labios y Daniel dijo

un simple «hola». Se disculparon con nosotras y volvieron a su mesa. Tenían que presentar un proyecto y, como trabajaban en grupo, necesitaban estar un rato con sus compañeros.

Ya habían finalizado las clases de la mañana y la cafetería empezó a llenarse de alumnos deseosos de un merecido descanso.

—No sé dónde he leído que los gemelos están conectados —me dijo Pear de repente—. Seguro que Daniel y tú lo estáis.

Lo dudé. Por muchísimos motivos.

—Daniel y yo no somos gemelos. Somos mellizos.

—Bueno, pero dará lo mismo, ¿no?

—Depende de para qué. No tengo ni idea de lo que está pasando por esa cabecita tuya.

—Tu hermano está raro, Sara. Y se me ha ocurrido una idea. Tienes que meterte en su mente.

—Tú estás loca —me reí.

—Lo digo en serio. Si se supone que estáis tan conectados —acercó su cabeza a la mía y me habló en susurros—, seguro que podéis comunicaros con la mente. Y, además, tú eres superdotada. ¡Si no puedes tú, no puede nadie!

—¡Exacto!

—Por favor... —Me puso la carita, la carita de perrito abandonado, ¡sabía que no podía resistirme a la carita!

—Está bieeeeeen... Pero que conste que todo esto me parece una locura.

—Concentración total, Sara. —Me apartó el café y me despejó la mesa.

—Pues con el barullo que hay aquí... —me quejé.

—Míralo fijamente e intenta adentrarte en su mente.

Hice lo que me dijo y me concentré en mi hermano. Apoyé los codos en la mesa y me sujeté las sienes con la mano. Daniel se había sentado justo enfrente de mí, pero lo único que veía era a una chica morena con el cabello muy corto que cada vez se acercaba más a él.

—¿Qué hacéis, bomboncitos? —Con el rabillo del ojo vi a Brian acercarse a nuestra mesa.

—No interrumpas, Brian —le espetó Pear—. Sara está intentando meterse en la mente de Daniel.

—Muy graciosa, Pear. Venga, ¿qué hacéis tan concentradas? ¿A quién estamos criticando?

Pear no contestó, y yo no aparté la vista de Daniel, pero imaginé la

fulminante mirada que mi amiga le estaría dirigiendo a nuestro querido Brian.

—Me estás vacilando —afirmó, no preguntó.

—No. Y cállate, si la desconcentras no funciona.

—Oh, claro, si no funciona seguro que es porque no está concentrada —afirmó con ironía mientras se sentaba en la última silla vacía que quedaba en nuestra mesa.

Cuatro intentos más de colarme en la mente de mi hermano y llegaron el resto de nuestros amigos a la cafetería. Sentí cómo Adam apartaba las mochilas de la silla vacía al lado de Pear, y el resto arrastraban sillas de las mesas de al lado.

—¿Qué hacéis tan callados, tíos?

Entonces, la misma morena monísima que se había sentado al lado de mi hermano le tocó el brazo con afecto. Oh, oh. Pear empezó a jurar en todos los idiomas que conocía y el barullo de voces cada vez era más fuerte. ¡Así era imposible concentrarse!

—Nada, Pear. No veo nada. —Me apoyé en el respaldo de mi silla y crucé los brazos. Enfrente de mí se había sentado Oliver. No quería mirarlo directamente porque sabía que él me observaba. Seguramente para preguntarme qué ocurría, pero, como no me hablaba ni para cosas banales... pues, ahora, que se aguante.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó Marco con la boca llena de algún tipo de dulce.

—¿En serio no ves nada? Porque yo estoy viendo más de lo que me gustaría. —El cabreo de Pear se encontraba en plena ebullición y no quitaba ojo de la mesa de mi hermano—. ¿Y sabes lo peor? —insistió mi amiga, como si estuviéramos solas.

—Chicas, ¿qué pasa? —preguntó Moira, confundida.

Pear no me permitió ni que me pensase la respuesta a su pregunta. A Moira la ignoró sin contemplaciones.

—Lo peor es que *esa* —inquirió, señalándola con la mano— sabe que estamos liados, pero, como no somos *pareja* —esa última palabra la dijo con mucha ironía—, le importa una mierda.

Aquello iba a acabar mal. Pear se levantó y fue a la mesa de los arquitectos. Yo fui detrás de ella para intentar frenar... no sé, lo que hiciera falta. Pero no había quien frenase aquello. Se plantó al lado de mi hermano, pero este ni levantó la cabeza.

—Daniel, tengo que hablar contigo —le espetó de malas maneras.

—¿Ahora? ¿Qué pasa? Estoy liado con esto —Mi hermano ahora sí levantó la cabeza de los planos que ojeaba en ese momento, confundido.

—Sí, ahora.

La chica de cabello corto no se apartó de Daniel, siguió con sus pezuñas, perdón, con sus manos, en el antebrazo de mi hermano. Will me miró, flipado por el arranque de Pear, y me preguntó qué pasaba, moviendo los labios. Negué con la cabeza, a la espera de descubrir dónde acabaría aquello.

—Bien, habla.

Mi hermano siempre poniendo las cosas fáciles. No pensé que Pear fuera capaz de soltárselo todo a la cara en mitad de la cafetería de la facultad y delante del grupo de amigos de mi hermano. Pero vaya si lo hizo.

—Se acabó, Daniel. No puedo más. O estamos juntos o no lo estamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Daniel, por inercia, supongo, porque estaba bien claro.

—Lo que estás entendiendo. Si quieres que sigamos juntos, lo haremos como pareja. Quiero ser tu novia. Quiero que todo el mundo sepa que estamos juntos y que ninguna... —se lo pensó, mientras fulminaba con la mirada a la compañera de mi hermano— *otra* se sienta con el derecho a tocarte.

Daniel se percató de la mano de su compañera y la apartó sin delicadeza. Ni se había dado cuenta de que lo manoseaba. ¡Así son los tíos de gilipollas!

—Pear, esto es obsesivo. Joder, no estábamos haciendo nada. —Se levantó y asió del brazo a mi amiga. Le hizo un gesto a Will para que no se levantara. La sacó fuera de la cafetería y yo los seguí. Bueno, yo y todos nuestros amigos. Con nosotros ya podría haber hecho mil gestos para que no los siguiéramos, que no habría conseguido nada. No tenía esa autoridad.

—No lo aguanto más, Daniel. O todo o nada —le dijo Pear en cuanto salimos a la calle.

—¿Es un ultimátum?

—Es un «ya no puedo más», pero tómatelo como quieras.

—¿Ya no puedes más? ¿Así, de repente?

—No, de repente, no. ¿Por qué no me avisaste de que ibas a Los Ángeles a buscar a Sara?

Ya sabía yo que aquel asunto traería cola. No deberíamos estar ahí. Era una discusión muy personal, pero tampoco quería dejar sola a mi amiga. Ni a mi hermano.

—¿A qué viene eso?

—¿A buscar a Sara? —preguntó Olivia—. ¿De qué habla? ¿Cuándo fue eso?

Nuestros amigos no entendían nada y nos miraban alternativamente a Oliver, Adam y a mí. Los mandé callar con la mano.

—Contéstame, Daniel. ¿Por qué no me llevaste contigo?

—Porque no.

—Eso no me sirve. Necesito una explicación.

—¿Una explicación de por qué fui a buscar a mi hermana?

—No, de por qué no me llevaste contigo. O de por qué ni siquiera me lo mencionaste. Sara es mi mejor amiga, Daniel.

—Sí, y es mi hermana. Era un tema familiar, no sé por qué...

—Exacto. Era un tema familiar. Ni siquiera te planteaste la posibilidad de llevarme contigo. Nunca me tienes en cuenta para nada. No me consideras parte de tu familia.

—Joder, Pear. Sí te tengo en cuenta, pero la familia es familia y los amigos son amigos y...

Lo cortó.

—A Adam lo consideras familia. Y no es más que un amigo de tu hermana. Y esto no va en tu contra, Adam —se disculpó con mi amigo—. Solo trato de entender la diferencia. Entender por qué me mantienes a distancia cuando con otros no lo haces.

—O todo o nada has dicho, ¿no? —Mi hermano se negó a seguir hablando de ese tema. Y sentí de nuevo que el resto sobrábamos ahí. Pero tenía los pies anclados al suelo. No podía moverme.

—Sí. Elige —titubeó mi amiga. «Joder, Pear, ¿qué estás haciendo? ¿Estás segura?».

—Nada.

Ni siquiera lo pensó. Se dio la vuelta y se marchó dejándonos a todos con la boca abierta.

—Daniel, ¡espera!

Adam salió en busca de mi hermano. Y Pear salió corriendo en la otra dirección.

—Ya me ocupo yo —informé a todos.

La alcancé unos metros más tarde, caminando sin rumbo. Nos sentamos en el banco más cercano y la abracé con fuerza. Desgraciadamente, sabía lo que sentía. Intenté secarle las lágrimas y tranquilizarla, pero poco pude hacer. Al principio solo lloraba, después comenzó a hablar entre hipidos.

—Sabía desde un principio que no éramos nada, solo sexo. No sé de qué me sorprendo.

—Pear, eso no es verdad. Lo sabes tú, lo sabe él y lo sabemos todos.

Rompió a llorar.

—¿Y, entonces, qué ha pasado? ¿Por qué me ha dejado?

Esa era la peor sensación de todas, hablaba la voz de la experiencia. No saber qué había pasado era terrible. No saber por qué antes éramos felices y por qué ahora no lo éramos, sin un motivo aparente, hacía que te volviesses loca estrujándote la cabeza, dándole vueltas a los últimos días. Y, cuando no encuentras respuestas, te desesperas y te echas la culpa a ti misma.

—No lo sé —le dije, sin dejar de abrazarla. Y era verdad. No tenía la menor idea de lo que pasaba por la cabeza de Daniel.

—Por favor, dime que va a dejar de doler.

—Shhh —intenté consolarla.

—Dime que ya no te duele.

No pude contestar. Ambas éramos conscientes de que todavía dolía.

—¿Sara? Han pasado meses. ¿Oliver te sigue doliendo? —Levantó la cabeza de mi hombro. Tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar. Y esa desesperación en su voz... joder. Mi amiga necesitaba mentirse a sí misma y que yo también lo hiciera. Que la apoyara en esa mentira. Eso la reconfortaría, aunque solo fuera por unas milésimas de segundo.

—No.

Acompañé a Pear a casa y no me marché hasta que la dejé dormida en la cama. Sus padres estaban preocupados y no me quedó más remedio que contarles que había discutido con Daniel. Me subí en el coche y apoyé la frente en el volante. Suspiré y arranqué.

Cuando llegué a mi casa, saludé en voz alta a quienquiera que estuviera y subí a la habitación de Daniel.

—Hola. —Me apoyé en el marco de la puerta. Daniel estaba tumbado en la cama mirando al techo. No sé qué tendrán los techos de las habitaciones que siempre los miramos tanto. Bueno, el mío, al menos, tiene estrellas.

—Si lo que buscas es bronca por haber dejado a tu amiguita del alma, ven mañana. Hoy no estoy de humor.

Me acerqué a la cama y me tumbé a su lado, mirando al techo.

—No he venido a discutir.

Giró la cabeza y me miró extrañado. A continuación, volvió a mirar hacia el interesantísimo techo.

—Tampoco quiero hablar.

—Bien.

Nos quedamos los dos en la misma posición. Quería que supiera que, aunque la otra parte era mi mejor amiga, yo lo apoyaba. Porque, si algo sabía, era que la quería. Lo que no entendía era lo que le frenaba. Pero algo había, y él mismo tendría que tratar con ello.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No —me respondió seco, pero yo se la hice de todas maneras.

—¿Te has acostado con otras chicas mientras lo hacías con ella?

Antes de que tuviera tiempo de mandarme a la mierda, escuché que alguien me llamaba. Era Kate. Era viernes y ese fin de semana le tocaba estar en casa.

—¡Sara!

—Aquí —grité desde mi posición.

—*¿Me dejas por favor, por favor, por favor, el vestido azul que llevabas el otro día? Ese que solo tiene un tirante... ¿Dónde estás?*

Se asomó a la habitación de Daniel y nos vio.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un mal día —le expliqué sin más.

—Oh.

Kate se acercó y se tumbó en la cama, al otro lado de Daniel. Ahora los tres mirábamos al techo. «Quizá debería prestarle alguna de mis estrellas». Permanecimos así un buen rato sin hablar.

—¡Chicos! —Alex se asomó por la puerta—. La cena está lista. Papá ha llamado, llegará tarde. ¿Qué hacéis?

—Daniel tiene un mal día —explicó Kate. Yo no le había dicho que Daniel lo tuviera, solo que «tenemos un mal día». Debía de notársele en la cara. Para que luego dijera que no quería a Pear.

—¿Os apetece una película? —sugirió mi hermana.

—¿Qué decís de película? —Justo Adam asomó por la puerta.

—Daniel ha tenido un mal día —explicó Kate.

—Algo he oído, sí. —Adam se hizo el loco, como si no hubiera escuchado la bronca desde primera fila.

—Vamos a ver una peli —le dije a mi amigo.

—Genial, ¿la vemos aquí?

—Voy a subir la cena —añadió Alex, antes de salir por la puerta.

—Te ayudo. —Mi hermana se levantó de la cama y salió detrás de Alex.

—Yo traeré las bebidas. —Adam salió detrás de ellos.

Nos quedamos Daniel y yo solos.

—No —me dijo.

—¿No?

—No he estado con otras chicas.

Lo sabía. La quería. ¿Por qué la había dejado entonces?

—Daniel, yo sé que quieres a Pear mucho más de lo que has dejado entrever hoy.

—No se trata de querer o no querer. No quiero una relación, Sara. No es lo mío. Joder, tengo veinte años. No quiero atarme tan joven. El otro día, en la bolera, cuando salimos los cuatro, supe que no es lo que quiero en mi vida. Al menos no ahora, tal vez en un futuro. Joder, Sara, cada vez me asfixiaba más.

—¿Y por qué has aguantado tanto tiempo con ella?

—Estábamos bien. Quedábamos cuando nos apetecía, sin presiones. Pero me he dado cuenta de que cada vez me ataba más y más. Y el puto nudo cada vez me asfixia más y más.

Entonces era por miedo. Miedo por lo que sentía por ella. Daniel no estaba acostumbrado a ese tipo de sentimientos. No solía atarse a nada ni a nadie. Quería huir porque le asustaba lo que sentía por Pear, porque no quería comprometerse. No insistí más porque debía darse cuenta él solo de lo que significaba para él mi mejor amiga.

Mientras vimos la película hice un recuento de la situación. Menudo comienzo de año:

Pear, destrozada por el rechazo de mi hermano.

Mi hermano, destrozado porque tenía miedo de querer.

Adam, mosqueado porque yo quería pasar más tiempo con Will.

Will, acojonado de lo que nos esperaba en nuestra relación.

Yo no sabía ni por dónde me daba el aire.

Y del rubiales, mejor no hablar.

Vaya panorama se nos presentaba.

SEGUNDA PARTE

Tres años y cuatro meses después

¿En qué punto estamos?

Abril de 2016.

«¡Qué calor! Me quemo». Estaba tumbada en la arena, miré al cielo, el sol brillaba con intensidad. Me retorcí en la toalla. Pero no solo era calor, era... ¿placer? Abrí las piernas y un intenso cosquilleo se extendió por mi cuerpo. Me agarré a la toalla y levanté las caderas. La playa paradisiaca en la que me encontraba comenzó a desdibujarse hasta que desapareció por completo. Abrí los ojos. El sol fue sustituido por un altísimo techo blanco. El techo blanco de la habitación de Will.

Estaba en su cama. Dormida. ¿Era aquello un sueño erótico? No, el placer seguía dominando mi cuerpo. Me asomé por debajo de las sábanas entre gemidos y descubrí la cabeza de mi novio entre mis piernas. Levanté las rodillas y apoyé las plantas de los pies en el mullido colchón. Levanté más las caderas y me acoplé a las caricias de la lengua de Will. Lo agarré del pelo y abrí más las piernas. Unos cuantos gemidos más y terminé en su boca.

Aún con los últimos espasmos del orgasmo recorriéndome el cuerpo, Will se incorporó y me penetró de golpe. Pasé las piernas por sus caderas y le sujeté las nalgas buscando la fricción. Con cada penetración, yo intentaba frotar mi clítoris con su cuerpo y, poco a poco, el placer se instaló de nuevo en mi cuerpo.

Will escondió la cabeza en el hueco de mi hombro mientras gemidos roncros salían de su boca.

—Sara, me voy ya.

—¿Ya? —le pregunté con la voz entrecortada.

—Sí, ¿tú todavía no estás?

Joder, no. Mi cuerpo no creaba orgasmos cada dos minutos. Afirmé con la cabeza porque no quería que se aguantase y dejé que terminara sin mí. Cuando acabó, me besó en los labios y se tumbó a mi lado.

—Buenos días.

Sonreí en respuesta. El sexo con Will era bueno. Era tranquilo, pero casi siempre llegaba al orgasmo y eso era lo importante, ¿no?

—¿Te ha gustado el despertar?

—No ha estado mal. Podrías despertarme así todos los días —le dejé caer.

—Ya que sacas el tema, quería preguntarte algo.

¿*Ya que saco el tema?* ¿Qué tema?

—Sara, apenas te quedan un par de meses para graduarte.

—Ajá.

—¿Qué planes tienes?

—¿Planes? No lo he pensado todavía. —Miré el reloj y descubrí con horror que era tardísimo. ¡Mierda! ¡Llegaba tarde a clase! ¿Me había dormido? ¿Por qué no había sonado el despertador? ¿Y por qué no me habían avisado ni Adam ni Oliver para nuestra sesión matutina de *footing*?

Me levanté de la cama y busqué mi ropa. Levanté las sábanas y encontré la ropa interior en un rincón del colchón. Me la había quitado Will mientras dormía. Recogí el resto de cosas, esparcidas por la habitación, y las guardé en mi mochila de deporte. Saqué la ropa limpia y me metí en la ducha. Will vino detrás de mí. Abrí el grifo de la ducha y me quité la poca ropa que me quedaba ante el escrutinio de mi novio.

—Estaba pensando que, una vez que te gradúes, podrías venirte a vivir aquí, conmigo. —El sonido de su voz me llegaba amortiguado a través de la mampara de la ducha, pero... ¿había entendido bien?

—¿Vivir aquí? ¿Contigo? —Me enjaboné el cuerpo a toda prisa y me lo aclaré con el agua con cuidado de no mojarme el cabello.

—Sí, eso he dicho.

Salí de la ducha y me sequé con la toalla. Will me miraba esperando una respuesta.

—Will, no lo había pensado, yo... no sé qué decir.

—En el despacho están contentos conmigo, y tú seguro que encuentras algo cuando termines la universidad. Y casi vives aquí, pasas más tiempo que en tu casa. ¿No te aburres de estar siempre con la mochila de aquí para allá?

—Ya, pero aun así... —Salí del cuarto de baño y comencé a vestirme.

—¿No crees que ya estamos en ese punto? —Se sentó en la cama y siguió todos mis movimientos con la mirada.

La verdad, no sabía en qué punto estábamos. Pero en el de irnos a vivir juntos, no.

—No lo sé, Will. Alex se acaba de mudar y...

Mi hermano mayor acababa de abandonar el nido familiar. Llevaba dos años saliendo con una chica majísima y habían dado el gran paso. No era que

hubiéramos montado un drama, pero, independientemente de que me pasara la mitad de los días en casa de Will, se le echaba de menos. Me gustaba cenar con toda mi familia. Cada uno teníamos nuestra vida y apenas parábamos por casa. Y ese era uno de los pocos momentos que pasábamos todos juntos.

—Y todavía queda un montón de gente viviendo en esa casa, Sara. —Will se puso un bóxer limpio y, por su tono de voz, no parecía muy contento con mi reacción ante su propuesta—. Y, además, tu hermana Kate está a dos meses de terminar en el *Crowden*. Enseguida la tendréis por casa todo el día.

Sí, mi hermana Kate se graduaba un año tarde. Había tenido una adolescencia... difícil, y acabó repitiendo uno de los cursos.

—Déjame pensarlo, ¿vale? —Me miré en el espejo y me peiné. Cogí la mochila, verifiqué que llevaba todo y salí por la puerta de la habitación.

—¿No desayunas?

—¡No me da tiempo! Me tomaré algo entre clase y clase.

—¿Seguro? Te puedo preparar algo rápido —me sugirió, mientras me ponía los zapatos.

—¿Hoy no trabajas? —Lo vi muy tranquilo para la hora que era y normalmente entraba temprano a trabajar.

Will se colocó en un despacho de arquitectos de Edimburgo al poco de terminar la carrera. Empezó haciendo prácticas y, al finalizarlas, le ofrecieron un contrato a jornada completa. Le gustaba mucho su trabajo y estaba encantado con sus compañeros y jefes.

—Sí, ahora me ducho y me visto. He quedado con un cliente en media hora cerca de aquí. ¿Te paso a buscar por la facultad?

—No, hoy es jueves. He quedado con la pandilla. —Todos los jueves, por norma, quedábamos. Años atrás, había llegado un momento en el que nos empezamos a dispersar cada uno con nuestras vidas y, cuando nos dimos cuenta, hicimos la promesa de quedar todos los jueves, sin excusas. A la única que dejábamos faltar era a Moira, que trabajaba por turnos. También quedábamos en otras ocasiones para salir de fiesta, o ir al cine, o incluso al *Crowden* a patinar, pero los jueves eran sagrados. Era algo fijo.

—¿Ya es jueves? —me contestó, malhumorado.

—Sí.

—¿Tienes que quedar todos los jueves?

—Will, es el único día de la semana que veo a mis amigos. —Por nada del mundo pensaba renunciar a eso, porque, si empezaba faltando algún día por aquí y otro por allá, para cuando me diese cuenta, ya no los veía.

—Los ves todos los días en clase —me increpó.

—Me refiero a *todos* mis amigos. —En clase solo estaba con Oliver y Adam.

—¿Y no puedes hacer hoy una excepción? Se me ocurre una forma buenísima de pasar la tarde. —Se acercó a mí y me acarició el trasero con claras intenciones sexuales.

—Hoy no, Will. ¡Te veo mañana! —Le di un suave beso en los labios y salí escopetada hacia la universidad. Bajé las escaleras a todo correr y salí a la calle. Me metí en el coche y me incorporé al tráfico de la ciudad.

Las cosas con Will iban bien; aun así, teníamos nuestras peleas, como todas las parejas. La verdad es que nuestras peleas siempre eran por lo mismo: mis amigos. Según mi novio, pasaba demasiado tiempo con ellos. Con lo bien que habíamos empezado la mañana y al final casi nos peleamos. Y ¿por qué tenía la sensación de que me había regalado un orgasmo con la lengua para tenerme contenta antes de soltarme la bomba de vivir juntos?

Iba conduciendo cuando me sonó el móvil. Aproveché el semáforo en rojo para ver quién era.

Oliver: ¿Dónde estás? Hoy no llegas a clase.

Sara: ¡Me he dormido, pero estoy llegando! Tardo 5 minutos. ¡No me habéis despertado para el *footing*!

Oliver: Adam se ha rajado y yo me he entretenido con algo... ¿Has desayunado?

Sara: No me ha dado tiempo.

¿Entretenido con algo? Qué misterioso. El semáforo se puso en verde y arranqué aún con el móvil en la mano. Giré a la derecha y empecé a buscar sitio para aparcar. Cuando salí del coche, eché un último vistazo al móvil y vi un mensaje nuevo de Oliver.

Oliver: Te espero en la puerta.

Corrí por la universidad hasta llegar a mi clase. Divisé de lejos a Oliver apoyado en la pared y con un café para llevar en la mano. En cuatro pasos

más, llegué a su altura.

—¡Ya estoy!

—Por los pelos. Toma —me ofreció el café y un donut de chocolate que no había visto desde la distancia—, te he traído algo para que comas.

—Qué bien, me muero de hambre.

—Lo suponía.

—¿Y Adam?

—Está dentro con Savannah.

—No se rinde.

—Ya sabes que no.

Adam llevaba meses detrás de una compañera de clase. Perdón, de *otra* compañera de clase. Porque ya llevaba unas cuantas a sus espaldas. De clase y de no clase. Entramos en el aula y lo vi en una de las filas del centro. Desde allí, distinguía cómo le metía fichas a la chica. Oliver y yo nos sentamos en nuestra fila habitual y, en ese instante, entró el profesor y cerró la puerta, prohibiendo la entrada a cualquier alumno que llegase detrás de él. Su clase, sus normas. Nuestro amigo se despidió de la chica y se sentó con nosotros.

—Buenos días, *Totó*.

Lo saludé con la mano porque tenía la boca llena de donut y me concentré en lo que nos explicaba el profesor. Ese último año, muchas asignaturas se aprobaban con un proyecto de fin de carrera, pero esa asignatura en concreto no. El profesor era bastante hueso, por lo que los tres acudíamos a todas sus clases a diario.

Después de las clases, fuimos un rato a la biblioteca a estudiar y a media tarde me dirigí con Adam y Oliver a un pub cercano donde habíamos quedado con el resto de la pandilla. Siempre quedábamos allí, nos hicimos fieles seguidores de sus cervezas mientras estudiábamos todos en la universidad.

Nuestros amigos ya se habían licenciado, nos llevaban dos años de ventaja. Solo quedábamos nosotros tres y Natalie, que estaba eligiendo especialización en Medicina.

Entramos en el pub y vimos a nuestros amigos relajados en una de las mesas del fondo. Pedimos nuestras bebidas en la barra y nos sentamos con ellos. Nos preguntaron sobre nuestros últimos exámenes y nos contaron sus aventurillas en el trabajo.

Brian y Pear se habían licenciado en Informática y Económicas, respectivamente, y llevaban varios años trabajando en un par de

multinacionales que los tenían explotados. Marco era ingeniero y andaba metido en un proyecto importante para una gran empresa de Edimburgo. Olivia trabajaba como ayudante de editor en una editorial y Moira era enfermera en el Servicio Nacional de Sanidad.

A todos les iba bien, al menos en lo que se refería a trabajo. Sentimentalmente hablando... había de todo.

Pear llevaba más de tres años dando tumbos entre compañeros de facultad y compañeros de trabajo. La relación con mi hermano era... regular. Al principio de la ruptura, no podían estar en la misma habitación (sobre todo, Pear), pero pasó el tiempo y la cosa acabó mejorando. Se comportaban como un viejo matrimonio, siempre metiéndose el uno con el otro, pero se les veía cómodos dentro de su incómoda relación.

Adam seguía igual que siempre, picando aquí y allá, pero nada serio. No sabía comprometerse con nadie. Era un alma libre.

Moira y Harry llevaban siete años juntos. Era la relación más estable del grupo. Ni una sola crisis había pasado la parejita. Todo un logro.

Brian y Marco habían tenido sus historias, pero nada que hubiera perdurado, y permanecían ambos solteros, aunque Marco llevaba una par de meses quedando con una chica que había conocido en el gimnasio y parecía que la cosa empezaba a ir en serio. Todavía no la conocíamos y estábamos deseando hacerlo. Todos los días que quedábamos, intentábamos persuadirlo para que la trajera un jueves, y creo que ya lo teníamos casi convencido.

Olivia y el profesor buenorro eran supernovios. A aquel beso en la pista de hielo le siguió otro y otro, y, semanas después, formalizaron la relación. Al resto aún se nos hacía rarísimo ir de fiesta con nuestro antiguo profesor de Matemáticas. Infundía tanto... respeto. No me acababa de acostumbrar a jugar a beber rondas de chupitos sin manos con él. Siempre tenía la sensación de que me castigaría contra la pared.

Y Oliver... ay, Oliver. Solo con nombrarlo en mis pensamientos, el muro que había construido a mi alrededor se reforzaba. Ni eso me permitía. No podía. No había vuelto a sus andadas de antes de nuestra «relación» y no se acostaba con medio país, o, al menos, si lo hacía, yo no me enteraba. Y, bueno, hiciera lo que hiciera, no era asunto mío. Volvíamos a ser mejores amigos y eso era lo importante, ¿no?

Nos pusimos al día, tomamos un par de rondas más y nos despedimos hasta el próximo día.

Todos los jueves dormía en mi casa. Aprovechaba que estaba con Adam y

nos íbamos juntos al nido. Adam aún vivía con nosotros. Cuando llegábamos a casa, mi padre siempre nos esperaba para cenar. En la cena, me preguntaba por Will y me dejaba caer que pasaba demasiado tiempo en su casa. Adam siempre le daba la razón.

«¿Les cuento ahora que me ha pedido que viva con él?».

—¿Y qué tal está el *simpático* de tu novio? —me preguntó Adam con profundo desinterés. Su relación no había mejorado en los últimos años. Apenas se hablaban y pocas veces coincidíamos todos juntos. Sabía que se evitaban a propósito.

—Bien, Adam —respondí, escueta.

Mejor esperaba a otra ocasión para contarles la posibilidad de mi futuro traslado.

El viaje a África

Me había levantado temprano para ir a la biblioteca a estudiar antes de que comenzasen las clases, y Will había querido acompañarme antes de irse a trabajar. Había quedado allí con Oliver y Adam. Aparcamos lejos, porque el tráfico era terrible esa mañana, y fuimos dando un paseo. Hacía un día agradable. No llovía, y la temperatura era alta para ser tan temprano. Se notaba que había llegado la primavera. Y que la sangre altera...

—A la tarde, han quedado los chicos del despacho para tomar unas cervezas después del curro. Vienen con las novias, ¿te apuntas? —me preguntó Will, risueño.

—Will, hoy es jueves. —Siempre me proponía planes los jueves. Empezaba a dudar de que fuera casualidad.

—Joder, es verdad. Otra vez es jueves. —Para él, parecía una desgracia, pero para mí era una alegría. Me gustaban los jueves—. ¿Y no puedes cancelar los planes con tus amigos? Aunque solo sea por hoy. —Nos paramos en mitad de la calle—. Sara, los ves todas las putas semanas.

—Hoy no puedo cancelar, Will. —Reanudé la marcha.

—Nunca puedes cancelar —se quejó mi novio.

—Moira nos ha dicho que tiene algo importante que decirnos. —Nos había mandado la noche anterior un mensaje al chat del grupo donde nos decía que tenía una noticia que darnos. Y Moira no era muy de noticias. Su vida no solía alterarse a menudo. Ojalá pudiera decir lo mismo de la mía.

—Ya. Siempre hay algo.

Ignoré su cabreo y seguí paseando tranquila, agarrada a su mano.

—¿Te has pensado lo de vivir juntos?

Y dale. Pues no. Andaba liada con los exámenes y no quería plantearme nada.

—Will, no insistas, te pedí tiempo.

—Ha pasado una semana.

—Una semana no es tiempo suficiente. —Nos paramos de nuevo en mitad de la calle—. Es una decisión muy importante. Tengo que pensarlo bien. Y, además, está Adam.

—Sara, primero —Will me pasó las manos por la cintura y me acercó a él

—, llevamos más de tres años juntos y segundo, ¿no crees que *ese* ya es mayorcito para vivir por su cuenta? —No me gustó nada cómo sonó su «ese». Lo había dicho de manera despectiva. Sabía que Will y Adam no se llevaban bien, pero no me gustaba nada cuando se despreciaban el uno al otro. Eran dos de las personas más importantes de mi vida. Joder, ¿algún día se llevarían bien, aunque solo fuera un poquito?

—*Ese*, como tú dices, es mi mejor amigo. —Me solté de su agarre y seguí caminando hacia la biblioteca dejando a mi novio atrás—. Es mi hermano —sentencié, mirando hacia atrás por encima de mi hombro.

Will me alcanzó en dos pasos y me cogió de la mano para seguir caminando juntos.

—No lo es, Sara. Tus hermanos son Alex, Daniel y Kate. No hay ningún Adam. Y no puede vivir debajo de tus faldas toda la puta vida.

Vale, esa conversación empezaba a irse por otros derroteros. ¿Cómo habíamos empezado hablando de vivir juntos y acabado discutiendo por Adam? Siempre discutíamos por Adam, y por Oliver, dicho sea de paso. Un porcentaje muy alto de mis discusiones con Will era por ellos. Y la mayoría de veces cedía, porque no quería que se sintiera inseguro por mis dos mejores amigos. Y ellos sabían que cedía, pero no se enfadaban, ya no. Lo tenían asumido. Aun así, era agotador, era como estar todo el día en pie de guerra.

—No vive debajo de mis faldas. Vive conmigo —le contesté, cortante. Will supo que había cruzado el límite porque enseguida cambió de expresión y me abrazó por detrás para hacerme arrumacos.

—Dile que se venga a vivir con nosotros.

Y ahora bromeaba, ¿quién narices entiende a los tíos?

—Muy gracioso.

—No discutamos por eso, ¿de acuerdo? —Me dio un beso en los labios y me cogió de la mano para arrastrarme por la calle.

Llegamos a la biblioteca diez minutos después. Mis amigos me esperaban en la puerta. Debían de estar hablando de algo muy gracioso porque se reían con bastante escándalo. Podía ver los hoyuelos de Oliver desde dos metros de distancia. Sí, desde tan lejos. Apenas llegamos a su posición, empezó la guerra.

—Míralos qué monos de la manita y todo. ¿Es para que no se te escape, Von Kleist?

«Joder, Adam, cómo te pasas». Lo fulminé con la mirada. No era la mejor mañana para tocarle las narices a Will.

—No lo sé, dímelo tú, que sigues pegado a su culo desde los nueve años.
Fulminé con la mirada a Will.

—Tocapelotas —susurró Oliver, lo suficientemente alto como para que lo escuchásemos.

Fulminé con la mirada a Oliver.

—Y qué a gusto estoy, coño —contestó Adam, risueño.

Me había cansado de fulminar con la mirada a las personas que me rodeaban. Esa mañana habían debido de desayunar todos sarcasmo. «Pues que les aproveche».

—Me voy a estudiar. —Iba a meterme en la biblioteca sin mirar atrás, pero Will me sujetó de la muñeca con suavidad.

—Bien. Te veo mañana. —Se acercó a darme un beso con lengua muy poco apropiado para el lugar en el que estábamos. Joder, ¡que incluso me inclinó la espalda!

—Hasta otra, pareja —se despidió de mis amigos, guiñándoles un ojo. Se marchó satisfecho, muy satisfecho, porque, al parecer, había ganado el concurso de meadas.

Me metí en la biblioteca y mis amigos me siguieron. Escogimos el mismo sitio de siempre y empezamos a esparcir nuestras cosas por la amplia mesa.

—¿Qué le has hecho a tu novio esta mañana? —me preguntó Adam con guasa—. ¿O se ha levantado con el pie izquierdo? No suele replicarme.

Me senté y abrí el libro por la última página donde me había quedado el día anterior.

—Hemos discutido.

—¡Nooo! —Adam se llevó la mano al pecho con fingida preocupación, y Oliver se rio entre dientes—. ¿Problemas en el paraíso?

—Mmm.

—¿Lo vais a dejar?

Levanté la cabeza del libro.

—¿Qué? Claro que no.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Oliver.

—Luego os lo cuento. Ahora no me apetece hablar de ello. —Nos concentramos en los apuntes y no volvimos a tocar el tema.

Después de un duro día de estudio y de clases, a media tarde dimos por finalizada la tortura y nos dirigimos al pub de los jueves. Me sentía intrigada por lo que nos tenía que contar Moira. Pear llevaba todo el día interrogándome sobre el asunto, pero le había dicho trocientas veces que

no sabía nada. Habíamos especulado un poquito. Debía de ser algo importante. Jugamos con todas las posibilidades y nos decantamos por las dos más probables: o iba a cambiar de trabajo o se iba a algún país subdesarrollado a hacer labores humanitarias.

De camino al pub, nos cruzamos con mi hermano Daniel por la calle. Iba hablando por teléfono y nos dijo que esperásemos con la mano mientras colgaba.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó Adam.

—He quedado en —miró el reloj— veinte minutos cerca de aquí.

—¿Con quién? —le pregunté, interesada.

—Con una chica —me dijo, levantando los ojos de manera sugerente.

—¿Con qué chica? —insistí. Más por curiosidad que otra cosa. Bueno, sí, vale. Y para contárselo luego a Pear.

—Buen intento, hermanita.

—Vente con nosotros al pub mientras esperas. Moira tiene que darnos una noticia —lo invitó Adam. Mi hermano puso cara de «¿en serio?». Como le picaba la curiosidad, decidió acompañarnos.

Cuando entramos en el pub, nuestros amigos ya nos esperaban, como de costumbre. Novedad: había venido Harry, el novio de Moira. Pues sí que debía de ser una noticia importante, Harry no solía quedar demasiado con nosotros. Es muy majo y le caemos bien, pero no es de nuestro estilo.

En cuanto Pear vio aparecer a mi hermano con nosotros, se acercó a saludarlo. Bueno, saludarlo es una forma de hablar.

—¿Habéis venido recogiendo vagabundos de la calle? —Mi hermano pasó de ella y se acercó a la mesa a saludar a mis amigos. Pear ignoró el pasotismo de mi hermano y vino a susurrarme al oído—. Ha venido Harry. Fijo que se van los dos a África tipo «médicos sin fronteras en pareja».

—Pero si Harry es contable, ¿qué va a hacer allí?

—¡Yo qué sé! Ahora nos lo explicarán.

Nos acercamos las dos al grupo y vimos que había dos sillas libres al lado de mi hermano. Me senté en medio de los dos para que corriera el aire. Cuando estábamos todos sentados, Moira y Harry se levantaron.

—Hola a todos. Tenemos que daros una noticia. Es un proyecto común, por eso le he pedido a Harry que me acompañara —nos explicó Moira.

—¿Ves cómo se van juntos a África? —me dijo mi amiga al oído.

—Venga, Moira, suéltalo ya —le gritó Brian.

Nuestra amiga nos mostró su mano. Una mano, que en uno de sus dedos,

llevaba un anillo con un diamante bastante grande.

—¡Chicos! ¡¡¡Nos casamos!!!

¿Quééé? ¿Se casaban? ¡Pero si todavía estábamos en la universidad! La gente no se casa mientras está en la universidad. Oh, madre mía, a no ser que...

—¿Estás embarazada? —preguntamos Daniel y yo al unísono. Olivia, que se había levantado a darles dos besos, se quedó parada a medio camino.

Alguien me dio una patada por debajo de la mesa. «¡Ay, qué daño!». Había sido Oliver, fijo. Lo miré para confirmarlo y su cara de «Sara, no seas impertinente» me lo confirmó.

—¡No! Claro que no estoy embarazada —nos contestó Moira a mi hermano y a mí.

—Entonces, ¿no os vais a África? —les preguntó Pear.

—¿A África? —preguntó Harry, confundido.

—¿Y por qué te casas a los veinticuatro? —Recibí otra patada de Oliver por la pregunta.

—No me caso a los veinticuatro, la boda es dentro de más de un año.

—Pero si todavía estamos en la universidad. —Apunté con la mirada a Oliver: «Como se te ocurra darme otra patada, te capó, rubiales».

—*Estáis* en la universidad —apuntó nuestra amiga—, yo me licencié hace dos años y tengo un trabajo estable, y Harry también.

«Coño, es verdad». A veces se me hacía raro estar en momentos diferentes de nuestra vida. Siempre habíamos ido todos de la mano.

—Cierto —afirmé.

—¡Felicidades, chicos! —Olivia por fin les dio un beso a cada uno y los abrazó. Y fue la señal para que todos los demás nos levantásemos de nuestros sitios y nos acercásemos a felicitarlos con más besos y abrazos.

Nos contaron felices todos sus planes y, una vez pasado el *shock* inicial (es que joder, de irse a África a casarse hay un mundo), todos nos entusiasamos con la idea y prometimos a Moira ayudarla con todo lo que necesitase. ¡La primera boda de la pandilla!

—Bien, yo me largo —nos comunicó mi hermano, entre abrazo y felicitación.

—Sí, huye antes de que se te peque algo. —Pear simuló una cruz con los dos dedos índices, como si se estuviera protegiendo de algún mal superior—. ¡Relación amorosa! ¡Relación amorosa!

—Madura, Pear.

—Adiós, señor Maduro.

Mi hermano le sacó el dedo corazón y salió del bar. Y así toodos los días.

Nos quedamos un rato largo bebiendo cervezas y picando frutos secos. Harry y Moira nos hicieron partícipes de todos los avances que habían hecho respecto a la boda. Mientras todos parloteaban, Oliver se sentó a mi lado, en la silla que había dejado Daniel vacía.

—Ni una patada más —le advertí—, sé que has sido tú.

—Alguien tenía que frenarte —se acercó a mi oído—, ¿cómo se te ocurre pensar que estaba embarazada?

—Como que tú no lo has pensado...

—Claro que no —me dijo, conteniendo una sonrisa—. Por cierto, ¿por qué habéis discutido Will y tú esta mañana? Al final no nos lo has contado.

No se le escapaba una al rubiales. Supuse que había llegado el momento de contarlo. No sabía por qué estaba nerviosa. Solo era una sugerencia, no había aceptado todavía.

—¿Qué cuchicheáis vosotros dos? —nos preguntó Marco. Si es que en ese grupo no se podía tener secretos.

—Will me ha preguntado si quiero irme a vivir con él.

Un segundo después de soltar la bomba, las preguntas se sucedieron. Miré a Oliver, que me observaba con los ojos asombrados.

—¿Y vas a hacerlo? —me preguntó Olivia.

Oliver continuaba observándome con atención y... ¿por qué no podía apartar la mirada de sus ojos verdes?

—No, no lo creo —dije, mirándolo solo a él.

—¿Por qué no? —me preguntó alguien. Y era una buena pregunta. «¿Por qué no, Sara?».

—Porque no sé si quiero —me sinceré, aparté la mirada del rubio y me dirigí a todos mis amigos—. Creo que todavía no estamos en ese punto. Estoy feliz viviendo en mi casa, con mi familia —miré a Adam de reojo, todavía no había dicho nada—, de vez en cuando voy a la suya a pasar la noche y, bueno... yo estoy bien así. ¿Por qué no podemos quedarnos como estamos?

—Tendréis que avanzar, Sara —me dijo Moira.

—Todavía estoy en la universidad —continué explicando. O poniendo excusas.

—Te gradúas en un par de meses —apuntó Brian.

—Sí, eso dice Will. Aun así, es muy precipitado, yo no tengo prisa.

Somos muy jóvenes. —Más excusas.

—Moira se casa en poco más de un año —me recordó Olivia.

—Pero yo no soy Moira. No llevo toda la vida con mi novio.

—¡Joder que no, Sara! —añadió Marco—. ¡Si lleváis juntos desde los catorce años!

—Hemos tenido saltos. Saltos importantes que nos han distanciado. — Sentí la mirada de Oliver encima de mí.

—Solo os separasteis mientras estuviste en Estados Unidos y alguna peleílla que otra.

La mayoría de mis amigos insistieron en que no era una idea tan descabellada lo que me proponía Will. No para que lo hiciera ya mismo, pero sí a medio plazo. Era el siguiente paso en nuestra relación. Desconocían mi historia verdadera... creían que siempre había estado enamorada de Will. Sabían que Oliver y yo nos habíamos liado en el último curso del *Crowden*, pero ni se imaginaban todo lo que había detrás de eso.

Por suerte para mí, cuando más incómoda me resultaba la conversación, Adam zanjó el asunto.

—Sara, no quieres hacerlo —afirmó.

—No.

—Pues, entonces, no hay nada más que hablar. No lo hagas.

Lanzó el golpe de gracia para acabar con la tensión que había en el ambiente.

—Si quieres, se lo digo yo a Von Kleist —se ofreció, animado.

—Idiota.

Enseñando a los pequeños

Había quedado temprano con Oliver para ir juntos a la facultad. El día anterior, por la noche, me había llamado por teléfono para explicarme que antes de ir a clase quería enseñarme «una cosa» que había hecho. «Una cosa». No había dicho más. Sí que es verdad que llevaba los últimos tiempos ocupado con *algo*... quizá tuviera algo que ver. Adam no quiso venir, llevaba demasiados madrugones seguidos (como últimamente estaba muy vago, lo habíamos obligado a correr todas las mañanas sin excepción) y se había quedado un rato más en la cama.

Aparqué mi coche enfrente de su casa y apagué el motor. Miré alrededor y no vi ni rastro de mi amigo. Abrí uno de los bolsillos de mi mochila, que descansaba sobre el asiento del copiloto, y saqué el móvil del interior. Apoyé la espalda contra el respaldo del asiento y le mandé un mensaje.

Sara: ¿Estás listo? Ya he llegado. Te espero en el coche. Estoy justo enfrente.

Oliver: No, mi madre me ha liado. Me quedan 5 minutos. Ven a casa.

Sara: Ok, voy.

Devolví el móvil al fondo de la mochila y salí del coche. Crucé corriendo la carretera y llamé al timbre de los Aston con energía matutina. Me recibió Laura con los brazos abiertos.

—Pasa, cariño. —Me adentré en el interior—. ¿Has desayunado?

—Sí, he desayunado en casa. —Le trajo sin cuidado porque enseguida me plantó las tortitas con chocolate delante. ¡Cómo sabe lo que me gustan!

—¡Oliver! —La escuché gritar hacia las escaleras—. Sara está aquí.

—¡*Ya voy!* —gritó en respuesta el aludido.

—¿Has leído el libro que te recomendé? —me preguntó la madre de mi amigo, mientras se sentaba a mi lado en la mesa del comedor.

Le contesté afirmativamente y entramos en un entretenido debate sobre la trama y el desenlace del libro. A ella no le convencía el trágico final, pero, en

mi opinión, ningún otro hubiera estado a la altura. Era lo que pedía la historia. Laura y yo somos amantes de la lectura y siempre nos recomendamos libros la una a la otra. Me comí las tortitas a gusto, y Oliver seguía sin aparecer. ¡Qué chaval!

—Voy a buscarlo —dije, mirando el reloj y levantándome de la mesa—, al final no llegamos a clase, y primero quiere enseñarme «algo» que ha hecho. Por cierto, ¿tú sabes lo que es?

—¿Que si yo sé algo sobre los tejemanajes que se trae mi hijo pequeño? —me preguntó, divertida—. ¡Qué cosas tienes, cariño!

Sonreí, dándole la razón, y me dirigí a las escaleras para subir a la planta de arriba. Uff, me costaba un montón subirlas, me pesaba el estómago. Demasiadas tortitas. Llegué exhausta al pasillo (mi energía matutina era cosa del pasado) y seguí caminando hacia el fondo, que es donde se ubica la habitación de Oliver. Cuando entré, me choqué con una pared de hormigón. Una pared de hormigón con el pecho al descubierto y que, además, olía de maravilla. Miré embobada hacia sus abdominales perfectos y me obligué a decirle algo.

—¿Todavía estás así? —«Coño, Sara, pero no se lo digas a los abdominales. ¡Díselo a la cara!».

—¡Ya voy! ¡Cinco minutos! —me dijo y salió apresurado, directo al baño.

Cinco minutos me había dicho desde que había llegado a su casa y me había dado tiempo hasta de hincharme a tortitas. ¡Demonios con los cinco minutos!

Entré en su habitación a esperarlo y así, de paso, a meterle presión. Observé las cuatro paredes del dormitorio con atención. En los tres últimos años había parado poco por aquella casa; alguna que otra cena con los Aston y mis sesiones de lectura con Laura, pero siempre me quedaba en el salón. Y ni un solo día me había quedado a dormir. No había estado en aquella habitación desde el horrible día en el que Oliver me dejó. Moví la cabeza para quitarme esos amargos recuerdos de mi mente y me entretuve curioseando las cosas de Oliver.

Era una habitación bastante grande, decorada en tonos blancos y azules marino, con una cama de matrimonio en el centro y una gran mesa de estudio a la izquierda, llena de libros y papeles. A la derecha, tenía el armario, que permanecía abierto y con ropa desordenada por todas las baldas y, al lado de la ventana, descansaba el telescopio. En una de las paredes había una foto

mía, llevaba años ahí. Nos la sacó Adam en el *Crowden* mientras yo hacía unas piruetas patinando y Oliver se ponía de rodillas sobre el hielo con su cámara de fotos para coger un primer plano.

Seguí paseando la mirada por las paredes (llenas de diferentes láminas del Universo) y por encima de la cama, donde tenía varias estanterías con un montón de libros y algún adorno que otro.

Me acerqué a las baldas porque algo me llamó la atención. Me quité los zapatos y me subí a la cama. Cogí el objeto con las manos. Era una bola de nieve pequeña; albergaba en su interior a tres personas patinando en una pista de hielo. Era la bola de nieve que les regalé unas navidades. Nuestras primeras navidades los tres solos en Estados Unidos. Las compré poco después de pasar la Nochebuena patinando en el Rockefeller Center, cuando Oliver consiguió que lo abrieran solo para nosotros. Compré dos, una para él y otra para Adam. Las vi en un escaparate y no pude resistirme.

Oliver la había guardado todo ese tiempo. Y, por lo que podía ver por las estanterías, también un montón de fotos nuestras; en algunas sonriendo, en otras posando descaradamente. Oh, y la pulsera de la amistad que nos regalamos en Malibú, la tenía enganchada en uno de los barrotes del cabecero de la cama. La rocé con los dedos y recordé haber tirado la mía a la basura. Siempre me arrepiento de las decisiones que tomo en caliente, pero sigo haciéndolo. No puedo remediarlo. Es parte de mí.

—Ya estoy.

Me giré y vi a Oliver apoyado en el marco de la puerta de su habitación. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, desde luego no tenía pinta de que acabase de llegar. Solo esperaba que desde su posición no escuchase los fuertes latidos de mi corazón.

—Todavía la conservas —carraspeé y le mostré la bola de nieve.

—Sí.

—A Adam le duró dos días. —Recordé que la rompió en Estados Unidos sin querer. No llegó viva a Edimburgo. Siempre que recordaba aquella época me embargaba un gran anhelo. Suspiré.

—Ya, como todo —me contestó con su sonrisa de medio lado—. ¿Vamos?

—Sí. —Dejé la bola de nieve en su sitio y me bajé de la cama. Me puse los zapatos y salimos juntos de la habitación.

Nos despedimos de Laura y salimos de casa. En el viaje en coche, intenté sonsacar a Oliver información sobre qué era eso que quería enseñarme, pero

no soltó prenda. «Paciencia», me pidió. ¡Qué fácil es decirlo!

Llegamos a la facultad de Astrofísica. Recorrimos los largos pasillos hasta que llegamos a una puerta cerrada. Nos paramos y quedamos frente a frente.

—El mes pasado me llamó uno de mis profesores —comenzó a explicarme—, la Universidad va a ofrecer en las próximas semanas unos seminarios sobre el Universo para diversos colegios del país. La idea es mostrar a los futuros estudiantes universitarios el maravilloso mundo de la Astrofísica.

—¿*Maravilloso mundo*? ¿Esas fueron las palabras de tu profesor?

—No, eso es cosecha mía —reconoció, sonriendo.

Lo sabía.

—Una gran iniciativa —pensé en voz alta.

—Opino lo mismo —me dijo—. El decano de la facultad me preguntó si, en esas sesiones, podía enseñar a los estudiantes más jóvenes por qué creo que el cielo que nos cubre es tan increíble. ¿Quieres que te lo enseñe? —me preguntó, con los ojos brillantes.

—¡Claro que sí!

—Tápate los ojos.

Oliver se colocó detrás de mí y me puso las manos en los ojos para que no pudiera ver nada. No se fiaba. Sus manos olían a jabón.

—¿Ves algo?

—No.

—¿Seguro?

—Que sí, pesado —le respondí, con voz cansina.

—Vale. Entramos. Espera —detuvimos el pequeño avance que habíamos hecho—, entro un segundo a conectar y encender las luces. —Se separó de mí y escuché cómo abría la puerta. No abrí los ojos. No quería estropearle la sorpresa.

Cuando regresó, continuó tapándome los ojos con una de sus manos y, con la otra, me sujetó por la cintura para guiarme por el camino. Caminamos muy despacio por la habitación, como si estuviéramos sorteando obstáculos, hasta que nos detuvimos.

—Ya estás en la posición exacta —me susurró al oído—. Voy a destaparte los ojos, ¿preparada?

—Preparada. —Y nerviosa. No tenía ni idea de lo que había preparado Oliver.

Apartó la mano de mis ojos y los abrí. Y, ¡oh, madre mía! Solté un grito

ahogado a la vez que me tapé la boca con las manos de la impresión por lo que veían mis ojos. Era nuestro sistema solar a pequeña escala. Y creo que jamás voy a encontrar las palabras exactas para describirlo.

La habitación permanecía a oscuras y la poca luz que había provenía de la iluminación que emitían las estrellas, los planetas y los asteroides. Había vaciado el aula por completo y, ahora, en el centro, había una gran bola de color fuego que representaba al Sol. Me acerqué con cuidado para rozarlo con mis dedos; parecía que todos los objetos flotaban en el aire, pero, si te fijabas con atención, colgaban de un hilo muy fino, casi invisible.

—¿Qué es esto?

—Hilo de seda —me explicó cerca de mi oído—, aguanta bastante peso. De todas formas, los planetas y los asteroides por dentro están huecos.

Cerca del Sol, se encontraban Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Cada uno en el lugar que le correspondía y todos ellos perfectamente representados. Color, forma, tamaño... Eran perfectos.

Mercurio, pequeñito y lleno de cráteres.

Venus, brillante.

La Tierra, con luces que pretendían mostrar dónde se asentaba la mayor parte de la civilización.

Marte, rojo y con muchísimos volcanes.

Enormes bolas representaban a Júpiter con sus lunas, Saturno (mi favorito) y sus anillos, Urano inclinado y Neptuno de un color azulado precioso.

También estaba Plutón y el resto de planetas enanos. Entre las órbitas de Marte y Júpiter, se concentraban la mayoría de los asteroides y había varios cometas y cientos de estrellas que formaban algunas de las constelaciones más famosas. Las estrellas se parecían a las típicas luces que se colocan en el árbol de navidad, pero eran más pequeñas y redondas.

Oliver caminaba por la sala como si fuese el dueño del lugar. Porque ahí se sentía cómodo. Entre planetas y estrellas. Más cómodo que cuando se movía entre personas reales de carne y hueso. Pero menos cómodo que conmigo. Se colocó detrás de mí y puso su rostro a la altura del mío. Con una mano me rodeó la cintura y con la otra sujetó mi mano y apuntó con nuestros dedos unidos hacia varias estrellas.

—¿Las ves? —me susurró al oído, deliciosamente suave.

—Sí. —Eran las constelaciones de Leo y Virgo que rodeaban a Saturno.

—¿Qué ves? —me preguntó, sonriendo en mi oído.

—Leo —moví nuestros dedos para apuntar a la constelación de Leo— y Virgo. —Le mostré la constelación de Virgo.

—Mmm, muy bien, ojitos azules. Ya veo que me escuchabas.

—Solo de vez en cuando.

—Ya no puedes engañarme, nena.

—Olly, esto es increíble. —Seguía sin encontrar las palabras que harían justicia a lo que veía—. Es precioso. —Realmente es una de las cosas más hermosas que he visto en mi vida. Tenía ganas de llorar, de llorar de emoción, porque todo aquello era Oliver.

—Se me ha ocurrido que es una manera bastante visual de enseñarles a los niños a amar el Universo —me dijo, con voz ronca.

—Sin duda, lo harán. Lo amarán.

¿Cómo no hacerlo? Una raja amenazó con resquebrajar mi muro de protección. Pero no lo permití. No podía hacerlo.

—¿Cuándo has organizado todo esto?

—Por las noches. Llevo todo el mes viniendo aquí después de cenar. —No tenía ni idea de las escapadas nocturnas de mi amigo—. Como tampoco duermo demasiado, mejor aquí que en casa sin hacer nada.

—¿Lo has hecho tú solo? —le pregunté, alucinada. ¿Y por qué todavía estábamos tan juntos?

—No, conseguí engañar a varios alumnos de primero. Lo acabamos ayer.

—¿Lo han visto los ponentes de las sesiones? —Me giré y me quedé mirándolo a la cara.

—No, tú eres la primera. —Acerqué las manos a su cuello y le coloqué bien los cuellos de la camisa—. Bueno, sin contar a los pobres sufridores de primero.

—¿Cuándo tienes la ponencia?

—La semana que viene.

—Tienes que colarme.

—No creo que pueda.

—Déjame tus gafas de intelectual y me haré pasar por estudiante de Astrofísica.

—Graciosilla. —Me cogió de la mano y atravesamos con cuidado el sistema solar de vuelta hacia la salida—. Haré lo que pueda, pero no prometo nada.

Abandonamos la sala y llegamos a clase dos horas tarde. Le expliqué a Adam lo que había visto, y Oliver prometió enseñárselo en algún momento

antes de la exposición a los niños.

—Sara, ¿mañana vienes al ensayo? —me preguntó Adam entre clase y clase.

—Sí. —Los chicos llevaban años ensayando con su grupo de música, me atrevo a decir que incluso tenían temas buenos, muy buenos, pero se lo tomaban como algo secundario, algo con lo que pasar el rato juntos y divertirse. La semana anterior le había comentado a Adam que un día me pasaría a verlos.

—Hace mucho tiempo que no vienes a vernos.

—Sí —hice memoria—, un par de meses.

—Un par de meses, o siete meses, más bien.

—¿Tanto ha pasado?

—Sí.

—¿Los has contado?

—Pues sí.

La discusión

Al día siguiente, caminaba por los pasillos de la facultad junto a Oliver y Adam hacia la cafetería. Era la hora de comer e íbamos a aprovechar para tomarnos un pequeño descanso. Will me había llamado por teléfono para avisarme de que venía a hacerme una visita rápida.

Me ajusté el pañuelo al cuello y entrecerré los ojos por el frío. Hacía mal día, habían bajado las temperaturas y el cielo estaba lleno de nubarrones. Al entrar en la cafetería, enseguida me sobró toda la ropa.

Will había llegado. Nos acercamos a su mesa y nos sentamos los cuatro juntos. Esperaba que no acabásemos discutiendo. Sabía que las posibilidades eran escasas, pero nunca había que perder la esperanza. Me acerqué a la barra con mi novio y pedimos las bebidas y varios sándwiches para comer. De vuelta a la mesa, la conversación transcurrió sin incidentes hasta que...

—¡*Totó!* ¿Estás preparada para una intensa sesión de *rock and roll*? —me preguntó Adam.

—Nací preparada para el *rock and roll* —le contesté, guiñándole el ojo.

—¡Esa es mi chica! —Adam le dio un mordisco a su sándwich y me devolvió el guiño.

—¿De qué habláis? —se interesó Will, poniendo los codos encima de la mesa.

—Esta tarde voy a pasarme por el ensayo de los chicos. Hace tiempo que no voy. —Adam afirmó con la cabeza, dándome la razón.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Pero hoy no es jueves.

Los tres levantamos la vista de nuestro sándwich y lo miramos con guasa por el comentario. No, no era jueves.

—Buena apreciación —añadió Oliver socarrón—. De hecho, hoy es miércoles.

—Tenía pensada una noche especial de cena y cine —me dijo, ignorando el comentario de Oliver—. Sé que los jueves no puedo hacer planes contigo porque es el día que pasas con tus *amigos* —retintín en la palabra «amigos»—, pero, repito, hoy no es jueves. —Ah, vale. En ese instante

entendí el comentario del jueves.

—Podéis ir mañana —replicó Adam, con un tono que no presagiaba nada bueno.

—Podríamos —mi novio chasqueó la lengua—, pero resulta que la película que quiero ver la quitan ya de la cartelera.

—No, mañana tampoco podéis ir. —Oliver puso cara de disculpa, pero lo dijo con sorna—. Es jueves.

El rostro de Will no presagiaba nada bueno.

—Vaya. ¡Qué casualidad! —dije yo, intentando destensar el ambiente. Después de todo, sí íbamos a acabar discutiendo.

—Puedes ir cualquier otro día a ver a los chicos tocar. —Will siguió insistiendo en cancelar mis planes con aire despreocupado—. Pero la peli la quitan hoy. —Ahí lo dejó caer.

Eché una mirada a Adam para ver su reacción. Hervía de la rabia. «Mierda, ¿qué hago?».

—Tienes razón. Puedo ir cualquier día a ver a los chicos. —Acabé cediendo porque las últimas veces que Will me había propuesto algo siempre le había dicho que no por ser jueves. Y era cierto que al ensayo podía ir cualquier día.

—De puta madre. Sara, ¿podemos hablar un momento? —Adam tiró lo que le quedaba de sándwich al plato de malas maneras y se levantó de la mesa.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Hice una mueca hacia Oliver y Will. ¿Íbamos a dejarlos solos? ¿A esos dos? Oliver vio mi duda y me lanzó con los ojos un clarísimo «tranquila, me comportaré en tu ausencia».

Bien. Adam me hizo un gesto para que saliésemos de la cafetería. Fuimos andando despacio, alejándonos cada vez más, hasta que nos encontramos a una distancia prudencial, donde no podían escuchar lo que hablábamos. Sabía que Adam estaba enfadado por lo del ensayo de esa noche y que me caería la bronca del siglo por cancelarlo, pero pensé que tampoco era para tanto. Will tenía razón. «Puedo ir cualquier otro día a verlos». Y la película era esa tarde o nunca.

—¿Qué pasa, Adam? —le dije, impaciente.

—¿Que qué pasa? —Estaba más enfadado de lo que yo creía—. Pasa que habíamos quedado. Tú y yo, Sara. Eso pasa.

—Adam, podemos quedar otro día.

—¡No se trata de eso! Habíamos quedado, Sara. Otro día no, hoy. ¡Hace siglos que no vienes a vernos a los ensayos!

Miré alrededor, por si alguien nos estuviera observando. El campus estaba lleno de alumnos y estábamos dando un buen espectáculo.

—Adam, no te pongas así.

—¡Me pongo como me sale de los cojones, joder! Antes no te perdías ningún ensayo.

—¿Antes de que?

—Antes de Will 2.0.

¿Perdona?

—¿Will 2.0? ¿Qué coño significa eso?

—Es la forma en la que distinguimos tu relación con Will antes de Estados Unidos y después de Estados Unidos.

—¿La forma en la que la distinguís quiénes, Adam?

Estaba alucinando.

—¡Qué más da! Estamos hablando de que nos acabas de dejar tirados a causa de tu novio. Otra vez —recalcó.

No quería hablar de Will con Adam porque sabía que le tenía muchas ganas. Estaba cansada de discutir siempre por lo mismo. Discutía con Will por Adam, discutía con Adam por Will. Joder. Bueno, al menos con Oliver no discutía. Absolutamente de nada. No estaba segura de si eso era bueno o malo. Me froté los ojos con los dedos y volví a mi conversación con Adam.

—Adam, te prometo que el próximo día sí voy a ir.

—No quiero que me prometas nada. ¿Sabes qué? Haz lo que te dé la puta gana. O mejor, haz lo que le dé la puta gana al gilipollas de tu novio, como siempre haces.

—Adam.

—¡Ni Adam ni mierdas! —Respiró hondo e intentó calmarse—. No te reconozco, Sara. Te juro que no te reconozco.

Comenzó a andar alejándose de mí. Seguí sus pasos hasta que llegamos a un aula vacía. Me cogió del brazo, me metió dentro y cerró de un portazo.

—Adam, no quiero discutir.

—¡Pues yo sí! ¡Llevo tres putos años callado y no puedo más!

—¿De qué hablas?

—De ti, Sara. De que esa puta relación que llevas con tu novio te ha anulado. ¿Acaso no lo ves? —Levantó las manos en señal de frustración—.

Siempre haces lo que él quiere, vais a donde él quiere, comes y vistes como él quiere. ¿Y qué pasa contigo? ¿Es que no tienes personalidad? Tú no eres mi Sara. No la Sara que conocí a los nueve años, ni la Sara con quien crecí ni la Sara con la que he vivido los mejores y peores momentos de mi vida. Te he visto discutir con gente por el simple hecho de querer llevar la contraria cuando no tenías razón y te he visto enfadarte por chorradas porque eras una puta niña mimada. Y la echo de menos, porque esa eras tú, con tus defectos y tus virtudes. Con tu genio y orgullo. —Adam se sentó en una de las sillas del aula y escondió la cabeza en las rodillas—. Ya no sé quién eres, Sara. Te juro que no lo sé.

—Adam. —Me puse de cuclillas a su lado y me apoyé en sus piernas—. Claro que no soy la misma. No puedo serlo. Porque ahora no soy solo yo. Tengo una pareja, y las parejas toman juntos las decisiones, no va cada uno por su lado.

—¿Juntos? No, Sara. En vuestro caso las decisiones las toma él. ¿Tan ciega estás que no lo ves? ¿O no quieres verlo? Teniendo en cuenta que tonta no eres, me inclino más por la segunda opción.

—Estoy intentando que mi relación con Will funcione, Adam. Llevo tres años luchando para que funcione.

—¿A costa de qué?

—A costa de nada. No puedo estar todo el día con vosotros porque hay alguien más en mi vida. Tienes que aceptarlo. No somos solo nosotros tres contra el mundo, Adam. Will es importante para mí, quizá en el futuro alguna chica lo sea para ti. Yo lo aceptaré y tendré que asumir que no todo tu tiempo me pertenece.

—¿Crees que estoy celoso? —me interrumpió y se levantó de la silla—. No es eso, joder. Es que...

—¿Qué es, Adam? Suéltalo, ya.

—¡Es que Will no te aporta nada! ¡Nada! ¡Nunca lo ha hecho! ¡No sé qué coño ves en él! Puedo entender que con quince años te atrajera físicamente, pero, joder, ¡ya tienes veinticuatro! ¡Y sigue sin aportarte nada! No entiendo qué haces a su lado. Porque, además de no aportarte nada, te está anulando, te está haciendo desaparecer.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Entonces, dime —se apoyó en una de las mesas y se cruzó de brazos—, ¿qué te aporta Will?

—Muchas cosas.

—Dime una.

—¡No lo sé! —Mierda, no podía pensar en nada que no fuera hacerle entender a Adam que mi relación con Will era buena—. Pero me aporta muchísimas cosas. —Estaba segura de ello.

—¡Una, Sara! Dime una puta cosa que te aporte.

Me senté en una silla y me masajé las sienes. No se me ocurría nada.

—¿Hasta dónde piensas llegar con esta relación sin sentido? —me preguntó, sentándose a mi lado.

—Hasta el final.

—¿Aunque no lo quieras?

—Adam, sí lo quiero.

—No como hay que querer. No como se debe querer al amor de tu vida. ¿Sabes por qué lo sé?

—Sorpréndeme —le contesté de mala gana.

—Porque no eres feliz. —Me apuntó con el dedo en el pecho.

—¿Y qué sabes tú de relaciones, Adam? ¡No has tenido una relación seria en tu vida!

—No, yo no. Pero tú sí. Y yo lo he visto.

«No. No, por favor. Eso no». La discusión se nos escapaba de las manos.

—Adam, no. —Lo corté. Porque no quería seguir por ahí. Pero él sí quería.

—Lo he visto, Sara. Te he visto querer con toda el alma y el corazón. Y te he visto ser feliz con el chico que quieres. Se te iluminaba la cara solo con verlo.

—Eso no fue una relación y pasó hace mucho tiempo. No quiero remover la mierda del pasado.

Me levanté, pero Adam me persiguió e insistió.

—También he visto cómo caías y cómo te levantabas cuando la vida te ponía a prueba. ¿Y sabes lo que no he visto?

A esas alturas de la conversación, ya no quería hablar.

—No te he visto luchar por él. Jamás. Has aceptado lo que te venía sin que se te moviera un solo pelo de la cabeza. En su momento, no me di cuenta y lo culpé a él. Pero ahora lo veo. Veo que él tenía parte de razón.

—No había nada por lo que luchar, Adam.

—¿Cómo vas a saberlo si nunca lo has intentado?

—¿Intentar qué? Sabes mejor que nadie que él no me quería de esa manera.

—No, yo no sé nada de eso. Eso es lo que tú dices.

—Adam —me puse los dedos en la sien y me masajeeé otra vez; empezaba a dolerme la cabeza—, no quiero hablar de él.

—¿De quién? ¿De quién estamos hablando?

—Ya sabes de quién.

—No. Di su nombre.

—¡Adam, basta de juegos!

—¡DI SU PUTO NOMBRE!

—No voy a decir su nombre y no voy a seguir discutiendo por algo que...

—Dilo, joder —no me dejó terminar la frase—. ¿DE QUIÉN COÑO ESTAMOS HABLANDO?

—¡DE OLIVER, JODER! ¡ESTAMOS HABLANDO DE OLIVER ASTON! ¿CONTENTO?

—Bien, era por si lo habías olvidado. —Se dejó caer en otra silla y apoyó los codos en el pupitre.

—¿Olvidado? —Di un golpe seco en la mesa donde se apoyaba, necesitaba sacar toda esa adrenalina de mi cuerpo—. ¿OLVIDADO, ADAM? No, no lo he olvidado. ¿Qué es lo que quieres? ¿Destruirme? Porque, si Will me anula, Oliver me destruye. Porque no me quiere como quiero que lo haga y eso me mata, Adam. Puede que con Will sea otra Sara, pero, si me dejo arrastrar por la indiferencia de Oliver, no volverías a ver a la Sara que dices, porque con ese Oliver, con el Oliver que no me ama, no soy nada.

—Estás hablando en presente.

—¿Qué?

—Has dicho que Oliver no te quiere como quieres que lo haga. En presente.

—Es una forma de hablar. —Di media vuelta, dispuesta a salir de esa maldita clase que cada vez me parecía más pequeña.

—No, no lo es.

—Ya basta, Adam. —Fui a abrir la puerta, pero Adam lo impidió.

—¡Y una mierda! No voy a quedarme sin hacer nada cuando veo que pasan los años y sigues empeñada en seguir con algo que te va a acabar pasando factura en el futuro. Porque esta situación, Sara, va a acabar explotándote en la cara.

—¡Y ese será mi problema! ¡Mi puto problema, Adam!

—No. Tus problemas son los míos. No me apartes más.

—¿Qué coño quieres de mí, Adam? —Estaba al borde del colapso, no

quería revivir mi historia con Oliver, no quería recordar lo que me hacía sentir. No me lo podía permitir. Agrietaría demasiado mi muro de protección.

—Hace años tú me hiciste esa pregunta, ¿lo recuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Querías que reaccionara porque eres mi mejor amiga y me quieres. Tratabas de ayudarme. ¿No ves que es lo mismo que quiero yo?

—Te repito, Adam. ¿Qué coño quieres que haga? —Me apoyé contra la puerta de la clase. No podía más.

—Quiero que lo dejes, a Von Kleist.

—¿Te has vuelto loco?

—No. Te repito que es de puta madre enrollarse con dieciséis años con el malote del colegio, Sara, pero ya no eres una cría. Necesitas una relación de verdad.

—Adam.

—Y ahora no me refiero a Oliver. Te quiera o no te quiera es indiferente. No te digo que lo dejes por él. Tienes que dejarlo por ti, Sara. Porque esa relación no te lleva a ninguna parte, estás perdiendo los mejores años de tu vida.

—Adam, ese es tu punto de vista.

—No, Sara, estás apagada. Ya no brillas, antes siempre brillabas.

Me di la vuelta y apoyé la frente en la puerta.

—Sara, el tiempo pasa y no hay vuelta atrás.

—Esta discusión se acaba aquí.

Abrí la puerta y me largué. Ese día no hubo ni ensayo, ni cine, ni cena, ni nada. Apagué el móvil y fui corriendo hacia mi coche rumbo a ninguna parte.

Maldito Von Kleist

Adam

No había pegado ojo en toda la puta noche pensando en mi discusión con Sara. No me gustaba pelearme con ella, pero no podía permitir que siguiera perdiendo el tiempo con ese gilipollas. No era feliz y, encima, el muy imbécil se la llevaba a su terreno, cada vez más. Había sido algo muy sutil, lo había hecho despacio, sin prisa; de hecho, había tardado tres putos años, pero había conseguido que Sara lo tuviera más en cuenta a él que a nosotros.

Durante la mañana, hice las paces con Sara y prometí (con los dedos cruzados, por descontado) no inmiscuirme en su vida amorosa. ¡Ja! ¡Y una mierda! Era jueves, noche de pandilla, lo que significaba que, durante toda la tarde y la noche, Von Kleist estaría fuera de juego. Jódete, cabrón. De momento, los jueves eran sagrados, pero no sabía cuánto duraría; cada vez la tenía más cogida por los huevos. Bueno, o por donde sea que se coge a las tías, joder.

Después de la última clase, me disculpé con mis dos mejores amigos aludiendo un compromiso con una chavala (mentira, aunque podría ser) y fui a buscar a Will al despacho de arquitectos donde trabajaba. Ese día me apetecía bronca.

El jodido despacho ocupaba dos plantas de un edificio del centro de Edimburgo. Subí las escaleras y toqué la puerta acristalada que decía Jensen & McMullan Arquitectos. Me abrieron y me adentré en el espacioso y luminoso vestíbulo. Nunca antes había estado allí; desde luego, no se podía negar que era un despacho de arquitectos. Demasiado modernos para mi gusto; pero, oye, no me metía con los gustos de los demás. Las mesas donde se sentaban las tres secretarías que custodiaban la recepción (todas rubias) eran demasiado futuristas, parecía que estuvieran en el aire, como si no tuvieran patas. Incluso me agaché para buscarlas, hostias, tenían que sujetarse con alguna puñetera pata. Las paredes estaban llenas de cuadros extraños y hasta las escaleras que subían al segundo piso eran la cosa más rara que había visto en mi vida. No me gustaba.

—Hola, bienvenido a Jensen & McMullan Arquitectos —me saludó la rubia número uno—. ¿Tiene cita?

—No —ni de coña—, estoy buscando a Von Kleist.

—¿A Will? —me preguntó, sonriente.

—Así de alto —puse la mano a la altura de mi cabeza—, ceño fruncido constante y cara de gilipollas.

—¿Perdona? —Abrió los ojos exageradamente por mi descripción del susodicho. Mejor me quedaba formalito, que no quería que me echasen de allí a patadas. Desde luego, no antes de haber hablado con mister arquitecto.

—Sí, a Will. William Von Kleist.

—Ahora lo llamo, a ver si puede atenderlo. ¿Su nombre?

—Adam Wallace. Ya sabe quién soy.

—Tome asiento, por favor. —Me señaló una de las cuatro sillas que había en una pequeña salita de espera.

Y yo me quedé de pie. ¿Por qué? Pues por llevar la contraria. Rubia número uno cogió el teléfono que tenía en su mesita y llamó a Will. Rubia número dos y rubia número tres me miraban con cara de miedo. Joder, ¡ni que fuera a comérmelas! Vale que quizá no estaban acostumbradas a ver gente con mi atuendo (pantalones negros, camiseta negra, botas negras, chupa de cuero negra), pero tampoco era para tanto. Aunque sí que me dieron ganas de sacar la lengua y chuparme el labio de manera lasciva, a ver si se les caía el puto palo que llevaban metido por el culo.

—Ahora viene —me informó número uno.

Asentí con la cabeza y apoyé el brazo en la mesa de rubia número dos, que era la que estaba más buena. El idiota del novio de mi amiga llegó a recepción pocos minutos después.

—¿Adam? —me preguntó, sorprendido por mi visita—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

Al principio dudó, pero finalmente aceptó.

—Pasa por aquí. —Me indicó el camino hacia una sala vacía. Qué amable el cabrón. Querría quedar bien con las rubias, pero a mí no me la pegaba: esa sonrisa era más falsa que su relación con Sara. Guiñé un ojo a la rubia y seguí al arquitectucho de los cojones.

—Soy todo tuyo —me dijo, con clara ironía. Ese tío no me soportaba y yo a él, menos. Nos quedamos cada uno en un extremo de la sala sin sentarnos, yo junto a la ventana.

—Sé a lo que juegas. —Se lo solté sin preámbulos, porque los tíos somos

así. Las cosas claras y a la cara.

—Ah, muy bien. ¿Me lo explicas?

—Quieres separarnos de Sara. A Oliver y a mí.

El muy cabrón sonrió. Se acarició el labio con el dedo, pensativo, y se acercó a mí. ¿A que le pego dos hostias?

—¿Quieres que te cuente una historia, Adam?

«¿Una historia?». Acepté su proposición para ver a dónde quería llegar, pero, vamos, que las dos hostias se las iba a llevar.

—¿Tengo otro remedio?

Suspiró y comenzó a andar en círculos por toda la sala. Lo seguí con la mirada sin moverme ni un ápice.

—Hace muchos años, cuando estábamos a punto de terminar de estudiar en el *Crowden*, me enteré, de un día para otro, de que Sara se largaba a Estados Unidos con sus dos amiguitos del alma. —Me señaló, puesto que yo era uno de esos «amiguitos del ama»—. Y, a pesar de que en ese preciso momento estábamos separados, me jodió. Mucho.

Lo recordaba. Estaban separados porque Sara y Oliver se acostaron y, cuando él se enteró, perdió el control y la abandonó. Lo que todavía me costaba entender era cómo cojones había vuelto con él tres años atrás. Como el muy idiota se había quedado callado, asentí con la cabeza para que continuase y me apoyé en el cristal.

—Recuerdo hablar con Sara y plantearle qué pasaría si yo le pidiera que se quedara aquí, conmigo, que no se fuera con vosotros. ¿Sabes lo que me dijo?

Desde luego, no había que ser una lumbrera para adivinarlo. Aunque, bueno, él nunca había sido especialmente listo.

—Supongo que te dijo que no, teniendo en cuenta que estuvimos más de dos años fuera.

—Me dijo mucho más que eso, Adam. —Dejó de dar vueltas y se paró enfrente de mí—. Me dijo que se marchaba por ti y que no la obligara a elegir entre tú o yo. Porque iba a perder.

¡Esa es mi chica!

—Eso debió de joderte. —Sonreí levemente, aunque en mi interior me descojonaba de la risa.

—Bastante. Lo reconozco. Pero ¿qué pasaría si le hiciera elegir ahora? —Puso los brazos en jarras y se acercó más a mí. Me incorporé dejando atrás el cómodo cristal y lo enfrenté—. ¿Qué pasaría, Wallace?

—Lo mismo —afirmé con seguridad.

Will se rio.

—Me temo que no. Ahora, la elección soy yo, así que ándate con cuidado y no me toques los cojones. Te puedo hacer desaparecer antes de que siquiera pestañees.

Joder, lo dijo tan seguro de sí mismo, el muy hijo de puta.

—No creo que odiar a los mejores amigos de tu novia sea lo más inteligente que has hecho en la vida.

—Y yo creo que no tienes ni puta idea de lo que es una pareja. Ya sabes lo que dicen, los que comparten colchón, comparten opinión. Dame tiempo y no seréis más que un bonito recuerdo del pasado. Los dos.

Ese era el Will que yo siempre había visto. Sara no lo conocía. Jamás había mostrado esa cara delante de ella.

—¿Realmente la quieres, Von Kleist? ¿O es una especie de reto para ti?

—Por supuesto que la quiero. —Se echó hacia atrás y se sentó en una de las sillas.

—Yo creo que no. Creo que estás obsesionado con ella. Porque no la controlas. Mientras que siempre has tenido a todas babeando por ti, Sara se te ha escapado una y otra vez.

—Te equivocas. A ella la quiero, pero a ti no; a ti te quiero bien lejos, y al imbécil de Aston también.

No sé ni cómo me contuve, después de escuchar cómo insultaba a mi mejor amigo.

—Nosotros somos sus mejores amigos. Si la quisieras, lo harías con el paquete completo. Y le darías libertad. En lugar de eso, la atas en corto y le prohíbes que nos vea. Sutilmente, eso tengo que reconocértelo.

—No me jodas, Adam. Ese amor no existe. —Se levantó y empezó con las putas vueltas. Llevaba unos cuantos kilómetros.

—¿Qué es lo que no existe? ¿El tipo de amor en el que quieres que tu pareja sea feliz?

Will chasqueó la lengua y no me contestó.

—Te aprovechaste de ella cuando más vulnerable estaba.

—¿Y por qué lo estaba, Adam? ¿Te contesto yo? Porque un hijo de puta que no soy yo la dejó así.

Lo sujeté de las solapas y le susurré muy cerca de su cara. Mi contrincante me miró con sorpresa. Como si no entendiera por qué cojones me había afectado tanto que llamase hijo de puta a Oliver.

—Cuidado con lo que dices, Von Kleist. Esos insultos pueden salirte muy caros. —No había ninguna otra cosa que me apeteciera más que darle dos hostias, pero no lo hice, por respeto a Sara. Por eso lo solté y me alejé.

—¿Y a ti qué coño te importa cómo lo llame?

¿Que qué me importaba? ¿Que insultase a mi mejor amigo? ¿Pero ese tío era gilipollas? Todavía se llevaba las hostias. A la mierda Sara y a la mierda todo. Intenté tranquilizarme.

—No lo vas a conseguir. —Lo apunté con el dedo—. Nunca será tuya del todo.

—¿Ya te ha contado que nos vamos a vivir juntos?

¿Cómo? No era posible, Sara me había dicho que no quería hacerlo.

—Por tu cara veo que no. Vaya, antes os lo contabais todo, ¿no? Pero ahora, ese tipo de decisiones las habla conmigo. Tu tiempo se acaba, Wallace.

—Tú jamás vas a hacerla feliz. No respetas su vida.

—Me encantaría seguir con esta charla, pero tengo una reunión importante. —Salió por la puerta dejándola abierta y me dejó solo.

Tomé una decisión. Los separaría. Fuera como fuera. Ya vería cómo.

Miré la hora, llegaba tarde a la quedada con la pandilla. Marco quería presentarnos a su nueva novia, la del gimnasio; llevaban tiempo tonteando, se veía venir. No recordaba el nombre de la chica, era algo como Hansel o Gretel o ni puta idea. Lo que sí recordaba era que era española, del norte de España. Llevaba todo el año en Edimburgo de Erasmus y acababa la carrera en junio, como nosotros.

Llegué al pub de los jueves con la puta lengua fuera. Abrí la puerta con fuerza y enseguida vi a mis amigos. Se habían sentado en la mesa de siempre, no tenía pérdida.

—Adam, ¡llegas tarde! —me gritó Sara mientras me acercaba.

Me disculpé y me dejé caer en una de las sillas, derrotado. Joder, día duro.

—Adam, ella es Raquel. —Raquel, joder. ¡Eso es! Me levanté para saludar a la chica de Marco como Dios manda. Estaba buena, hacían buena pareja. No se la veía demasiado cohibida por conocer de golpe a tanta gente. Me gustaba.

—Estás aquí con la beca Erasmus, ¿no? —formulé varias preguntas al azar para conocerla y para que se integrase. Nos contó con detalle cuál era su procedencia y que estudiaba Psicología. Pobre Marquito, ¡psicóloga! A saber qué coño pensaba de todos nosotros en ese momento.

—Moirá, ¿qué te pasa? —preguntó Olivia—. Hoy estás en tu mundo.

¿Ah, sí? Ni me había fijado.

—Estoy estancada en uno de los temas del curso y no puedo dejar de pensar en ello.

Moira estaba estudiando no sé qué grado o master o alguna mierda de esas para ser mejor enfermera. Decía que quería ampliar sus conocimientos. Yo, por mi parte, en cuanto me licenciase, no pensaba tocar un puto libro jamás en la vida. Qué equivocado estaba...

—¿Qué problema tienes? Quizá te podamos ayudar —propuso Brian. Nos quedamos todos mirándolo y arqueando las cejas. El informático pretendía ayudar a la enfermera con una duda, eso me gustaría verlo.

—¿Qué? Quizá es algo de culturilla general —se defendió nuestro amigo.

—Necesito aislar de una foto del corazón una arteria coronaria en concreto, y el problema es que, con tantas venas y arterias, no consigo focalizarla. Está escondida la muy escurridiza.

Escurridiza, dijo. Joder, Moira. No decía una puta palabrota ni de coña. Hostias, a mí me salían solas.

—¿Tienes por ahí el dibujo? —preguntó Sara.

—Sí.

—Déjame verlo.

Moira le pasó el dibujito a Sara, que lo vi de lejos y... la hostia, no se veían más que cientos de minúsculas venitas. ¿Cómo coño encontraría nada ahí? Y porque había dicho que era el corazón, pero, desde luego, los corazones que yo había visto no tenían esa pinta. Empezaron a hablar entre ellas sobre venas y arterias y nombres que no había oído en mi vida.

—¿Me ayudas? —le propuso Sara a Oliver. Y no hacía falta que dijeran nada más. Esos dos se entendían sin necesidad de palabras. Sara se levantó y fue hacia la salida, y Oliver se acercó a la barra a hablar con el camarero. Cuando volvieron, Sara llevaba una pizarra entre las manos, creo que era la que se encontraba en la entrada del pub anunciando las ofertas del día y la *Happy Hour*, y Oliver lo hacía con unos cuantos rotuladores, uno rojo, otro negro y otro azul.

Colocaron la pizarra de forma que lo viese Moira desde su posición y dibujaron lo que creo que era la forma del corazón. Desde luego, no era el típico corazoncito que dibujan las tías cuando se encoñan con algún tío.

—Esta es la arteria que buscas —la informó Sara, dibujando una línea negra—, vamos a pintarla bien gruesa para que no la pierdas.

—Elige color —le dijo Sara a Oliver.

—Rojo. Venas. —Le pasó a Sara el rotulador azul.

—Muy bien. —Se giró hacia Moira y le enseñó su rotulador—. Azul. Arterias.

Empezó el espectáculo. Oliver sujetó el libro y, entre los dos, por turnos, fueron colocando venas y arterias. Ahí estaban mis dos mejores amigos en plena acción. Era acojonante verlos. Aunque dibujaban rayas por todo el puto dibujo, la raya negra que había dibujado Sara al principio seguía visible.

Todos nosotros estábamos mirando la pizarra, Moira concentrada y Raquel alucinada.

—Es alucinante lo que estoy viendo —le comentó a Marco en un susurro. Pero no tan bajo como para que no lo escuchásemos los demás.

—Solo son Oliver y Sara.

—Puede que para ti lo sea porque estás acostumbrado a verlos, pero a mí me resulta fascinante. ¿Hacen estas cosas a menudo?

—A veces. Ellos... —dirigió la mirada a mis amigos— son especiales.

Especiales. Sí que lo son.

—Son superdotados. Ella ni siquiera necesita mirar el libro —afirmó la psicóloga.

Marco no contestó. A ninguno de ellos les gustaba que la gente supiera que eran un poquito más listos que el resto de la gente. Llevaban toda la vida intentando ser normales y adaptándose a los demás. Entre nosotros no fingían. Pero de cara al exterior... Creo que no se habían dado cuenta de que Raquel estaba allí.

—¿Memoria eidética?

Joder con la psicóloga. No pude evitar contestar yo a esa pregunta con otra pregunta.

—¿Eres psicóloga o del FBI?

—Se me da bien leer a las personas.

—Ya veo.

—Hacen una gran pareja, parecen hechos el uno para el otro —afirmó de pronto.

—No son pareja —esa vez Marco sí contestó—, solo son mejores amigos. ¿Por qué lo has pensado?

—No lo sé, se les ve tan... es difícil explicarlo. Compenetrados no es la palabra, es algo más. Mucho más.

Repito: joder con la psicóloga.

Esa noche, antes de meterme en la cama, escuché una conversación entre

Sara y Daniel. Yo estaba tumbado en la cama de Sara y ellos en el cuarto de baño lavándose los dientes.

—Marco nos ha presentado a su novia, Raquel, es una chica muy maja — le comentó Sara a su hermano. La voz se escuchaba amortiguada, debía de tener el cepillo de dientes en la boca, pero, como no callaba ni debajo del agua...

—¿La ha llevado a vuestro *jueves social*?

—Sí.

—Mmm, qué novedad. —Vale, ahora era Daniel quien tenía el cepillo en la boca.

—¿Por qué lo dices?

—Siempre estáis solo vosotros. El día que apareció Moira con su novio, perdón, *prometido*, os quedasteis mirándolo con cara rara.

—¿Qué tonterías dices! —Alguno de los dos había abierto el grifo para enjuagarse.

—Lo que tú digas.

—Pues la chica es muy maja y va a venir más jueves, para que lo sepas.

—¿Vais a permitir que entre en el grupo?

—Pues claro.

—No lo digas como si fuera algo obvio porque no lo es. Algo especial debe de tener esa chica.

—¿Por qué dices eso, Daniel?

—Porque sois un grupo muy cerrado, no dejáis entrar a nadie de fuera.

—Eso no es verdad. —Sara entró en la habitación y me miró dubitativa. Su mirada me preguntaba «¿a que no es verdad, Adam?».

—Sí, lo es —afirmó Daniel a lo lejos.

Y yo no sabía qué cojones contestar. ¿Éramos un grupo cerrado? Nunca me lo había planteado. A lo mejor habíamos estado toda la vida protegiéndonos del exterior inconscientemente. O puede que yo hubiera estado protegiendo sin darme cuenta a Oliver y a Sara, velando por mantener sus complicadas vidas en el máximo anonimato posible.

La confesión accidental

Un par de jueves después, Raquel estaba integrada en el grupo. Era una de las nuestras. No sabría explicarlo, pero hay ocasiones en que conectas con la gente, hablas con ella, pasas ratos a su lado y descubres que tienes las mismas aficiones y que piensas parecido.

Normalmente, los jueves tomábamos un par de Guinness y nos íbamos a casa. Y, sobre todo, en esas terribles fechas del mes de mayo en que los chicos y yo teníamos los exámenes finales casi encima. Pero ese día nos habíamos liado un poquito más de la cuenta. Bueno, si un «poquito» se le puede llamar a haberse tomado más cervezas de las que tomábamos sumando todos los jueves del mes y estar todos bastante ebrios.

Como era casi fin de semana, había bastante ambiente en el pub y ninguno queríamos irnos a casa, supongo que cada uno de nosotros teníamos nuestras razones para estar allí ahogándonos en alcohol. Las razones de Pear eran claras. Mejor dicho, la razón: Daniel Summers.

Mi hermano había empezado a salir con una chica y parecía algo serio. Hasta ese momento, solo había tenido rollos, miles de rollos, pero sin llegar a nada importante. Pero las últimas semanas había estado saliendo mucho con la misma chica y no solo para tirársela, como decía Pear. Habían estado yendo al cine, a cenar, a correr juntos... Pintaba mal.

Pear, como represalia, había empezado a quedar más a menudo con uno de sus compañeros de trabajo. Se lo tomaba como si fuera una competición. Ambos lo hacían. Si uno se enrollaba con alguien, el otro lo imitaba; si la una lo llevaba al cine, el otro la llevaba al teatro. Y así habían pasado los tres últimos años.

—Mi compañero de trabajo, quiero decir, mi futuro novio, es Virgo, como yo. Olly, ¿tú crees que nos irá bien? —preguntó una ebria Pear a mi amigo con una nueva cerveza en la mano.

—¡Y yo qué coño sé! —contestó Oliver con desdén. Olly era mucho de desdenes, como si no le importara nada ni nadie y pasara de todo. No existía nada en el mundo lo suficientemente importante como para traspasar su piel y que le afectara de alguna manera. Todo le resbalaba. ¿Eso había sonado a reproche? Porque no era mi intención. No, qué va.

—¿Pues si no lo sabes tú, que eres astrólogo!

—Yo no soy astrólogo. —A esas alturas, yo moría de la risa. «Yo no soy astrólogo», «yo no soy astrólogo», repetí, imitando la voz de Oliver. Ni los rayos láser que me disparaba por los ojos me callaban. Es lo que tiene el alcohol. Te envalentona.

—¿Ah, no? —preguntó Pear, confundida.

—No, Pear, soy astrónomo. AS. TRÓ. NO. MO —repitió, remarcando todas las letras.

—Joder con el friki. Qué especialito te pones cuando quieres. ¿Qué diferencia hay?

—Ninguna, Pear —contesté yo para picar a mi amigo.

—Seguro que es un capullo, como todos —añadió Olivia.

¿Y a esta qué le pasaba?

—¿Has discutido con el profe? ¿No era perfecto? Y cito palabras textuales: —Brian comenzó a enumerar con los dedos de las manos— *guapísimo, maduro, amable, cariñoso, sexy, trabajador...*

Olivia lo interrumpió.

—Pues quizá deberíamos añadir algún adverbio que otro para definir mejor sus cualidades: —imitó el gesto de Brian de ir añadiendo calificativos con sus dedos— *demasiado* maduro, *demasiado* trabajador, *demasiado* responsable, *demasiado* ocupado, *demasiado* mayor para una cría como yo.

—Eso ha sido solo un adverbio, no alguno que otro —comentó Oliver con despreocupación.

Olivia lo fulminó con la mirada y se fue a la barra a pedir más cerveza. Le hice un gesto con la mano para que me pidiera otra a mí. Recordé que había ido en coche hasta allí. Quizá tuviera que llamar a mi hermano para que viniese a buscarme. Miré a Pear y escuché cómo usaba el adverbio «demasiado» para definir a mi hermano. Quizá llamarlo para que viniese a buscarme no era la mejor idea.

—¿Sabéis que las tías eligen a sus novios basándose en que consideren que los genes sean buenos para sus hijos futuros? —nos dijo Marco. Su novia lo miró embobada, no importaba las gilipolleces que dijera, siempre lo miraba igual. Enamorada.

—¿Estás de coña? ¿De dónde has sacado eso, tío? —preguntó Adam.

Muchos debates y adverbios después (a alguno le tenían que estar pitando los oídos constantemente), dejé de ingerir cerveza. Había bebido demasiado. Intenté enfocar mi mirada turbia en el reloj de mi muñeca. Joder, las dos de la

mañana. Moira nos había abandonado hacía rato. Tenía que trabajar al día siguiente. Qué responsable era la tía. Nosotros seguíamos arreglando el mundo.

El pub había cerrado las puertas de cara al exterior. Era algo que solían hacer, cerraban y la fiesta continuaba dentro con los clientes de más confianza. Estábamos nosotros y un par de grupitos más en la barra charlando con los camareros.

Raquel nos contaba cotilleos jugosos de su facultad. Al parecer, ella y sus compañeras de clase llevaban todo el año coincidiendo con Adam en la cafetería y no les había pasado desapercibido. Y, como a mi amigo le encantaba que le regalasen los oídos, ahí andábamos, sonsacándole a la novia de Marco todo lo que podíamos.

—Y, cuando te liaste con Judy, nos contó que...

—¿Judy? —interrumpió Adam—. No me acuerdo de ninguna Judy. — Nos miró a Oliver y a mí como si tuviéramos la respuesta. ¡Claro, hombre! Si él ni se molestó en memorizar su nombre, ¿cómo pretendía que lo hiciéramos nosotros?

—Pues es una pena que no te acuerdes, porque ella guarda un gran recuerdo. Nos contó todo lo que pasó entre vosotros al detalle y debo decirte que dejaste el listón bien alto.

—¡De puta madre, colega! —lo felicitó Brian.

—Quizá me pase por tu clase mañana para que me la presentes de nuevo.

—Y nos dijo que eres el mejor trasero que ha manoseado en su vida.

—Doy fe —dije, levantando la mano. Adam tenía un buen culo. Siempre lo había tenido. El mejor trasero de la pandilla, sin duda.

—¿Das fe? —me preguntó Brian, extrañado—. ¿Cuándo le has manoseado tú el culo a Adam?

—Cuando nos enrollamos en Las Vegas —expliqué, como si fuera la cosa más obvia del mundo y, entonces, caí en la cuenta de algo: no lo sabían. Porque contarles eso sería contarles que, segundos después, me enrollé con Oliver. Y eso no lo sabía nadie. Como siempre nos lo contábamos todo, había dado por hecho que lo sabían.

Adam me dio una patada por debajo de la mesa. Sí, ¡lo sé, lo sé! A ver cómo salía ahora de esa. Cogí la botella de cerveza de Oliver, que estaba a mi lado, y le di un sorbo. «Ay, no, mierda, que había dicho que no más cerveza». Se la devolví y lo miré a los ojos. ¿Y qué me decían estos? «Eres una bocazas, no te puedo dejar beber. A ver ahora cómo lo explicas. Estoy

deseando verlo. Y no se me olvida que te enrollaste con Adam». Sí, todo eso me dijeron. Don Desdenes solía ser muy expresivo cuando se lo proponía.

Bueno, quizá mi comentario pasaba desapercibido.

—¿¿¿Cuándo qué??? —preguntó Olivia, alterada. Pues no, no había pasado desapercibido. ¿No se suponía que estaban todos borrachos? ¡Joder, qué oído más fino tenían cuando querían!

—¿Vosotros dos os enrollasteis? —Marco nos señaló a Adam y a mí.

—¿Pero enrollarse de enrollarse? —preguntó Brian, mosqueado.

—Sara, ¿te has tirado a Adam? —Olivia tenía los ojos desorbitados y se cogió de la mano de Raquel para darle más emoción al asunto. Y la pobre Raquel no decía ni palabra, creo que no se enteraba de mucho. Demasiado pasado que recordar. Podría escribir un libro con mi historia. O cuatro.

—Oye, que quizá me la tiré yo a ella —añadió el aludido, ofendido—. Me siento como un objeto sexual.

—¿Y dónde estaba Oliver a todo esto? —Brian hizo la pregunta en general, pero no quitó la vista de Oliver.

Silencio incómodo.

—¿Qué más da dónde estuviera Oliver?

«Muy bien, Olivia».

—Algo tendrá que decir, digo yo.

—Oliver, ¿tú permitiste que se acostaran juntos? —le preguntó Marco.

—¿Y por qué tendría algo que decir? —«Muy bien dicho, Pear».

—Porque Sara y Oliver se acostaron —nos explicó Brian—. Eso anula las posibilidades de cualquiera de nosotros con ella. Es el código.

«Ah, joder. El famoso código».

—¿Qué código? —preguntaron todas las chicas al unísono. Yo me callé, conocía el código.

—¡El código! —bufó Brian, exasperado—, siempre hay un código entre tíos. Y el nuestro dice, claramente, que ninguno de nosotros puede liarse con ninguna tía que se haya liado con alguno de nosotros anteriormente.

—¿Y coetáneamente? —preguntó dudosa mi mejor amiga.

—¿Coetáneamente? Explícate —ordenó Brian.

—Yo nunca me he enrollado con ninguno de vosotros —empezó a explicar Pear.

—Tampoco podrías —se adelantó Adam.

—¿Por qué?

—Daniel Summers.

—Daniel no es de vuestro grupo. No es vuestro amigo.

—Son efectos colaterales. Capítulo cuatro. El código es complicado.

—Ya. —Mi amiga lanzó un sonoro suspiro de exasperación—. Voy a obviarlo. Imaginaos que yo nunca me hubiera enrollado con Mister *Noquierorelacionesserias*. ¿Podría hacer un trío con dos de vosotros? ¿O con tres?

—¿Eso no sería un cuarteto? —Olivia expresó su duda en alto.

—Creo que sería una orgía —aclaré yo.

—¡Lo que sea! —Pear enseguida cortó nuestro pequeño debate—. ¿Podríamos?

—Creo que eso no lo hemos registrado en el código. —Adam se dio golpecitos en el labio con el dedo y miró a Oliver.

—¿En serio? —«Vaya mierda de código».

—No, no lo hicimos —confirmó Olly.

—Joder, qué cortos de miras —bufó Pear.

—Teníamos doce años. —Apuntó Brian. Por lo que había podido comprobar en los últimos minutos, Brian era un ferviente defensor del código.

—De todas formas, volviendo al tema original, si lo que tuvieron Oliver y Sara fue una minucia, ¿para qué tanto rollo?

«Eso digo yo».

—No importa —respondió Marco, tajante—. Se acostaron. Dos veces, ¿no?

—Creo que fueron tres —dijo Brian, pensativo.

—Lo que sea, el caso es que Sara está prohibida para nosotros.

—¿Lo tenéis por escrito? —se interesó Raquel.

—Por supuesto que sí —le respondió Adam—, ¿por quién nos tomas?

—De hecho, yo guardo una copia en mi móvil, le saqué una foto hace unos años —explicó cariñosamente Marco a su novia, mientras sacaba el móvil del bolsillo del pantalón—. A veces tengo que recurrir a él. Tenía —se corrigió él mismo ante nuestra atenta mirada—, tenía que recurrir a él. Ya no me hace falta. —Acercó la boca a los labios de su novia y la besó.

—Déjame verlo. —Pear arrebató el móvil a Marco de las manos. Buscó entre las fotos, pero había tantas que Marco tuvo que recuperar su móvil y buscar la foto del código. Cuando la encontró, nos la enseñó a los demás. Era un folio, escrito con el puño y letra de Oliver Aston a los doce años. Reconocería sus trazos en cualquiera de sus edades.

—¿Qué es eso rojo?

—Sangre.

—¡Joder, qué asco!, ¿lo firmasteis con sangre?

—Pues claro, ¡el código es algo serio!

—¡Muy serio no debe de ser cuando Adam se lo saltó! —afirmó Olivia.

—No nos acostamos. —Intenté aportar mi granito de información a la conversación, pero con tanto grito ni me oyeron—. ¡NO NOS ACOSTAMOS! —grité, levantándome de la silla y dando un golpe a la mesa con la mano.

—Muy bien, Sara —me animó Pear—. ¿Os ha quedado claro? ¡NO SE ACOSTARON!

—Nos ha quedado claro a nosotros, a aquellos tíos de la barra y hasta a los del pub de enfrente.

Muerta de la vergüenza por el espectáculo que acababa de dar, me volví a sentar y me prometí a mí misma no volver a hablar.

—¿Y por qué os enrollasteis?

Bueno, vale, una última aclaración y me callaba. Y como no sabía qué decir...

—¡Empezó él! —acusé a Adam con el dedo.

—Estábamos borrachos y nos aburríamos. Solo fueron cuatro besos y algunos magreos.

No coló. Sus caras lo demostraron. Sospechaban que había algo más detrás de todo el asunto.

—¿Y nunca habéis roto el código? —Raquel insistía en saber más del maldito código.

—Eso pensábamos nosotros, pero al parecer estábamos equivocados —le contestó Brian.

—¿Y qué pasa si Adam se enamora de Sara? —preguntó Olivia.

—No puede hacer eso —dijo Brian con voz cansada.

—¿Por qué?

—Porque lo prohíbe el código.

—¿El código le prohíbe enamorarse de Sara? Eso no se puede controlar.

—Claro que se puede controlar. Si quería enamorarse de Sara, que lo hubiera hecho antes que Olly. Pero, como no fue así, pues a joderse. Se desenamora y listo.

—Oliver fue el primero, y eso hay que respetarlo —afirmó Marco, contundente.

«Esperad, esperad. ¡Retroceded, retroceded!». Ese tema me interesaba. ¿Había dicho que Oliver se enamoró de mí? Ja, ja, ja, qué ilusos. Oliver no conocía los sentimientos, era como un robot.

—¿El primero en qué? ¿En enamorarse? —preguntó Raquel.

—No —dije yo, cantarina.

Los chicos se callaron y se miraron entre ellos.

—Es indiferente por lo que lo hiciera, el caso es que fue el primero —sentenció Brian.

Me habría gustado decir algo a eso, pero no podía; me habría gustado preguntar, por ejemplo: entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Pero era mejor quedarme calladita. La verdad era que el motivo ya ni me importaba, porque Oliver tampoco me importaba.

—¿Por qué vosotros dos os enrollasteis si no os gustabais? —nos preguntó Raquel a Oliver y a mí. Buena pregunta, sí, señora. Miré a Oliver con cara de mala leche para que contestase él. «Adelante, cuéntales por qué te enrollaste conmigo si no me querías». Pero lo que vi en su expresión me dejó alucinada. Oliver me miraba con la misma pregunta en la cara, ¡tendrá morro! Afortunadamente, la siguiente pregunta de Marco nos permitió no contestar.

—¿Vosotros dos también os enrollasteis alguna otra noche porque ibais ciegos y os aburríais? —nos preguntó Marco a Oliver y a mí.

Silencio sepulcral. ¿Por qué se hacía el silencio cuando hablaban de Oliver y de mí?

—¿Por qué os lo estáis pensando?

Porque no quería mentirles a la cara.

—No —respondió Oliver, con sequedad.

Al parecer, mentir a nuestros amigos solo me importaba a mí. Aunque, si lo pensaba detenidamente, tampoco era una mentira del todo, no nos enrollamos otro día por estar borrachos y aburridos. Nos enrollamos ese mismo día y no por estar aburridos. Al menos yo; la razón de Oliver nunca la sabré.

—No me puedo creer que os enrollarais. —Brian seguía con el temita, censurándonos con la mirada—. ¿Alguna otra información que hayáis omitido? Joder, con todas las gilipolleces que nos habéis contado de aquellos dos años. Os habéis dejado lo más jugoso.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —le inquirió Adam, molesto.

—Tú —señaló a Adam— te saltaste el código. Y no entiendo cómo tú —señaló a Oliver— lo permitiste. Qué decepción.

«Joder».

—Entonces, ¿por qué vosotros dos os enrollasteis si no os gustabais? —Y Raquel erre que erre con lo suyo.

Dos horas después...

—¿*Si?* —me respondió mi hermano, adormilado, al cuarto tono. Intuí que había sido al cuarto, porque con el pitido que tenía en los oídos no escuchaba bien.

—¿Daniel?

—¿*Sabes qué hora es, Sara?* —De adormilado a cabreado en dos segundos. Era como el motor de un Ferrari.

—Mmmm... —Miré el reloj, pero no distinguía los números—. No.

—¿*Estás borracha?*

—Entre otras cosas. ¿Vienes a buscarme? —le pregunté, con mi mejor vocecilla de no haber roto un plato en la vida.

—¿*Dónde estás?*

—Donde todos los jueves.

—¿*Tengo que llevar también a tus amiguitos a casa?*

—Mmm... —Los miré y vi que estaban todos superborrachos—. Sí.

—¿*A cuántos?*

—¿Cuántos te entran en el coche?

Cuando mi hermano llegó al pub, no venía solo. El profesor Mac Alistair venía con él. No me acostumbraba a llamarlo por su apellido; para mí, siempre sería el profesor *buenorro*. Aunque quizá ya era hora de llamarlo por su nombre... Él y mi hermano debieron de encontrarse en la entrada. Cuando nos vieron y descubrieron el cuadro que componíamos, los dos suspiraron y negaron con la cabeza. El primero en hablar fue mi hermano. Se acercó a nosotros y nos dividió en dos bandos para después dirigirse a Don Demasiado.

—Esta mitad para mí —nos señaló a Oliver, a Adam, a Pear y a mí—, y el resto son tuyos.

Qué mandón. Me acerqué a su oído y le susurré como pude:

—No le hables así —señalé al novio de mi amiga—, es profesor.

—Sara, hace seis años que dejaste el colegio. Supéralo ya. Y vosotros —señaló a mis amigos—, subid al coche. Y ni una puta palabra en el viaje —

sobre todo se dirigía a Pear—, no estoy de humor.

—Yo me callo —dije yo—, pero que sepas que mañana tienes que llevar mi coche a casa. Está ahí fuera aparcado.

—¡Me cago en la puta, Sara! ¿Vas a madurar en algún momento?

—¿Puedo ir en el otro coche? —me preguntó Pear al oído.

Aquella noche

Al día siguiente, no sabía si mis amigos habían ido a trabajar; supuse que sí, pero yo, desde luego, no había ido a la universidad y no había abierto un libro. Con la resaca que tenía, no podría concentrarme en nada; en consecuencia, pasé una mañana muy tranquila en la cama hasta que me despertaron unas voces en el piso de abajo. Más que voces, era una voz en particular y era muy muy molesta. Muy aguda.

Antes de bajar las escaleras, me asomé a la habitación de Adam y, tal y como sospechaba, vi que mi amigo roncaba en la misma posición en la que se había quedado dormido. Con los zapatos puestos y todo. Me acerqué y se los quité. Lo tapé con el edredón y salí de la habitación.

Bajé las escaleras, bostezando unas cuantas veces seguidas, y seguí el sonido de la irritante voz. Llegué hasta la entrada de casa y descubrí a mi hermano Daniel despidiéndose de su nueva novia; o, al menos, eso intuí. La había visto un par de veces, pero nunca había hablado con ella. No quise desaprovechar aquella oportunidad (desconocía el motivo, pero tenía la firme sospecha de que mi hermano había estado evitando ese momento), por lo que, inmediatamente, me acerqué a ellos.

—Buenos días —saludé todo lo alegre que mi resaca me permitió. Conseguí que los dos tortolitos se girasen hacia mí al instante.

—¿Buenos días? Son las dos de la tarde —me respondió mi hermano con acritud. Siempre con acritud.

Ignoré a Daniel y me fijé en la chica que tenía enfrente, de cabello rubio, muy liso y largo. Seguí bajando y llegué hasta sus gigantescos ojos verdes. Era alta, bastante alta. Caramba, hasta yo era capaz de reconocer que tenía unas piernas kilométricas. En resumen, era muy guapa.

—Hola, yo soy Sara. —Le ofrecí mi mano, haciendo alarde de la buena educación que había recibido.

—¿Tú eres la melliza? —Horrible, tenía una voz tan horrible que, más que hablar, chillaba, pero, eso sí, con mucho entusiasmo. Después de su saludo, me devolvió el escrutinio que yo le acababa de hacer a ella. Eché un vistazo a mi aspecto a través del cristal que tenía enfrente, y mi imagen no era muy halagadora: pelo superrevuelto, ojos hinchados y llenos de legañas,

pijama de cuadros rosas y blancos con los botones de arriba bastante mal abrochados y pies descalzos. ¡Menuda primera impresión!

—Sí —afirmé, con el mismo entusiasmo, mientras intentaba quitarme las legañas de los ojos a la vez que chasqueaba la lengua para quitarme el mal sabor de boca.

Hecha la presentación oficial, cruzamos un par de frases más de cortesía y la chica se disculpó porque debía irse a no sé dónde.

—Te veo luego, *Dan Dan* —le dijo a mi hermano de forma sugerente, pero a mí me sonó asqueroso. ¿De dónde había sacado a esa chica?

—¿*Dan Dan*? ¿En serio? —le pregunté a mi hermano en cuanto cerró la puerta.

—Ni una palabra, Sara.

¿Qué hacía mi hermano con esa petarda?

—Está bien, no te mosquees, *Dan Dan*. —Salí entre risas, corriendo hacia la cocina dispuesta a pegarme un gran desayuno.

—Joder, qué cruz —lo escuché murmurar detrás de mí.

Un rato después, navegaba aburrida en mis páginas favoritas cuando descubrí el gran acontecimiento del mes. ¡Cómo no me había acordado antes! No sabía dónde tenía la cabeza últimamente, porque hacía meses que llevaban anunciando un concierto de piano de Ludovico Einaudi en el Usher Hall de Edimburgo y se me había olvidado por completo. La sala de conciertos del Usher Hall es de las más destacadas del mundo y la acústica es increíble, por lo que ¡no me lo podía perder! Por suerte, mi padre era asiduo y siempre guardaban algunas entradas para los recurrentes.

A las cinco de la tarde en punto, Adam y yo salimos por la puerta del garaje de mi casa para ir al concierto. Como teníamos tiempo de sobra, primero fuimos a ver a la pandilla, que tomaba algo en un local del centro, intentando recuperarse de la resaca. Nos movimos cómodos por la ciudad, pero me costó muchísimo buscar aparcamiento y tuve que dar varias vueltas hasta que conseguí estacionar mi coche. Teníamos un buen paseo hasta donde nos esperaban nuestros amigos, pero a Adam y a mí nunca nos faltaba conversación.

—¿Tu novio te ha dejado quedar esta noche conmigo? —me preguntó mi impertinente amigo con fingido aire despreocupado.

—Adam, no empieces.

—Dos días seguidos contigo no se disfrutan todas las semanas, *Totó*.

—Lo he llamado para explicarle que me hace mucha ilusión ir contigo a

este concierto y no me ha puesto demasiados problemas.

—Ya... El bueno de Von Kleist. ¿Es consciente del pedo que te cogiste ayer?

—Mmm... no. Puede que le haya dicho que llegamos a casa cuatro horas antes de lo que realmente lo hicimos. —Cuatro, o incluso cinco...

—Tranquila, a mí me la suda lo que le cuentes a tu novio. —Había que reconocer que mi mejor amigo era puro amor. Y ahora me miraba raro.

—¿Por qué me miras de esa manera?

—Por nada —me dijo, evadiendo mi pregunta y reformulando él una nueva—. ¿No quieres que hablemos de lo que pasó ayer?

—¿Qué pasó ayer? —Si se creía que él era el único que podía evadir preguntas, iba listo.

—Nada —me contestó suspirando—. ¿Has avisado a Oliver para que viniera con nosotros?

—Sí, pero no podía. —Lo había llamado en cuanto había descubierto lo del concierto de esa noche—. Está preparando la ponencia de la semana que viene.

El viernes siguiente arrancaba el programa de *Enseñemos el Universo a los futuros universitarios* y Olly llevaba semanas preparándolo, tanto que, incluso, estaba segura de que se había levantado temprano a pesar de la resaca.

Seguimos paseando por el centro de la ciudad y pinchándonos el uno al otro hasta que llegamos a la cafetería donde nos esperaban nuestros amigos. Adam me abrió la puerta, haciendo alarde de su galantería, y enseguida divisé a mis amigos.

—No pegáis —nos dijo el simpático Brian en cuanto nos vio—. Tú vas demasiado pija —explicó señalándome—, y tú demasiado rockero —afirmó señalando a Adam.

Adam y yo nos miramos extrañados de arriba abajo el uno al otro en busca de esas diferencias tan notables que señalaba Brian. Adam llevaba unos pantalones negros pitillo con cadenas en los bolsillos, muy ajustados, y una camiseta gris de Los Ramones cubierta por su chaqueta de cuero negra. Yo llevaba un vestido de un solo tirante, rosa fucsia y morado, con muchos volantes, y que me quedaba por encima de la rodilla. En los pies, lucía unos zapatos plateados con un tacón considerable. El cabello lo llevaba ondulado y suelto sobre mis hombros.

—Lo que he dicho, no pegáis —Brian se reafirmó después de nuestro

propio escrutinio.

—Y nos importa una mierda.

Adam me acompañó a la barra y compartimos un té con nuestros amigos entre risas y recuerdos de la noche anterior. Enseguida pasó el tiempo.

—Mañana tengo que ir al *Crowden* a ayudar a mi hermana con la mudanza —recordé en voz alta. Mi hermana estaba a punto de terminar su último curso en el internado y nos había pedido que fuéramos a ayudarla a guardar todas sus pertenencias en cajas para después trasladarlas a casa.

—La pequeña Kate va a la universidad el año que viene.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció Marco.

—No me vendrían mal unas manos de más —reconocí, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que compraba mi hermana y lo poco que le gustaba deshacerse de ellas.

—Mañana quedamos allí, entonces. Podemos ir todos —propuso Olivia, y el resto asintió.

—Genial. Gracias, chicos.

Concretamos con la pandilla la quedada para el día siguiente. Nos acabamos la consumición y nos levantamos como un resorte cuando le dije a Adam la hora que era. Llegábamos tarde.

—Nosotros nos vamos.

—Pasadlo bien, parejita dispar.

Fuimos caminando a la sala de conciertos porque aparcar en la ciudad sería complicado, y era mejor dejar el coche tranquilo. Cuando llegamos a la preciosa construcción circular, apenas quedaba gente en la entrada, por lo que nos apresuramos a subir las escaleras. Entramos en el Usher Hall con el tiempo justo y nos acercamos a nuestros asientos con la mayor discreción de la que fuimos capaces. Siempre me había encantado esa sala de conciertos, y no solo por los altos techos, el escenario, o el órgano. Era algo más, pero no sabía el qué.

El concertista era tan impresionante que podría estar horas y días escuchándolo. Adam estuvo inquieto durante toda la velada y, de vez en cuando, me miraba de reojo y hacía un par de amagos de preguntarme algo, pero no se atrevía. En el descanso, lo obligué a que hablase conmigo, fuera lo que fuera.

—Suéltalo, Adam —lo apremié.

—¿Te vas a vivir con él? —me preguntó, sin apartar los ojos del escenario, y, por lo tanto, sin mirarme.

—¿Con quién? —Adam giró la cabeza y me miró a los ojos.

—Con Von Kleist.

—No —afirmé rotunda. No entendía por qué me lo preguntaba, hacía semanas que había zanjado ese asunto. Y él lo sabía.

—¿Y él lo sabe?

—Sí, claro. —Aun con la firme propuesta de mi amigo para decírselo a mi novio en persona, opté por contárselo yo misma al día siguiente de tomar la decisión.

—¿Me lo contarías? Si te fueras a vivir con él, ¿me lo contarías?

—Por supuesto que sí. ¿A qué viene todo esto, Adam?

—¿Crees que conoces a tu novio? —Ya estábamos. No quería empezar una nueva discusión por Will.

—¿Podemos no discutir hoy, por favor?

—Podemos.

Cuando terminó el concierto y salimos del Usher Hall, un agotadísimo Oliver nos esperaba a la salida, apoyado en uno de los coches aparcados en la carretera. Tenía pinta de haber salido a la calle en un arrebato de cansancio. Me lo imaginé arrojando las notas de la ponencia a la mesa y saliendo de casa apresurado.

—¡Olly! ¿Tú no andabas preparando una ponencia?

—Me he escapado un rato —se incorporó y se acercó a nosotros—, necesitaba airearme. ¿Qué tal el concierto?

—¡Inmejorable! —Aplaudí entusiasmada. Me había encantado porque me había transmitido muchísimo y, a la vez, me había hecho sentir, y eso es algo que, por desgracia, no siempre pasa cuando acudes a un evento de ese tipo.

—¡Aburrido! —Le eché una mala mirada a Adam por su falsa sinceridad, porque sabía que le había gustado. Me guiñó un ojo y me revolvió el cabello para despeinarme.

—¿Os apetece tomar algo? —propuso Olly.

Adam y yo asentimos, contentos por la propuesta inesperada. Me situé en medio de los dos y los agarré a cada uno de un brazo mientras íbamos paseando por las calles de Edimburgo, hasta que vi en la acera de enfrente un pub al que solíamos ir de vez en cuando en el que ponían buena música y había un gran ambiente.

Miramos hacia ambos lados de la carretera y cruzamos a todo correr hasta la otra acera. Entramos y nos acercamos directos a la barra a tomar algo. El pub tenía una larguísima barra de madera maciza al fondo que cruzaba todo

el local. La parte central se veía vacía (se notaba a primera vista que era la zona del bailoteo) y cerca de las paredes había unas cuantas mesas para sentarse a tomar algo tranquilamente. Habíamos llegado temprano porque apenas había clientes. Estábamos nosotros y un par de grupos más.

—Yo todavía tengo resaca de ayer —les dije a mis amigos en la barra.

—¿Sabes cómo se quita la resaca? —me preguntó Oliver. Le hice un gesto con la mano para que me contestase—. Con más alcohol, así que... ¡Ronda de chupitos para todos!

Apoyamos los codos en la barra y llamamos con nuestras manos la atención del musculoso camarero. Pedimos una ronda de chupitos de tequila. El camarero colocó los tres vasos de chupito enfrente de nosotros, los cogimos, brindamos por nosotros y para dentro. Sin limón y sin sal porque... tonterías las justas. Después pedimos otra. Y luego otra.

—Tercera ronda, chicos. Esta sin manos. ¡Solo con la boca!

Colocamos los brazos en la espalda y acercamos las bocas a la barra (sí, vale, no era la primera vez que lo hacíamos). Cogimos los minúsculos vasitos con la boca y subimos la cabeza hacia arriba para tragarnos el líquido. Yo me atraganté y le pedí con señas al camarero que me diese algo para beber y poder pasar el tequila, y, por supuesto, mis amigos se descojonaron de la risa.

Después de los tres chupitos y de mi atragantamiento, dejamos la barra atrás y echamos una partida de dardos. Huelga decir que ninguno de los tres dimos en la diana; desde luego, yo ya sentía los efectos del tequila en mi cuerpo. Oliver lucía muy concentrado, entrecerraba los ojos y todo para apuntar, pero sabía que, por lo menos, veía dos dianas.

La música de fondo cada vez era más alta y el local se empezó a llenar. Era viernes por la noche, y tanto estudiantes como trabajadores entraban deseosos de pasarlo bien durante unas horas.

De repente sonó *Help*, de Los Beatles. Oliver me cogió del brazo y salimos al centro a bailar. Empezamos a girar y, aunque no bailábamos tanto como lo hacíamos antes, nuestra sincronización no había empeorado. Nuestros movimientos iban al unísono y Adam se unió a nosotros. Cantamos como locos y bailamos los tres juntos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Y el mundo desapareció. Los problemas, los enfados, la tristeza, el anhelo. Todo. Solo quedábamos nosotros.

Salimos del pub y recorrimos las calles de Edimburgo entre risas y bailes. Pasamos por una discoteca y arrastré a mis dos amigos hacia dentro sin pensarlo. La música era atronadora y hacía que me palpitasen los oídos.

Había muchísima gente y tuvimos que meternos al fondo del local hasta encontrar un sitio espacioso en el que entrásemos los tres. La luz parpadeaba cada pocos segundos y parecía ir al compás de la música.

Bailamos sin parar hasta que sonó *You're Gonna Go Far Kid*, de Offspring, y nos volvimos locos del todo. Nos chocamos entre nosotros y movimos las cabezas exageradamente.

Hacia la mitad de la canción, aparecieron unos chicos con unos cañones en las manos y empezaron a tirar espuma por todo el local. Yo grité por la sorpresa inicial, pero seguimos bailando y la espuma nos llegó a las rodillas, y luego a las caderas. Nuestros pasos cada vez se hacían más torpes y nuestras risas más sonoras.

Para cuando dejaron de tirar espuma, estábamos empapados, nos chorreaba todo el pelo y la ropa se nos adhería al cuerpo. Me resbalé y acabamos los tres en el suelo muriéndonos de la risa.

Hay noches que planeas salir y pasártelo bomba y pones muchísimas expectativas en ella, pero, cuando llegas a casa horas después, te das cuenta de que no ha sido para tanto y que no te lo has pasado tan bien como esperabas. Y hay otras noches que, sin pensarlo, y sin pretenderlo, se convierten en una de esas salidas inolvidables.

Al día siguiente, no tenía ni idea de cómo había llegado a la cama, dado que no recordaba demasiado de la noche anterior. Recordaba cantar, bailar, la espuma, pero nada concreto. Aun así, me desperté con una gran sonrisa, a pesar de estar en la cama vestida con la ropa del día anterior y el pelo hecho una maraña por haberme metido a dormir con él todavía mojado.

Desperté a Adam, que dormía a mi lado con la misma mala pinta, y me metí en la ducha. La graduación de mi hermana era la semana siguiente, y esa mañana íbamos al *Crowden* a ayudarla con la mudanza.

Desayunamos algo rápido con mi hermano Daniel y fuimos al garaje. Y entonces...

Pero ¿dónde narices...? No podía ser, debería estar aquí. Hice memoria de la noche anterior, pero nada. Estaba en blanco y no quería sonar a película de la década pasada, pero lo tenía que preguntar.

—Adam, ¿dónde...? ¿Dónde está mi coche?

El secreto de Oliver

Volví sobre mis pasos y entré corriendo en casa seguida por Adam. Localicé a mi hermano todavía desayunando en la cocina. No sé por qué, pero siempre que tenía algún problema recurría a Daniel. Era mi salvavidas, aunque, por supuesto, nunca se lo diría. Bastante grande tiene ya el ego.

—Daniel, tenemos un problema —le dije, según entré por la puerta de la cocina.

—¿Tenemos? —Mi hermano me miró escéptico, aún masticando las galletas con el carrillo izquierdo.

—He perdido el coche. —Me senté en la silla de enfrente y me masajé las sienes. «Piensa, Sara, piensa. ¿Dónde viste tu coche por última vez?».

—El tren —me contestó, irritado.

«¿Qué?». Mi hermano vio la duda en mi expresión y habló.

—Si te refieres a alguna clase de eufemismo para decir que has perdido la oportunidad de algo, se dice «he perdido el tren» —me aclaró—. No te imaginas la cantidad de veces que pongo en duda los resultados de tus tests psicológicos —añadió con desdén.

A veces olvido lo irritante que puede llegar a ser. Adam se apoyó en la encimera de la cocina y cogió una manzana verde del frutero. Tenía la impresión de que todo ese asunto le hacía bastante gracia. Capullo.

—No, Daniel, he perdido mi coche, el de verdad.

—¿El BMW?

—Sí.

—¿Rojo?

—Sí.

—¿Descapotable?

—¡Sí! ¡Solo tengo un coche, Daniel! —Oficialmente, había perdido los nervios.

—Bueno, quizá ya ni eso. —Esa fue la primera aportación que hacía mi mejor amigo en toda la mañana.

Ay, Adam, si las miradas matasen...

Le conté a mi hermano, con la inestimable ayuda de Adam, todo el itinerario que seguimos la noche anterior para que supiera por dónde empezar

a buscar mi precioso coche. Después de unas cuarenta reprimendas y de que me llamase inmadura como veinte veces, le dejé mis llaves y me aseguró que lo encontraría. Su convicción me relajó; Daniel tenía ese don, sabía tranquilizarme. Si decía que iba a hacer algo, era porque sabía que lo podía cumplir. Y, si no podía hacerlo, no me lo prometía. Jamás hablaba por hablar.

Adam y yo nos teníamos que ir al *Crowden* a ayudar a mi hermana. Íbamos tarde y había muchísimas cosas que recoger. Cogimos prestado el coche de Daniel para ir a nuestro antiguo colegio, y recogimos a Pear y Olivia de camino. El resto de la pandilla venía en otro coche. Oliver tenía que hacer algo concerniente a la ponencia de la semana siguiente, por lo que vendría más tarde. Les explicamos a nuestras amigas lo que había pasado.

—Pregúntale a Olly, quizá se acuerde —sugirió Olivia.

—Todavía no me puedo creer que hayáis perdido el coche —nos dijo Pear.

—No está perdido, es solo que no me acuerdo de dónde lo aparcamos. —Apunté con el dedo a Adam, que conducía—. A partir de hoy, quedan prohibidos los chupitos de tequila.

—¿Pero vosotros no ibais ayer a un concierto de piano? ¿Dónde entra el tequila dentro de ese aburridísimo plan?

Les contamos por encima nuestra noche del día anterior. Miré por el espejo a Pear, que contenía la risa.

—No se te ocurra reírte.

Llegamos al colegio y fuimos al cuarto de mi hermana pequeña para ayudarla a meter en cajas toda la ropa. Un rato después, y alrededor de unas siete cajas, llegaron casi a la vez Oliver y el resto de la pandilla. Aprovechando su llegada, nos tomamos un descanso y fuimos a la cafetería a tomar algo. Pedimos unos refrescos y nos sentamos en nuestra mesa habitual, que habíamos pillado libre de milagro.

Había muchísimo alboroto en el *Crowden* con la llegada de la graduación de los alumnos de último curso. Padres e hijos caminaban con avidez por todo el colegio, maletas que iban y venían, había cajas por todas partes y hasta el camarero que atendía la cafetería parecía estresado. Eso no se veía todos los días.

—¿Cómo van las cosas con «el profe»? —preguntó Brian a Olivia.

—No lo lloames así. Y las cosas van regular. Si solía hacer hincapié en mi inmadurez, imaginaos después de tener que venir a buscarnos al pub el otro día. —Olivia suspiró antes de continuar—. Me ha dicho que el único maduro

de todos nosotros es Daniel. ¿Os lo podéis creer?

—Eso es inadmisible. Daniel *no* es de nuestro grupo —declaró Pear con contundencia, haciendo mucho énfasis en el «no».

—Precisamente Daniel me ha llamado inmadura repetidas veces esta mañana —pensé en voz alta.

—¡Qué valor! —me respondió Pear.

—Debería aceptarte como eres y, si no le gusta, que se busque a una de su edad —declaró Marco en defensa de nuestra amiga.

—Eso es. Tiene que aceptarte como eres. —Pear dio la razón a Marco.

—Joder, ni que os acabarais de conocer. Lleváis más de tres años saliendo juntos, ¿eso no debería estar superado?

—Tú no puedes opinar, Olly. Jamás has tenido una relación amorosa. —Pude sentir cómo Pear se arrepentía de esas palabras medio segundo después de haberlas dicho, pero, desafortunadamente, era tarde.

—Sí que la ha tenido.

Mierda, Adam. Se le había escapado. Lo miré con mis ojos casi fuera de sus órbitas y me pidió perdón con la mirada, pero el daño estaba hecho. ¿Ahora cómo íbamos a salir de ahí? Y, encima, después de lo del jueves. Porque, obviamente, se refería a mí. ¿Qué pasaba últimamente que no hacíamos más que meter la pata?

—¿Qué?

—¿Cuándo?

—¿Con quién?

—¿Cuánto tiempo?

—¿Dónde?

Todos nos avasallaron a preguntas, tanto a mis dos mejores amigos como a mí. Cerré los ojos y respiré con profundidad.

—¡Tiempo muerto! ¡Tiempo muerto! —Adam enseguida cortó el aluvión de preguntas.

—¡Joder, queremos saber! —gritó Brian, exasperado—. ¡Se trata del intocable Oliver Aston!

—Sois unos cotillas —los acusé. No se me ocurría otra cosa que decir. Una vez más, estaba en blanco.

—¿Oliver y una relación amorosa con una chavala? Oh, sí, sin duda, queremos saber. —Marco corroboró las palabras de Brian y chocaron sus manos para apoyarse mutuamente.

—Porque... fue con una chica, ¿no? —añadió Brian.

—¡Brian! —inquirió Moira—. Con esa actitud no nos van a contar nada.

—¡Era broma! Para relajar el ambiente. Va, cuéntenos. —Brian colocó los codos en la mesa para crear más intimidad—. ¿Fue en Estados Unidos? ¿Por qué tengo la sensación de que no nos habéis contado las cosas más jugosas de lo que pasó allí?

Mi mirada se dirigió a Oliver Aston sin remedio. «¿Y ahora qué hacemos, rubiales?». Me devolvió la mirada con una intensidad que no sentía desde hacía años. Aparté rápido mis ojos de los suyos porque no quería que los demás lo notasen. Como me habían empezado a temblar las manos, las metí por debajo de mis piernas.

—Sí, fue en Estados Unidos —contestó Adam con seguridad.

—¿Con quién fue? —insistió Brian.

—Con una chica —respondió Oliver.

—Vale, me lo merezco.

—Pero ¿fue una relación? —preguntó Olivia—. ¿Por qué nunca nos habíais dicho nada?

—No lo sé. Era... complicado. —Sentí su mirada taladrándome, pero me negué a mover los ojos de mi refresco.

Sí, supongo que *complicado* lo definía bien para el señor Aston. Él siempre hacía las cosas complicadas, y supongo que nunca aceptaría que tuvimos una relación. Para mí, sin embargo, era más sencillo de definir. Me enamoré de él y le entregué mi corazón y mi alma. Así de sencillo. Luego, él lo pisoteó y le dio una fuerte patada para apartarlo de su lado y todavía resistían las marcas de aquellas crueles pisadas.

—No lo era tanto —explicó Adam, apoyando la espalda en el respaldo de la silla—. Ellos lo hicieron complicado. Pero, bueno, esa no es más que mi más modesta opinión.

Los dos lo fulminamos con la mirada.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Siete meses —contestó Oliver, contundente. Al menos, eso lo recordaba.

—¡Joder! ¿De verdad? —Nuestros amigos estaban alucinados. Cada vez acercaban más las cabezas al centro de la mesa.

—¿Era guapa?

—Sí. —«No lo mires, Sara. No lo mires».

—¿Y qué más?

—¿Habéis mantenido el contacto todo este tiempo?

—No —contestó Olly.

—Sí —contestó Adam a la vez que su mejor amigo.

Todos nos miraron ceñudos. Yo no me pronuncié. Hacía rato que no lo hacía.

—¿Y dónde está ahora esa chica misteriosa?

—Lejos.

—¿Tanto?

—Sí.

—Está casada con otro tío, un arquitecto, y tienen un par de críos. Mellizos, creo. La genética... Vaya putada, ¿eh?

Joder, Adam, ¡cómo te pasas!

Pear

Después de mi metedura de pata, seguimos ayudando a Kate con la mudanza. «Jodeer, vaya bocaza tienes, Pear». Todavía no había tenido ocasión de hablar a solas con Sara, pero los rayos láser que le salían por los ojos me lo habían dicho todo. Los chicos se habían quedado en la cafetería; ayudar a guardar ropa en cajas no era lo suyo. Me pregunté para qué habían venido entonces.

—Pues para pasar un rato todos juntos —me dijo Moira. Coño, lo había dicho en alto. Me pasaba mucho, me lo había pegado Sara.

—Kate, tienes más ropa que tu hermana y yo juntas. —No sabía cuántas cajas llevábamos ya. Aquello era interminable.

—De hecho, hay ropa vuestra en algún cajón —respondió la aludida.

—¿Por qué no vais llevando algunas cajas al coche? —sugirió Sara.

—Vale, déjanos las llaves del coche de tu hermano.

Me guardé las llaves de Daniel (quemaban un poquito, todo lo que tenía que ver con Daniel me quemaba) en el bolsillo del pantalón y eché un vistazo a las cajas. Tanteé todas ellas y acabé decidiéndome por la que creía que tenía menos peso. Olivia y Moira cogieron una caja cada una y salimos en dirección al garaje. En cuanto llegamos, abrí el maletero y metimos las cajas dentro.

—¿Sabéis lo que creo, chicas? —Olivia puso el brazo en lo alto del maletero y me impidió cerrarlo.

—¿Qué?

—Que la novia secreta de Oliver es... era... Sara.

¡Me cago en todo! ¡Joder con Olivia! ¡Las pillaba todas al vuelo! «Calma, Pear. Niégalo hasta el final, lo último es aceptarlo».

—¿Nuestra Sara? —Moira nos susurró la pregunta como si se tratara de un asunto de estado. Yo hice un gesto con la mano como diciendo «esta tía está loca». Olivia asintió con la cabeza, «sí, nuestra Sara». Me cagué otra vez en todo.

—¡Venga ya! No puede ser. —Menos mal que a Moira le quedaba un poco de cordura.

—Lo digo en serio.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo dices? —me atreví a preguntar.

—Por muchísimos motivos, ¿queréis que os enumere todos?

—Por favor. —Ya de metidas en el lío...

—Bien. Primero: porque Sara no ha dicho ni palabra, estaba blanca como el papel. ¿No os habéis fijado?

—No —contestamos las dos. Yo, para disimular, y la pobre Moira porque nunca se enteraba de nada. Joder, cuando se lo contase a Sara me mataría.

—Segundo: Oliver no ha apartado la mirada de Sara en ningún momento.

Moira y yo escuchamos las explicaciones de Olivia y la invitamos a continuar.

—¿Y os acordáis de la conversación del día de la borrachera? —Como para olvidarla. Y esa vez Sara metió la pata hasta el fondo ella solita, admitiendo que se había liado con Adam. ¿Ves? Todos cometíamos errores —. Se quedaron raros cuando les preguntamos si se habían enrollado ellos dos. Y no olvidemos que ya se enrollaron en el pasado.

Moira me miró, yo insistía en poner cara de no tener ni la más mínima idea de lo que hablaba Olivia.

—Cuarto: Pear tampoco ha dicho nada. Y, seamos sinceros, nos enteramos de que el intocable Oliver Aston ha tenido una relación amorosa y ¿Pear no tiene nada que preguntar? No me lo creo.

Mierda. Ahí me habían pillado.

—¿Pear? —Oh, oh, Moira empezaba a dudar.

—Estás delirando, Olivia. Yo no sé nada.

—Creo que tienes razón, Liv. —Definitivamente, Moira se había pasado al otro lado—. Es todo muy raro.

—¿Oliver y Sara juntos en Estados Unidos? ¿Durante siete meses? —Puse especial énfasis en sonar con total incredulidad—. Estáis locas.

—Repito. Se acostaron un par de veces en el colegio. No es una idea descabellada.

—Venga, Pear. Tú seguro que lo sabes.

—Yo no sé nada.

—Sabemos que lo sabes. Si a alguien se lo contaría Sara, sería a ti.

—Olivia, no le vamos a sonsacar nada —concluyó Moira—. Si Sara no quiere que lo sepamos, Pear no nos lo va a contar.

Exacto. Mientras dejase de pensar en alto o soltar chorradas por mi boca,

todo iría bien.

—¿Vamos donde los chicos a descansar otro ratito? —Cambié de tema en cuanto tuve ocasión—. Estoy agotada.

Will

Daniel había encontrado el coche de Sara a unas cinco manzanas del Usher Hall. Era increíble que no se acordaran de dónde lo habían aparcado. No sabía si echarle la bronca del siglo o reírme con ella. Había cogido las llaves y me había acercado al *Crowden* para devolvérselo.

Accedí al garaje del colegio y me costó aparcar, porque estaba a reventar de coches. Había demasiadas familias ayudando a sus hijos con la mudanza. Vi un sitio libre en una esquina y fui hacia él. Me bajé del coche y distinguí a lo lejos a las amigas de Sara cargando con cajas. Me acerqué a ellas para ayudarlas.

—*¿Sabéis lo que creo, chicas?*

—*¿Qué?*

—*Que la novia secreta de Oliver es... era... Sara.*

Me frené ante lo que acababa de escuchar. ¿De qué coño hablaban? ¿Oliver y Sara? ¿Novios? ¿Cuándo? Joder, se me había secado la boca y el corazón me empezó a palpar con fuerza.

—*¿Nuestra Sara?*

—*¡Venga ya! No puede ser.*

—*Lo digo en serio.*

—*¿De verdad?*

—*Sí.*

—*¿Por qué lo dices?*

—*Por muchísimos motivos, ¿queréis que os enumere todos?*

—*Por favor.*

«Sí, por favor». Necesitaba saberlo todo. Me acerqué la mano al corazón para que dejase de bombear tan rápido, tenía la sensación de que en cualquier momento hasta las chicas lo escucharían.

—*Bien. Primero: porque Sara no ha dicho ni palabra, estaba blanca como el papel. ¿No os habéis fijado?*

—*No*

—*Segundo: Oliver no ha apartado la mirada de Sara en ningún momento. ¡Menuda puta novedad! Era la historia de mi vida.*

—*¿Y os acordáis de la conversación del día de la borrachera? Se*

quedaron raros cuando les preguntamos si se habían enrollado ellos dos. Y no olvidemos que se enrollaron en el pasado.

¿Cuándo coño había pasado eso?

—Cuarto: Pear tampoco ha dicho nada. Y, seamos sinceros, nos enteramos de que el intocable Oliver Aston ha tenido una relación amorosa y Pear no tiene nada que preguntar. No me lo creo.

—¿Pear?

—Estás delirando, Olivia. Yo no sé nada.

Conocía a Pear desde los nueve años. Ignoraba si sus amigas se habían dado cuenta, pero yo sí lo había hecho. Mentía. ¡Joder, mentía!

—Creo que tienes razón, Liv. Es todo muy raro.

—¿Oliver y Sara juntos en Estados Unidos? ¿Durante siete meses? Estáis locas.

¿Siete meses? Tenía que salir de allí.

—Ya se acostaron un par de veces en el colegio. No es una idea descabellada.

Seguí escuchando las voces mientras me alejaba. Afortunadamente, tenían la puerta del maletero levantada y no me habían visto llegar. Aunque, para ser sincero, me importaba una mierda que me vieran.

Entré en la habitación de Kate sin llamar y ahí estaban las dos, tan tranquilas y felices. Estaba todo patas arriba. Había ropa y cajas por todas partes y era todo un puto caos. Me saludaron, contentas por la sorpresa, y la rabia me consumió.

—Kate, ¿puedes dejarnos solos? —pregunté, cortante.

—Sí, claro —contestó, sorprendida. Se levantó de la cama y salió de la habitación con sigilo.

—¿Qué te pasa? Estás muy serio. —Sara se acercó a besarme, pero la aparté.

—Toma, las llaves de tu coche. Tu hermano lo ha encontrado a unas cinco manzanas del Usher Hall y lo he traído hasta aquí. —Se las lancé y las alcanzó al vuelo. Siempre había tenido buenos reflejos. Empezó a preguntarme por su coche, quería saber dónde lo había encontrado Dan con exactitud y cómo podía ser que su hermano lo hubiera encontrado tan rápido, pero no le di pie.

—He venido por dos motivos —expliqué, lo más calmado que pude, porque en realidad tenía ganas de romper con todo—, uno de ellos es para darte un consejo y el otro, para hacerte una pregunta.

Arrugó la frente confundida.

—¿Un consejo?

—Sí, un consejo. ¿Quieres saber cuál es?

—Will, estás muy raro. ¿Qué te pasa?

No había visto nada todavía. Utilicé el tono de voz más frío que había usado en mi vida con ella. Era como si estuviera hablando con mi peor enemigo.

—Mi consejo es para ti y todas tus *amiguitas*, porque, a pesar de lo acontecido en el pasado, no aprendéis. Cuando habléis de cosas privadas, delicadas y... secretas, deberíais primero asegurarnos de que no hay nadie escuchando detrás de la puta puerta. Realmente, eso te está jodiendo la vida, Sara.

—No te entiendo. Will, ¿qué ocurre?

—Tranquila, enseguida lo vas a entender. En cuanto te formule la pregunta.

—¿Qué pregunta? —me preguntó, exasperada. Empezaba a cabrearse. Pues no le quedaba nada hasta llegar a mi nivel.

—¿Mantuviste una relación con Oliver Aston durante siete meses mientras estuvisteis en Estados Unidos? Contéstame solo sí o no. No quiero saber más.

Ya sabía la respuesta, pero quería escucharla de su boca. Su cara era todo un poema, no se lo esperaba. Ver una oveja volando la habría sorprendido menos. Aunque no era una cara de sorpresa que dijera «¿cómo te has enterado?». Era más bien una cara de «¿a qué viene esto?».

—¿A qué viene esto ahora, Will? —Ahí estaba.

—Respuesta equivocada, ¿sí o no?

—Will, no te entiendo.

—¡RESPUESTA EQUIVOCADA! ¿SÍ O NO?

—Sí.

Joder, y me lo dijo tan tranquila.

Otra vez Oliver

—Joder, no me puedo creer que estemos pasando por esto. Es como revivir el puto pasado.

—Pues no lo hagamos, Will. Han pasado muchos años desde aquello. Hemos rehecho nuestra vida. No sé a qué viene hablar de ello. Pensé que lo habías olvidado.

No entendía nada. ¿A qué venía aquello? ¿Y por qué estaba tan enfadado? Ya sabía que Oliver y yo estuvimos juntos en el pasado, nunca había sido un secreto entre nosotros. Cuando me pidió intentarlo, fui muy clara con él, le dije que estaba destrozada, que tenía el corazón hecho polvo por Oliver. Y él lo aceptó, me dijo que fuéramos amigos y que empezáramos desde cero.

—¿Cómo coño quieres que lo olvide? —Me cogió del codo y me miró desesperado—. ¿Por qué me lo has ocultado todos estos años? ¿Por qué?

—¿Ocultado? Pero ¿qué dices? Yo no te he ocultado nada.

—No me hablaste de tu relación con Aston. Nunca me hablaste de esos siete meses que estuvisteis juntos.

Eso era cierto. Yo quise explicárselo todo, pero él no me dejó. Dijo que prefería no conocer los detalles.

—¡Porque tú así quisiste que fuera! ¿No te acuerdas? Intenté decírtelo, Will, pero me dijiste que no querías saber nada, no querías saber los detalles, íbamos a empezar desde cero.

—¡Joder! ¡Porque pensé que hablabas de otro tío! ¡No del jodido Oliver Aston!

¿Qué?

—¿De otro tío? Will, no entiendo nada. ¿Qué otro tío?

—¡Del tío que te había destrozado el corazón!

—Oliver. Fue Oliver, Will. Pero eso ya lo sabes. No entiendo nada.

Se sentó en la cama y se frotó los ojos.

—¡Joder, el puto Oliver Aston! No me lo puedo creer. Fue él. Fue él — repetía una y otra vez. Tardé unos segundos hasta que lo entendí. No podía ser. Will pensaba que hablaba de otra persona. Pero ¿cómo era posible? Intenté recordar nuestra conversación de hacía más de tres años, intenté recordar si el nombre de Oliver había salido a colación, pero era imposible.

En aquella época, yo era como un espectro. No recordaba mucho.

—Pensé que lo sabías. Estaba segura de que lo sabías —dije, más para mí misma que para él.

—Pues no lo sabía. Joder, cómo iba a imaginarme que era él quien te había hecho tanto daño. Estabais tan normales.

—¿Tan normales? ¿TAN NORMALES, WILL? —No pude evitar levantar la voz—. ¿DÓNDE COÑO MIRABAS?

—¡NO LO SÉ! —Levantó la voz y se calmó—. No tengo ni puta idea.

—Vale. Fue Oliver. Ahora ha quedado claro. Pero ¿qué más da que fuera con él o con cualquier otro? Es pasado, Will.

—¡No da igual, Sara! Porque has estado enamorada de él toda tu maldita vida. Por eso estabas tan triste, estabas... destrozada, nunca te había visto así, ni siquiera las veces que tú y yo lo habíamos dejado. ¿Cómo no me di cuenta? ¡Dios! ¡¿Tan ciego estaba por volver contigo que no quise ver la realidad?!

—Will, no te voy a negar que estaba enamorada de Oliver porque mentiría, pero me olvidé de él, me centré en nosotros y he estado los últimos años luchando por que esta relación saliera adelante, porque nos lo merecíamos. ¿Lo recuerdas? Una última oportunidad.

—¡Joder! —Dio una patada a la mesita de mi hermana y cayó al suelo con todo lo que tenía encima.

—Te prometo que, en estos años, jamás me he acercado a él. —Le sujete el rostro—. Will, tienes que creerme, por favor. Desde el instante en que decidí volver contigo, Oliver se convirtió en mi mejor amigo, como Adam, y no lo he vuelto a ver de ninguna otra manera. No me lo he permitido.

Will me soltó las manos y se separó de mí.

—¿Por qué volviste conmigo, Sara? ¿Por qué, si estabas enamorada de él? ¡Tuvisteis una relación, joder! ¿Qué pasó?

—No tuvimos una relación. Solo... nos enrollamos durante unos meses, pero no fue una relación. Cuando volvimos a Escocia, Oliver decidió terminar con lo que teníamos, fuera lo que fuera. Porque él nunca me ha querido de esa manera, Will.

—Eso no se lo cree nadie, Sara.

—Es la verdad, te prometo que es la verdad. Me dejó de un día para otro, pero ni siquiera pude culparlo o enfadarme con él porque no me debía nada, nunca me prometió nada.

—No sé las razones por las que te dejó ese gilipollas, pero te aseguro que

no fue porque no estuviera loco por ti, créeme.

—Piensa lo que quieras, Will, pero la verdad es que...

—La verdad es que nunca me has querido. Volviste conmigo por despecho. Porque tu queridísimo Aston te dejó tirada después de usarte durante meses.

Eso dolió. Aunque razón no le faltaba, así fue. Pero eso no quitaba que me hubiera pasado los últimos años intentando que nuestra relación funcionara. Y tampoco era verdad que no lo quisiera.

—¿Cómo puedes decir que no te quiero? ¿Y todos estos años? ¿No han significado nada?

—Puede que me quieras, pero no es amor. No estás enamorada de mí, joder, después de más de tres putos años seguimos en la misma situación.

—No me digas que no hemos avanzado nada en estos años porque no es verdad. Nos queremos y hemos construido una relación.

—Ha sido una manera de sobrevivir a tu dolor. Me has usado, igual que te usó él a ti.

—Ya sabías en qué condiciones me encontraba cuando volvimos. No te engañé, Will. Te engañaste tú solo. No lo quisiste ver. Insististe e insististe hasta que acepté darnos una oportunidad. ¡No pretendas echarme a mí la culpa de todo esto, joder! ¡YA ESTOY HARTA! ¡HARTA! ¡NO FUE MI CULPA! ¡HABERME DEJADO EN PAZ! YO NO QUERÍA VOLVER CONTIGO, PERO ME CONVENCISTEIS ENTRE TODOS.

—¿¡Ahora tengo yo la culpa!?! ¿Tengo yo la culpa de estar loco por ti?

—No lo sé, Will. Lo único que sé es que esta vez yo no he hecho nada malo. ¿Te acuerdas del día que fuimos al cine?

—¿Cuándo?

—Al poco de regresar de Estados Unidos, me marché unas semanas con mi padre y mi hermano a Los Ángeles. ¿De eso te acuerdas?

—Sí.

—Era mentira. —Me senté en la cama y rememoré todo. Las lágrimas recorrieron mis mejillas—. No me fui a ninguna parte, me quedé en casa, en la cama. Llorando. Daniel se ocupó de mí. Él lo planeó todo, porque no soportaba el contacto con Oliver. Me resultaba demasiado doloroso, así que a mi hermano se le ocurrió un viaje ficticio para poder recuperarme del golpe emocional. El día que decidimos que me tocaba volver, apareciste por casa invitando a Daniel al cine. Y me convencisteis para que os acompañara. Cuando llegamos tú y yo a mi casa, Oliver me estaba esperando. ¿Me sigues?

—Sí.

—¿Y pretendes que crea que no notaste cómo se me rompió el alma en pedazos al verlo? ¿No viste su cara? ¿No te percataste de que hacía semanas que no nos veíamos y no éramos capaces de mirarnos a los ojos ni de acercarnos a menos de cinco metros?

—No, Sara. No lo vi.

—¿Sabes lo que creo? Creo que, en el fondo, sí lo viste. Sabías que era Oliver, pero cerraste los ojos y no quisiste verlo porque, de haberlo hecho, jamás te hubieras atrevido a volver conmigo. Era mucho más sencillo para ti pensar que fue otro tío, algún desconocido que se quedó allí, a diez mil kilómetros de distancia.

—Me largo. Esto se ha acabado, Sara.

—¿Qué? ¡No puedes irte así! —le dije, enfadada. Estábamos hablando y la conversación aún no había acabado.

—Quédate con Oliver o haz lo que te dé la puta gana, pero no quiero volver a verte en mi vida.

—¿Qué parte de que Oliver no me quiere no has entendido?

—Oh, pobrecita. Qué pena me das, Sara. Sigues enamorada de él. Eres patética y una mentirosa. Me has hecho perder los últimos tres años de mi vida. Y ¿sabes algo más? Te lo mereces, te mereces todo lo que te pasó y lo que te está pasando ahora.

—Will, no digas cosas de las que luego te vas a arrepentir.

—No me digas lo que puedo o no puedo decir.

Agarró el pomo de la puerta y la abrió. Mi hermana estaba al otro lado. Por su expresión, supe que había escuchado toda la discusión.

—Si sales por esa puerta, no vuelvas a entrar. Nunca más, Will. Si te vas, se acaba para siempre. —Me sequé las lágrimas de los ojos y lo miré con decisión.

—Que te jodan, Sarita. —Salió de la habitación y pegó tal portazo que la puerta se abrió de nuevo.

Me quedé pensando. ¿Qué coño acababa de pasar? Estaba en *shock*. No podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Me senté en la cama en un intento de coger aire y de que mi cuerpo dejase de temblar. Kate entró pocos segundos después e intentó calmarme, pero no pudo.

—Sara, shh, tranquila. —Me abrazó y me acarició la espalda con suavidad, pero yo no podía tranquilizarme, no después de lo que acababa de pasar.

Me levanté de la cama y salí corriendo de la habitación. Fui directa hacia la salida y justo antes de alcanzarla me crucé con mis amigos.

—Sara, ¿dónde vas tan deprisa?

No vi a nadie más que a Oliver. Y toda la tensión y la rabia contenida acumulada en mi cuerpo durante la última media hora, explotó.

—¡ESTO ES POR TU CULPA! ¡POR TU MALDITA CULPA! ¡TE ODIO!

Te odio. ¿Por qué le había dicho eso? Porque quería hacerle daño y porque, equivocadamente, pensaba que en última instancia él tenía la culpa de todo lo que estaba pasando.

Fue tan devastador el daño que me hizo Oliver cuando me dejó casi cuatro años atrás que, durante todo ese tiempo, había desarrollado el pensamiento de que, cuando algo me dolía de aquella manera, era a causa de Oliver, porque solo él era capaz de hacerme eso. Era capaz de darme la felicidad absoluta y, a la vez, la tristeza más desgarradora.

Nadie dijo nada, estaban tan sorprendidos por mi arrebato que no les había dado tiempo a reaccionar. Me marché corriendo. Fui hacia el garaje y busqué mi coche. Por suerte, Will acababa de darme las llaves. Me moví desesperada en el subterráneo hasta que lo vi. Me metí dentro a toda velocidad y arranqué.

Oliver

—*¡ESTO ES POR TU CULPA! ¡POR TU MALDITA CULPA! ¡TE ODIO!*

Me había quedado bloqueado. Cuando se tranquilizó y echó a correr, me quedé paralizado, sin reaccionar. ¿Mi culpa? ¿Me odia? ¿Qué coño estaba pasando?

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Adam.

—No lo sé. —Realmente no tenía ni puta idea.

—¿Y ahora qué le has hecho?

—Nada, joder.

—Parecía alterada.

—Voy a ver qué le pasa.

Los dos echamos a correr en la dirección que había tomado Sara. Llegamos a la calle y vimos cómo salía escopetada con su descapotable rojo. Hice el amago de coger mi coche, pero Adam me frenó.

—Joder, ¿qué hace aquí el coche de Sara? ¿De dónde ha salido?

Lo ignoré y me solté de su agarre para ir volando a por mi coche.

—Ya no la vas a alcanzar.

—Voy a intentarlo.

Sus palabras se repetían en mi cabeza. *Te odio. Te odio. Te odio.*

Una semana difícil

Salí volando de las fronteras del *Crowden* y conduje con un único objetivo en mi mente: huir. Al menos, de momento; luego ya vería.

Pensé que, cuanto más me alejase, más lejos estarían mis problemas y todo lo que acababa de suceder con Will en la habitación de mi hermana. Estaba en un estado de semiinconsciencia, creía que soñaba y que, en realidad, Will no me había dejado. Eso tenía que ser, porque la posibilidad de que todo hubiera sucedido de verdad me provocaba tal compresión en el pecho que no me dejaba respirar, y debía seguir respirando, eso lo había aprendido hacía años.

Miré por el espejo retrovisor y descubrí que Oliver me seguía; era su matrícula, era su coche y Olly no dejaba que nadie tocara sus cosas, por lo que era él quien conducía. Cada vez se acercaba más, lo que significaba que el bueno y responsable de Oliver Aston rebasaba los límites de velocidad. Aceleré mi coche con la firme intención de perderlo de vista, no podía dejar que me alcanzase, no quería hablar con nadie y menos con él. «Lo siento, rubiales, pero esto se acaba aquí».

Aceleré mi coche al límite y le saqué la suficiente ventaja como para perderlo en la incorporación a la autopista que nos llevaba a casa porque, en lugar de escoger esa dirección, cogí otra. No sabía ni cuál, no me había fijado en los carteles. Miré hacia atrás en repetidas ocasiones y respiré tranquila cuando estuve segura de que Oliver me había perdido.

No detuve el coche en ningún momento y no me dirigí a ningún sitio en realidad, solo permanecí conduciendo durante horas o, al menos, lo que a mí me parecieron horas. Y debieron de serlo, porque, cuando salí de mi ensimismamiento y me fijé en lo que había a mi alrededor, no reconocí el lugar. «Genial, Sara, te has perdido».

El paisaje que me rodeaba era verde y lleno de montañas y árboles. La carretera era una línea recta que parecía no tener fin. El teléfono móvil no dejaba de sonar entre llamadas y mensajes, y quise ignorarlas, en parte porque escucharlas era convertir la situación en real.

Finalmente, estacioné el coche en un área de descanso y revisé el móvil. Había un montón de llamadas de Oliver, Pear y Adam, pero ninguna de Will.

Apoyé la cabeza en mi asiento e intenté tragar, en un intento de que desapareciera el nudo que tenía en la garganta, pero no funcionaba. También había alguna llamada de mi padre y de Daniel.

Ignoré todas las llamadas y todos los mensajes, excepto los de Adam, que pasaron de ser amables y cariñosos a persuasivos y demandantes.

Adam: Sara, ven a casa. Ya. No me obligues a ir a buscarte.

Contesté a su último mensaje.

Sara: Me he perdido.

Adam: Mándame tu ubicación.

Sara: No, tranquilo, pongo el GPS.

Adam: Sara, mándame tu ubicación.

Ignoré su último mensaje.

Sara: Me ha llamado mi padre, ¿sabe algo de lo que ha pasado?

Adam: No, solo quería avisarnos de que no llegáramos tarde a cenar. Va a hacer una especie de celebración por la graduación de tu hermana.

Sara: ¿Estás con Oliver? No quiero verlo.

Adam: Te prometo que no lo vas a hacer, anda buscándote por toda la maldita ciudad después de haberte perdido a la salida del colegio. Kate me ha contado que has discutido con Will.

Mi corazón pegó un brinco ante la mención de Will.

Sara: Es mucho peor de lo que te imaginas.

Puse el GPS y emprendí mi regreso a casa.

Cuando llegué a mi garaje, Adam me esperaba en la puerta y tenía pinta

de llevar allí desde que le había dicho que me ponía en camino. Aparqué en mi plaza y salí del coche derrotada física y psicológicamente. Adam me esperó con los brazos abiertos. Y, Dios, realmente pensé que no sabía qué haría si no estuviese en mi vida.

—Cuéntame qué ha ocurrido.

Fuimos a mi habitación y reproduje toda la conversación con Will sin saltarme nada. A cada palabra que decía, se hacía más real. Había sucedido, Will me había dejado. A la mierda toda mi lucha de los últimos años, otro fracaso más a sumar en mi lista.

—Te dije que hablaras con él, que se lo contaras todo.

Me tumbé en la cama mirando hacia las estrellas de mi techo. Adam se tumbó a mi lado.

—No me quiso escuchar, Adam —le expliqué, apartando mi mirada de las estrellas y mirándolo directamente a él—. No quiso saber toda la historia, pero di por hecho que sabía que se trataba de Oliver. ¿Quién más podía ser?

—Las cosas no hay que darlas por hechas —me dijo mirándome a los ojos—. Y tú siempre das demasiadas cosas por hechas.

—¿Qué pasa contigo, Adam? Se supone que deberías estar loco de felicidad porque Will me ha dejado. ¿No es lo que querías?

—Por supuesto que sí, pero no me gusta verte sufrir. Habría preferido que lo dejaras tú porque te dices cuenta de que era un gilipollas y no al revés.

—¿Me estás llamando gilipollas?

—No, ya sabes lo que quiero decir, no me gusta que te haya dejado él.

—No siempre las cosas suceden como queremos.

—*¡Chicos, a cenar!* —nos llamó mi padre, un rato después.

Bajamos a cenar y en la mesa nos esperaban mis hermanos, mi padre y una cena por todo lo alto. Durante toda la velada, no hice más que recibir miraditas de Daniel y Kate. Tendría que hablar con ellos en algún momento. Kate estaría alucinando después de lo que había escuchado, y Daniel se habría enterado de todo por Will; pero en ese momento no me apetecía hablar con ellos, por lo que, después de cenar, me disculpé con mis seres queridos, alegando que me encontraba exhausta, y me fui a la cama.

Al día siguiente, tuve que poner la mejor de mis sonrisas porque era la graduación de mi hermana pequeña, y muchos profesores y familiares de las amigas de Kate vinieron a saludarme después de la entrega de los diplomas. Una de las mejores amigas de mi hermana había dado el gran discurso de despedida de curso y esperaba que no me preguntase qué me había parecido

porque no había escuchado ni una palabra, apenas había visto a mi hermana recoger su diploma y lucir su preciosa toga roja. Era una pésima hermana, deberían sustituirme.

Peters se acercó a saludarme y se extrañó por no ver a Will. Durante el tiempo que habíamos estado juntos, veníamos mucho a la pista de hielo y todo el mundo nos veía como a un solo ente.

—Sara, ¿dónde está Will?

—No ha venido. —Y, por la cara que puso mi antigua directora, creo que se imaginó que algo había pasado, porque no insistió más.

No tenía el valor para confesar que no estábamos juntos e intuí que era porque aún ni yo misma me lo creía. Habían sido tres años y medio de estar siempre juntos y, de repente, ya no lo estábamos. Es como si sujetas algo con fuerza en la mano y, de pronto, desaparece. Al principio no entiendes dónde ha ido a parar y lo buscas por todas partes, hasta que te das cuenta de que se ha ido para siempre. Me había acostumbrado a la compañía de Will y, en aquel momento, era todo tan... raro.

Nuestros amigos estaban allí y, por supuesto, los Aston se habían acercado a la graduación de mi hermana, ¡cómo no! El hecho de ser mejores amigos y de que nuestras familias estuvieran tan unidas, en ocasiones, era un verdadero coñazo, porque no lo podía evitar tanto como me gustaría. ¿Y por qué lo quería evitar? Ni yo misma lo sabía, lo único de lo que estaba segura era de que no tenía valor para enfrentarme a él. Y era consciente de que mi actitud era inmadura, pero necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había pasado y, después, me enfrentaría a Oliver Aston.

—Ni me hables, Oliver —me adelanté, en cuanto lo vi acercarse a mí.

—Mierda, Sara. Tenemos que hablar.

—No quiero hablar contigo. Ahora no. —Me di media vuelta y salí del auditorio.

—¡En algún momento tendremos que hacerlo! —me gritó, mientras se alejaba en la dirección contraria.

Podría ser, pero no de momento.

—¿Alguien va a contarnos qué coño ha pasado? —Escuché cómo Brian preguntaba, exasperado.

Le eché una última mirada a Adam, dándole permiso para que lo contase todo. Y, cuando digo todo, es todo. Ya daba igual, no más mentiras.

Adam

Sara me dejó contarle todo, y eso fue lo que hice. Joder, fue como una puta liberación. No es fácil guardar secretos, y menos uno tan grande como ese, pero yo lo habría hecho toda la vida. Les conté a mis amigos toda la historia de Sara y Oliver y, una hora después, llegamos a la bronca de Sara y Von Kleist. Podría haber disimulado y hacer ver que me dolía o me jodía lo que había pasado y, aunque bien es cierto que no quería que Sara sufriera, estaba acojonadamente contento por los acontecimientos.

Hasta nunca, Von Kleist. Él solito la había cagado, me había ahorrado el trabajo sucio.

—Joder, hasta que salió —me dijo Brian, cabreado—. Ya os ha costado.

—Así que... Sara y Oliver juntos.

—Sí, pero, desde que volvió con Will, nunca más ha vuelto a dormir con Olly ni se ha acercado a él de una manera íntima. Lo ha respetado siempre.

—Ahora lo entiendo todo, joder, tío, estaba flipando cuando me enteré de que te habías enrollado con Sara. ¡Con la chica de tu mejor amigo! Algo no encajaba.

—Ya noté el cabreo que cogiste —confesé—. Sara y yo solo nos enrollamos para dar celos a Oliver y que espabilara.

—Hiciste de puta madre, buen trabajo —me felicitó Marco.

—Chicos, no puedo evitar sentirme culpable por lo que ha pasado —confesó Olivia apesadumbrada—, si no hubiera hablado de mis sospechas con las chicas, Will no nos habría escuchado y...

—Olivia, es lo mejor que ha podido pasar —interrumpí—. Yo ya perfilaba un plan para separarlos.

—¿Qué habías planeado?

—Esa información me la guardo, puede que la necesite en el futuro.

—Joder, ahora entiendo muchas cosas —reconoció Brian.

—¿Os disteis cuenta de que pasaba algo?

—Yo sí. Oliver y Sara al principio actuaban más confidentes de lo habitual, con más miraditas entre ellos. Me imaginé que se habían enrollado en Estados Unidos, pero, de repente, de un día para otro, Sara se pira a Los Ángeles y Oliver se queda destrozado. Algo gordo había pasado.

—¿Por qué no me preguntaste?

—Porque, si ellos no habían dicho nada, es porque no querían hacerlo.

—No es que no quisieran, ni siquiera habían pensado en ello. Fue todo tan rápido...

Sara

La siguiente semana la pasé sola porque no quería estar con nadie, solo mis pensamientos y yo. A mi familia no le había dado más explicación que que Will y yo lo habíamos dejado. Bueno, más bien, que Will me había dejado, aunque, en realidad, los únicos desconocedores de la verdad eran mi padre y Alex, porque Daniel y Kate lo sabían todo. Después de la bronca que tuve con Will en el *Crowden*, y que mi hermana escuchó, tuve que contarles toda la historia desde que me lie con Oliver en el colegio hasta hoy.

Aun con todo, no fue hasta cuatro días después de lo sucedido que empecé a darme cuenta de lo que había pasado, de que no tenía novio, de que Will había desaparecido de mi vida de la noche a la mañana y de que nuestra relación no volvería a ser una realidad. Se me encogía el estómago por ello.

Y, tres días después, seguía igual o peor, porque, además, tenía la sensación de que aquello aún no se había acabado, no le había dado el cierre que necesitaba. Una vez más, mi relación con Will se quedaba en el aire.

Adiós, Will

Tras reflexionar durante unos días, me acerqué a la pista de hielo del *Crowden*. Me gustaba estar en el hielo, me hacía sentir bien, libre, y a la vez arropada. El colegio estaba vacío por las vacaciones de verano y en la pista solo patinaba yo. Había pasado una semana desde mi ruptura con Will; me había encerrado en mi habitación, había pensado mucho y, por fin, lo había entendido todo.

Y no solo lo había entendido, lo había asimilado. Sin embargo, no había soltado ninguna lágrima.

Al principio, me lo tomé con demasiada calma. No era consciente de lo que pasaba en mi vida; el castillo que había construido durante los últimos años, y que yo pensaba que era fuerte, había resultado ser tan débil que se derrumbó con la primera tormenta.

Will y yo no discutíamos demasiado y, cuando lo hacíamos, era algo calmado, como si estuviera planificado, pero, desde luego, no eran grandes broncas. Discutíamos muchísimo más y peor cuando estábamos en el colegio. Y desde luego que discutía muchísimo más con Adam. Quizá era el miedo mutuo que teníamos de que todo se fuera a la mierda por una bronca, así que parecía que éramos conscientes de lo débil que era nuestro castillo. Y así había sido. El primer obstáculo de nuestra relación y no lo habíamos superado.

¿Dónde tenía yo la cabeza para pensar que nuestra relación era fuerte? Adam tenía razón y Will tenía razón, aquella relación no llevaba a ninguna parte y, si la acepté en el pasado, fue por cómo me encontraba, pero ya no tenía sentido porque no estaba enamorada de Will. Lo quería, pero no lo amaba.

Y, joder, darse cuenta de todo eso dolía, dolía muchísimo y tenía una emoción en el cuerpo que no sabría describir, de algo malo, como de no estar cumpliendo con el cometido de la vida. Y luego estaba esa sensación que tenía de búsqueda desde hacía tantísimos años. ¿De búsqueda de qué? Todavía no lo sabía, pero algo estaba buscando y aún no lo había encontrado.

En mitad de mis pensamientos, vi una sombra que se acercaba por las gradas. Cuanto más se acercaba, más nítida se hacía la desconocida figura,

hasta que descubrí que era Will. Dejé de patinar y me acerqué a la barandilla.

—Hola —me saludó.

—Will, ¿qué haces aquí?

—He venido a disculparme. Joder, reaccioné fatal y me arrepiento un montón y quiero decirte que no me importa lo que haya pasado con Aston, y que tú y yo...

Vaya, directo al grano. Lo corté antes de que finalizase su discurso, que seguro llevaba toda la semana preparando.

—No, Will. Te dije que, si te marchabas, no volvieras jamás.

—Lo sé y lo siento, no me castigues por eso, por favor. Perdóname —suplicó, cogiéndome las manos y acercándose a él.

—No, Will. —Me solté de su agarre porque mi decisión estaba tomada.

—Sara, vamos a hablar, solo dame un momento.

—Will.

—Por favor.

Si hablaba con él, era posible que por fin cerrásemos ese capítulo de nuestra vida. Solo por eso, acepté, porque aún estaba muy cabreada con él por cómo habían sucedido las cosas una semana atrás.

—Está bien.

Salí de la pista y me quité los patines, me puse las playeras y nos sentamos en un par de sillas de las gradas.

—Sara, podemos superar esto. Tú y yo siempre lo superamos todo, no es más que un bache más en el camino.

—No, Will, esta vez, no.

—¿Ya no me quieres? —La forma en que me formuló la pregunta... joder, juro que jamás lo había visto tan triste y a mí se me formó una inmensa congoja en el cuerpo. «Allá vamos, Sara». Dios sabe que lo había intentado, había intentado con todas mis fuerzas que esa relación funcionase.

—No se trata de querer o no querer, Will.

—Sí se trata de eso, Sara. Si me quieres, podemos con cualquier cosa.

—¿Igual que lo hemos hecho hasta ahora? —Will no me contestó—. Lo hemos intentado y no ha funcionado. Oliver siempre va a estar entre nosotros, no lo vas a soportar y yo no tengo fuerzas para luchar por esto.

—Joder, Sara, te he dicho que siento mucho mi reacción del otro día, pero es que...

—Tú siempre igual, Will. Descubres algo, te enfadas, mandas todo a la mierda, me humillas, me dejas y, al día siguiente, se te pasa el enfado y yo

tengo que aceptarlo y volver contigo.

—Sara, lo siento. Pero es que Aston me saca de mis casillas. Es mi puto talón de Aquiles.

—La primera vez que te enteraste de que había estado con él me dijiste de todo. Incluso que te daba asco. Mandaste nuestra relación a la mierda por algo que había pasado mientras tú y yo no estábamos juntos. —Intentó interrumpirme, pero no se lo permití—. Porque yo, y escúchame bien, en la vida te he sido infiel. Y, aun así, puedo llegar a entender tu reacción en el pasado. Pero lo de ahora no, yo no te oculté nada, me ofrecí a contártelo todo y tú no quisiste. Daba por hecho que sabías que era Oliver quien me había dejado en ese estado y ¿qué haces tú? Mandas otra vez todo a la mierda. Y esta vez no tienes razón. Esta vez no, Will.

—¿Nunca me has sido infiel? —preguntó, escrutándome con la mirada.

Me levanté de la silla y salí al pasillo de las gradas, dándole la espalda a Will. Pensé mi respuesta unos segundos, porque me había prometido a mí misma no ocultarle nada más, aunque sabía que la espera debía de estar haciéndole mucho daño.

—Físicamente, no. Nunca. Y mentalmente —suspiré—, no te puedo decir que en estos años Oliver no ha entrado nunca en mi cabeza porque mentiría, pero lo que sí te puedo asegurar es que construí un muro a mi alrededor y, cada vez que ha amenazado con romperse, lo he hecho más fuerte, y jamás le he permitido entrar.

—Entonces sí has pensado en él. —Will me agarró de la muñeca y me giró hasta que quedamos frente a frente. Vi su expresión de puro dolor y fui consciente de lo que habíamos hecho con nuestras vidas, de lo terriblemente mal que hacía siempre las cosas y de lo que me había estado engañando esos años intentando que funcionara lo mío con Will, aun sabiendo que nunca lo querría como se merecía. Me sentí fatal.

—Lo siento, Will. Perdóname por todo lo que te he hecho.

Y, por fin, hice algo que debí haber hecho hacía muchos años. Me quité el anillo que Will me había regalado hacía tantísimo tiempo con la promesa de no quitármelo hasta que estuviera segura de que entre él y yo no había ninguna posibilidad. Su rostro se convirtió en puro terror.

—No, no te lo quites, por favor. Te lo suplico. —Se puso de rodillas y me abrazó por la cintura a la vez que empezaba a llorar desconsoladamente. Yo seguí con el anillo en la mano, muriéndome de pena y de dolor por dentro y... por fin... rompí a llorar. Lloré todo lo que no había llorado durante la

semana y, si tuviera que explicar el motivo, me resultaría muy difícil, porque lloré por tantas cosas...

Lloré por Will, porque no se merecía lo que le había hecho. Lo había destrozado.

Lloré por nosotros, porque, a pesar de haberlo intentado, habíamos fracasado como pareja.

Lloré por mí, porque es imposible hacer las cosas peor de lo que yo las hacía, porque mi vida era un desastre y no sabía qué hacer con ella, porque no sabía querer y porque, por esa incapacidad, me estaba llevando todo por delante a mi paso.

Lloré porque no odiaba a Will ni a Oliver, me odiaba a mí misma.

—No me abandones —me imploró Will—, por favor. —Me abrazó tan fuerte que entre los lloros y el apretón, apenas podía respirar. Aflojé su agarre, sintiéndome la persona más cruel del mundo, y le puse el anillo en la mano. La cerré en un puño y me puse de rodillas junto a él.

—Lo siento, Will. Perdóname.

Nos miramos a los ojos, y Will lo entendió. Ya no había vuelta atrás.

—¿Me dejas que te cuente una última cosa? —me suplicó.

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes cuál creo que fue el principio de nuestro fin?

—No.

—La noche que me pillaste en la cama con Tessa. Aquel día empezaste a dejar de quererme.

—Will... —Las lágrimas cayeron sin control sobre mis mejillas.

—¿Y sabes qué es lo peor? Que nunca me has creído. Me perdonaste y volviste conmigo, pero seguías pensando, perdón, sigues pensando, que estaba borracho y que me acosté con ella.

—Will, ¿crees que es necesario que hablemos de aquello? —No tenía ningún sentido remover la mierda del pasado, bastante afectados estábamos ya.

—Sí, lo creo.

—No tiene ningún sentido.

—Déjame decirte esto, por favor.

—Está bien.

—No pasó nada entre Tessa y yo. Me drogó y me quedé dormido. Nos desnudó a ambos y se metió en mi cama a la espera de que tú llegaras.

—¿Qué?

—Los detalles los tiene Dan en su ordenador. Cuando la obligamos a confesar todo lo que te había hecho, esa fue una de las cosas que confesó. Reconoció que lo hizo para separarnos y lo consiguió, vaya si lo consiguió, porque esa noche abrió una brecha insalvable entre nosotros.

Sí, era posible que tuviera razón, esa noche algo se rompió dentro de mí. Sin embargo, no fue eso lo que nos separó.

—Nunca llegué a escuchar esa grabación. Daniel me lo contó por encima y no quise saber más.

—Aunque la hubieras escuchado no te habrías enterado de nada de esto.

—¿Por qué?

—Porque le dije a Dan que te lo ocultara. Hay dos versiones, una completa y otra incompleta.

—¿Por qué? —repetí.

—Porque quería que creyeras en mí. Y nunca lo he conseguido. Joder, y no dejo de pensar que, si eso nunca hubiera pasado...

—Estaríamos en el mismo punto —interrumpí.

—No.

—Sí, Will. Yo ya lo he entendido.

—¿Qué es lo que has entendido?

—Que tú —le toqué el corazón, aún de rodillas— y yo no estamos destinados a estar juntos. Tú no eres para mí, de la misma manera que yo no soy para ti. No nos hubiéramos hecho felices el uno al otro, por más que nos empeñáramos en que funcionara. Aunque no hubiera pasado lo de Tessa, esto que tenemos —nos señalé a ambos— habría muerto de todas maneras.

En aquella pista habíamos vivido los momentos más importantes de nuestra vida. Nuestro primer beso, nuestra primera vez y, ahora, nuestra ruptura definitiva.

—Cuando estabas loca por mí, ¿te hice daño?

—Sí.

—¿Aston te hizo más daño que yo? —Hice un gesto de extrañeza con mi rostro y él lo notó—. Contéstame, por favor.

—Sí —reconocí. El dolor que Oliver me provocó nunca podría ser superado por nada ni nadie.

—Mucho más, ¿verdad?

—Sí.

—¿Confías en él? —Will se levantó y yo lo seguí.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Le confiaría mi vida. Pero es por la amistad que nos une.

—No importa el motivo. ¿Por qué nunca has confiado en mí de esa manera? ¿Por qué no me creíste, Sara? ¡Joder!, ¿por qué?

—No lo sé, Will.

—No creo que pueda. No puedo perdonarte que no me quieras. Adiós, Sara.

Me dio un beso en la mejilla y salió de la pista. Caí al suelo y lloré. Eran lágrimas de pesar, de tristeza, de fracaso, pero también de libertad. Y, aunque estaba hundida por la mierda de vida que llevaba, a la vez, me sentí liberada y, a partir de ese día, no volvería a tomar más decisiones basadas en el dolor. Necesitaba un tiempo sola, lamerme mis heridas y pensar en el futuro. Pero, antes, tenía que descargar todo lo que llevaba dentro.

Will

Abandonar esa pista de hielo fue lo más duro que había hecho en mi jodida vida, pero no tenía nada que hacer. Ella no me quería.

En cuanto salí, me apoyé en la pared más cercana para respirar. Me asomé y la vi desplomarse en el suelo. Llamé por teléfono a mi mejor amigo y me contestó al primer tono.

—*Will.*

—Dan, ven a buscar a tu hermana. —Me limpié las lágrimas de los ojos, aunque estaba seguro de que mi amigo era capaz de adivinar mi estado desde el otro lado del teléfono.

—*¿Qué ha pasado?*

—Hemos... —se me cayeron lágrimas nuevas— hemos terminado. Para siempre.

Silencio.

—*Will.*

—Dan, tu hermana está llorando y no tengo ganas de consolarla. Tampoco creo que me dejara. Pero creo que alguien tiene que hacerlo.

—*¿Qué? ¿Dónde estáis?*

—En el colegio, en la pista de hielo.

—*Voy para allá.*

—Date prisa, por favor.

—*Llegaré lo antes posible.*

Daniel

Will me esperaba a la entrada del polideportivo y tenía una pinta horrible; parecía desolado y, aunque me afectaba verlo así porque, joder, era mi puto mejor amigo, lo que más me importaba era mi hermana, porque, como le hubiera hecho algo, juro que lo mataba a hostias.

—Vete a casa, Will —le dije, cortante.

—La he cagado, Dan. Creo que para siempre.

—Vete, Will. Antes de que te parta la cara por hacerle esto a mi hermana.

—Dan.

—Lárgate —escupí, antes de ir a buscar a mi hermana.

Entré en el polideportivo y fui directo a la pista. No tenía más que seguir los sollozos para dar con mi hermana, estaba tumbada en el suelo en posición fetal llorando sin control.

—Sara. —Me acerqué a ella y la incorporé lo suficiente para abrazarla.

—Pensé que lo sabía, de verdad que pensé que lo sabía. Era obvio que pasaba algo entre Olly y yo.

—No lo era tanto, te lo aseguro. Los dos disimuláis bien. Ocultáis con maestría vuestros sentimientos.

—¿Tanto, Daniel?

—No, tanto no —reconocí con sinceridad.

—Además, pensé que tú se lo habrías contado.

—¿Yo?

—Sí, tú nos viste en la casa del abuelo.

—¿Y?

—Supuse que lo habíais hablado, no como algo malo. A fin de cuentas, no estábamos haciendo nada malo, los dos éramos libres y hacía años que Will y yo lo habíamos dejado. Solo pensé que se lo habías contado.

—¿Y por qué cojones iba a contárselo?

—No lo sé, como una anécdota, un cotilleo. Él es tu mejor amigo.

—Y tú eres mi hermana.

Sara

Ignoré cómo había llegado a mi habitación. Las últimas horas, una vez más, eran una nebulosa.

Toc Toc Toc.

Llamaron a mi puerta. Me levanté del escritorio y abrí.

Oliver.

¿Lo dejaba pasar? Dudé unos instantes y acabé separándome de la puerta. Nos debíamos una conversación. Tal vez, la última.

—¿Y ese milagro? ¿Tú llamando a mi puerta?

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca llamas, siempre entras sin más.

—Sara...

Cerró la puerta despacio y se apoyó en ella.

—Sara, tenemos que hablar.

Odio esa frase. Nunca trae nada bueno y, sobre todo, viniendo de él, pero tenía razón.

—Bien, vamos a hablar.

La conversación

Me senté en la cama con las manos debajo de las piernas, y Oliver se apoyó en mi escritorio, sujetando con fuerza la madera con las manos.

—¿Empiezo yo?

Le hice un gesto con la mano que venía a significar «tú mismo».

—Siento lo que ha pasado, Sara. No me gusta verte sufrir, pero no entiendo por qué me culpas a mí. —Levanté las cejas—. No me mires así, es verdad, no es culpa mía. Yo ni siquiera sabía que tu novio ignoraba que tú y yo estuvimos juntos. Tendrías que habérselo dicho, después de lo que pasó la última vez.

Mal empezábamos. Apenas había dicho dos frases y ya tenía ganas de darle una hostia con la mano bien abierta. «Cálmate, Sara. Cálmate». Aunque la rabia se apoderara de mí, intenté hablar calmada, sin chillar, al menos de momento. Lo que no pude evitar fue levantarme de la cama y acercarme a él, a la vez que lo señalaba con el dedo.

—No tienes ni idea de cómo eran las cosas entre nosotros ni de en qué términos decidimos volver a estar juntos, así que no te atrevas a juzgarme o ya puedes largarte por donde has venido.

—No te estoy juzgando —levantó las manos en señal de rendición—, solo estoy... No importa. Está bien, dejemos eso al margen. Empezasteis a salir y no quisisteis saber nada de lo que había hecho el otro en los años que no estuvisteis juntos, eso puedo llegar a entenderlo. Años después, la verdad sale a la luz por accidente. Por accidente, Sara. Yo no he tenido nada que ver. Ergo yo no tengo la culpa.

¿Ergo? ¿ERGO? ¡Tu abuela! No, joder, su abuela sí que no tiene la culpa.

—Claro, por supuesto. Don Perfecto hace y deshace a su antojo, pero no pasa nada. ¡Sus actos nunca tienen consecuencias y, si las tienen, él se lava las manos!

Había empezado a chillar, ya no había vuelta atrás.

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo? ¿Yo qué culpa tengo, joder? — Se incorporó y se aproximó a mí con evidente cabreo.

—¡Tú tienes toda la culpa de lo que ha pasado! ¡De todo! ¡Yo estaba enamorada de ti, pero tú me dejaste! He intentado rehacer mi vida con Will y

¿de qué me ha servido? ¡De nada! ¡Otros cuatro años de mi vida tirados a la basura! Porque, una y otra vez, tú vuelves a aparecer y, una y otra vez tú...

Oliver me agarró del brazo súbitamente. Lo miré. Tenía los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Qué acabas de decir?

—No lo sé... He dicho muchas cosas.

—¿Has dicho que... que estabas enamorada de mí?

¿Lo había dicho? No lo sabía, estaba muy alterada y no controlaba lo que decía. Pero sentí que me había quitado un gran peso de encima. Uno que llevaba demasiados años cargando sobre mi espalda. Me negaba a seguir ocultando mis verdades. No me importaba que Oliver se enterara de lo enamorada que estuve de él, no me avergonzaba de ello. Eran sentimientos bonitos, sanos, a pesar de lo que hice con ellos. No volvería a esconderlos, no. No lo haría.

—Sí, Oliver, eso he dicho. Estaba enamorada de ti —reconocí, cinco años tarde.

—No puede ser...

—¿Por qué? —le pregunté, extrañada. No era esa la reacción que me esperaba de él. Me esperaba más un: «Oh, Sara. Siento no haberte correspondido». O incluso un: «Nena, ya lo sabía, pero preferí no sacar el tema para no hacerte daño».

—Llevas toda tu vida enamorada de William Von Kleist, nunca has dejado de quererlo. ¿En qué momento... cuándo me has querido a mí? No... no puede ser.

¿Nunca había dejado de querer a Will? Por supuesto que dejé de quererlo; al menos, dejé de estar enamorada de él, porque mis sentimientos por Oliver lo borraron todo. Y mi amor por Will se apagó y quedó reducido a algo insignificante. Él dice que nunca había estado enamorada de él. Yo creo que sí lo estuve. Lo estuve como una niña de catorce años puede estarlo de su primer amor. Puede que no fuera algo visceral como lo que sentía por Oliver, pero era fuerte, en aquel momento lo era. Fuerte y... momentáneo, pasajero. Pero no quería discutir aquello con Oliver. Me centraría solo en la parte que le incumbía a él.

—¿En serio no sabes cuándo te he querido, Oliver? —pregunté, frustrada. Quizá no sabía mostrar mis sentimientos. Will pensaba que nunca lo había querido, Oliver no era capaz de darse cuenta de que lo amaba más que a nada en la vida. Obviamente, el problema era mío. No de ellos.

Dio vueltas por la habitación, revolviéndose el pelo con las manos.

—¿En Estados Unidos? —me preguntó con dolor. Dolor que yo no comprendía.

—Buena deducción, teniendo en cuenta lo que vivimos allí. Pero ya me había enamorado antes de que llegáramos allí.

—¿Antes? —me preguntó, descolocado—. ¿Cuándo?

—Eso ya no importa. —Además, ni yo misma lo sabía. Conocía el momento en que me di cuenta de mi amor por él, pero ¿desde cuándo? Lo ignoraba.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Lo miré y, joder, esa mirada, esa mirada que tenía en los ojos... era la más triste que había visto en mi vida.

—¿Para qué? Yo no era más que un rollo para ti, no quería complicar más las cosas entre nosotros.

A Oliver se le saltaron las lágrimas de los ojos. Y... hacía tiempo que no me sentía tan perdida. No comprendía su actitud, su tristeza, su dolor.

—Debiste decírmelo, Sara.

—¿Por qué?

—Nena, yo te quie... te quería.

—Ya sé que me quieres, Oliver. Eso nunca lo he dudado. —Por eso jamás me planteé la posibilidad de terminar mi relación de amistad con él. Y, aunque me lo hubiera planteado, dudo que lo hubiera conseguido.

—No me has entendido. Me refiero a querer de querer. A amar.

¿Qué? Mi cerebro sufrió un cortocircuito. Tuve que recrear su última frase en mi cabeza para estudiar su significado.

Me refiero a querer de querer. A amar.

No, no puede ser. Necesitaba recrearlo de nuevo.

Me refiero a querer de querer. A amar.

Aquello cayó sobre mí como una bomba. Me asfixiaba y no me dejaba respirar.

—¿Amar? Te refieres a que... ¿a que estabas enamorado de mí?

Después de pensarlo durante lo que me parecieron siglos, lo confesó.

—Sí. A eso me refiero. Estaba enamorado de ti.

No puede ser. No, no, no puede ser. ¿Oliver enamorado de mí? Era imposible. Yo... yo lo hubiera notado. No había podido estar tan ciega. Sin embargo, mi siguiente pregunta la formuló mi cerebro, que no mi corazón, porque fue mi cerebro el primero en darse cuenta de que estaba equivocado respecto a las fechas, y de que la realidad nos aplastaba. De que Oliver había

acabado enamorándose de mí después de liarnos en Las Vegas. Mi corazón tardaría muchísimo más en hacerlo.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo estoy enamorado de ti o desde cuándo lo sé?

Quizá otra persona no hubiera entendido la pregunta, pero yo sí la entendía porque creo que llevo toda mi vida enamorada de él, pero empecé a ser consciente de ello a los dieciocho años.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Apenas me salía la voz.

—Desde —gran suspiro—, desde que teníamos diecisiete años.

¿Qué? No, imposible.

—¿Desde hace siete años?!

Me reí por no llorar. Hacía siete años que lo sabía, era mucho antes de que nos liáramos en Las Vegas. Me agarré el cabello con las manos, y di vueltas alrededor de mí misma. Siete años, siete años enamorado de mí, podríamos... podríamos haber estado juntos.

—Sara, nena. —Se acercó a mí.

—¡No me toques, Oliver! ¡Y no me llames nena! Hace siete años que estabas enamorado de mí y ¿no se te ocurrió decírmelo en ningún momento?

—Tú tampoco me lo dijiste a mí. Deberías habérmelo dicho.

Tiré años atrás en mis recuerdos. Nuestra primera vez... teníamos diecisiete años, nos acostamos varias veces hasta que él lo detuvo. Recordé nuestra conversación:

—*Sara, tenemos que dejar de hacer esto. Tú y yo no podemos ser amigos que... que follan de vez en cuando.*

—*Ya lo sé.*

—*No, no lo sabes. Nena, estoy a punto de estar loca e irremediablemente enamorado de ti y es algo que no me puedo permitir.*

Volví al presente. A mi dormitorio, que era más pequeño que nunca.

—Me mentiste.

—¿Cuándo?

—La primera vez que me dejaste, cuando me dijiste que no podíamos seguir acostándonos porque estabas a punto de enamorarte de mí.

—No te mentí, en ese momento lo pensaba. Hasta que, días después, Adam me abrió los ojos.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

—Porque estabas enamorada de Will, ¿qué sentido tenía que yo te dijera nada? ¿Acaso cambiaría algo? Además, poco después, volviste con él —me

dijo con obvio rencor.

Me quité las lágrimas con la mano. Por supuesto que hubiera cambiado las cosas.

—Quizá sí hubiera cambiado las cosas. —¿Cómo pudimos hacerlo tan mal?

—Yo no lo creo. Cuando nos dijiste a Adam y a mí que volvías con Will, algo se rompió dentro de mí, estaba cabreado contigo, conmigo mismo, con la vida. Cuando te fuiste, me largué con la moto y estuve toda la noche dando vueltas. Al día siguiente, estaba todavía más cabreado contigo, tenía ganas de... de hacerte daño de alguna manera, dejándote de hablar durante un tiempo o liándome con alguna tía para ver si te dolía, aunque solo fuera un poco de lo que me dolía a mí imaginarte con él. No quería perdonarte, no en ese momento, y, cuando llegué al colegio —se sentó y escondió la cabeza entre las rodillas, cogió aire, levantó la cabeza y me miró—, cuando llegué al colegio me dijeron que te habían llevado al hospital, habías tenido un accidente muy grave y nadie me supo decir si estabas viva o muerta. —Cerró los ojos y solo se veía dolor en su expresión—. Renunciaría una y mil veces a mi vida con tal de no sentir ese dolor de nuevo. Semanas después, fui a verte al hospital y te confesé mis sentimientos y te hice una promesa, una promesa que juré cumplir hasta el día de mi muerte.

—¿Qué promesa? —pregunté entre susurros. Hacía rato que apenas me salía la voz, pero Oliver me había escuchado.

—Que nunca me interpondría en tu relación con Will. De ninguna manera, ni con hechos ni con palabras, te apoyaría siempre en tu decisión de estar con él, nunca más volvería a enfadarme contigo por ello, nunca, pasara lo que pasara, ni aunque tú y yo estuviéramos juntos durante meses y luego decidieras volver con él.

Analiqué todas sus palabras y caí en la cuenta de algo.

—¿Por eso te liaste con todas esas tías después de mi accidente? ¿Para hacerme daño?

—No, claro que no. Para ese momento, ya te había hecho la promesa y aceptaba tu relación con Will.

—Entonces, ¿decidiste sin más liarte con todas?

—No.

—Dime, Oliver, dime toda la verdad de una vez.

—¡Lo hice para olvidarme de ti! ¿Contenta? ¡Necesitaba sacarte de mi sistema porque estabas metida por debajo de mi piel! Y no podía aguantarlo

más. Imaginarte con él... me mataba, porque aunque ya no estabais juntos tú seguías queriéndolo. Una cosa es que aceptara que no fueras para mí y otra cosa es que fuera fácil. Porque no lo fue. Aun así, aun liándome con todas ellas, no lograba olvidarte. Fue muy estúpido pensar que unos cuantos besos borrarían los recuerdos de tus manos y tus labios. Fue como arrancarme la piel a tiras, pero tenía que sacarte de dentro.

—¿Por eso te follabas a todo lo que se te ponía por delante en Estados Unidos?

—Sí.

—No te puedes ni imaginar el daño que me hacías. Lo que me dolía verte con todas aquellas chicas.

—Créeme. Lo sé. Lo he sufrido. Yo, al menos, no me enamoré de ninguna de ellas.

—¿Y por qué te liaste conmigo en Las Vegas?

Ahora los dos alzamos la voz.

—Ah, no, Sara. Ahora te toca a ti. ¿Por qué te liaste tú conmigo? Porque empezaste tú, me provocaste hasta que no pude aguantarlo más. Me pusiste el caramelo en la boca y no pude rechazarlo, estaba enamorado de ti como un gilipollas y no era tan fuerte como para rechazarte. Pero ¿y tú? ¿Por qué decidiste actuar en ese momento?

—Estaba celosa. Yo era la primera que te había tocado y... me sentía alguien importante, quería ser la única que lo hiciera y, entonces, tú dejaste que todas ellas te tocaran y... me sentí morir.

—Eso es muy egoísta, Sara. ¿Ni contigo ni sin ti?

—No es eso, me he explicado fatal. Yo te quería, Oliver. Cuando nos acostamos por primera vez, empecé a sentir cosas a las que no sabía poner nombre. Yo quería ser quien te tocara, quien te besara. Estaba enamorada de ti, pero no me daba cuenta. Hasta que lo hice, en París. Y, cuando por fin te tuve en Estados Unidos, no era para que no estuvieras con otras, era porque estaba loca por ti y... Esos meses fueron los más felices de mi vida. Pero, al regresar, me dejaste. ¿Y dices que estabas enamorado de mí? En ese momento desde luego que no; de lo contrario, no me habrías dejado.

—Todo en la vida tiene un motivo, Sara. Todo.

—Claro que sí, que no me querías. —Me froté la cara, no entendía nada —. Todo esto no tiene ningún sentido.

—Sí te quería, con toda mi alma.

—¿Y por qué me dejaste?

—Porque seguías enamorada de Will, y te hice una promesa. No inmiscuirme.

—No, eso no es verdad. Me dejaste muchísimo antes de que yo empezara a tener apenas relación con Will.

—Nos encontramos con ellos en la universidad, con Daniel y Will, ¿te acuerdas? El día que fuimos a formalizar la matrícula.

Lo recordaba vagamente... Esos días estaban algo borrosos en mis recuerdos.

—No me acuerdo muy bien, Oliver —reconocí, agotada.

Se rio, era una risa cargada de indignación.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que tú no te acuerdes y que yo lo recuerde cada maldito día de mi vida, como si lo viviera una y otra vez.

¿Qué pasó ese día?

—¿Por qué?

—Porque fue el día en que me di cuenta de que lo querías a él. Ni dos años de separación ni una relación conmigo pudieron con eso.

—¿Qué estás diciendo? No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Sara?

—¿Por qué dices que lo quería a él?

—Por cómo lo miraste.

—¿Qué? No lo miré de ninguna manera.

—Sí lo hiciste, lo miraste con un brillo especial, como si, después de tanto tiempo fuera de casa, por fin la hubieras encontrado.

—Eso no es verdad. —Era imposible que fuera así, porque yo estaba loca por Oliver, mi enamoramiento de adolescente por Will había muerto. La rabia creció dentro de mí —. Dime que no me dejaste por eso, Oliver. Por favor, ¡¡Dime que no me dejaste por una estúpida mirada que creíste haber visto!!
¡DIME QUE NO TE CARGASTE NUESTRA RELACIÓN POR UNOS ESTÚPIDOS CELOS!

—Sara...

—¡¡Ni siquiera lo hablaste conmigo!! ¡¡Me dejaste sin más!!!

—¡¡No puedes negarme que lo querías cuando meses después volviste con él!! Puede que estuvieras enamorada de los dos, pero él siempre ha estado por encima.

—Oliver, no tienes ni idea.

—¿No tengo ni idea?

—No.

«Tuve que intentar enamorarme de nuevo de él, para poder olvidarte a ti». Pero eso no se lo diría, no merecía la pena. No le diría que lo quería a él por encima de todo. Tuve la felicidad al alcance de la mano, pero mi mejor amigo y gran amor la dejó escapar sin motivo. Nada tenía sentido.

—Estábamos enamorados. Cuando tomé la decisión de no bajarnos del avión. —Esa maldita decisión—. Nos queríamos. Tú y yo nos queríamos, Oliver.

—Sí.

—Podíamos haber empezado una vida juntos.

—Sí.

—Pero yo decidí no bajar y me hiciste pagar por ello.

—Todo se reduce a lo mismo, Sara. A que siempre lo eliges a él. Jamás me has dado razones para pensar que me querías a mí. No de esa manera. Jamás has luchado por lo nuestro.

—Tú tampoco lo hiciste, Oliver.

—No sabía que había algo por lo que luchar.

—¿Y yo sí? Esto no tiene sentido, han pasado casi cuatro años, no removamos más la mierda.

—Yo sí quiero removerla, Sara. Me acabas de confesar que estabas enamorada de mí y...

—Y tú no me crees.

—Sí te creo.

—No, no creo que sepas lo fuertes que eran mis sentimientos. Porque a Will siempre lo he querido más que a ti, ¿verdad? —Su mirada de culpabilidad me lo dijo todo—. ¿Qué más da ya? Estaba enamorada, pero ya no lo estoy. No tiene sentido que sigamos discutiendo por ello. Es cosa del pasado.

—Qué volátil. Ahora me quieres, ahora no me quieres.

Entonces fui yo la que me acerqué violentamente a él y lo sujeté del brazo.

—He dicho que no te atrevas a juzgarme. Olvidarte es la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Lárgate, Oliver.

Porque me sentía tan culpable por lo que nos habíamos hecho en el pasado que era incapaz de mirarlo de frente. Porque me sentía tan impotente, ni diciéndoselo a la cara me creía... No habría conseguido nada en el pasado. No me habría creído. Estaba obcecado con la idea de que quería más a Will.

Y la culpa era mía.

—No podemos dejar las cosas así. Tú me quieres, Sara, y yo...

—Yo ya no te quiero —lo corté. Aunque sí lo hacía, con todo mi corazón.

Pero estaba tan enterrado ese sentimiento que no sabía cómo tratarlo. No sabía cómo tratarnos a nosotros.

—Bien. Yo... yo tampoco te quiero.

Una daga se me clavó en el corazón.

—Bien, pues estamos en paz.

—Sí, supongo que sí.

Se dio la vuelta, dispuesto a abandonar mi habitación, pero lo detuve.

—Oliver.

—¿Qué? —No se giró para contestarme.

—Antes has dicho que Adam te abrió los ojos.

—Sí.

—¿Él sabía lo que sentías por mí?

Se giró.

—Sí, siempre lo ha sabido. Incluso antes que yo mismo.

—Genial.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada, nos habríamos ahorrado muchos disgustos si me lo hubiera dicho.

Aunque no todos.

—¿Sabía lo tuyo?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Lo sospechaba desde hacía tiempo, pero se lo confirmé en Seattle, después del incidente de la rubia y mi taza de los Marineers, ¿lo recuerdas?

Oliver se mantuvo en silencio. Pero no era un silencio agradable, de esos que siempre teníamos y de los que disfrutábamos. No, era un silencio arrollador, que me aplastaba y me creaba inseguridad.

—Estabas celosa —dijo por fin.

—Al parecer, Adam fue el único en darse cuenta.

—Adam.

Y se marchó antes de que me diera tiempo a reaccionar.

Lloré.

Lloré por esa relación tan preciosa que pudo ser, pero no fue.

Lloré por los estúpidos celos, que parecen ser el motor que mueve

nuestras vidas.

Lloré por mi mejor amigo, porque, aquel día, algo se rompió para siempre.

Y lloré por Will, porque era el más inocente de toda esta historia y el que había sufrido las consecuencias de nuestra cobardía.

Ya sabía qué era ese sentimiento que me aprisionaba desde hacía una semana. Era un cúmulo de sentimientos que me ahogaban.

Me sentía cobarde, culpable, arrepentida, engañada, manipulada... fracasada.

Continuará...

Agradecimientos

Cuando un día me senté a pensar sobre a quién le daría las gracias en los agradecimientos de mi libro, lo primero que me vino a la cabeza fue: ¿qué personas me han ayudado con el primer libro? ¿Y con el siguiente de la saga? ¿Y con los últimos? Entonces me di cuenta de que, en realidad, *Los saltos de Sara* no era el libro uno de la saga Sara Summers, sino que era la primera parte de un único libro: el libro de Sara Summers. Porque mi intención siempre fue la de escribir un libro, pero se hizo tan largo que sería imposible publicarlo en un único tomo (sería un libro de... no sé, ¿1.500 páginas?), y por eso publico la historia de Sara en cuatro tomos. Pero el tratamiento que le voy a dar es como si fuera un único libro, por lo tanto, estos agradecimientos son idénticos para los cuatro.

A la primera persona que quiero agradecer es a Alberto, mi compañero de vida. Tengo tantas cosas que agradecerte que no sé por dónde empezar. Gracias por estar ahí siempre, por apoyarme, por no permitir que me rindiera cuando las cosas se complicaron. Escribir y autopublicar un libro no es un camino de rosas y hay muchos momentos (demasiados) de agobios, desánimos, ganas de renunciar por creer que lo que estás haciendo es una locura. Y tú siempre has estado ahí para regalarme uno y mil abrazos y decirme que estaba haciendo un buen trabajo. Gracias, porque aquella tarde que llegué a casa y te dije: «Voy a escribir un libro», me tomaste en serio. Siempre te tomas en serio mis locuras. Gracias por creer en la historia de Sara y por tus consejos. Y gracias por aquella propuesta de última hora sobre la portada cuando yo estaba obcecada en una idea que no tenía futuro: «¿Y si ponemos unos patines en la portada?». Siempre me sorprendes. No dejes de hacerlo nunca.

Gracias, Raquel. Iba a decir que eres mi mejor amiga, pero esas dos palabras se quedan demasiado pequeñas para nosotras. Entonces: gracias, Raquel, mi hermana, mi alma gemela (porque creo que las almas gemelas también existen en la amistad y en la familia, y tú, sin duda, eres la mía). Gracias por estar ahí cada momento, por leer mi historia, capítulo a capítulo, y lo digo literalmente. Han sido varios años de avanzar juntas en la historia, de emocionarnos con los personajes, de discutir sobre las escenas clave (hubo una noche concreta que cruzamos como cientos de *whatsapps* pensando en dónde podrían pasar Sara y Will su primera noche). Eres uno de los mayores

apoyos de mi vida, no sé qué haría sin ti.

Gracias, Vanessa, mi otra lectora cero. Gracias por tus aportaciones, por la paciencia, por las bonitas palabras, por meterte conmigo en la historia. Y, sobre todo, gracias por aquel día en el que me llamaste por teléfono para decirme que ibas en el coche pensando en los protagonistas, que te tenían tan enganchada que no podías dejar de leer, que necesitabas saber qué más cosas les pasaban. Ni te imaginas la fuerza que dan esas palabras.

Gracias, Daniel y Ariane, porque, sin daros cuenta, con vuestras inocentes frases, vuestras ocurrencias y vuestros arranques inesperados de amor, sois capaces de sacar una sonrisa hasta en los peores momentos. Gracias, solo, por existir.

Gracias, Abril, por tu ayuda en esta historia, por tus consejos y por responder, siempre con tanta sinceridad, a todas mis preguntas. Me encontraba terriblemente perdida con el tema de la autopublicación y con convertir mi manuscrito en libro hasta que te encontré y, poco a poco, fuiste solventando todas mis dudas, además de pegarle un buen repaso a mi historia. Gente como tú es necesaria en todos los aspectos de la vida. Has sido como una especie de red salvavidas para mí.

Gracias, Kevin (para mí siempre serás Kevin O'Seamus), por esas explicaciones de ultimísima hora sobre la procedencia de los nombres y apellidos escoceses; gracias por la pasión con la que explicas las cosas y por esas aportaciones que le han dado un toque especial a la novela.

No puedo olvidarme de un agradecimiento muy especial. Quiero dar las gracias a la música. Por acompañarme, siempre, en todos los momentos de mi vida y por darme tantísimas escenas y diálogos para Sara y compañía. Gracias a ti, los personajes se mueven solos en mi cabeza y yo tan solo he tenido que plasmar los movimientos que tú me has dado, en papel.

Y gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a Sara.

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primer libro: Los saltos de Sara. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia, pero no pudo darles la espalda a Sara Summers y compañía.

Puedes encontrarla en [su blog](#), su [página de Facebook](#) o en Twitter como [@susannelusi](#)

El 16 de agosto, el desenlace: *Simplemente Sara*

